

DORA

L. L.

POR

CARLOTA M. BRAEMÉ



NUEVA YORK:
D. APPLETON Y CÍA.,
LIBREROS-EDITORES,
1, 3, y 5 Bond Street.

Novelas Publicadas en Español

POR

D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

Pepita Jiménez.

Por Don JUAN VALERA.

Edición Americana Ilustrada. Un hermoso tomo de 219 páginas, con 7 láminas, el retrato y autógrafo del autor y varias viñetas alegóricas. Encuadernación de mucho gusto artístico y bonitamente decorada. Buen papel, tipo claro, etc., etc. Precio, \$1.25.

La Casa en el Desierto.

Aventuras de una familia perdida en las soledades de la América del Norte.

Por el Capitan MAYNE REID.

Un bonito tomo de 348 páginas con 12 láminas, encuadernado en tela inglesa. \$1.25.

La misma, edición económica, 50 centavos.

Las Minas del Rey Salomón.

Por H. RIDER HAGGARD.

Una novela inglesa llena de aventuras y de escenas interesantísimas. 50 centavos.

D O R A

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

Charlotte POR
CARLOTA M. ^{*ary*}BRAEMÉ

TRADUCIDA AL ESPAÑOL POR
MANUEL VALERIO ORTEGA



NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
1, 3, y 5 BOND STREET
1890

PR 4161
B563 II 65

COPYRIGHT, 1890,
By D. APPLETON AND COMPANY.

All rights reserved.

La propiedad de esta obra está protegida por la ley en varios países, donde se perseguirá á los que la reproduzcan fraudulentamente.

12-31423

160203*

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN ESPAÑOLA



A novela *Dora* que tengo el gusto de haber traducido á nuestro hermoso idioma, es una de las que mayor popularidad han alcanzado en la literatura inglesa.

Débese el brillante éxito que ha obtenido muy principalmente, como puede verlo todo aquel que la lea, á que tanto

el galano estilo en que está escrita como las severas lecciones que se deducen de su interesante argumento, corresponden á la más estricta moral. Hay además, en toda ella bellísimas descripciones en que campean la inspiración y la poesía.

No es *Dora* una novela fantástica é inverosímil ; sus cuadros aunque descritos en lejanas tierras y abundando por lo mismo en costumbres, para muchos, desconocidas, le recuerdan al lector algo de su propia historia, porque si bien las costumbres varían, las virtudes y las pasiones son las mismas en todas partes del mundo.

Más de noventa son las novelas escritas hasta hoy por la

sentimental autora inglesa ; pero sin duda la que más ha agradado de todas ellas, es la presente, tanto que á ella debe su reputación de novelista.

Del buen gusto que caracteriza á los que hablan el bello idioma de Cervantes, espero que recibirán con beneplácito esta interesante novela ; advirtiéndole que los defectos de estilo que se encontraren en la versión española, no deben atribuirse á la correcta pluma de la autora, á quien sólo pertenecen los elegantes pensamientos de la obra, sino á la insuficiencia del traductor que si se atrevió á acometer una empresa, tal vez superior á sus fuerzas, fué dominado por el sólo deseo de dar á conocer á los países españoles é hispanoamericanos esta joya de la literatura inglesa.

EL TRADUCTOR.

Febrero de 1890.



D O R A .

CAPÍTULO I.



AS consecuencias de una tontería raras veces afectan solo á su autor, decía Lord Earle á su hijo ; cree lo que te digo, Reinaldo, si dieras ese paso tan torpe é inconveniente, no harías sino traer la desgracia sobre tí y sobre todas las personas de tu familia.

Atiende á la razón.

—No veo ninguna razón en esas vanas preocupaciones, contestó el joven con desdén. Vos no podeis tener ninguna razón de peso para oponeros á mi matrimonio.

Á pesar de su disgusto Lord Earle no pudo reprimir una ligera sonrisa.

—Podiera darte no una, sino mil razones si fuese necesario ; convengo en que es cierto todo lo que me has dicho. Dora es muy bonita ; pero es preciso no olvidar que no pasa de ser una belleza rústica, y aun dudo que sepa leer y escribir correctamente. Es muy buena y modesta, lo confieso, y puedo asegurar que nunca he oído decir una sola palabra en su contra ; pero, Reinaldo, apelo á tu buen juicio. ¿ Consideras que su hermosura y su modestia sean cualidades suficientes para hacerla tu esposa y para que venga á ocupar el puesto de tu madre ?

—Son á lo menos suficientes para satisfacerme.

—Sin embargo ; hay otras que debes tener en cuenta : dijo con presteza Lord Earle.

—¡ La amo ! interrumpió su hijo.

—Sabemos bien lo que es el amor á los diez y ocho años. Creeme, Reinaldo, si yo diera mi consentimiento, tú serías el primero, pasados algunos años, en reprochar mi debilidad para corregir tus tonterías juveniles.

—Vos no llamaríais á esto una tontería, replicó Reinaldo con el semblante encendido, si Dora fuese una rica heredera, ó la hija de algún . . .

—No hay necesidad de un largo discurso. Tienes razón ; si la joven en cuestión perteneciera á nuestra misma esfera, ó si á lo menos se acercase á ella, sería muy diferente el asunto. No me molesta que te hayas enamorado, según tú crees, ó que quieras casarte aunque eres muy joven todavía. Lo que me incomoda sobre manera, es que hayas soñado casarte con una joven de oscura cuna, hija de mi jardinero, ésto es tan ridículo que apenas puedo tratar el asunto seriamente.

—Y para mí es bastante serio : contestó su hijo suspirando profundamente. Si no me caso con Dora, no me casaré nunca.

—Lo cual es preferible á un mal casamiento.

—Ella es buena, exclamó Reinaldo, buena y bella, modesta y graciosa. Su corazón es puro y su rostro hermoso. ¿ Qué mal casamiento puede haber en ésto padre ? Nunca he creído ni creeré en las leyes crueles de la estirpe. ¿ En qué puede un hombre ser mejor ó superior á otro, sino es que sea más inteligente ó más virtuoso ?

—Nunca me mezclaré en tus opiniones políticas. Antes de que tengas los veintiún años, habrás pasado por muchos períodos de esa fiebre, ó pasión. La juventud es casi invariablemente liberal, la edad es conservadora. Puedes adop-

tar las ideas políticas que más te agraden ; pero en esta ocasión, no trates de poner en práctica la teoría.

—Me consideraría un héroe, contestó el joven, si fuese yo el primero en romper las trabas de las costumbres sociales y las absurdas leyes del linaje.

—No serías tú el primero, como dices ; muchos han verificado matrimonios desiguales antes que tú y lo harán lo mismo después ; pero en todos los casos referidos, cree que el arrepentimiento y el disgusto han sucedido á semejante paso.

—Eso no sucedería esta vez, teniendo á Dora á mi lado, podría hacerlo todo ; sin ella, nada.

Lord Earle parecía estar apesadumbrado con la insistencia de su hijo.

—La mayoría de los padres, como yo, ni siquiera consentirían en atender á tantos desatinos ; yo te escucho y trato de convencerte con argumentos fundados en la razón, de que el paso que parece estar tan decidido á dar, solamente te traería la desdicha ; ni una sólo palabra de ira te he dirigido ni pienso hacerlo. Te digo simplemente que eso no puede ser ; Dora no es la persona á propósito para ser la esposa de mi hijo el heredero de Earlescourt. Acompáñame para demostrarte con más claridad lo que significan mis palabras.

Salieron juntos padre é hijo ; tan parecidos en fisonomía y de tan diferente modo de pensar. Estuvieron paseando en la amplia terraza que era una verdadera belleza en Earlescourt. El parque y los amenos prados engalanados con los primores del verano, parecían sonreír á su alrededor. Centenares de alegres pájaros llenaban el suave ambiente con sus enamoradas canciones. El agua de las muchas fuentes se deslizaba cadenciosamente ; hermosas flores deleitaban la vista, y enriquecían la atmósfera con su dulce perfume ;

pero ni el canto de los pájaros, ni la fragancia de las flores, ni el murmullo de las fuentes, ejercían influencia alguna en el aspecto taciturno de nuestros personajes.

Con paso lento dejaron el terrado y entraron en el vestíbulo ; ascendieron los anchos peldaños de una escalera de mármol, y después de pasar por largos corredores y magníficos salones, llegaron á la galería de pinturas, una de las más hermosas de Inglaterra. Allí estaban representados casi todos los grandes maestros : Murillo, Reni, Rafael, Velázquez, Salvator, Correggio y el Tintoreto. Todos los lores de Earlescourt, habían tenido gusto especial por las pinturas, y cada uno de ellos había contribuído á aumentar los tesoros de esta admirable galería. Una parte de ella estaba destinada á los retratos de familia. Antiguos guerreros y bellas damas estaban allí los unos al lado de los otros. Aquellos rostros de una belleza maravillosa, denotando en el aspecto su ilustre cuna, parecían destacarse de sus bellos marcos.

—Mira, Reinaldo, dijo Lord Earle poniéndole una mano sobre el hombro, te hallas en presencia de tus antepasados. Tu linaje es tan antiguo como noble ; la Inglaterra entera lo conoce y lo confiesa. Contempla estos retratos de las esposas que nuestros antepasados eligieron. Allí está la señora Isabel Earle ; cuando uno de los soldados de Cromwell desenvainó su daga para matar á su esposo, el amigo más fiel que tuvo el rey Carlos, ella se interpuso y recibió el golpe fatal ; ella murió, y él vivió ; ¿ qué noble y hermosa ! ¿ no es verdad ? Ahora mira á la señora Alicia ; esta bella patricia sonriente, al lado de su adusto esposo, exponiendo su propia vida, lo ayudó á evadirse de la prisión en que se hallaba sentenciado á la pena de muerte por intrigas de sus enemigos en política. Ella lo salvó, y también por su intervención fué perdonado. Aquí tenemos á la señora Elena,

no es hermosa ; pero nota su inteligente mirada, iluminada por la refulgente luz de la inspiración. No necesito decirte que fué una poetisa notable ; pero donde quiera que se hallaba la lengua de Shakespeare, sus versos eran leídos con avidez, inspira en todas ocasiones elevados y nobles sentimientos. Las damas de nuestra familia han sido siempre tan generosas como dignas, al grado de que sus valerosos esposos se mostraban en todos tiempos, orgullosos de ellas. ¿ No es así, Reinaldo ?

—Sí ; contestó con calma, fueron mujeres muy nobles.

Lord Earle condujo, entonces, á su hijo á un extremo del salón, en donde se veía un cuadro grande, sobre el que caían débiles rayos de luz, haciendo radiar la dulce fisonomía que iluminaban y que parecía respirar vida y felicidad. Una profunda y tierna emoción se hacía sentir en la voz de Lord Earle.

—Ninguna mujer más noble ni bella que tu madre, ha regido en el castillo. ¡ Ella es la descendiente de tanto noble, tan hermosa y de tanta cultura ! Permíteme que te pregunte en nombre del buen sentido : ¿ cómo has podido imaginarte, que la hija de nuestro jardinero sea digna de figurar al lado de tu madre ? Admito que sea muy buena y bella ; pero, ¿ sería conveniente y propio, que figurara en esta galería ?

Por primera vez se detuvo Reinaldo en el curso de su frenético amor ; contempló el rostro gentil y sereno que tenía delante, aquella frente espaciosa, los carmíneos labios, las facciones delicadas y aristocráticas, y al mismo tiempo le vino el recuerdo de otra fisonomía, linda, modesta, y vergonzosa de una graciosa y rústica belleza, tan diferente de la que tenía á sus ojos como la luz del sol comparada con la de la luna. Quiso hablar y le faltó la voz ; instintivamente conocía que no había allí lugar para la simpática y humilde

Dora. El padre se sintió consolado al ver la duda retratada en el semblante de su hijo.

—Ya lo ves, Reinaldo, exclamó, tu idea sobre la fusión de linajes, es muy buena en la teoría; pero nunca en la práctica. He sido muy paciente contigo, te he tratado, no como á un joven de escuela, que su primer amor le ha trastornado la cabeza; sino como á un hombre formal, capaz de raciocinar y de pensar. Ahora dame la recompensa; prométeme que haciendo un esfuerzo valeroso, olvidarás á Dora, y no volverás á verla. Vé á viajar por uno ó dos años; pronto olvidarás este capricho de tu juventud, y bendice á la sana razón que te ha salvado de fatales consecuencias; ¿me lo prometes, Reinaldo?

—No puedo, padre mío, he prometido á Dora hacerla mi esposa. No puedo faltar á mi palabra: vos mismo no me lo podríais aconsejar.

—Sí, en este caso, dijo el padre con vehemencia, esa promesa no te obliga, ni compromete tu honor; la misma doncella, si es que tiene algo de talento, no puede esperar que la cumplas.

—Ella me creyó; dijo Reinaldo sencillamente, además, la amo, padre mío.

—¡Calla! replicó colérico, no quiero escuchar más disparates. Mi paciencia tiene un límite. Por última vez te digo decididamente, que prohíbo se haga mención alguna de matrimonio tan degradante y ridículo. Te prohíbo casarte con Dora; si me desobedeces sufrirás el castigo.

—¿Y cuál sería el castigo?

—Uno que no podrías soportar; si á pesar de mis consejos y mandatos, insistes en casarte con esa joven, nunca volveré á verte, mi casa dejará de ser la tuya, perderás mi cariño y estimación, y lo que más significará para los que te han inducido á tu perdición, mis riquezas. No

podré desheredarte ; algún día serás el Lord de Earles-court ; pero si persistes en semejante locura, no te daré un solo céntimo mientras viva : figuraréme que has dejado de existir.

—Tengo trescientas libras al año que me dejó mi padrino : dijo con calma Reinaldo.

El semblante de Lord Earle palideció de cólera.

—Sí, replicó, tienes eso que hoy no te bastaría para guantes y tabacos. Pero, Reinaldo, no puedo creer que hables seriamente ; hijo mío, te he amado, me he sentido orgulloso de ser tu padre, tú no puedes abandonarme y herirme de esa manera.

Las palabras se le cortaron en la garganta, y su hijo mirándolo violentamente sintióse conmovido por la emoción que le embargaba.

—Dadme vuestro consentimiento, padre, exclamó apasionadamente ; sabéis que os amo y que amo á Dora, no puedo olvidarla.

—¡ Basta ! las palabras parecen inútiles. Oid mi resolución, nunca la cambiaré, ni el arrepentimiento ni los ruegos me conmoverán. Elije entre tus padres, tu casa y tu posición, y el amor de esa linda muchacha que te cansará en unos cuantos meses. Elije entre nosotros. No te pido ninguna promesa ; te has rehusado á dármela. No apelo más á tu afecto ; te dejo decidir por tí mismo. Bien te podría obligar á renunciar por la fuerza ; pero no lo haré. Obedéceme y sólo me ocuparé de hacerte feliz. Abandóname, cástate con Dora, y entonces jamás volveré á verte en mi vida. En lo sucesivo no tendré hijo ; no serás digno de mi nombre. No hay apelación. Te dejo, pues, para que elijas : esta es mi última resolución.



CAPÍTULO II.



El condado de Earlescourt, era uno de los más antiguos de Inglaterra ; el “ Señorío de Earle ” se mencionaba á principios del reinado de los Tudor y parece que sus fundadores nunca tomaron un participio activo ni en la política, ni en la guerra. Los anales de la familia relatan simplemente vidas virtuosas, y contienen también algunos incidentes románticos. Parte de los antiguos barones habían sido bravos soldados, y se contaban de ellos hazañas en que por milagro habían escapado con vida. Dos ó tres se habían entregado á la política y sufrieron desengaños por su energía y celo ; pero generalmente, los barones de Earle habían sido simplemente caballeros bondadosos, contentos de disfrutar las rentas en el seno de sus familias, satisfechos con las obligaciones que allí tenían ; cuidadosos de las alianzas que contraían, é igualmente, de educar y establecer á sus hijos. Todos habían sido entusiastas cultivadores de las bellas artes. Earlescourt tenía una profusión de pinturas, estatuas y toda clase de obras artísticas.

El hijo sucedía al padre heredando al mismo tiempo que el título y los estados, la disposición sencilla y bondadosa y los mismos gustos, hasta que Ruperto Earle que era el décimonono barón, y con el cual nuestra historia comienza, recibió el título de Lord Earle. La bondad y la sencillez no

eran ciertamente sus distintivos : era orgulloso, ambicioso é inflexible ; soñaba con la época en que los Earles fueron famosos, cuando su nombre fuese de peso en los consejos. En la juventud pareció realizar su ambición. Tenía veinte años cuando sucedió á su padre, siendo el único hijo y distinguiéndose por su viveza, perspicacia y ambición. Á los veintiuno contrajo matrimonio con la señora Elena Brooklyn, hija de uno de los más orgullosos de la Gran Bretaña. Tenía delante de sí un porvenir brillante y halagüeño. Su esposa era una elegante y culta dama, conocía el mundo y sus antimañas, estaba acostumbrada desde su infancia, al roce de la más selecta sociedad. Lord Earle frecuentemente le decía sonriendo que hubiera sido una excelente embajadora ; tan graciosas y delicadas eran sus maneras. Tenía el raro don de parecer interesarse por todos y en todo.

Con tal esposa al frente de su casa, Lord Earle abrigaba grandes esperanzas.

Aspiraba á una carrera política y brillante ; ningún honor le parecía fuera de su alcance. En su grande ambición todo lo encontraba pequeño. Pero un fatal destino le esperaba : pronunció un elocuente discurso en el parlamento, discurso nunca olvidado por aquellos que lo escucharon, por su asombrosa elocuencia, su agudeza de estilo y su amarga sátira y desde entonces nunca se volvió á oír su poderosa voz ni en pró ni en contra. Fué atacado por una violenta y peligrosa enfermedad que lo puso casi al borde de la tumba. Después de una prolongada lucha con la enfermedad, empezó lentamente á recobrase ; pero toda esperanza de volver á la vida pública había desaparecido para él. Los médicos declararon que aun podría vivir por muchos años, siempre que tomara toda clase de precauciones, viviendo pacíficamente y sin volver á soñar con la política.

Al saber esta declaración Lord Earle figuróse haber sido

sentenciado á muerte. Su esposa hacía grandes esfuerzos por consolarlo y animarlo ; pero por algunos años vivió lamentándose de su suerte. La señora Elena se había dedicado exclusivamente á cuidarlo. El condado de los Earles convirtiéndose en el centro de la más famosa hospitalidad : literatos, artistas y toda clase de hombres de nota visitaban al Lord, quien al fin se hubo de conformar con su destino. Toda su ambición y sus esperanzas se habían concentrado ya en su hijo Reinaldo, joven de hermoso y noble aspecto, vivo retrato de su padre en todo, menos en una sola cosa. Tenía las facciones expresivas de los sajones, la mirada clara y franca, los lábios delgados en los que se advertía un gesto orgulloso, la cabellera rubia y el porte gentil ; pero había esta diferencia : Lord Earle era firme é inflexible, nadie pensaba jamás en oponerse á sus decisiones ó en cambiar sus propósitos. Si Milord había dispuesto algo, nada se le podía replicar ; aun la misma Elena sabía que era por demás toda contradicción por justa que fuese. Reinaldo por el contrario, podía ser terco en algunas ocasiones ; pero no era inflexible, y si se recurría á sus buenos sentimientos, rara vez dejaba de acceder á lo que se le pedía.

Lord Earle había cifrado en Reinaldo todas sus ilusiones, y por segunda vez en su vida sintió renacer sus grandes esperanzas y ambición. Lo que él no había logrado, su hijo alcanzaría ; el honor que él no pudo conseguir, podía pertenecer á su hijo más adelante. Había algo que compadecer en el amor que aquel hombre desengañado sentía por su hijo. Impaciente esperaba la época en que Reinaldo tuviera la edad competente para hacer que principiase su carrera pública. Forjaba en su mente mil proyectos para el porvenir de su hijo, que nunca había forjado para sí mismo.

El tiempo pasaba y el heredero de Earlescourt fué al

colegio de Oxford, donde su padre había ido antes. Entonces fué cuando Lord Earle sufrió el segundo amargo desengaño en su vida. Él era un conservador de la escuela antigua. Los principios liberales le eran detestables; aborrecía todo aquello que tuviera conexión con el liberalismo. Calcúlese cuál sería su disgusto, cuando al volver Reinaldo del colegio lo encontró convertido en un liberal exaltado. Con su penetración característica comprendió que toda discusión sería inútil. “Dejad que la fiebre del liberalismo se pase,” le había dicho uno de sus amigos, “ya sabeis Milord que todos los jóvenes la padecen. Ser conservador es el resultado de la edad y la experiencia. Cuando llegue el tiempo en que vuestro hijo haga su entrada al gran mundo, ya habrá pasado por muchos períodos del liberalismo.”

Lord Earle así lo creía firmemente. Cuando el primer efecto de su desengaño hubo pasado, el celo político de Reinaldo comenzó á divertirlo. Le gustaba mucho verlo entusiasta en todas las cosas. Se sonreía cuando Reinaldo con su clara y juvenil voz leía las alocuciones del jefe de su partido. Se sonreía también cuando el joven decidido á poner en práctica la teoría, fraternizaba con sus arrendatarios y visitaba las familias de aquellos que su padre despreciaba con desdén aristocrático.

Ninguna duda había en aquel tiempo de que el mismo Reinaldo se considerase llamado á una gran misión. Soñaba con la época en que las barreras de la raza fuesen destruidas cuando todos los hombres tuvieran los mismos derechos y los mismos privilegios; cuando la aristocracia de la inteligencia y de la virtud se sobrepusiera á la de la sangre; cuando la riqueza fuese distribuida con más igualdad, y cuando los días en que un hombre muere de hambre, mientras otro abunda en el lujo, dejasen de alumbrar en el universo. Sus sueños no eran juiciosamente liberales ni radi-

cales, eran simplemente utopistas. Aun cuando estaba más entusiasmado, si alguien le hubiera propuesto que inaugurase el nuevo estado de las cosas y que fuera el primero en dividir su fortuna, hubiera comprendido lo imposible que era realizar sus ideas. Lord Earle esperaba que la sociedad de hombres de talento y de mujeres hermosas, obrase con el tiempo una metamorfosis en su hijo. Entre tanto á nada se oponía sabiendo por experiencia que toda oposición no haría sino aumentar su entusiasmo. Este fué un desengaño terrible para él ; pero lo soportaba con valor porque nunca perdía la esperanza.

Un nuevo disgusto se le preparaba aun más grande que el de los sueños utopistas de su hijo ; y de todas sus penas, esta era sin duda la más terrible y duradera. Reinaldo estaba enamorado y deseaba casarse con la hija de su jardinero que era simplemente una belleza rústica, según él decía. Earlescourt era uno de los lugares más hermosos en la apacible Inglaterra. Estaba en el centro de uno de los más fértiles y deliciosos condados. El castillo estaba rodeado de un extenso parque, en donde los venados pastaban á la sombra de gigantescos árboles ; había también lindas praderas cubiertas de hermosas flores, y amenas grutas formados por verdes enredaderas ; un ancho y profundo arroyo que casi podía llamarse un río, atravesaba el parque en toda su extensión.

El condado de Earlescourt era notable por sus árboles ; un grande y vetusto cedro se veía en el centro del parque, el tembloroso álamo, el gracioso olmo, el magestuoso roble y el gallardo castaño cubierto de lindas flores se encontraban profusamente en aquel recinto.

El arte había hecho mucho, y la naturaleza más aún para embellecer la morada de los Earles. Primorosos jardines de recreo se hallaban allí repartidos con orden y gusto

sin igual ; el ancho y profundo lago se encontraba medio oculto por los sauces que doblaban su follaje hacia él, y los blancos lirios que flotaban en su apacible superficie.

El castillo era un edificio parduzco y de aspecto pintoresco con sus torrecillas tapizadas de verdes hiedras y sus torreones de arquitectura moderna ; había allí elegantes ventanas ojivales y antiguos aposentos que representaban á las pasadas generaciones, así como alegres y modernos cuartos con todo el lujo y comodidad apetecible.

Una de las grandes bellezas de Earlescourt era el ancho terrado que se hallaba en uno de los lados de la mansión. La vista que desde allí se tenía era incomparable por su belleza. El lago se percibía á la distancia por entre los árboles ; el perfume del espino blanco de los cercados llenaba el ambiente ; el agua de las fuentes al caer herida por los rayos del sol reflejaba los mil colores del iris, produciendo al mismo tiempo suave murmurio que deleitaba el oído.

Lord Earle amaba mucho su hermosa residencia y no omitía gasto alguno para embellecerla : llegó tiempo en que Earlescourt fué reconocido como un castillo modelo.

Sólo una cosa lamentó hasta la hora de su muerte, y fué haber mandado edificar una linda casita en el lado poniente del parque, en la que instaló á Esteban Thorne y á su esposa ; mas, ¡ cuán ageno estaba por aquel entonces de que con esto forjaba el primer eslabón de lo que debía venir á terminar en fatal tragedia !

Reinaldo tenía diez y nueve años de edad cuando terminó sus estudios en el colegio, y su padre creyó oportuno que viajara por dos ó tres años. Él no podía acompañarlo ; pero pensaba que no necesitaría de ninguna vigilancia ; creía que su hijo sería bastante vivo y prudente para dar los primeros pasos en la vida, de por sí. En el colegio había obtenido las distinciones más honoríficas, y todos le

auguraban un brillante porvenir. Estos pronósticos se hubieran cumplido, á no ser por el desgraciado acontecimiento que vino á oscurecer el condado con una nube de sonrojo y pena.

Lord Earle y la señora Elena habían ido á visitar un antiguo amigo llamado Hugh Charteris, de Greenoke. En la creencia de que Reinaldo no llegaría á casa sino hasta pasada la tercer semana de Junio, aceptaron la invitación del señor Hugh y le prometieron pasar á su lado las dos primeras semanas del mes. Pero Reinaldo cambió su plan; la visita que había ido á hacer probablemente no fué muy de su agrado y regresó á Earlescourt dos días después de la partida de sus padres. El Lord le escribió inmediatamente diciéndole que se reuniese con ellos en Greenoke. Él rehusó dando por razón que después de la fatiga que había tenido con sus estudios en los últimos meses, deseaba descansar un poco.

Sabiendo el padre que su hijo sería colmado de atenciones y comodidades, no se ocupó más del asunto. Algunos años más tarde lamentaba amargamente no haber insistido en que su hijo fuese á Greenoke. Así, pues, sucedió que Reinaldo Earle después de terminar su carrera y teniendo ante sí un brillante porvenir, tenía que pasar dos semanas en Earlescourt.

El primer día lo pasó bastante alegre. Fué á ver los caballos, inspeccionó las jaurías, con lo que proporcionó alegría al corazón del encargado de este departamento, quien vió que el joven sabía apreciar lo que tenía mérito; remó en el lago, jugó sólo una partida de billar, comió en manteles largos, leyó tres capítulos de Mill sobre liberalismo, cuatro de una novela sentimental, y se durmió contento con lo que había hecho en el día; pero sin saber qué haría al siguiente.

Era un hermoso día de Junio, ni una sólo nube se veía en el espacio, el sol brillaba en todo su esplendor, y la naturaleza entera ofrecía un espectáculo tan hermoso y seductor, que casi era imposible permanecer en la casa. Afuera, en los jardines, la brisa del verano parecía estremecerse con el canto de los pájaros. Las mariposas y los colibríes extendían sus brillantes alas y coqueteaban con las fragantes flores; las trabajadoras abejas parecían perderse en las blancas copas de los lirios y en las rojas corolas de las rosas.

Reinaldo paseó por los jardines tropezando á su paso con delicados capullos color de oro del ébano de los Alpes que caían á sus pies, y al fin vino á sentarse bajo una grande acacia. El calor del sol era intenso, y Reinaldo sintió deseo de tomar algunas fresas. Por un rato estuvo vacilando si sería mejor ir á la casa y pedir las, ó dirigirse él mismo á la huerta á cortarlas de la planta.

¿Qué impulso fué el que lo envió en aquella deliciosa mañana de Junio cuando la naturaleza toda parecía respirar amor y felicidad, al lugar aquel en donde había de encontrar su destino?





CAPÍTULO III.



LOS plantíos de fresas en Earlescourt eran sumamente extensos. Muy á lo lejos vió Reinaldo entre los verdes campos una doncella arrodillada, recogiendo la fruta madura, que cuidadosamente iba colocando en una grande cesta forrada con hojas, y se dirigió hacia ella.

—Desearía unas pocas de esas fresas ; le dijo con suavidad al mismo tiempo que ella alzaba la cara para mirarlo ; cara que él nunca olvidó. Involuntariamente se quitó el sombrero en homenaje á su juventud y deslumbradora belleza.

—¿ Para quién estás juntando esa fruta ?, le preguntó haciendo un esfuerzo por adivinar quién sería y de dónde vendría.

Al momento la doncella se levantó é hizo la más linda y graciosa cortesía.

—Son para el ama de llaves, señor, replicó ; y su voz era armoniosa y clara como la de una campana argentina.

—¿ Entonces pudiera saber quién eres tú ? continuó Reinaldo.

—Soy Dora Thorne, la hija del jardinero.

—¿ Y cómo es que nunca te había visto aquí antes ?

—Porque siempre he vivido con mi tía, en Dale. Hasta el año pasado vine á casa.

—Comprendo. ¿Quieres darme unas pocas de esas fresas? Parecen estar muy maduras y sabrosas.

Al decir ésto sentóse en uno de los bancos rústicos del jardín y la estuvo observando.

Aquellos delicados y blancos dedos ofrecían un contraste hermosísimo con el rojo de las fresas y el verde de las hojas.

Con habilidad y presteza formó la joven con varias hojas una graciosa cestita y la llenó de la fruta, que vino á ofrecerle á Reinaldo; entonces por primera vez tuvo ocasión de verla frente á frente, y aquella sola mirada le fué fatal.

No era Dora una belleza estética; pero tenía una fisonomía dulce y fresca que se podía comparar á un botón de rosa pronto á brotar; tenía frescos y carmíneos labios, dientes pequeños que semejaban blancas perlas, ojos grandes de un hermoso color castaño oscuro, velados por largas pestañas; cabello también castaño oscuro, suave y abundante. Toda ella era en verdad tan linda, tan modesta y graciosa, que Reinaldo Earle estaba admirado.

—Debe ser porque tú las cogiste que estan tan bonitas, dijo tomando la cestilla de sus manos. Descansa un poco, Dora, debes estar fatigada con este ardoroso sol que de lleno cae sobre tí. Siéntate aquí á la sombra de este manzano.

En tanto que le decía esto observaba el rubor que acudía á sus frescas mejillas. Ni una sola vez levantó sus ojos para mirarlo. Él había visto hermosas y aristocráticas señoras; pero ninguna tan graciosa y seductora como esta linda doncella. Mientras más la miraba, más prendado quedaba de ella. No tenía la delicada belleza de una patricia, su gracia no era refinada, ¿pero quién pudiera igualar aquella sencilla y rústica hermosura?

El heredero de Earlescourt se sentó, aparentando saborear mucho las fresas; pero en realidad estaba absorto en la

contemplación de la doncella que tenía delante. Ella ni se movía ni hablaba. Bajo las ramas del manzano iluminada por los rayos del sol, representaba un hermoso cuadro del que no podía quitar sus ojos.

Todo esto era muy encantador ; pero muy mal hecho, Reinaldo no debió haber dirigido la palabra á la hija del jardinero, y la linda y graciosa Dora, debía haber sido más prudente. Pero eran jóvenes y tales oportunidades rara vez se tienen, á la vez que pasan demasiado pronto.

—Dora, dijo Reinaldo distraído. ¡ Qué precioso nombre ! ¡ Qué bien te sienta ! ¡ Encierra en sí todo un poema ! . .

Ella se sonrió con placer al oír estas palabras ; y por un momento levantó sus hermosos ojos, para bajarlos en seguida.

—¿ Has leído los poemas de Tennyson, Dora ?

—No ; replicó ella, dispongo de muy poco tiempo para leer.

—Te recitaré uno de ellos, dijo él con aire de protección. Desde que lo leí forjé en mi mente mi Dora ideal, y tú lo realizas á las mil maravillas.

Ella no comprendía lo que él quería decir ; pero cuando comenzó á recitar los armoniosos versos, su fantasía y su imaginación se conmovieron ; figuróse ver el sembrado de trigo, las doradas espigas, la bella criatura y su ansiosa madre. Cuando Reinaldo terminó, la vió con las manos enlazadas y la emoción retratada en el semblante.

—¿ Te agradó ? preguntó con cierta satisfacción.

—Muchísimo. ¡ Ah ! el que escribió esos versos debe ser un grande hombre ; y cuán bien los recordais, señor.

Esta sencilla admiración de su parte halagó y deleitó al joven á la vez. Recitó en seguida otros que ella escuchó arrobada. Ni el ardor del sol, ni la brisa del Oeste trajeron

aviso alguno al heredero de Earlescourt, de que estaba forjando el primer eslabón de una terrible tragedia. Él no pensaba sino en la sencilla belleza y seductora gracia de aquella niña. Repentinamente por entre los árboles llegó á ellos el sonido de la gran campana del castillo. Al momento se levantó Dora.

—¡ Es la una ! exclamó, ¿ qué haré ? La señora Morton me va á reñir.

—¡ Á reñirte ! dijo Reinaldo, mohino con esta violenta interrupción de sus dorados sueños. ¡ Reñirte á tí ! ¿ Y por qué ?

—Está esperando las fresas, replicó la tímida Dora, y mi cesta no está ni medio llena aún.

Reinaldo no se explicaba cómo pudiera haber quien se enfadase con la linda y candorosa joven.

—Te voy á ayudar, le dijo.

En menos de un minuto el heredero de Earlescourt se encontraba arrodillado al lado de Dora, cogiendo con toda prisa las maduras fresas, y la cesta pronto estuvo llena.

—Corriente, dijo Reinaldo, ahora ya no tienes por qué temer á la señora Morton. Supongo que deberás irte, aunque no es poco sacrificio resolverse á abandonar este lugar en día tan hermoso, para encerrarse en la casa.

—Yo . . . yo quisiera quedarme, dijo Dora con entera franqueza ; pero tengo mucho que hacer.

—¿ Vendrás mañana ?

—Sí ; toda esta semana tendré que recoger fresas para el ama de llaves.

—Adiós, ya tendré el gusto de verte otra vez. Reinaldo alargó la mano y los temblorosos dedos de Dora vinieron á posarse en ella. Parecía tan feliz y sin embargo, tan asustada, tan encantadora, y á la vez tan vergonzosa. Él pudo haberla abrazado en aquel momento y haberle dicho que la

amaba ; pero Reinaldo era todo un caballero. Se inclinó respetuosamente hacia aquella mano y en seguida la soltó. Por algunos momentos estuvo observando aquella preciosa figura hasta que se perdió de vista.

—Reniego de toda educación forzada, dijo Reinaldo para sí. ¿Cuánto no darían nuestras elegantes damas por tener esa linda cara? Imagínese la hermosura sin ninguna coquetería ni afectación. El corazón de esa niña es tan puro como un lirio sin mancha ; ella nunca ha oído hablar de un “matrimonio ventajoso” ni de un “buen partido.” Si la Dora de Tennyson era como esta, no me sorprende cuanto pasó.

En vez de pensar que había hecho una tontería en aquella deliciosa mañana, y que era su deber olvidar todo lo concerniente á aquella joven, Reinaldo encendió un tabaco y comenzó á soñar, con aquel rostro que lo había fascinado.

Dora llevó la fruta á la señora Morton, y no recibió ninguna reprimenda ; en seguida se fué á su casa, por haberse terminado el quehacer del día. Al regresar tuvo que atravesar por el parque. ¿Era aquel el mismo camino que había tomado en la mañana? ¿Qué ocasionaba el esplendor y gloria que veía reflejarse en cada árbol y en cada hoja?

El azul de los cielos parecía sonreírle ; cada flor, cada canción de las pintadas aves, tenía un nuevo significado para ella. ¿Cuál era éste? su propio corazón latía como nunca había latido antes ; su semblante estaba encendido, y sus grandes y bellos ojos brillaban con una nueva luz. ¿Qué significaba todo ésto? Detúvose á la orilla del arroyo y se sentó sobre un banco de violetas.

El agua de la corriente entonaba una canción desconocida para ella, algo que pertenecía al amor y á la juventud, á la belleza y á la felicidad ; con el suave murmurio del agua volvió á su imaginación aquella voz que había llegado á

sus oídos conmoviéndole el corazón. ¿Podría ella olvidar aquella hermosa fisonomía que tan bondadosamente le había sonreído? Seguramente aquel era un rey entre los hombres, y él la había detenido; había dicho que su nombre era como la dulce canción y que ella, se parecía á la Dora del hermoso poema. Aquel bello joven de correctas facciones aristocráticas y suaves manos, la había realmente cautivado.

Á la orilla del arroyo soñaba Dora con que lo volvería á ver una y otra vez y cuantas quisiera; ni por la imaginación le pasó que podría llegar el tiempo en que no lo vería más. Mañana el sol alumbraría, los pájaros darían al aire sus armoniosos trinos y ella volvería á ser feliz á su lado.

Dora nunca recordó como había pasado aquel día. La buena madre miraba á su hija, y suspiraba al pensar que tal vez pronto aquella dulce y hermosa cara pudiera ser ajada por la mano del dolor.

El primer paso de Dora fué bastante significativo. Fuése á su cuarto y cerró la puerta; puso en seguida un pequeño espejo donde daba mejor luz y procedió á examinar su fisonomía. Deseaba ver por qué la había admirado tanto Reinaldo Earle; largo rato estuvo pensando acerca del nuevo poder que había descubierto poseer; colocó el espejo sobre la mesa y tomó asiento para estudiarse más á su sabor. Vió que era muy bonita; su color delicado y vívido como la corola de una rosa; sus labios exquisitos y carmíneos; sus oscuros y rasgados ojos velados por sedosas pestañas, eran hermosos y brillantes, y el conjunto de su atractiva y sonriente fisonomía revelaba su carácter suave y sencillo, no había allí refinamiento de inteligencia, ni de maneras, nada sino el encanto de una belleza natural y sin pretensiones.

Dora permaneció perpleja. Nunca había pensado acerca de su parecer personal. Habiendo vivido siempre rodeada de gente sencilla y buena, el pernicioso lenguaje de la

adulación le era desconocido, y no fué sino con un ligero estremecimiento de placer que ella por la primera vez comprendió el encanto de su propia persona.

Las horas del día volaron. Dora sin embargo no lo notó ; no hacía sinó pensar en la mañana que había pasado y en la que esperaba ; mientras que Reinaldo por su parte estuvo pensando en ella constantemente y casi sin darse cuenta de ello. El conocimiento de Dora había sido para él una agradable sorpresa en un no menos agradable día ; su gusto artístico había sido satisfecho, su vista había quedado extasiada.

Aquel bello cuadro lo perseguía por do quiera y recordaba con gusto que á la mañana siguiente volvería á contemplar aquella preciosa y seductora fisonomía. Ningún pensamiento de haber obrado mal ó con ligereza vino á perturbar su mente. Ni por un momento supuso que había sido un imprudente. Había recitado un hermoso poema á una niña graciosa, y hasta cierto punto creía haber hecho una buena acción.

Llegó la mañana, y la linda y tímida Dora se entregó á sus quehaceres ordinarios ; otra vez los pequeños y blancos dedos se deslizaron por entre las hojas para coger las rosadas fresas. Poco tiempo después Dora sintió que él venía. Á medida que se acercaba el color de sus mejillas se ponía más encendido. Reinaldo por su parte no fingió encontrarla por accidente.

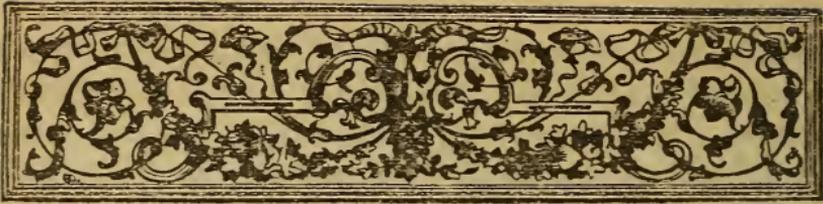
—Buenos días, Dora, le dijo, estás tan radiante como el sol y tan linda como las flores. Pon á un lado la cesta ; he traído un libro de poemas y es mi intención leerte algunos. Después yo mismo te ayudaré á trabajar.

Dora no se hizo de rogar, sentóse y al momento ambos se encontraron trasportados á un mundo de felicidad. Reinaldo leyó sin cesar, dirijiendo de vez en cuando una mira-

da apasionada á su bella compañera. Ella no entendía nada de lo que él leía ; pero aquella voz le parecía más dulce y agradable que cuanta música había oído hasta entonces. Por fin, hubo que cerrar el libro, y Reinaldo se esforzaba por adivinar los pensamientos que ocupaban la mente de su sencilla compañera. Le habló de su vida ordinaria, de sus tareas, de sus distracciones y de sus amigas. Á medida que la trataba aumentaba su admiración ; es cierto que su inteligencia no era notable, como tampoco lo era su ingenio ; pero en cambio el amor y admiración que sentía por la naturaleza hacía de ella toda una poetisa. Parecía que le eran conocidos todos los secretos de los árboles y de las flores ; ninguna belleza se le escapaba ; el ruido de las hojas al ser agitadas por la brisa, los suspiros lanzados por el viento del Oeste, el imponente silencio de los grandes bosques, y los delicados y cambiantes tintes del cielo de estío, formaban sus mayores delicias. De aquellos preciosos labios brotaban hermosas frases envolviendo no menos hermosos pensamientos. Ella no sabía otra cosa. No había visto ningunas pinturas, ni leído libros, ni conocía nada de las bellas artes ; su educación escolar era casi nula ; pero en lo más profundo de su corazón existía un grande amor por la sublime y bella naturaleza.

Esto era enteramente nuevo para Reinaldo. Había oído á las aristocráticas damas hablar de todo aquello que las deleitaba, y sin embargo, nunca las había oído referirse á la armonía producida por la lluvia, ni á las peculiaridades de las lozanas flores.

Por un instante olvidó Dora su timidez, y cuando Reinaldo dijo algo chusco, ella rió en contestación ; qué armoniosa y pura era aquella risa ! semejábase al suave repique de campanillas de plata. Aun en medio de sus sueños Reinaldo Earle escuchó aquella noche la melodiosa risa de la joven.



CAPÍTULO IV.



ODAS las mañanas venía el joven heredero de Earlescourt á los alegres campos, donde Dora trabajaba entre las fresas. Á medida que los días pasaban ella iba perdiendo algo de su encogimiento y esquivéz, reía y charlaba con él del mismo modo que lo hubiera hecho con su hermano. La vanidad de Reinaldo estaba satisfecha con el más dulce de todos los homenajes : el inconsciente y reservado amor de aquella niña. Gozaba al observar el rubor en sus mejillas y el ligero temblor de sus labios, cuando se apercibía de su llegada. Gozaba observando el movimiento de sus hermosos ojos al bajarlos, y después cuando los levantaba para dirigirle una tierna y elocuente mirada.

Insensiblemente fué interesando su corazón en aquella aventura. Al principio sólo había pensado en pasar un rato agradable ; después admiró á Dora y trató de convencerse que era un acto de verdadera benevolencia leerle algunos poemas ; pero mientras más días pasaban, iba sintiendo una atracción más fuerte y más agradable hacia la joven ; es que comenzaba á amarla, y este era su primer amor.

Parece increíble que estos prolongados pasatiempos no hubiesen atraído la atención. Ningún rumor de ellos se escapó, así es que ni una sola espina aparecía en este sendero de rosas, que conducía al borde de un precipicio.

Sólo faltaban tres días para que regresasen los padres de Reinaldo, cuando el señor Harry Laurence del castillo de Holtham lo invitó á pasar un día con él, y como no encontrara medio de escusarse tuvo que aceptar la invitación.

—Mañana no te veré, Dora, voy á estar fuera todo el día. Ella lo miró asustada. ¡ Todo un día sin verlo !

Entonces, acompañado de un dolor violento y agudo vino á su imaginación el pensamiento de que estos hermosos días debían tener un fin ; llegaba ya el tiempo en que no lo vería más. Aquella bella y graciosa cara palideció, y una oscura sombra empañó el brillo de sus grandes ojos.

—¿ Qué te pasa, Dora ? exclamó Reinaldo. ¿ Por qué estás tan asustada ?

Ella por única contestación volvió la cara hacia otro lado. Reinaldo le tomó entonces sus manos entre las suyas.

—¿ Estás aflijida porque voy á estar ausente todo un día ? le preguntó. Pero era tal la aflicción que embargaba á la joven que él no esperó su respuesta. Continuaré visitándote, añadió, ni un sólo día podría pasar sin verte.

—¿ Y después ? dijo ella sencillamente, levantando los ojos llenos de lágrimas.

Reinaldo se quedó confuso, nunca había pensado en el “después.” Era claro que no siempre habría fresas, ni siempre sería verano. Su padre pronto volvería y entonces él tendría que partir. ¿ Á dónde iría Dora en seguida ? Sólo el pensarlo le causaba angustia ; porque á pesar de que hacía poco tiempo la conocía, aquella niña por algún medio misterioso había venido á formar parte de su propio ser. Ni un sólo día hubiera consentido en pasar sin verla y oír la dulce música de sus palabras. Se había quedado perplejo y sin darse cuenta de ello.

—¿ No te agradecería dejar de verme, verdad, Dora ?

—No, contestó ; y al decirlo caían lágrimas de sus ojos.

Pobre Reinaldo, si hubiera obrado con juicio, debería haber huído entonces ; pero inclinó su cabeza sobre la de ella y besó las lágrimas que se desprendían de sus ojos. Otra vez besó aquella mejilla tan sonrosada como la de un niño ; y después la estrechó en sus brazos.

—Ni una lágrima más, Dora, murmuró á su oído ; no nos separaremos nunca. Te amo y tú serás mi esposa.

Un minuto antes de expresarse así, ni por la imaginación le había pasado tal idea ; después le parecía que otra voz había hablado por sus labios.

—¡ Vuestra esposa ! exclamó ella mirándolo alarmada. ¡ Ah ! no ; vos sois muy amable y bueno, pero eso nunca puede suceder.

—¿ Y por qué no ?

—Porque os encontrais demasiado elevado para mí. Yo y mis padres no somos sinó sirvientes vuestros ; preciso es que aprenda á olvidaros, despedazando así mi corazón.

No podía ella haber conmovido más profundamente á Reinaldo ; en un momento brotó de sus labios un torrente de palabras que la asombraron. La fraternidad y la igualdad, la estirpe y la estupidez, su misión y sus creencias, su amor y su dicha ; todas estas cosas se encontraron mezcladas en el torrente de su elocuencia de tal manera, que no hacían sino alarmarla más y más.

—Nunca repitas esas palabras, Dora, continuó diciendo, con su juvenil rostro radiante de entusiasmo. Tú eres igual á una reina en su trono ; eres bella y virtuosa, humilde y buena, ¿ qué más pudiera ser una reina ?

—Una reina sabe mucho, dijo Dora, suspirando, y yo no sé nada.

—Pues yo te enseñaré, se apresuró á decir Reinaldo, pero no, Dora, tu sabes lo bastante. Tienes muy bellos pensamientos y los sabes expresar con elegantes frases. No

seas ingrata ; di, que me amas y que serás mi esposa. ¡ Dora mía, yo te amo, no me hagas infeliz !

—No te haría infeliz, por nada de este mundo ; si deseas que te ame . . . ¡ oh ! tú bien sabes que te adoro. Si deseas que me aparte de tu lado, haré cuanto me sea posible . . .

Pero el solo pensarlo bastó para hacer que brotasen nuevas lágrimas. Estaba tan primorosa, tan hechicera entre el pesar y la alegría, tan deslumbrada por la felicidad y al mismo tiempo tan atormentada por la duda, que Reinaldo quedó más enamorado que nunca.

—Mi querida Dora, tú me amas. Tus ojos me lo dicen aunque tus labios no lo confiesan. ¿ Quieres ser mi esposa ? No puedo vivir sin tí.

¡ Qué hermoso cuadro aquel ! Ella recuperando su color y radiante de felicidad : él inclinándose para mejor oír el casi imperceptible “ Sí.”

—¿ Nunca te arrepentirás de la fe que me tienes ? dijo él con orgullo. Pero ella le interrumpió :

—¿ Y qué dirá vuestro padre ? Y otra vez quedó Reinaldo sorprendido con esta pregunta.

—Mi padre no puede decir nada, tengo la edad suficiente para obrar por mí mismo, y estamos en un país libre. Te presentaré á él, y le diré que me has prometido ser mi esposa. No más lágrimas, amor mío. No tenemos ya motivo sino para estar alegres.

Y así realmente lo creía. No pensaba ni le importaba otra cosa más que Dora ; sus lindas facciones, sus maneras sencillas y naturales, y el amor franco y puro que le profesaba. Sólo una cosa lo podía disculpar : era joven y aquel era su primer amor ; y sin embargo, á pesar de su felicidad, de su orgullo y de su independenciam, á menudo se quedaba pensando en las palabras que debía emplear para decir á su pa-

dre que estaba comprometido á casarse con la hija del jardinero. Había veces que al estar pensando en ésto, experimentaba un estremecimiento general, como si de improviso se encontrara transportado á las regiones glaciales.

Los cuatro días pasaron con la rapidez de un hermoso sueño. Era aquel un bonito poema, un bello idilio de verano ; pero desgraciadamente indebido. Dorá encontraba á Reinaldo en el parque, á la orilla del río y en los verdes prados en donde crecían los poéticos espinos blancos. Allí en medio de la soledad no hablaban sino de una sóla cosa . . . de su amor. Reinaldo nunca se cansaba de admirar á la hermosa Dora ; y ella nunca se cansaba de repetirle en cien diferentes maneras cuán noble y generoso éra, y con cuánta fe lo amaba.

Lord Earle escribió diciendo que llegaría el jueves por la tarde y que venía acompañado de algunos amigos.

—No tendré tiempo de hablar con mi padre á solas por ahora, dijo Reinaldo, así es, Dora mía, que tendremos que guardar nuestro secreto. Conviene que no digas á tu padre ni una sola palabra antes que yo hable con el mío.

Convinieron en guardar el secreto hasta que Milord estuviera solo. También arreglaron la manera de verse dos veces al día : en la mañana temprano, cuando el rocío apareciera sobre las hojas, y en la tarde cuando el castillo estuviere rebosando de alegría.

Reinaldo se sentía culpable, sin saber cómo ni por qué, cuando su padre lo compadecía por las dos semanas que había pasado solo. ¡ Solo ! él no lo creía así ; demasiado pronto habían pasado para él. ¡ Cuántos destinos se habían fijado en aquel corto tiempo !

Muy poco tiempo había para confiar su secreto á Milord. Las personas que habían venido á Earlescourt, eran hombres

de nota, y su huésped se dedicaba enteramente á obsequiarlos.

La señora Elena notaba algo extraordinario en su hijo. Le parecía que pasaba mucho tiempo fuera de la casa. Le preguntó acerca de ésto, suponiendo que tal vez se había dedicado al estudio de la botánica, porque en mañana y tarde nunca se cansaba de pasear por el parque. También se sorprendió al ver el rubor que cubrió su rostro ; mas ya se acercaba el tiempo en que había de comprenderlo todo.

Es muy probable que si Reinaldo en aquella época hubiese tratado á Dora tanto cuanto él deseaba, pronto hubiera descubierto su error y ningún perjuicio habría resultado; pero aquello de las citas tenía para él un encanto indescripible. En sus ligeras entrevistas sólo tenía tiempo de pensar en el amor de Dora. Nunca lo tuvo para notar sus defectos ; estaba encantado con su dulzura y su gracia ; su cariño era tan puro y tan natural, la diferencia entre ella y aquellos con quienes estaba acostumbrado á tratar era tan grande, que hasta su misma ignorancia tenía para él cierto atractivo. Así es que, ellos siguieron en pos de su destino.

Uno tras otro fueron partiendo los huéspedes del castillo, y sin embargo, Reinaldo aún no le había dicho el secreto á su padre. Una nueva circunstancia vino á apresurarlo en su resolución : paseando un día juntos encontraron al padre de Dora, el cual se hallaba acompañado de un joven ; ambos hablaban con tanto ardor y entusiasmo que no se apercibieron de la llegada de los dos caballeros, y al pasar cerca de ellos, Reinaldo pudo oír estas palabras : “Dadme la mano de vuestra hija señor Thorne y confiad en que yo la haré feliz.”

Reinaldo Earle se volvió vivamente para mirar al que así hablaba, y encontró que era un joven, evidentemente un campesino rico á juzgar por su apariencia, de rostro sereno

y bondadoso, y mirada tranquila, en la que se retrataba su honradez . . . ; y era él quien pedía á Dora ! . . ella iba á ser su esposa y á vivir en Earlescourt ! . .

Apenas podía contener su impaciencia, le parecía que la noche nunca llegaba.

Por fin se terminó la cena. Milord permaneció acompañado del señor Enrique Laurence, teniendo delante una botella de vino, y la señora Elena se retiró al salón y tomó un libro. Reinaldo se apresuró á ocurrir al lugar favorito de sus citas ; la orilla del arrollo. Dora ya estaba allí y él pudo ver que su rostro aun estaba húmedo por las lágrimas. Al principio rehusó decirle cuál era la causa de su pesar. Después refirió entre sollozos una historia lastimosa que puso casi fuera de sí á su amante.

Rodolfo Holt había hablado con su padre, y le había propuesto á ella que se casara con él. Su contestación había sido que no ; pero su madre había llorado y su padre habíase puesto colérico y le había dicho que debía obedecerle.

Este joven que me pretende tiene una buena hacienda, dijo Dora suspirando amargamente. Dice que yo viviría como una gran señora, que no tendría nada que hacer, y que sería muy amable con mis padres ; pero yo no lo amo, añadió sollozando y asiendo con sus manos el brazo de su amante, no lo amo y á tí, Reinaldo mío, te adoro.

Él se inclinó y besó aquella faz bañada por las lágrimas ; toda su altivez se despertó á estas palabras.

—Tú serás mi esposa, dijo con orgullo, y nunca de otro. Esta misma noche hablaré con mi padre y le pediré su consentimiento para nuestro matrimonio. En cuanto á mi madre, estoy seguro que te amaré mucho ; ¡ es tan buena y tan generosa con todo el mundo ! Más no tiembles, amada mía, ni Rodolfo Holt ni ningún otro te arrebatará de mi lado.

Prontó se consoló Dora porque su fe en Reinaldo no conocía límites.

—Ahora vuelve á tu casa, le dijo, y mañana mi padre mismo irá á verte. ; Yo le enseñaré á ese atrevido campesino cual es su lugar ! No llores más, todas estas dificultades quedarán allanadas esta noche.

Reinaldo la acompañó hasta una gran avenida de árboles, y después volvió al castillo. Caminaba orgullosamente con la cabeza erguida diciendo para sí, que vivía en un país libre y que podía hacer lo que quisiera ; pero á pesar de todo ésto, su corazón latía violentamente cuando penetró en la estancia que ocupaban sus padres. Estos levantaron los ojos para dirigirle una mirada y una sonrisa, muy ajenos de que su amado hijo, el heredero de Earlescourt viniese á pedirles permiso para casarse con la hija del jardinero.





CAPÍTULO V.



REINALDO tenía mucho valor, ningún otro podía haber defendido con más denuedo una idea descabellada, y así lo demostró en la ontrevista que tuvo con sus padres.

Á medida que él se aproximaba, la señora Elena levantaba el rostro para dirigirle una tierna y lánguida sonrisa.

—¡ Otra vez estabas fuera ! le dijo. Señor Enrique Laurence nos encargó que lo despidiéramos de tí. Creo que el parque ejerce sobre tí una atracción especial. ¿ Has estado paseando de prisa ? Tu rostro está encendido.

Reinaldo no contestó, sino que se acercó á su madre ; se inclinó sobre ella y tomándole una de sus manos la llevó respetuosamente á sus labios.

—He venido á comunicar á vosotros una noticia, dijo por fin. Padre, ¿ tendreis la bondad de escucharme ? Solicito vuestro permiso para casarme con Dora, una de las más lindas y buenas muchachas de Inglaterra.

Su voz era firme y su ademán resuelto. El padre lo miró enteramente asombrado.

—¡ Para casarte con Dora ! le dijo. Pero en nombre del sentido común te pregunto, ¿ quién es Dora ?

—La hija del jardinero, contestó Reinaldo sin vacilar. La amo, padre, y ella me ama.

No dejó de desconcertarse un poco Reinaldo cuando su padre por toda respuesta se echó á reir sin poder contenerse.

Él esperaba una tempestad, una agria reprimenda, todo en fin, menos ésto.

—Seguramente te chanceas, Reinaldo, le dijo su madre sonriendo.

—Nada de eso, lo digo tan seriamente, que daría cuanto poseo en el mundo, mi propio ser incluso, por Dora.

Al momento el padre cesó de reir y miró fijamente el emocionado rostro de su hijo.

—No ; dijo, tú no hablas con seriedad. Tú no te atreverías á pedir á tu madre que recibiese la hija de un sirviente, en calidad de hija política. Tales bromas son de muy mal gusto, Reinaldo.

—No es una broma, replicó. Nosotros los Earles decimos siempre lo que sentimos. He prometido á Dora hacerla mi esposa, y, con vuestro permiso me propongo cumplir mi palabra.

El rostro del padre se puso encendido de cólera, pero tuvo el suficiente dominio sobre sí mismo para contenerse.

—En todo caso, repuso prontamente, eres muy joven para pensar en el matrimonio. Si hubieses elegido la hija de un duque también me opondría por ahora.

—Dentro de unos cuantos meses cumpliré veinte años, dijo Reinaldo, y estoy dispuesto á esperar hasta entonces.

La señora Elena colocó su blanca mano, adornada con valiosa joyería, sobre el hombro de su hijo y profirió con suavidad.

—“ Mi querido Reinaldo, ¿ has perdido el juicio ? Díme, ¿ quién es Dora ? ”

En este momento vió las lágrimas prontas á brotar de los ojos de su hijo ; su franca y honesta fisonomía, conmovió su corazón.

—Díme, continuó, ¿ quién es ella ? ¿ cómo es ? y ¿ en dónde la has visto ?

—Es tan hermosa, madre mía, que estoy seguro de que la amaríais ; es tan bella y graciosa como virtuosa y modesta. La encontré por primera vez en el parque hace algunas semanas, y después la he visto todos los días.

Padre y madre cambiaron una mirada de desaliento que no pasó desapercibida á Reinaldo.

—¿ Por qué no nos lo habías dicho antes ? le preguntó su padre enojado.

—Le hablé de matrimonio cuando estabais ausentes, replicó Reinaldo. Ella consintió, y sólo había estado esperando que se fuesen nuestras visitas para comunicaros mi pretensión.

—¿ Y es para ver á Dora por lo que sales tan frecuentemente ? preguntó su madre.

—Sí ; no podría dejar de verla un sólo día, porque tal día equivaldría para mí á uno sin sol.

—¿ Y quién más sabe de esta tontería ? preguntó Milord agriamente.

—Nadie, podeis tranquilizaros, padre, antes de hablar con otro tenía que hacerlo con vos.

Sus padres lo miraron con desconsolador silencio ; molestos y sorprendidos de lo que había hecho ; irritados por su torpeza, y sin embargo ; obligados á reconocer y á admirar su dignidad y su valor. Ambos pensaban que otros hijos hubieran probablemente ocultado á sus padres esta aventura amorosa, sentíanse orgullosos de su candor é integridad, aunque deploraban su imprudencia.

—Refiérenos todo lo que ha pasado, Reinaldo, dijo la madre.

Sin la menor vacilación, Reinaldo les contó todo palabra por palabra ; y á pesar de su disgusto, ninguno de los dos pudieron impedir que una sonrisa viniera á dibujarse en sus labios, ; era aquella una historia de amor tan romántica !

todo era en aquel poema, luz y sonrisas, lágrimas y flores. La fisonomía de Milord se iba despejando á medida que escuchaba, y cuando su hijo hubo terminado colocó una mano en su hombro.

—Reinaldo, le dijo, nos es forzoso desaprobarte tu amor ; pero ten presente que alabamos tu virtud ; después de todo la culpa es mía. Debía haber sabido que un joven de tu edad, abandonado á sí mismo, era seguro que cometería algún desatino ; y eso precisamente has hecho tú. No hablemos más del asunto por ahora ; con toda claridad y energía te rehúso mi consentimiento. Fiado en tu honor te prohibo que vuelvas á ver á esa doncella. Más tarde hablaremos sobre esto.

Cuando la puerta se cerró tras de Reinaldo, sus padres se quedaron mirándose el uno al otro. El rostro de la señora Elena estaba pálido y agitado.

—¡ Oh ! Ruperto, dijo ella, ¡ cuán noble y generoso es nuestro hijo ! Pobre tontuelo ; ¡ qué orgulloso se mostraba de su grave error ! Preveo que vamos á tener serios disgustos con esto.

—No lo creo así, replicó su esposo ; Valentina pronto estará aquí, y tan luego como Reinaldo la vea, olvidará á esa bella campesina.

—Será mejor no contrariarlo ; interrumpió Elena. Deja á mi cargo, el asunto, Ruperto ; mañana yo misma iré á la casa de esas gentes y las persuadiré para que manden á la joven á alguna parte ; después mandaremos á Reinaldo á viajar, y en poco tiempo todo lo olvidará.

Durante la noche estuvo la noble dama molestada por extraños sueños y vagos temores que la perseguían sin cesar. “ De esto va á resultar alguna desgracia,” se decía para sí, “ infortunios y pesares ; sus distantes consecuencias me atormentan desde ahora.”

Al día siguiente, se dirigió á la casa del jardinero y preguntó por Dora. Cuando vió aquel hermoso rostro, aquellos rizos de su oscura cabellera que caían sobre su alabastrino cuello, medio disculpó la locura de su hijo. La doncella era en verdad encantadora y modesta pero indigna ¡ oh ! cuán indigna para ocupar el puesto de Earlescourt ! Era tan graciosa cuanto puede serlo una flor silvestre ; pero carecía de maneras distinguidas, de refinamiento y de cultura. Permaneció avergonzada, confundida y sin hablar ante aquella gran señora.

—Tú sabes para que te quiero, Dora, dijo la señora Elena con amabilidad. Mi hijo nos ha participado las relaciones que existen entre vosotros y vengó á decirte que éstas deben terminar. No quiero ofender ni herir tu dignidad ; pero tú misma has de comprender que nunca te podremos recibir ni mi esposo ni yo como nuestra hija. No hablaremos de tu inferioridad en cuna y en posición. Tú no eres igual á mi hijo ni en modales ni en educación ; esto pronto lo descubriría él y se fastidiaría de tí.

Dora no dijo una sola palabra, las lágrimas brotaron de sus brillantes ojos, y esta vez no estaba allí su joven amante para que las enjugara con sus besos. Nada contestó, y cuando la señora Elena mandó que le hablasen á su padre, Dora se retiró precipitadamente, no queriendo oír más.

—Nada sé de ésto, señora, dijo el honrado jardinero quien quedó aun más sorprendido que su mismo amo. El joven Rodolfo Holt quiere casarse con mi hija y yo le he dicho que será su esposa. Nunca me imaginé que conocía á mi joven amo ; ni aun su nombre le he oído pronunciar. La señora Elena quedó satisfecha de su diplomacia que había dado un resultado superior al que esperaba.

Esteban Thorne y su esposa, aunque deslumbrados por el hecho de que su hija había cautivado al futuro Lord de

Earlescourt, dejaron prevalecer al sentido común y á la razón y vieron claramente que era un solemne disparate tal matrimonio. Prometieron ser amables y cariñosos con Dora, no reñirla y dejar pasar un poco de tiempo para exigir á Rodolfo Holt el cumplimiento de su palabra.

Cuando la señora Elena se despidió puso en las manos de Esteban Thorne un billete de veinte libras diciéndole: "Tienes que mandar á Dora á Eastham y eso es para los gastos."

—Eso sí no lo puedo aceptar, dijo Esteban rehusando al principio tomar el dinero. No puedo vender el amor de mi pobre Dora.

Pero como Elena aun permaneciese con su blanca mano extendida, Esteban se inclinó hacia ella.

Antes de que el sol se pusiera aquella tarde, Esteban Thorne había llevado á Dora á Eastham en donde tenía que permanecer hasta que Reinaldo saliera de viaje.

Por algunos días pareció que la tempestad había pasado. Hubo una entrevista bastante molesta entre madre é hijo, en la cual Reinaldo declaró que el mandar á Dora lejos, equivalía á desconfiar de él, que averiguaría en donde se hallaba y que se casaría con ella como y cuando pudiera. Milord pensó que estas palabras no demostraban sino el capricho de un muchacho privado de un juguete querido, y por lo mismo no les dió ningún valor.

La historia de Earlescourt pudo haber sido diferente, si la fatalidad no hubiera hecho que Reinaldo irritado aún por la frialdad y disgusto de su padre, se encontrase con Rodolfo Holt. El encuentro tuvo lugar en la puerta del cercado que comunicaba los prados con la carretera, aquella se hallaba cerrada y ninguno de los dos se apartaba para dejar libre el paso.

—Tengo un asunto que arreglar con vos, Milord, dijo

Rodolfo con aspereza. Las palomas nunca irán bien con las águilas ; si deseais casaros, elegid á una de vuestra clase y dejad á Dora para mí.

—Dora será mía : dijo Reinaldo con altivez.

—Nunca ; fué la pronta contestación. Mirad, caballero, yo he amado á Dora desde que era una linda criatura de tierna edad. Su padre vivía cerca de la hacienda del mío por aquel entonces. La he amado toda mi vida . . . No recuerdo haber dirigido dos veces la mirada á ninguna otra mujer. No os interpongais entre ella y yo, os lo suplico . . . El mundo es grande, y no os faltará en donde escoger . . . Pero no me robeis á mi Dora.

Había tal tristeza y dignidad en la expresión de su rostro, que Reinaldo se sintió conmovido.

—Siento mucho que ameis á Dora, dijo, porque está destinada á ser mi esposa.

—¡ Nunca ! exclamó Rodolfo. Ya que no escuchais mis palabras os desafío. Iré á Eastham y no me separaré de ella hasta que sea enteramente mía.

Mediaron entre ellos otras palabras coléricas y desatinadas ; pero Rodolfo en su irritación había revelado á Reinaldo el secreto que éste deseaba conocer : Dora se hallaba en Eastham.

Es esta una triste historia y sin embargo, nada rara. El amor y los celos pusieron al joven fuera de sí ; el deber y el honor fueron vencidos. Bajo pretexto de visitar á uno de sus discípulos, Reinaldo fué á Eastham. Sus padres lo vieron partir sin ningún presentimiento ; ni siquiera sospechaban que sabía en donde estaba Dora.

El fruto de esta triste historia fué la aflicción y la desgracia. No se puede relatar palabra por palabra, pero, cuando el joven heredero de Earlescourt volvió á ver á Dora, el gozo natural de ella, su loca alegría mezclada al mismo

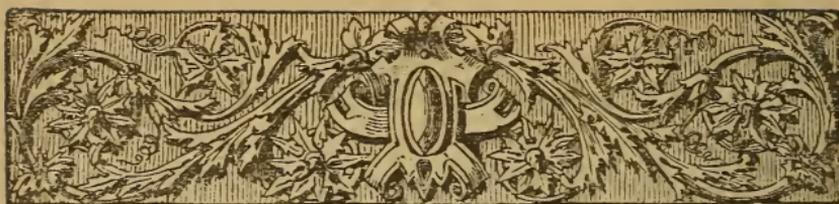
tiempo con cierto pesar, su temor y aversión hacia Rodolfo, y su inmenso amor por Reinaldo, hicieron que de su mente se ahuyentara toda idea del honor y del deber. Reinaldo le rogó que accediera á unirse con él en matrimonio secretamente. Decía que una vez casados, su padre los perdonaría y todo quedaría arreglado. De buena fe creía lo que alegaba, y Dora no tenía más voluntad que la de él.

Olvidó todas las advertencias de la señora Elena y sólo se acordaba de Reinaldo y de su amor. Así fué que su matrimonio se verificó en la solitaria capilla de Helsmeer, veinte leguas distante de Eastham, y con excepción del sacerdote nadie más supo este secreto. No había excusa ni disculpa alguna para un acto indebido, deshonesto y falso; nada que hablase en su favor, sino es que era joven y no estaba acostumbrado á que se contrariasen sus deseos.

Casáronse: y Dora vino á ser Dora Earle. Reinaldo partió inmediatamente del lado de su bella esposa. Arregló todos sus planes con lo que llamaba mucha prudencia. Él tenía que regresar al castillo y hacer lo posible, empleando los mejores argumentos, para ganar el consentimiento de su padre. Si rehusaba, el tiempo le indicaría el curso que debía seguir. Saliera lo que saliera, Dora ya era suya; nada en la tierra los podía separar. Lo demás poco le importaba. Aun poniéndose en el peor caso, y era que su padre lo arrojase de la casa, esto sería por poco tiempo, y contaba con Dora para que lo consolase.

Volvió á Earlescourt y aunque no levantó los ojos para mirar cara á cara á su padre, éste notó que su hijo estaba contento y pensaba que la borrasca iba pasando.

Dora tenía que permanecer en Eastham hasta nueva orden de Reinaldo, y aunque no se podían comunicar nada por escrito, él le prometió, como lo creía, que muy pronto la podría llevar con toda pompa al castillo de Earlescourt.



CAPÍTULO VI.



RA una hermosa mañana en los últimos días del mes de Agosto ; el ambiente embalsamado de la primavera había dejado su lugar al esplendor y exhuberancia del estío. Las doradas mieses undulaban con el aire, los cercados estaban cubiertos con infinidad de flores silvestres, las frutas ya sazonadas colgaban en los árboles. La naturaleza ofrecía realmente un aspecto encantador.

El comedor de Earlescourt era un bonito salón ; miraba al jardín de las flores, y al través de las grandes ventanas de estilo francés penetraba el suave perfume de las rosas.

Era aquel un hermoso cuadro ; los rayos del sol caían sobre la rica plata, la delicada porcelana y los jarrones de las fragantes flores. Earle estaba sentado á la cabecera de la mesa entretenido en leer su correspondencia.

La señora Elena luciendo una elegante paño de seda, se sonreía al pasar la vista por unas perfumadas esquelas llenas de aristocrática charla ; su delicada y noble fisonomía aparecía correcta y pura á la luz de aquella fresca mañana. Pero en el semblante de Reinaldo no se advertía ninguna sonrisa. Estaba preocupado pensando por la centésima vez como diría á su padre lo que había hecho. Ansiaba por estar al lado de su hermosa Dora ; y sin embargo, había que afrontar una terrible tempestad antes de poderla traer al castillo.

—¡ Ah ! exclamó Elena repentinamente, ¡ buenas noticias ! Charteris viene positivamente. Ruperto, el señor Hugh vendrá á los pocos días. Mañana estará aquí ella con Valentina.

—Me alegro mucho, dijo Milord levantando la vista, entre alegre y sorprendido. Es preciso que invitemos á la señora Laurence para que se encuentren aquí.

Reinaldo suspiró. Sus padres se ocuparon en discutir sobre la recepción y las distracciones que debían proporcionar á sus huéspedes. Se proyectó un banquete y un baile, al cual se invitaría á infinidad de personas de la aristocracia.

—Valentina ama la alegría, dijo la señora Earle y debemos proporcionársela en abundancia.

Por todo esto tendré que pasar, pensaba Reinaldo, grandes recepciones, banquetes y bailes, en tanto que mi corazón ansía por volar al lado de mi amada ; y en medio de todo ésto, ¿ cuando voy á tener tiempo para hablar con mi padre ? Hoy mismo voy á intentarlo.

Después del almuerzo Reinaldo propuso á su padre salir á la terraza á fumar un tabaco. Entonces tuvo lugar la conversación con que dió principio nuestra historia y cuando Milord declaró á su hijo su última resolución.

Reinaldo quedó más turbado con los justos raciocinios de su padre, pero luchaba por rechazarlos interiormente. Llegó momento en que temblaban en sus labios las palabras de la confesión de su matrimonio. Si su padre se hubiese mostrado colérico ó desdeñoso las hubiera proferido ; pero ante su calma y buen criterio quedó avergonzado é indeciso. Por la primera vez comprendió la verdad de cuanto su padre le había dicho. No quería decir con esto que amaba menos á Dora ó que se había arrepentido de su precipitado matrimonio ; pero la apelación de Milord á su buen juicio respecto á la “ propiedad de las cosas ” lo desconcertó. Que-

daba poco tiempo para reflexionar. La señora Charteris y su hija debían llegar á la mañana siguiente. Otra vez Elena entró al campo de la diplomacia y salió victoriosa.

—Reinaldo, dijo su madre al despedirse por la noche, yo se que por regla general á los jóvenes de tu edad no les agrada la sociedad de las personas mayores ; y te ruego que hagas una excepción de esta regla en obsequio de la señora Charteris. Estas personas fueron muy amables conmigo en Greenock y tú debes ayudarme á corresponder sus atenciones. Cuanto se haga por atender á esta dama, y á su hija, lo recibiré como si fuera hecho en mi obsequio.

Reinaldo se sonrió á estas palabras, y le dijo que haría cuanto estuviere de su parte por complacerlas.

Si trata mucho á Valentina, pensó Earle, no podrá dejar de amarla. Entonces todo quedará arreglado.

Reinaldo no estaba en la casa cuando llegaron los huéspedes, porque su arribo fué un poco antes de la hora anunciada. Elena y Charteris habían ido juntas á la biblioteca dejando sola á Valentina en el salón. Allí fué donde la encontró Reinaldo. Al abrir la puerta percibió la manga de un vestido blanco ; pensando que sería su madre penetró en la estancia despreocupadamente ; mas al fijarse en la joven que estaba delante de él, quedó realmente sorprendido. Puede suceder que sólo una vez en un siglo se vea á una mujer igual á Valentina Charteris ; era un tipo verdaderamente griego, una arrogante rubia, de abundante cabellera fina como la seda y que pendía de su aristocrática cabeza en luengos y graciosos rizos ; alta y esbelta poseyendo además, mucha soltura y gracia en sus maneras, resultado de una larga y esmerada educación. Cuando entró Reinaldo se levantó fijando en él una mirada apacible. Repentinamente un tinte de rubor cubrió su blanca frente, y es que recordó lo que la señora Earle había dicho de su hijo, y que

con su madre se había concertado su matrimonio con aquel joven.

—Mil perdones, señorita, dijo Reinaldo apresuradamente ; creí que mi madre se encontraba aquí.

—Está en la biblioteca, repuso Valentina con una sonrisa que no dejó de turbar á Reinaldo, quien hizo una cortesía y salió del aposento. Esta era, pues, Valentina Charteris, la estimable persona, cuya visita él estaba temiendo. Era ciertamente muy hermosa, nunca había visto un rostro semejante. Ni por su imaginación pasó la idea de comparar esta arrogante mujer con la sencilla y bella Dora. Pero Reinaldo era un verdadero artista y de no escaso talento. Admiró aquella cabeza griega como hubiera podido admirar una hermosa pintura ó una estatua modelo. Ni por un momento se detuvo á pensar acerca de los sentimientos y amor que pudieran existir en el corazón de aquella joven.

Ningún sacrificio fué para él después de terminada la cena, abrir el piano para que tocara Valentina, traer la música y oírla hablar de óperas desconocidas para él. Era verdaderamente un placer contemplar aquella beldad, cuando al caer la tarde se sentaba ostentando su gran hermosura á la que prestaba realce su magnífico peinado ; sus bien formados hombros eran alabastrinos, sus hermosos y torneados brazos los ceñían ricos brazaletes de perlas ; llevaba generalmente una rosa prendida en el seno de su vestido, y al inclinarse Reinaldo para ver la pieza de música que ella le mostraba el sutil y delicado perfume llegó á él como un mensaje de Dora.

Valentina poseía otro atractivo que aumentaba su belleza : sabía expresarse con facilidad y elegancia, el conjunto de sus facciones, el movimiento de sus labios, era algo que no se podía olvidar ; y aquella angelical sonrisa,

semejaba á un rayo de sol que iluminaba su rostro, era en resumen irresistible.

El pobre Reinaldo permanecía á su lado, observando el cambio de expresión que parecía tener su semblante á cada palabra ; escuchando aquel pulcro y escojido lenguaje que por sí sólo era un atractivo.

Las dos madres se miraban y sonreían, y Milord se sentía libre de un gran peso que le atormentaba. Poco tiempo después Elena suplicó á Valentina que cantara. Ella cedió sin ninguna afectación.

—¿ Qué clase ñe música preferís ? preguntó mirando á Reinaldo.

—Las antiguas y sencillas baladas ; contestó él pensando en Dora, y en lo bien que ella las cantaríá.

Al oír las primeras notas de la magnífica voz de Valentina interrumpiendo clara y armoniosamente el silencio de la noche, Reinaldo quedó sorprendido. La canción era la historia de los amores de un caballero prendado de una doncella, y que amándola tuvo que ausentarse para encontrar solamente una tumba de rosas á su vuelta. Reinaldo permanecía sentado pensando en Dora. ¡ Ah ! tal vez si él la hubiera olvidado, su linda y graciosa cara se hubiera marchitado ! Al pensar así sentíase contento de haberle sido fiel. En aquel momento la música cesó. •

—¿ Os agradó la canción ? preguntó Valentina ; es de las más sentimentales.

El sencillo y franco Reinaldo pensó si sería acaso un pecado el sentimiento contra la etiqueta, ó por qué era que las damas elegantes generalmente hablaban de él con cierto desdén.

—¿ Os reís de lo que llamo sentimiento ? preguntó.

Valentina abrió sus hermosos ojos admirada de la pregunta. La señora Earle medio la oyó, y se sonrió satisfe-

cha. El asunto debe caminar bien, pensó ella, puesto que Reinaldo ha comenzado ya á hablar del sentimiento . . . ; Cuán lejos estaba de pensar que el corazón y el pensamiento de su hijo estaba con Dora, mientras hablaba ! . . . Con la primorosa Dora, que se entusiasmaba con sus versos y ciegamente creía en el lenguaje de las flores.

La velada pasó rápidamente, y Reinaldo sintió algo como pesar cuando terminó. Elena era demasiado viva para hacer de pronto comentario alguno : ni siquiera preguntó á su hijo si le había simpatizado Valentina, ó qué impresión le había causado.

—Supongo que estarás cansado, le dijo con una cariñosa sonrisa ; te agradezco mucho que me hayas ayudado á divertir á mis amigas.

Al pensar Reinaldo en lo que él había hecho, vió que era bien poco ; sin embargo, su madre estaba contenta, y se retiró á descansar resuelto á ser doblemente cortés con Charteris á la mañana siguiente.

Pasaron tres días, y Reinaldo se había medio familiarizado con Valentina. Leían juntos y discutían sobre el mérito de las obras. Reinaldo traía su enorme porta-folio de dibujos, en el que Valentina admiraba su habilidad. El se inclinaba á su lado, para explicarle los bosquejos, riendo y charlando alegremente, como si ningún fondo oscuro existiera en su vida.

—Sois un artista consumado ; le decía Valentina, seguramente habeis dedicado mucho tiempo al estudio.

—Me agrada tanto, contestó Reinaldo, que si el destino no hubiese querido que yo fuera el hijo único de mis padres, indudablemente habría elegido la pintura como profesión.

Algunos años después, se recordaban aquellas mismas palabras como si hubieran sido una triste profecía.

Á Reinaldo le agradaba Valentina. Además de su gran

hermosura, poseía un generoso corazón y un carácter muy amable. Vió lo mucho que la estimaba y se resolvió á decirle todo lo concerniente á Dora, y á suplicarle que influyera con su madre. Con este propósito en perspectiva, hablaba muy á menudo con la joven ; la acompañaba en todos sus paseos, y cantaban y dibujaban juntos. Creíase Reinaldo muy seguro respecto á Dora, y olvidaba la luz en que los demás vieran su conducta. Earle había casi olvidado sus temores ; creía que su hijo comenzaba á amar á Valentina, y su esposo participaba de su creencia.

Todas las cosas se veían por entonces color de rosa en Earlescourt. Reinaldo parecía que estaba feliz, y es que tenía mucha fe en el poder persuasivo de Valentina.

Los días pasaban rápidamente ; el tiempo para el gran baile se aproximaba. La señora Elena no comprendía por qué su hijo no les hablaba respecto á Valentina y ella no se explicaba por qué siempre él la seguía, porque muchas veces que parecía decidido á comunicarle algo se detenía pensativo. Creía firmemente que se interesaba por ella, y por su parte lo quería tanto cuanto era capaz de querer.

Valentina no era una reina de tragedia, sino una joven amable y cariñosa, incapaz de concebir una pasión frenética. Estaba en buena disposición para con Reinaldo, y sabía por otra parte que su matrimonio con él proporcionaría mucho placer á su madre.

La favorable impresión que tenía Valentina de Reinaldo aumentó cuando lo vió. Á pesar del acto de falsedad que oscureció su vida, Reinaldo era fiel y honrado. Valentina admiraba su correcta fisonomía sajona y sus bien formados labios ; admiraba sus brillantes y hundidos ojos, que reflejaban cada emoción que experimentaba ; le agradaban sus maneras amables y caballerosas, sus enérgicas palabras, la

atención con que la distinguía y el afecto sincero que profesaba á su madre.

No había un hombre más amable y galano en toda la Inglaterra que el joven heredero de Earlescourt. Él había heredado la hermosura y el valor personal de su estirpe. Prometía ser un hombre célebre y nadie sabía con cuanto orgullo contemplaba su padre esta perspectiva.

En medio de su esquivéz é indiferencia Valentina sentía simpatía por Reinaldo ; casi lo amaba y se hubiera sentido feliz siendo su esposa. Le agradaba su perspicaz y clara inteligencia. Hasta sus ideas en política, que tanto habían alarmado á su padre, la divertían. Reinaldo, cuyo corazón estaba lleno con el amor de su linda esposa, á quien no se atrevía á ir á ver, ni á escribirle ; no se fijaba en los modales de Valentina ; y nunca se detuvo á pensar en cómo interpretarían los demás la sincera amistad que le profesaba.





CAPÍTULO VII.



LEGÓ por fin el día para el gran baile, y durante el almuerzo las señoras discutieron sobre el importante asunto de los ramilletes; de ahí la conversación pasó á las flores.

—Hay tantas, dijo Valentina, y todas tan hermosas que no sé á cuales dar la preferencia.

—Yo ni por un momento vacilaría, dijo Reinaldo sonriendo, tal vez me juzgueis muy sentimental; pero daría la preferencia á los blancos lirios. Los lirios del valle son las más hermosas flores que he visto.

La señora Earle se fijó en la observación, nadie más pareció fijarse en ella; y no se sorprendió mucho al ver entrar á Valentina en el salón de baile con lirios blancos en su tocado, y un ramillete de las mismas flores medio cubierto por verdes hojas, en la mano.

Todas las miradas quedaron fijas admirando aquella imperiosa hermosura, y sus blancas flores. Reinaldo también la vió, y no pudo dejar de fijarse en el elegante plumaje, desprovisto de abigarrados colores, en la preciosa guirnalda y en el delicioso ramillete. Nunca pensó sin embargo, que Valentina había elegido aquellas delicadas flores en su obsequio. Sí pensó que jamás había visto una pintura más hermosa que esta bellísima rubia; después de esto borróse de su imaginación. Dirigía la vista en derredor de todas

aquellas nobles y elegantes damas, pensando que la sencilla y ruborosa Dora era sin comparación más hermosa que cualquiera de ellas. Miraba las valiosas joyas, las undulantes plumas, las enormes cintas de rico raso y recordaba el traje sencillo y agraciado de Dora. Sin darse cuenta de ello tornóse su aspecto en melancólico y sombrío, al traer á su mente el recuerdo de su tímida y linda esposa. Algún día también ella atravesaría estos suntuosos salones, y entonces todo el mundo admiraría su buena elección. Así pensaba el heredero de Earlescourt al ver la brillante concurrencia que ya comenzaba á llenar el salón de baile; pero su meditación fué interrumpida repentinamente por la voz de su madre.

—Reinaldo, le dijo algo impaciente al parecer, ¿has olvidado que tú eres quien debes romper el baile? Es necesario que invites á Valentina para que te acompañe.

—Eso no es ningún sacrificio, replicó el joven sonriendo, á la vehemente indicación de su madre. Con más gusto bailaré con ella que con cualquiera otra.

La dama guardó silencio prudentemente; su hijo, entretanto, se dirigió á Valentina y le suplicó lo acompañase. Bailó con ella una y otra vez, no como lo deseaba Elena, es decir, prefiriéndola á impulsos de su corazón, sino porque le era menos molesto que ir á buscar compañera entre las demás jóvenes desconocidas. Valentina así lo comprendió; conversaban con desembarazo y sin ninguna restricción, él sin embargo, no se creía obligado á dirigirle ninguna galantería y ella por su parte no parecía esperarlas. Cuando otras lo acompañaban, estaba siempre pensando en lo qué dirían si supieran que él poseía una linda esposa en Eastham. Con Valentina no le perseguía tal pensamiento, y es que tenía cierta fe intuitiva en su leal y firme amistad.

La señora Elena escuchó algunos comentarios á media

voz, que le llenaron de alegría el corazón. Algunos antiguos amigos le decían al oído que aquella era una espléndida pareja para su hijo y que cuán feliz sería con una hija política tan hermosa y digna como Valentina. Á todo esto daba pábulo el deseo que tenía Reinaldo de asegurar la amistad de ella, para que pudiera interceder por Dora.

Cuando por la cuarta vez Reinaldo se acercó á Valentina á solicitar la próxima pieza, ella lo miró sonriendo . . .

—¿Sabeis que hemos bailado juntos muy de seguido esta noche? le preguntó.

—¿Y qué? replicó Reinaldo sin comprender por qué se cubría de rubor el semblante de su amiga; perdonadme si os digo que vos realizais mi ideal en la poesía del movimiento.

—¿Ese es el motivo porque me invitais tan frecuentemente? dijo ella con malicia.

—Sí; contestó Reinaldo con franqueza, realmente es un gran placer; ya que por cada persona que baila bien hay cincuenta que bailan mal.

Reinaldo no notó cierta expresión de disgusto que se manifestó en el lindo rostro de Valentina.

—No me habeis dicho todavía, si os agradan mis flores.

—Son muy hermosas, contestó él; pero sin reconocer que la elección había sido hecha por complacerlo.

Valentina no sabía si esto era simplemente indiferencia ó timidez.

—Me dijisteis que estas flores eran de vuestra predilección.

—Sí, pero no son las que más se os parecen. Él pensaba en aquel momento cuanto la sencilla y pudorosa Dora se asemejaba á aquellas delicadas flores. Vos sois semejante á los altos y magestuosos lirios.

Al decir ésto se contuvo ; porque Valentina lo miraba sonriéndose y sorprendida.

—Tened presente que me habeis dirigido dos galanterías en menos de cinco minutos ; y precisamente ayer hemos convenido en que estas son enteramente innecesarias entre amigos sinceros como nosotros.

—Yo . . . yo no he pretendido decir vanos cumplimientos, simplemente he expuesto lo que siento. Os pareceis á un blanco y soberbio lirio. Esto lo he pensado muy á menudo. Pero hablando de otra cosa, ¿no desearíais que recorriéramos los salones, si os sentís fatigada por el baile ?

Infinidad de miradas se fijaron en aquella hermosa pareja. Pasaron por los amplios y elegantes salones y de allí al invernadero, en donde multitud de lámparas desprendían su brillante luz, semejantes á estrellas entre las verdes y exóticas plantas.

—¿ Quereis descansar aquí ? dijo Reinaldo, el salón del baile está tan concurrido que casi no se puede hablar allí.

—¡ Ah ! pensó Valentina, entonces realmente tiene algo que decirme.

Á pesar de su indiferencia y serenidad, el corazón de Valentina latió con violencia. Amaba al galante heredero de Earlescourt, su carácter amable y bondadoso la encantaba. Vió que aquella aristocrática fisonomía inclinándose sobre las flores estaba pálida y agitada. Valentina bajó los ojos para mirar los lirios que tenía en la mano ; y él se aproximó más á ella, y fijó con ansiedad su hermoso semblante.

—No soy elocuente, dijo Reinaldo, el don de la palabra no me fué concedido ; pero, Valentina, en esta ocasión desearía encontrar aquellas frases que llegaran hasta vuestro corazón y se hospedaran en él.

Deseaba hablarle de Dora, describir su dulce mirar, sus

sonrisas, la timidez y gracia de sus maneras, y su genio sensible y bondadoso. Deseaba hacer que aquella mujer amase á Dora, para que le ayudara á ganar la voluntad de su madre y á desvanecer las preocupaciones y disgusto de su padre ; no es de sorprender, pues, que sus labios temblaran y le faltara la voz.

—Desde hace algunos días deseaba hablaros, continuó Reinaldo, y ahora casi no tengo valor para ello. Decidme algo, Valentina, que me anime infundiéndome confianza.

Ella lo miró, y cualquiera otro hombre hubiera comprendido el amor que se retrataba en su fisonomía.

—Las más simples palabras proferidas por vos, tendrán siempre el mayor interés para mí : dijo ella dulcemente.

El semblante del joven pareció despejarse y dijo :

—Sois muy amable y generosa.

En aquel momento fueron interrumpidos ; el señor Enrique Laurence entraba al invernadero acompañado de una dama.

—Aquí se siente fresco, dijo á Reinaldo. Hace diez minutos me estoy esforzando por llegar á este lugar ; ; tan concurridos están los salones !

Valentina sonrió en contestación, deseando en su interior que Enrique se hubiera tardado otros diez minutos.

—Prometedme, dijo Reinaldo deteniéndola al pasar Enrique, que me concedereis media hora de conversación mañana.

—Concedido : repuso ella.

—¿ Y me escuchareis ? ¿ Prestareis atención á todo lo que tengo que deciros ?

Valentina no contestó ; varias personas habían venido en este tiempo ; algunos á admirar la gruta llena de frondosos helechos que pendían de la pared cerca de la cual estaban los jóvenes ; otros llegaban á aspirar el aire embalsa-

mado. Valentina no podía hablar sin ser oída ; pero, con una sonrisa encantadora, tomó un lirio de su ramillete y se lo ofreció á Reinaldo. Enseguida volvieron al salón del baile.

—Me ama ; se dijo á sí misma Valentina, y sintió todo el placer que era capaz de concebir en medio de su calma y serenidad.

Será mi amiga, pensó Reinaldo, pero ¿ por qué me daría esta flor ?

Ni la más remota sospecha de que Valentina estuviera en un error, ni de que lo amaba, cruzó por la mente de Reinaldo Earle. Aquel joven estaba exento de toda vanidad. Tal vez si hubiera tenido algo más de confianza en sí mismo, la historia de Earlescourt hubiera sido diferente.

La señora Charteris miró el rostro sereno y altivo de su hija. Había observado la corta entrevista en el invernadero y deducía de ella ciertas conclusiones, que el semblante de Valentina confirmaba, había en él un delicado rubor, y una nueva luz se desprendía de sus brillantes pupilas.

—¿ Te gusta Earlescourt ? decía Charteris á su hija aquella noche, al hallarse solas en su dormitorio.

—Sí, madre, me gusta muchísimo.

—Y por lo que veo, continuó su madre, juzgo que es probable venga á ser tu casa.

—Así lo creo yo también, dijo Valentina inclinándose sobre su madre y besándola. Reinaldo me ha suplicado que conversemos media hora mañana, y me siento muy feliz, madre mía.

Para una persona del carácter de Valentina esto era ser muy expansiva. Charteris conoció por el tono de voz de su hija que amaba á Reinaldo Earle.

Reinaldo durmió tranquilamente aquella noche alimen-

tando la esperanza de que sus sinsabores pronto llegarían á un fin. Valentina, á quien su madre amaba, iba á interceder por Dora. Su padre, indudablemente cedería también; entonces podía traer á Dora al castillo y todo se arreglaría satisfactoriamente. Si de vez en cuando sentía estremecerse su corazón al pensar que la tímida Dora estaría fuera de lugar en aquel magnífico palacio, procuraba desechar esta idea con toda energía.

Valentina también disfrutó de tranquilo reposo; pero sus sueños fueron diferentes de los de Reinaldo. Pensaba en la época en que sería el ama de aquella soberbia residencia, y la esposa de su joven y bizarro heredero; y era que lo amaba. Ninguna otra persona la había impresionado como él. Nadie tampoco volvería á cautivar su corazón. Valentina había cometido el más grave error de su vida.

La mañana tan ansiosamente esperada fué un hermoso y luciente día. El sol alumbraba caluroso y brillante, el ambiente estaba perfumado y el azul del cielo limpio y purísimo.

La señora Charteris no abandonó su aposento para almorzar, y Valentina permaneció con ella.

Después del almuerzo, Reinaldo andaba en acecho esperando ver á Valentina. No había aguardado mucho cuando percibió su elegante y blanco traje adornado con listones azules. Inmediatamente se apresuró á encontrarla en el peristilo.

—¿Gustais que paseemos por los jardines, Valentina? preguntó con ansiedad. La mañana está muy hermosa, y me habeis prometido media hora de conversación. Pero no traigas ese libro. Necesito de toda vuestra atención, porque tengo una historia que referiros.

Caminando Reinaldo á su lado cruzaron por los amenos jardines, en donde se reflejaban los rayos del sol al caer

sobre las aguas del lago, en cuya superficie descansaban los perfumados lirios ; después pasaron por los floridos prados en donde las zumbadoras abejas y las pintadas mariposas, requerían de amores á los frescos y aromáticos capullos.

—Entremos al parque, dijo Valentina, el sol está muy fuerte aquí.

—Yo conozco un sitio muy apropósito para ser la gruta de una hada, dijo Reinaldo. Permitidme que os conduzca á él. Allí podré relatar mejor mi historia.

Juntos atravesaron las anchas verjas del parque, en donde pacían los venados y crecían infinidad de flores silvestres ; después llegaron á la orilla del arroyo, precisamente al mismo lugar donde hacía poco que Dora se había detenido á reflexionar sobre su inesperada dicha.

Las rosas que primero habían brotado de las plantas al paso de la primavera habían desaparecido ya ; las fragantes violetas no se veían allí ; pero se encontraban otras muchas florecillas de vivos colores que matizaban el verde oscuro de las márgenes del arroyo. La sombra de los copados árboles cubría estos vergeles, el canto de los alegres pájaros armonizaba con el dulce murmullo de la corriente, la atmósfera estaba cargada con todos los perfumes y armonías del verano.

—¡ Qué sitio tan encantador ! exclamó Valentina.

El verde y flotante pasto parecía danzar al compás de la brisa, y Reinaldo formó con él una especie de trono.

—Vos sereis la reina y yo el vasallo, dijo, me habeis prometido escucharme, y voy á narrar mi historia.

Por un corto rato ambos guadaron silencio, interrumpido solamente por el murmurio del arroyo y el canto de las aves ; una quietud completa parecía haberse apoderado de ellos, mientras las hojas eran agitadas por el viento.

Si el corazón y la mente de Reinaldo no hubieran estado

tan llenos con otra imágen diferente, habría podido ver cuan hermosa estaba Valentina ; los rayos del sol penetraban á través del denso y verde follaje, caían sobre su rostro en tanto que su rubia cabellera y su blanco traje con sus lazos azules contrastaban con el fondo oscuro de las márgenes del arroyo y de los troncos de los árboles, haciendo un precioso cuadro ; pero Reinaldo ni siquiera se fijó en esta belleza. Después de muchos años el recuerdo de aquel pasaje vino á su mente y se maravilló de su ceguera. En aquel entonces no vió ni el temblor de aquellos blancos dedos, que jugueteaban indiferentemente con un ramillete de rojas dedaleras, ni vió el suave rubor que había en sus mejillas, ni la agitación de aquellos hermosos y aristocráticos labios, ni la chispa de amor que se reflejaba en sus divinos ojos. Él solo pensaba en Dora.

—Os decía anoche, Valentina, que no soy nada elocuente, comenzó Reinaldo, cuando hay algo en el fondo de mi corazón, me encuentro embarazado para expresarlo con palabras.

—Todo sentimiento sagrado y profundo es silencioso ; dijo Valentina, un torrente de palabras no siempre indica un carácter vehemente. Yo misma tengo muchos pensamientos que jamás podría expresar.

—Si pudiera tan sólo tener la seguridad de que me comprendierais, que vierais claramente los motivos que yo mismo no me puedo explicar. Sentado aquí á la luz del sol de verano, apenas puedo apreciar la densidad de la nube que se cierne sobre mí ; vos sois tan buena y consecuente, que me siento animado á relataros mi historia como pueda.

Ella tomó un manojo de azules flores é inclinándose sobre ellas se entretenía en destrozar las lindas florecillas y en arrojar hoja por hoja á la corriente.

—Tres meses hace, continuó Reinaldo, que vine á nuestro castillo de Earlescourt ; mis padres se encontraban á la

sazón en Greenock, yo sintiéndome fatigado de mis estudios, preferí permanecer aquí en la soledad. Una mañana salí á pasear al jardín no teniendo otra cosa que hacer. Allí ví, ¡ oh! ahora es cuando me faltan las palabras, ví á la niña más linda de la creación.

En aquel mismo instante las flores se desprendieron de las manos de Valentina y con la derecha cubrió su hermoso rostro.

—¿ Os molesta la luz? preguntó Reinaldo.

—No, contestó ella con entereza, continuad vuestra historia.

—Un inteligente, dijo Reinaldo, pudiera describiros los encantos de aquella divina criatura; todo en ella es sonrisa y gracias, los oscuros y brillantes rizos del cabello que caían sobre su alba frente, los hermosos ojos velados de largas pestañas en los que había una luz maravillosa; pero yo solamente puedo como en pocos días sentí nacer en mi corazón un amor inmenso por la primorosa Dora . . . tal es su nombre, y cómo ella supo corresponder á mi cariño.

Valentina no se movía, ni siquiera pronunció una sola palabra; Reinaldo, sin embargo, pudo haber percibido la palidez de su semblante y el ligero temblor de sus labios.

—Es preciso que yo os confiese todo aunque con brevedad; prosiguió Reinaldo. Esta hermosa florecilla silvestre no es exactamente lo que pudiera llamarse una dama. Su padre es el jardinero de nuestro castillo, y ella nada sabe de lo que es este mundo y sus exigencias. No ha sido instruída, ni ha recibido enseñanza alguna, aunque su voz es armoniosa y dulce y su risa imita la vibración de campanillas de plata. Semejante á un hermoso día de Abril, su conjunto está formado de lágrimas y sonrisas, tan inmediatas las unas á las otras que no sé cuando la amo más, si cuando rie ó cuando llora.

El joven se detuvo ; pero Valentina nada dijo, su mano aún sombreaba su semblante.

—La amo mucho, exclamó Reinaldo, y así se lo dije. Le rogué que fuese mi esposa y ella accedió. Cuando mi padre vino de Greenock, le pedí su consentimiento, y él en contestación se echó á reir de mí . . . No creía que yo le hablaba formalmente. Por demás me parece referiros otros pormenores. Enviaron á mi querida Dora, lejos de aquí ; y alguien que la amaba, alguien que quería hacerla su esposa, vino y riñó conmigo : entonces mi rival juró que Dora sería suya ; y en su arrebato de cólera descubrió el secreto que tanto se me había ocultado, me dijo donde se encontraba y corrí á verla.

Ningún movimiento se notó en la silenciosa figura de Valentina, ninguna palabra se escapó de sus lívidos labios.

—Corrí á verla, continuó Reinaldo, y la encontré tan afligida, tan encantadora en su desdicha y amor, tan inocente, tan enamorada de mí, que olvidé todo cuanto debí haber tenido presente y me casé con ella.

Valentina se levantó bruscamente y lanzó un ahogado grito.

—Os sorprendeis, dijo él, ; pero por piedad, pensad en su belleza y en su sufrimiento ! Indudablemente la hubieran obligado á unirse al campesino á quien ella detestaba . . . ¿ qué otra cosa pudiera haber hecho yo para salvarla ?

En medio de su gran dolor Valentina no pudo menos de admirar el valor de Reinaldo y su caballerosidad.

—Sí, me casé con ella ; dijo, y es mi intención serle fiel: de pronto pensé que mi padre se condolería de nuestra situación y nos perdonaría ; pero temo haberme equivocado. Después de nuestro matrimonio, él me ha dicho que si no olvidaba á Dora nunca me volvería á ver. Todos los días he querido confesarle lo que he hecho, pero no ha faltado

obstáculo que me lo impida. Desde el día de nuestra boda no he vuelto á ver á mi esposa que aún permanece en Eastham. Ahora bien, sed mi amiga y ayudadme.

Valentina armándose de gran valor hizo á un lado su propio sentimiento, para dedicar toda su atención por entonces á Reinaldo; pensando que ya tendría tiempo de meditar en su dolorosa situación.

—Haré cuanto pueda por ayudaros, dijo con suavidad. Decid ¿qué es lo que debo hacer?

—Mi madre os ama mucho, dijo Reinaldo, y os atenderá con placer cuando yo lo haya confesado todo. ¿Quereis interceder por Dora con vuestras dulces y persuasivas palabras? Mi madre sin duda alguna se sentirá conmovida por lo que le digais.

Un ligero estremecimiento de angustia cruzó la aristocrática y bella fisonomía de Valentina.

—Si creéis prudente que una persona que no es de la familia intervenga en asunto tan delicado, lo haré con mucho gusto; pero permitidme que os aconseje una cosa. Decid á vuestros padres todo lo que habeis hecho. No perdais tiempo, una sola hora de tardanza puede traer fatales consecuencias.

—¿Qué pensais de mi narración? preguntó el joven con ansiedad; he obrado bien ó mal?

—No me lo preguntéis: dijo Valentina.

—Sí; os lo volveré á preguntar. Sois mi amiga; decidme, ¿he hecho bien ó mal?

No puedo deciros más que la verdad, creo que habeis hecho mal. No os enfadeis; el honor en este mundo, debe apreciarse más que la vida y el amor, y hasta cierto punto habeis empañado el vuestro procediendo ocultamente. ¡Un matrimonio secreto! ¡un matrimonio prohibido por vuestros padres, y que les ha desagradado totalmente!

La fisonomía de Reinaldo iba denotando su desaliento á medida que las anteriores palabras llegaban á sus oídos.

—Pensé, dijo por fin, que hacía una acción noble casándome con Dora, quien á nadie tenía de su parte más que á mí.

—Es cierto, fué una bella acción, repuso Valentina, habeis probado ser generoso y desinteresado. ¡ Permita el cielo que seais felices !

—Es joven y fácilmente impresionable, y creo que no me costará mucho trabajo educarla, por decirlo así . . . Pero os veo muy seria, Valentina.

—Sí, pienso en vos, dijo ella con suavidad, me parece ser esta una cuestión demasiado grave. Perdonadme, pero ¿ reflexionásteis bien, estábais plenamente convencido de que toda vuestra felicidad dependía de este acto? Si así fué, nada tengo que decir á pesar de que en realidad, es un matrimonio desigual y fuera del orden común de las cosas.

¡ Qué extraño que ella también se expresara en los mismos términos que Milord su padre !

—Decid todo lo ocurrido á vuestro padre, continuó ella ; en el paso que habeis dado, por ningún motivo podeis retroceder. Tal vez nunca deseéis hacerlo así ; pero de todos modos es preciso que no sigais ocultándolo, y que trateis de vindicaros.

—¿ Cuento con que hareis cuanto de vos depende para que mi madre ame á Dora ?

—Contad con ello. La habeis descrito tan bien, que casi me parece verla ; alabaré su belleza, su gracia y su ternura.

—¡ Oh ! sois una amiga verdadera, dijo él en tono de agradecimiento.

—No os atengais á mi influencia, repuso Valentina. Aprended á frontar valerosamente las situaciones de la vida. Creo sinceramente que si habeis obrado mal, es debido á in-

terpretaciones erróneas que dísteis al honor y á la caballeridad. El hombre debe ser valeroso. Probablemente una de las más duras lecciones de la vida es aprender á soportar con resignación los efectos y consecuencias de nuestros propios actos. Esto mismo debéis hacer, mostraos digno ; afrontad la situación con el valor de un hombre y de un héroe.

—Así lo haré, dijo mirando la fisonomía expresiva de su interlocutora, y á decir verdad casi deseando que su querida Dora, pudiera hablar con la elocuencia de esta noble joven ; palabras como las que ella profería, podían hacer de un hombre, un héroe. Al mismo tiempo pensaba lo que Dora lloraría si lo viese afligido y con qué cariño echaría los brazos al rededor de su cuello. Aun continuaremos siendo amigos, añadió en tono suplicante, venga lo que viniere, no me abandonareis, ¿ es verdad ?

—Seré vuestra amiga mientras viva, contestó Valentina con entereza, alargando su blanca mano. Habeis confiado en mí y esto jamás lo olvidaré. Soy vuestra amiga y también de Dora.

Estas palabras pronunciadas con franqueza y sencillez hicieron sonreír á Reinaldo.

—No dejaría Dora de sorprenderse si os llegase á ver : ¡ es tan tímida y vergonzosa !

En seguida habló á Valentina de los modales de aquella, tan sin ninguna afectación ; de su amor por las bellezas de la naturaleza, que siempre relacionaba con un mismo tema : el amor que sentía por él. ¡ Cuán lejos estaba de imaginarse que mientras hablaba de Dora hacía sufrir á Valentina un tormento cruel, la que sólo pensaba en la desventura que de improviso había venido á oscurecer su idea, y en cómo se manejaría para en lo futuro no contar ya con su amor ; debido á su propia manera de ser, más lo amaba y más lo admiraba por su acto caballeroso y digno.

Aquella mano que jugueteaba indiferentemente con las flores, había dejado de temblar, aquellos aristocráticos labios habían recuperado su color, y entonces Valentina se levantó recordando que tenía que salir con la señora Elena después de comer.

Un nuevo temor vino á martirizar á la pobre joven cuando pensó en lo que debía decir á su madre. Al recordar las palabras que habían mediado entre las dos la noche anterior, su semblante se enrojeció.

—Nunca podré pagaros la amabilidad y paciencia que habeis tenido, dijo Reinaldo cuando caminaban juntos por el ameno parque y por los floridos campos en dirección al castillo.

Valentina se sonrió y levantando la vista para mirar el apacible cielo de verano, pensando en la esperanza que unas cuantas horas antes llenaba de alegría su corazón.

—Ireis inmediatamente á ver á vuestro padre ¿no es así? dijo á Reinaldo al separarse.

—Voy en seguida, contestó él ; pero en aquel momento la señora Earle salió á su encuentro.

—Reinaldo, le dijo, ven á mi tocador, tu padre está allí y desea verte antes de salir para Holtham.

Valentina se fué directamente al aposento de su madre. Estaba sentada esperándola y entretenía el ocio con un libro. Al entrar su hija se sonrió.

—Supongo que habrás tenido un paseo muy agradable, le dijo ; pero al notar la expresión del semblante de su hija le faltaron las palabras.

—Madre, dijo Valentina suavemente, todo lo que os dije anoche acerca de Earlescourt, era un error ; nunca será mi casa : mi vanidad hizo que me engañara.

—Qué, ¿ acaso has reñido con Reinaldo? preguntó sin alterarse.

—No ; contestó la joven, somos excelentes amigos, pero, madre, yo estaba equivocada : es cierto que él deseaba decirme algo, pero del amor que profesaba á otra . . . no á mí.

—¡ Se ha portado indignamente contigo ! exclamó la señora Charteris.

—¡ Callad, madre ! dijo Valentina. ¿ Olvidais que semejantes palabras me humillan ? He rehusado la posición que me han ofrecido hombres de más alta esfera que Reinaldo Earle ; ¡ que nadie se imagine que hube interpretado mal sus intenciones !

—Por supuesto, solamente te lo digo á tí ; parecía que no podía vivir sin estar á tu lado, á mañana, tarde y noche, siempre se le veía contigo.

—Y sin embargo, solamente quería que fuésemos amigos.

—¡ Ah ! es un fatuo lo mismo que muchos hombres. ¿ Y de quién se ha enamorado, hija mía ?

—No me lo preguntéis. Por el momento se encuentra en una situación muy difícil. No me habéis de eso, madre : todo lo que puedo deciros es que cometí una equivocación y no quiero recordarla.

La señora Charteris conoció por las expresiones de su hija la tortura que sentía en su interior y forjó inmediatamente sus planes.

—Creo que debemos regresar mañana á casa : dijo. Tu padre está ya impaciente por nuestra ausencia, y por otra parte él no puede venir. Has dicho que el joven Earle se encuentra en una terrible situación, espero que no habrá ningún escándalo mientras estemos aquí, ya sabes lo que detesto tales incidentes.

—Lord Earle es demasiado ergulloso para permitir semejante cosa. Si sucede algo desagradable, estad segura de

que nada darán á conocer, pero hacedme favor, madre, de no hablarme una sola palabra más sobre el asunto.

Valentina se quitó su elegante sombrero y su manteleta de encaje, y tomó el libro que su madre había dejado.

—Me fatigó el paseo, dijo, hacía mucho calor.

En seguida se recostó en el sofá y volvió la cara hacia la ventana en cuyos cristales golpeaban los botones de las rosas.

—Descansa, hija, dijo Charteris con cariño ; yo voy á escribir unas cartas.

La joven permaneció silenciosa mirando las bellezas del verano en el jardín. Nadie supo de las lágrimas que aparecieron en aquellos altivos ojos ; nadie supo de aquellos apasionados suspiros que por nacer del alma no podían ser acallados.

Cuando á las dos horas volvió la señora Charteris, Valentina estaba ya calmada y ninguna señal se notava en sus ojos de las lágrimas que había derramado. Con orgullo é indiferencia sobrellevó el chasco más grande de su vida. No era que ella pretendiese hacer el papel de trágica ; ni por un momento le pasó por la mente la idea de que su vida ya no tuviese objeto, ni que le sirviese de tormento ; pero sí se propuso no casarse hasta encontrar un hombre tan caballero, tan leal y generoso como Reinaldo, y sin la debilidad que éste había tenido y que iba á ser causa de tantas molestias y sufrimientos.





CAPÍTULO VIII.



El retrete de la señora Elena era uno de los apocentos más hermosos del castillo. Pocas, pero raras y bellas eran las pinturas que adornaban sus paredes. Las grandes ventanas de estilo francés, tenían vista á la parte más bella de los jardines, en donde una magnífica fuente dejaba escapar su cristalina agua. Varios grupos de lindas flores en lujosos tiestos perfumaban aquel recinto.

Lord Earle había arrastrado una elegante y cómoda poltrona, cerca de una ventana, en ella descansaba sintiéndose al parecer más feliz que de costumbre. Elena, entre tanto se ocupaba en arreglar unas flores y botones de los más delicados, que debían de servirle de modelo de pintura.

—Reinaldo, dijo su padre, hace rato que te esperaba. ¿Habías salido?

—Estaba en el patio con Valentina, contestó Reinaldo.

Lord Earle sonrió, satisfecho evidentemente con esta respuesta.

—Es una manera agradable y sensata de pasar el tiempo, y mira que raro, precisamente quería hablarte acerca de ésto. Tus galanteos hacia Valentina . . .

—¡ Mis galanteos hacia Valentina ! Os equivocais, padre, pues ningunos he usado con ella.

—Te advertiré que nada debes temer esta vez, tu madre

me ha dicho los numerosos comentarios que se hicieron anoche acerca de vuestra prolongada conversación en el invernadero. Conozco algunos de tus secretos. Por otra parte no hay duda de que Valentina te estima en alto grado, y precisamente deseaba decirte que lejos de poner ningunas trabas á tu matrimonio en esta ocasión, el más grande deseo de mi corazón quedará satisfecho el día que pueda llamar á Valentina Charteris mi hija.

Aquí se detuvo en espera de una contestación, pero ésta no vino. En cambio el semblante de Reinaldo se había puesto excesivamente pálido.

—No te habíamos manifestado nuestro deseo, continuó, pero desde hace algunos años tu madre y yo alimentábamos la esperanza de que algún día llegaras á amar á Valentina. Es hermosa y sincera, en fin, la mujer más noble y buena que he conocido. Vamos, estoy orgulloso de tu elección, y me faltan palabras para expresar mi contento.

El joven permanecía aun callado y la madre lo miraba con ansiedad.

—Nada temas, dijo ella, aunque no debo revelar ningún secreto, te diré que Valentina te ama, no puedo ser más explícita, y si solicitas su mano, creo que no saldrás desairado.

—Hay un error en ésto, repuso Reinaldo con voz trémula, Valentina ni siquiera piensa en mí.

—En nadie más que en tí: replicó su madre con precipitación.

—Y en cuanto á mí, continuó Reinaldo, ni por la imaginación me ha pasado hacerla mi esposa. No la amo: Valentina Charteris no puede ser mi esposa.

La expresión sonriente del semblante de Lord Earle, desapareció, y de las manos de su esposa se desprendieron los botones de rosa que sujetaban.

—Entonces ¿ por qué te has mostrado tan galante con esa joven ? preguntó gravemente su padre. Todo el mundo ha notado ésto ; y tú mismo no parecías sentirte feliz sinó á su lado.

—Deseaba hacerla mi amiga, y nunca fué otro mi pensamiento.

Al recordar el joven el motivo que había tenido para obtener esta amistad se quedó estupefacto. ¿ Acaso Valentina no lo habría comprendido así ?

—En cambio otros lo pensaron por tí, repuso Milord secamente. Pero si yo estaba equivocado, no hay más que decir ; deseaba simplemente manifestarte lo feliz que me sentiría con tal enlace : mas si tú no amas á esta joven, es asunto concluido.

—¿ Es posible que no la ames, Reinaldo ? preguntó su madre con dulzura. ¿ Es tan hermosa, tan buena y tan digna de ser la futura de Earlescourt ! ¿ Cómo, es posible que no la ames !

—Y sin embargo, así es : replicó Reinaldo.

—Seguramente, interrumpió Elena, que ya habrás olvidado aquella tontería de muchacho que tanto disgustó á tu padre hace algún tiempo, y supongo que esa no será la razón.

—¿ Callad, madre ! dijo Reinaldo parándose de su asiento y vacilando. Precisamente venía á deciros mi secreto, cuando me encontrábais. Padre, os he engañado y desobedecido : seguí á Dora á Eastham y me casé con ella.

Un grito de espanto se escapó de los labios de Elena. El semblante de Milord se puso lívido de cólera ; pero ni una sola palabra rompió el terrible silencio que siguió. Los minutos parecían haberse convertido en horas.

—¿ Te has casado con ella ! dijo Lord Earle en tono bajo y áspero. ¿ Tuviste presente lo que yo te había dicho ?

—Me casé con ella, esperando os retractaríais de las

duras y crueles palabras que me dijísteis sin quererlo. No lo pude impedir, padre mío, ella con nadie contaba más que conmigo y probablemente la hubieran obligado á casarse con otro á quien no amaba.

—¡ Basta ! interrumpió Lord Earle. Díme cuando y en dónde : quiero saber si aun se puede remediar el mal.

Con toda calma, pero con labios trémulos hizo Reinaldo una descripción completa de lo que había pasado.

—Sí ; el matrimonio es enteramente legal, dijo su padre. Tuviste ocasión de elegir entre el deber, el honor, el hogar, la posición y Dora . . . Preferiste á Dora, fuerza es que abandones lo demás.

—¡ Perdonadme, padre mío, exclamó Reinaldo, acordaos que soy vuestro único hijo !

—Sí ; replicó Milord con amargura, eres mi único hijo y ¡ permita el cielo que ningún otro despedace el corazón de su padre, como tú lo has hecho ! . . . Hace años, Reinaldo que mis esperanzas, deseos, ambiciones y planes habían muerto en mí ; más, todo había vuelto á renacer en mi corazón por tí. Esperaba con impaciencia el tiempo en que tú realizaras todos mis ensueños, y en que añadieras nuevo lustre á nuestro grande y respetado nombre. Por tí he deseado vivir : y ahora me has olvidado y desobedecido prefiriendo á una tontuela que tampoco ha sabido lo que hace . . . Tú con toda premeditación has pisoteado hasta la última de mis esperanzas !

—¡ Oh, dejadme vindicarme, nunca pensé acerca de todo ésto !

—No puedes vindicarte, repuso Milord gravemente ; y por ningún motivo podría volver á confiar en tí. De hoy en adelante no tengo hijo. Serás mi heredero cuando termine mi vida que tú has amargado . . . ¡ Mi hijo ha muerto para mí !

Ningún signo de cólera había ya en el serio semblante de Lord Earle.

—Nunca falté á mi palabra, continuó, y es mi propósito jamás faltar á ella. Has elegido tu propia senda ; síguela pues, hasta el fin. Cuando tuviste la oportunidad de elegir diste la preferencia á Dora : vé pues con ella. Te advertí que si insistías en semejante desatino jamás volvería á verte, y así será.

—¡ Oh, Ruperto, exclamó Elena, ten compasión ! Mira que es el sólo hijo de mi vida . . . y si él se ausenta de mi lado, yo moriré !

—Él ha preferido su Dora á mí y á tí. Lo siento mucho por tí, Elena. ; Sólamente el cielo sabe lo que esto tortura mi corazón ! . . . pero no faltaré á mi palabra. En cuanto á tí, continuó dirigiéndose á su hijo, no te reprocho porque sería perder el tiempo y las palabras, sabías á lo que te exponías é indudablemente estarás preparado para sufrir las consecuencias.

—Y las sufriré, padre mío, nadie sino yo ha sido el culpable.

—Terminemos esta escena, replicó Milord retirando la vista de su afligida esposa que sollozaba amargamente. Mira á tu madre, Reinaldo ; dale un beso por última vez y retírate ; lleva contigo el recuerdo de su amor y ternura, y el de tu manera de corresponderle. Mírame por la última vez. Te he amado, me he mostrado orgulloso y había fundado en tí todas mis esperanzas ; todo ha cambiado de improviso, y hoy te arrojé de mi presencia, hijo despreciable de una estirpe noble. Nunca un mismo techo nos volverá á abrigar. Arregla tus cosas como puedas. Tienes una pequeña renta con que mantenerte. Por mí parte, puedo asegurar que jamás contribuiré con un sólo céntimo para que puedas sostener la hija de mi jardinero. Vé adonde mejor

te plazca y haz lo que quieras : tú lo has deseado así. Algún día volverás al castillo de Earlescourt como su dueño y señor. Yo le doy gracias al cielo de que tal cosa sucederá cuando la degradación de mi casa y la deshonra de mi familia no pueda llegar á mí. Ahora vete ; espero que para antes de la próxima alborada, habrás abandonado el castillo.

—¡ Oh, padre mío, no creo lo que he oído ! exclamó Reinaldo. Mandadme lejos de aquí ; castigadme, lo merezco : pero permitidme que os vuelva á ver.

—¡ Jamás mientras viva ! repuso Lord Earle con calma ; recuerda cuando me veas en el sepulcro, que la muerte misma me fué menos amarga que el momento en que supe que me habías engañado.

—¡ Madre, interceded por mí ! dijo el desdichado joven.

—Es en vano, respondió su padre, has hecho tu elección deliberadamente. No quiero ser cruel : si tú me escribes, devolveré tus cartas sin abrirlas ; me negaré á verte y á oírte, y á permitir que vengas á mis dominios ; pero puedes escribir á tu madre, esto no lo prohibo. Ella podrá verte bajo cualquier techo, excepto el mío. Ahora, ¡ adiós ! el sol, la esperanza y la felicidad de mi vida se van contigo ; pero cumpliré mi palabra. Vé á mi gerente Burt y háblale acerca de tu dinero : él lo arreglará todo á mi nombre.

—¡ Padre, gritó Reinaldo con lágrimas en los ojos, decidme una sola palabra cariñosa, tocad mi mano una vez más !

—No ; dijo él volviendo la espalda á su hijo que le alargaba la mano. Esa no es la mano de un hombre honrado : no la puedo estrechar entre las mías.

Entonces Reinaldo se inclinó para besar á su madre, quien inanimada tenía el semblante lívido, y estaba inconsciente de las lágrimas y súplicas de su hijo. Milord levantó la cabeza y dijo al joven con calma :

—¡ Salid ! ; Que tu madre no te vea aquí cuando recobre los sentidos.

Nunca pudo olvidar la mirada suplicante y el angustiado rostro del joven al abandonar la estancia.

Cuando Elena volvió en sí de su letargo, su hijo ya no estaba en el aposento. Nadie hubiera calificado á Milord de inflexible y cruel al verlo levantar en brazos á su esposa y consolarla con las palabras más tiernas y cariñosas del mundo. Mas, no comprendía que en el fondo del corazón de su esposa, había una esperanza de que con el tiempo perdonaría la falta de su hijo : era verdaderamente doloroso para ella dejar de ver á Reinaldo por algunos meses ó tal vez por algunos años ; pero él volvería, su padre perdonaría la ofensa y su sufrimiento sería tan solo por tiempo limitado. Pero Lord Earle inflexible é invariable sabía que no volvería á ver á su hijo.

Nadie supo lo que sufrió aquel padre, porque, como había dicho Valentina Charteris, era demasiado orgulloso para ponerse en ridículo. Esa misma noche cenó con Charteris y su hija, disculpando á su esposa y sin mencionar á su hijo para nada. Después de cenar se encerró en su habitación y una vez allí, se entregó á su sufrimiento.

Todo era actividad y bullicio en el castillo. El joven heredero de Earlescourt salía repentinamente ; había que empacar varias cajas y maletas. No decía adonde iba ; y los que le ayudaron aseguraban, después, que su semblante estaba pálido, y que obraba al parecer sin darse cuenta de lo que hacía.

Estuvo todo arreglado para la partida de Reinaldo por el tren expreso que debía pasar por Greenfield, la estación más cercana al castillo. No llevaba consigo ni caballos, ni sirvientes ; hasta su camarista favorito, Morton, debía que-

darse. Elena se sentía mal y había permanecido todo el día encerrada en su aposento.

Valentina Charteris estaba sólo en el salón, cuando Reinaldo llegó á despedirse de ella. Mucha fué la sorpresa de la joven al saber el desgraciado fin de la entrevista. Quiso ir inmediatamente á ver á Earle, pero Reinaldo le manifestó que era inútil, porque ningunos ruegos ni súplicas lo harían cambiar de resolución.

Al estar viendo Reinaldo el hermoso rostro de Valentina, recordó las palabras de su madre, cuando le dijo que á nadie sino á él amaba aquella joven. ¿Sería posible que esta bella criatura tan serena y magestuosa lo amase?

Bien claramente se veía lo mucho que la afectaba su desdicha : cuando Reinaldo habló de su madre, y ella advirtió la emoción que embargaba sus palabras y que él en vano trataba de disimular, las lágrimas bañaron sus hermosos ojos.

—¿ Adónde ireis, preguntó, y qué vais hacer ?

—Iré inmediatamente por mi esposa y partiremos lejos de aquí. ¡ Oh ! no os apeneis tanto por mí, Valentina, no me queda otro recurso en esta situación. Si mi renta no es bastante para vivir, trabajaré. Con un poco de estudio llegaré á ser un artista regular. No olvidéis á mi madre, Valentina, y decidme, “ Dios os guíe.”

El corazón de la joven se conmovió hasta lo más íntimo; era Reinaldo tan de pocos años, tan sencillo y tan valeroso. Deseaba decirle lo mucho que la admiraba y que sería su amiga mientras viviese : pero ella rara vez cedía á las emociones, y al darle la mano en señal de despedida, le dijo :

—¡ Adiós, Reinaldo ! . . ¡ Dios os bendiga ! . . Tened valor : no es un solo hecho el que hace á un héroe : el hombre que sabe afrontar con valor á las situaciones más críticas de la vida, es el héroe de los héroes !

Cuando Reinaldo dejó el hogar paterno en el silencio de la noche, ¡ cuán lejos estaba de pensar que mientras su madre estaba recostada sollozando y con el corazón hecho pedazos ; una joven hermosa cuyo rostro estaba humedecido por amarguísimas lágrimas, lo observaba desde una de las altas ventanas del castillo ; y que su padre encerrado en su aposento escuchaba atentamente cada ruido, y así oyó cuando la puerta se cerró tras de su hijo, como si hubiera oído cerrarse la tapa de su propio ataúd.

Al día siguiente Charteris y su hija abandonaron el castillo. Milord no dió indicio alguno del fuerte golpe que había sufrido su corazón. Mientras las visitas permanecieron en su casa, siguió haciendo el papel de atento huésped ; las acompañó hasta el carruaje, y allí se despidió de ellas con la sonrisa en los labios. En seguida regresó á la casa, en donde ya no volvería á oír el metal de la voz que más amaba en este mundo.

Á medida que los días y los meses pasaban y Reinaldo no regresaba, la admiración y la sorpresa se apoderó de los habitantes de Earlescourt. Lord Earle jamás mencionaba á su hijo ; pero se decía que había ido al extranjero y que vivía en alguna parte de Italia.

Á Milord le parecía que su vida había terminado ; ninguna esperanza tenía ya ; había renunciado á su práctica de formar proyectos para lo futuro ; la ambición había muerto en él, la principal tendencia de su vida no podía ya realizarse.

La señora Elena por su parte, nada decía de la desgracia que les había sobrevenido. Esperaba, aunque sin fundamento, la época en que su esposo perdonaría á su hijo.

Valentina Charteris se conformaba con su suerte, aunque no olvidaba al sencillo y noble joven que se había

amparado de su amistad y que tanto confiaba en su influencia.

Muchos apasionados pretendientes rodeaban á Valentina; pero ella á todos rechazaba. Esperaba encontrar alguno igual en todo á Reinaldo Earle, menos en la debilidad que había sido la causa de su infortunio.





CAPÍTULO IX.



EN una hermosa quinta situada á las márgenes del río Arno, fué donde se estableció Reinaldo Earle con su joven esposa. Después que salió del castillo se dirigió á Eastham, con el corazón lleno de dolor por el hogar que dejaba tras de sí; pero le rebotaba de alegría al pensar que nada se podía ya interponer entre él y su querida Dora. Refirióle el disgusto que había tenido con su padre; y como lo había previsto, ella le pasó sus brazos al derredor del cuello y comenzó á llorar.

Le aseguró que en lo sucesivo lo amaría más que nunca, para compensarle el sacrificio que por ella acababa de hacer.

¡ Pero cosa extraña! al relatar Reinaldo á su aflijida esposa todo lo que había pasado, no mencionó á Valentina Charteris para nada, ni siquiera pronunció su nombre.

Pronto hizo Reinaldo todos sus arreglos; mandó por Esteban Thorne y su esposa, y en pocas palabras les dijo cuándo y cómo había contraído matrimonio con Dora.

—Lo siento mucho, dijo Esteban, no creo que salga nada bueno de un matrimonio tan desigual. Mi hija hubiera obrado mejor quedándose en casa, ó casándose con el joven campesino que tanto la quiere. La distancia que media entre vosotros es muy grande y me temo que así lo vengais á comprender, aunque demasiado tarde.

Reinaldo se rió á la sola idea de que pudiera llegar á

fastidiarse de Dora. ¡ Cuán poco conocían el amor aquellas prosaicas y vulgares gentes !

El buen jardinero y su esposa se separaron de Dora derramando abundantes lágrimas. Ya no volvería su humilde casa á resonar con la dulce voz del ángel que el Omnipotente les había concedido ! Se iba lejos, á países extranjeros más allá del océano. Muchos y lúgubres fueron los augurios que tuvieron ; pero era ya demasiado tarde para aconsejar ó intervenir en el asunto.

Las primeras noticias que llegaron á la quinta de la margen del Arno, fueron que los esposos habían salido del condado de los Earle para instalarse en una pequeña alquería en el condado de Kent, protegidos por Elena quien les facilitó los medios para ello. Earle por su parte ni siquiera se ocupó de preguntar adonde se habían ido.

Á pesar de la cólera de su padre y de la aflicción de su madre ; á pesar de la humildad en que vivía y de la pérdida de su posición social, Reinaldo se sintió muy feliz por algunos meses al lado de su bella esposa. ¡ Gozaba tanto instruyendo á Dora, contemplando su rozagante fisonomía y aquellos hermosos ojos que se dilataban por la sorpresa ! ¡ Era tan delicioso oír sus candorosas observaciones y sus ideas tan originales, y mirar aquellas maneras tan llenas de gracia y naturalidad ! Pero sobre todo lo que cautivaba más á Reinaldo, era la pasión que sentía por él ; y pensaba á menudo que nunca había existido, ni existiría jamás una esposa tan amante y cariñosa como Dora. Cierto es que no podía enseñarle mucho aunque en ello se esforzaba grandemente. Cantaba pequeñas y sencillas baladas con voz melodiosa y clara ; pero aunque el maestro hacía cuanto podía, jamás pudo aprender á tocar ni siquiera los acompañamientos de sus canciones. Esperaba Reinaldo que con el tiempo llegaría á dibujar algo ; pero Dora nunca pudo

hacerlo. Obedientemente tomaba el lápiz y el papel en sus manos y comenzaba su tarea ; pero aquellas líneas perversas nunca podían salir rectas. Algunas veces el dibujo que hacía era tan caricaturesco, que ambos, maestro y discípula se echaban á reír sin poderse contener. No dejaba todo ésto, sin embargo de patentizar á la joven su inferioridad, y cuando en ello pensaba ardientes lágrimas se desprendían de sus ojos yendo á parar al blanco papel que tenía delante de sí. Entonces Reinaldo le quitaba el lápiz, y Dora abrazando su cuello le preguntaba estremeciéndose de temor, si no hubiera sido más feliz casándose con una mujer más inteligente que ella.

—No, y mil veces no : contestaba.

Amaba más á Dora en medio de su ignorancia y sencillez, que lo que hubiera amado á la mujer más ilustrada del mundo.

∨ —¿ Y estás seguro, decía Dora, de que nunca te arrepentirás de haberme hecho tu esposa ?

—No, bien mío, era la contestación, tú eres la dicha de mi vida.

Constituía un verdadero placer para Reinaldo sentarse entre los laureles y mirtos á leerle á Dora los más hermosos poemas de la creación. Aun cuando ella no los entendiera, su semblante radiaba de contento al oír las frases que salían de los labios de su amante. Era también un placer sentarse á la orilla del Arno á contemplar las azules aguas resplandecientes á los rayos del sol. Allí le parecía á Dora estar en su casa. Poco podía decir ella de los libros, de la música y de la pintura ; pero en cambio, ¿ cuánto no podía decir de la grande y hermosa naturaleza ? Conocía los cambiantes colores del cielo, los variados tintes de las olas, las diferentes voces de los vientos y las admirables canciones de los pájaros. Todo esto tenía para ella un encanto distinto é

indescriptible. Reinaldo no pudo enseñarle mucho más. Gustaba de los preciosos poemas que le leía ; pero jamás pudo retener en la memoria quién los había escrito. Olvidaba los nombres de los más eminentes autores, ó los mezclaba de una manera tal que Reinaldo, desesperado, le dijo que sería mejor no hablar de libros por entonces, sino hasta que se hubiese familiarizado más con ellos.

Pronto se convenció Dora de que no podía leer seguidamente por mucho tiempo : abría su libro y haciendo un gran esfuerzo comenzaba á leer ; pero bien pronto se fijaba su mirada en las distantes montañas, ó en las undulantes aguas del río. Jamás podía leer mientras el sol brillaba, ó una ave lanzaba al viento sus inimitables trinos.

En vista de ésto, Reinaldo desistió de su enseñanza literaria durante el día. Al encender las lámparas por la noche cuando la soberbia natura se envolvía en su negro manto, procuraba emprender la tarea que se había impuesto ; pero, ¡ cuál fué su desconsuelo al ver que cuando más, sólo podía durar la cátedra unos diez minutos ! pues pasado este tiempo, los hermosos ojos de Dora se cerraban y su imaginación iba á vagar con las bellezas naturales, dejando á Reinaldo rodeado de los autores más selectos.

Dos años habían trascurrido cuando Reinaldo comenzó á percibir que no podía impartir más educación á su esposa.

La sencilla Dora podía expresarse bien ; su voz era dulce ; su acento, parecido al de él, era bueno. Cuando estaban sólo, no notaba Reinaldo que hubiera en ella insuficiencia alguna ; pero si acontecía que encontrara en Florencia algún amigo de Inglaterra, á quien invitara á comer con ellos, entonces deseaba Reinaldo que Dora dejara de ruborizarse y de ser tan tímida, que hablase un poco más y procediera en todo con menos miedo de cometer un desatino.

Comenzaba el tercer año de su matrimonio : Dora tenía precisamente veinte años, y Reinaldo veintitres. Ninguna muestra de regocijo hubo cuando llegó á su mayor edad : este acontecimiento pasó en silencio y casi desapercibido. Frecuentemente recibía nuevas de Inglaterra, cartas de la alquería de Kent, con noticias de la familia, y cartas de Elena siempre tristes y aun con señales de sus lágrimas. Nada bueno les podía decir ella : Lord Earle estaba bien ; mas, por ningún motivo quería que se mencionara á su hijo, en su presencia ; en cambio, ella mucho deseaba verlo. Siempre se encontraba en todas sus cartas estas palabras : “ Haz presente mi cariño á Dora.”

Al tercer año de su matrimonio, Reinaldo se vió apremiado por la escasez de recursos : su renta no consistía más que en las trescientas libras anuales que le había legado su padrino ; á Dora le parecía esto muchísimo ; pero el heredero de Earlescourt estaba acostumbrado á gastar más de esta suma solamente en vestidos. Sus acreedores empezaban á molestarlo ; escribir á su padre sobre este particular, sabía que era inútil ; además se resistía á pedir dinero á su madre aunque sabía que con gusto hubiera vendido la última alhaja de su cofre para remitirle fondos.

Reinaldo tuvo que entregarse á trabajar en la pintura. Se arregló un bonito, aunque pequeño estudio, y Dora pasaba muchas horas admirando á su esposo y á sus obras. Con el tiempo prometía ser no un génio ; pero sí un buen artista. Sus pinturas no causarían novedad en el mundo ; pero con un poco más de práctica sería un artista expresivo y concienzudo. Entre el pequeño círculo de sus amigos unos aprobaban la idea, mientras otros la criticaban.

—¿ Por qué no ocurres á los agiotistas ? preguntábanle algunos jóvenes de la buena sociedad (?) El condado de

Earle será tuyo algún día : bien puedes tomar dinero á crédito si quieres.

Reinaldo rechazaba esta idea con dignidad. Le sorprendían las apreciaciones modernas del honor y que los hombres no se avergonzasen de tomar dinero sobre las vidas de los seres más allegados y queridos, así como de que pensasen que era degradante ser un prosélito de uno de los artes más hermosos. En obsequio á su padre se propuso que como artista se daría á conocer con el apellido de Dora. Antes de mucho tiempo, los cuadros de Reinaldo, estuvieron en demanda. No había en ellos el reflejo del génio, pero sí eran verdaderos estudios llevados á cabo con todo cuidado. Se vendieron algunos y el dinero que produjeron fué bien recibido como adición á su pequeña renta.

El nombre de Reinaldo fué conocido en toda Florencia. Las mismas personas que antes habían visto con indiferencia á Earle, tuvieron deseo de conocer al inteligente artista y á su joven y bella esposa. Entonces fué cuando comenzó el proceso de Reinaldo Earle. Si él hubiera vivido siempre fuera de la sociedad, probablemente su destino hubiera sido diferente ; pero mil invitaciones les vinieron de todas partes, y Reinaldo, cansado de la soledad en que vivía, lo cual ni siquiera sospechaba, las aceptó con entusiasmo.

Á Dora no le agradó este cambio : sentíase aislada y triste en donde su esposo era popular y aplaudido. Entre las personas que buscaban tenazmente la sociedad de Reinaldo se contaba á la hermosa condesa Rosalí, dama inglesa que había contraído matrimonio con el Conde Rosalí, noble florentino sumamente rico.

Nadie en Florencia era tan popular como la bella condesa. Entre las hermosuras de ojos negros de la encantadora Italia, ella resaltaba como un claro rayo de sol. Prestaban realce á su fisonomía picaresca y hechicera, el delicado

colorido de su cutis, sus maliciosas sonrisas y su cabellera que era de un bello color de oro.

No se puede negar que á la Condesa Rosalí le agradaba un poco la coquetería. Esto lo sabía bien su esposo que era adusto, y se conformaba con mirarla con cierta calma. Ante su carácter serio, la linda condesa aparecía más bien semejante á una mariposa que á un ser racional. Él sabía que aunque ella riera y charlara con otros, aunque le gustara ser admirada y gozara con la adulación, su corazón le era siempre fiel. Gustaba de los colores más vivos y todo lo que fuera alegre y brillante. Durante su vida la Condesa Rosalí no había tenido ningún pesar; había recogido tan sólo las rosas de su sendero; tal vez alguien tendría que levantar aquellas espinas que dejaba.

La hermosa condesa deseaba ardientemente conocer á Reinaldo. Había visto una de sus pinturas en casa de una amiga; era un cuadro bien sencillo, pero que la había encantado: representaba un ramillete de flores silvestres de Inglaterra, mas estaban pintadas con tanta naturalidad que materialmente parecía que aquellas azules campanillas acababan de ser cortadas. Casi le parecía á uno percibir las cristalinas gotas de rocío sobre aquellos pétalos; aquel ramillete de flores de espino alba, margaritas y amapolas, mezcladas con madreselva y ulmaria traía á la mente infinidad de fantásticas historias de los bosques de la Gran Bretaña.

—Quien quiera que haya pintado ésto, decía la condesa, se conoce que ama las flores, y sabe lo que significa un ramo de las de Inglaterra.

La condesa no descansó hasta que Reinaldo le fué presentado, y después quiso conocer á Dora. Su serio y adusto esposo se sonrió al notar la admiración que le causó el gallardo joven inglés. Le agradó su fisonomía correctamente

sajona y el claro color de su cabello ; admiró á la par sus modales sencillos y que sin embargo, dejaban entrever mucho de caballerosidad y finura. También le agradó Dora ; pero había veces en que la graciosa y simpática condesa miraba á la joven esposa de Reinaldo, con cierta sorpresa, porque como ella misma había dicho una noche á su esposo, encontraba algo en Dora que no comprendía, pues no siempre se expresaba como una culta dama.

Pocos días pasaban sin que Reinaldo y Dora no vinieran á la quinta de Rosalí. ¡ Cuánto mejor hubiera sido para Reinaldo si nunca hubiera abandonado su humilde hogar de la márgen del Arno !





CAPÍTULO X.



La entrar á figurar en la sociedad aumentaron como era natural los gastos de Reinaldo y su esposa ; los cuales ya eran bastante pesados : había veces en que el dinero que producía la venta de las pinturas no era suficiente para cubrir las deudas ; entonces Reinaldo se impacientaba, y la pobre Dora no sabiendo otra cosa que hacer, lloraba, inculpándose á sí misma como la causa de estas dificultades. En semejantes casos era un alivio dejar la casa en donde se sufría, y buscar la alegre quinta en donde siempre había alguna diversión ó pasatiempo.

La condesa se rodeaba de la mejor sociedad florentina ; tenía tanto cuidado al elegir las amistades, como al elegir sus trajes, alhajas y flores. Siempre se rehusaba á admitir en su círculo á gente sosa y sin buena posición ; sus amigas debían ser bellas, de buen trato y elegantes ; el caballero que entraba á figurar en el número de los agraciados debía tener ingenio, vivacidad ó talento que lo recomendara. Aunque las señoras de carácter grave, movían la cabeza desdeñosamente, poniendo el gesto gazmoño cuando se mencionaba á la Condesa Rosalí, pertenecer á su círculo era sin embargo, como recibir el “sello de la moda.” Ni un sólo día se pasaba sin que no hubiera alguna diversión en la quinta : ya un día de campo, una excursión, una cena, un baile, ó lo que la bella directora determinaba ; habiendo

veces en que se recurría hasta á las comedias de aficionados y á las charadas.

—Ayudadme, decía una mañana en que Reinaldo y Dora, obsequiando su urgente invitación venían á pasar el día á la quinta ; ayudadme, quiero hacer algo que sorprenda á todo el mundo. Sé que vienen á Florencia unos grandes personajes de Inglaterra, y entre ellos se cuenta una famosa heredera que es al mismo tiempo una belleza. Es preciso que arreglemos unas charadas ó cuadros plásticos : ¿qué será mejor ? Pensad algo original que sorprenda á toda Florencia.

—Si se quiere algo original, contestó Reinaldo sonriendo por los modales entusiastas de la condesa, no es posible que al momento se conciba la idea. Es preciso disponer de algún tiempo, porque me parece que ya habeis agotado casi todos los recursos.

—Á un artista nunca pueden faltar tales recursos ; cuando toda “ fuente de inspiración ” se haya agotado, será el tiempo en que se me diga que ya no hay nuevas ideas. Seguramente habeis visto muchas charadas, dijo repentinamente dirigiéndose á Dora ; son tan populares en Inglaterra ; aconsejadme alguna.

Dora se sonrojó ; le vino á la mente el recuerdo de su humilde casa con su pequeña salita, y se sintió desconcertada é infeliz.

—Nunca he visto charadas : dijo secamente y ruborizándose.

La condesa abrió sus azules ojos sorprendida, y Reinaldo miraba con ansiedad á una y á otra.

—Mi esposa era demasiado joven cuando nos casamos y no conocía por lo mismo mucho del mundo : repuso Reinaldo, deseando interiormente que las lágrimas que veía reunirse en los oscuros ojos de Dora no se desprendieran de ellos.

—¡ Ah ! entonces de nada sirve en nuestro acuerdo, replicó vivamente la condesa. Salgamos á la terraza ; siempre se recibe inspiración bajo el cielo de Italia.

Ella misma guió el camino á una bonita barandilla en la terraza, y allí se sentaron á la sombra de una grande y frondosa enredadera.

—Ahora sí podemos discutir con serenidad ; añadió en agradable tono imperioso. Con vuestro permiso voy á deciros algunas de mis ideas.

No tenía la condesa un gran talento ; pero Reinaldo quedó encantado con la serie de cuadros que le presentó ; todos bien escogidos, con puntos sumamente interesantes, escenas de grandes poemas y trozos de antiguas tragedias. Ni un sólo momento interrumpió su relato ni apareció fatigada ; mientras Dora, permanecía sentada, con el semblante aún encendido, y más vergonzosa y mortificada que nunca.

Por la primera vez al estar sentados bajo la enredadera aquella mañana, Reinaldo comparó su esposa con la alegre y graciosa condesa, y le pareció que la primera perdía en el contraste.

Por esta misma vez se sintió como avergonzado de Dora, y deseó que fuera más instruida para que tomara participio en la conversación.

Los hermosos ojos, los rizos de la oscura cabellera, las sonrisas y los carmíneos labios, todo esto, pensaba Reinaldo, es muy agradable ; pero con el tiempo se fastidia el hombre de estos encantos á menos que haya algo que mantenga el atractivo. Mas la pobre Dora no contaba con más recursos que sus lágrimas y sus sonrisas. Estaba allí sentada, encogida, y medio sorprendida de lo mucho que sabía aquella dama y lo bien que sabía decirlo ; sintiendo á la vez un estremecimiento en su corazón y temerosa de que Reinaldo

no estuviera feliz con ella. Sus ojos vagaban buscando las lejanas montañas. — ¡ Oh ! ¿ sería posible que llegara tiempo en que él se sintiera cansado de su amor y que deseara haberse casado con alguna otra mujer de su rango ? El solo pensarlo le llenaba de espanto el corazón, y la tímida joven mostraba en su semblante tal aflicción que su sencilla belleza aparecía empañada.

— Os voy á enseñar el diseño de los trajes de fantasía, dijo la condesa, está en mi escritorio, dispensadme por un momento.

Al salir la condesa, Dora quedó sola con su esposo.

— ¡ Por Dios, Dora, le dijo con presteza, ánimo un poco ! ¿ qué va á decir de tí la condesa ? Pareces una muchacha de escuela á quien acaban de reprender.

¡ Cuán inconveniente fué esta observación ! Con sólo que Reinaldo la hubiera acariciado, todo hubiera sido alegría y contento ; pero no sucedió así, y como Dora oyese las primeras palabras de reproche que le dirigía su esposo sintió un dardo en el corazón y las lágrimas aparecieron abundantes en sus ojos.

— No, no hagas eso nunca, continuó Reinaldo, seríamos la irrisión de toda Florencia. La gente bien educada no se deja dominar de las emociones ante el público.

— Aquí está el diseño, dijo la condesa teniendo en su mano un pequeño dibujo.

Con una sola mirada se apercibió de las lágrimas de Dora y del semblante descompuesto de Reinaldo : y con exquisito tacto dió á Dora el tiempo suficiente para que se rehiciera ; pero fué la última vez que invitó aisladamente al joven artista y á su esposa. La condesa Rosalí tenía verdadero horror á toda clase de disgustos domésticos.

Ni Dora ni su esposo volvieron nunca á mencionar este ligero incidente ; produjo un mal efecto sin embargo, y fué

hacer que la tímida joven le tuviera cierto miedo á la sociedad. Cuando llegaban las invitaciones decía ella :

—“Vé tú sólo Reinaldo, porque si voy contigo es seguro que me dirigirán mil preguntas á las que no podré contestar, y entonces tu te mortificarás y yo me avergonzaré de mi ignorancia.”

—¿Y por qué no aprendes? preguntaba Reinaldo ya desarmado por la dulce humildad de su esposa.

—No puedo, decía Dora moviendo tristemente la cabeza. Lo único que he aprendido en mi vida es á amarte.

—Eso te lo enseñó el corazón : contestaba Reinaldo.

Tomaba entonces su linda cabeza entre sus manos y después de besarla se iba sólo.

Poco á poco se fué haciendo una costumbre que Dora quedara en casa y que Reinaldo saliera. Él no tenía escrúpulo en dejarla, y ella por su parte no decía una sólo palabra : su fisonomía siempre estaba sonriente y alegre cuando salía Reinaldo y lo mismo cuando regresaba.

Él pensaba que Dora era más feliz en su casa que en ninguna otra parte y que la sociedad del gran mundo la molestaba.

Sus costumbres por lo mismo fueron cambiando notablemente ; mientras más frecuentaba Reinaldo la sociedad, Dora se adhería más á la protectora sombra del hogar.

El trato con la gente elegante era costoso en dos sentidos : por lo que había que gastar en trajes y demás, y por el tiempo que robaba al artista. Había muchos días en que Reinaldo ni siquiera visitaba su estudio, y en que regresaba bien tarde á casa para abandonarla en la mañana. Hasta cierto punto todo esto era natural que sucediera al joven Earle que tanto se había sacrificado por el amor. Algunas veces sucedía que después de una brillante conversación le venía á la mente el recuerdo del hogar de Dora, del rudo

trabajo y de los escasos recursos, semejante á una negra catástrofe que amenazara á anonadarlo.

No era que amara menos á Dora, sino que no había nada de común entre los gustos y sentimientos de uno y otro. Hombres de menos temple se hubieran fastidiado de ella mucho antes que Reinaldo. Nunca se ocupaban de hablar de la familia porque Dora notaba que él se ponía siempre triste, cuando recibía carta de Earle. Tiempo llegó en que Dora vacilara antes de mencionar á sus padres, temerosa de que su esposo recordara muchas cosas que ella deseaba no traerle á la memoria.

Si entonces hubiera intervenido en sus asuntos domésticos algún amigo verdadero y les hubiera advertido el peligro que corrían, probablemente la historia de Reinaldo Earle y su esposa hubiera sido muy distinta.

Toda Florencia llegó á conocer la historia de Reinaldo : se decía que era el hijo de un rico de Inglaterra, que había ofendido á su padre efectuando contra su voluntad un matrimonio inconveniente y que con el tiempo tenía que heredar el título. Mil ofrecimientos le fueron hechos á porfía ; las mejores casas de Florencia le fueron abiertas y en todas partes era perfectamente recibido.

La gente se sonreía maliciosamente cuando lo encontraban tan á menudo sin su esposa, en tanto que los más sentimentales lo compadecían. ¡ Pobre Dora !

Jamás supo Reinaldo cómo pasaba su esposa las largas horas de su ausencia. Nunca aparecía triste ni fastidiada con él, y nunca notó tampoco las más ligeras señales de lágrimas en sus hermosos ojos, y sin embargo, Dora las derramaba con abundancia. Durante las prolongadas horas del día hasta muy entrada la noche, la pobre joven permanecía sentada pensando en el hogar que había dejado en la distante Inglaterra, en donde había sido amada tan since-

ramente por su querido padre y por su cariñosa y tierna madre ; pensando también en Rodolfo, y en su poética casita rodeada de verdes praderas, de la cual ella pudo haber sido absoluta ama, y en donde ninguna persona de la gran sociedad la hubiera molestado con tantas preguntas y nadie la hubiese calificado de ignorante ó estúpida. En todo esto pensaba, mas no porque amase menos á Reinaldo, sino que cierta clase de miedo comenzaba á mezclarse con su amor.

Gradualmente, la fascinante y alegre sociedad en que Reinaldo era recibido con tanto entusiasmo, fué apoderándose de él. No era que pecara voluntariamente, sino que sin darse cuenta de ello, comenzó á disgustarle su propia casa y á sentirse fastidiado de Dora ; al fin este disgusto y fastidio llegó á dominarlo.

Jamás se mostró rudo ó grosero con su esposa porque Reinaldo era muy caballero ; pero ya no pasaba á su lado las hermosas horas de la mañana : deshechó toda idea de educarla, dejó de bromear con ella acerca de los libros, y no se volvió á ocupar en leer para distraerla : la sencilla Dora guiada por el infalible instinto del amor notaba todos estos cambios.

Reinaldo notó á su vez cierta mudanza en ella. Los hoyuelos de sus mejillas y las sonrisas de sus labios casi habían desaparecido. Rara vez oía aquella risa que en otro tiempo tanto le había cautivado. La gracia de sus modales también la iba perdiendo. Pensaba él que esto era debido á que estaba adquiriendo el “tono de la buena sociedad” y le agradó el cambio.

Hay personas que se ennoblecen bajo el peso de la adversidad ; pero en Reinaldo Earle la escasez de dinero y las dificultades consiguientes le produjeron mal efecto. Sentíase completamente agobiado bajo su peso. No podía ni aún comprar un ramillete de flores para la condesa porque

sus recursos no se lo permitían ; ni podía tener un caballo como los que montaban sus amigos, y esto lo molestaba. La adversidad no desarrolló ninguna buena cualidad en él ; la más dura y rigurosa disciplina fué la que al fin logró hacer de él un verdadero hombre.

Reinaldo se dedicaba á la pintura con cierta inconstancia ; algunas veces ejecutaba una obra buena, pero frecuentemente fracasaba.

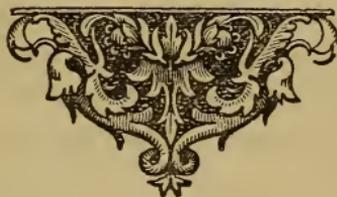
El más decidido protector de las bellas artes en Florencia era el Príncipe di Borgesi. Su magnífico palacio semejava una vasta galería de pinturas. Casualmente había visto algunos bocetos de Reinaldo, y le encomendó la pintura de un soberbio cuadro dejando el asunto á su elección.

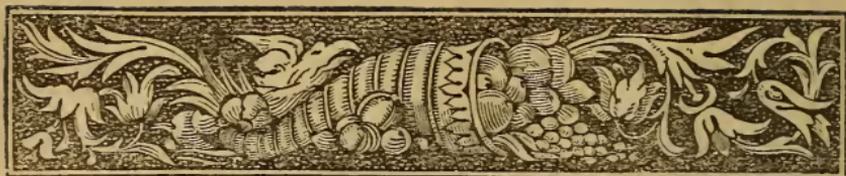
En vano cavilaba Reinaldo día y noche buscando en su mente el asunto más apropiado para el cuadro. Ambicionaba hacer su nombre inmortal en esta ocasión. Tuvo el pensamiento de seguir el tema de la "Dora" de Tennyson y retratar á su esposa como la figura principal. Hizo un bosquejo, pero se encontró con la dificultad de no poder retratar la fisonomía de Dora ; no pudo reflejar en el lienzo aquellas alegres sonrisas y aquellos rubores que determinaban su principal atractivo. De consiguiente abandonó esta idea.

Estando un día en donde el sol bañaba ligeramente los tupidos mirtos, víole á la mente una inspiración : pintaría á la Reina Guinevere en el esplendor de su juventud, con aquella inocencia y belleza, retratando á la par que su encantadora fisonomía y su dorada cabellera, las blancas y flotantes plumas de su tocado y sus brillantes alhajas. La presentaría cabalgando en su blanco palafrén, y deslumbrante al débil fulgor del sol que atravesara por entre los verdes árboles. Launcelot cabalgaría á su lado ; no olvidaría ningún detalle del cuadro ; le era demasiado conocida

la noble y franca fisonomía que debía tener el señor Launcelot, pero, ¿de dónde tomaría un modelo para Guinevere? ¿En dónde encontraría una fisonomía que realizara sus sueños artísticos? La pintura estaba ya medio terminada antes que él pensara en Valentina Charteris y en su esplendente hermosura : el tipo más á propósito para representar á la Reina Guinevere.

Con verdadero entusiasmo se entregaba Reinaldo á su trabajo. Cada una de las facciones de aquel hermoso semblante estaba impresa en su mente. Por fin, apareció reproducida con toda su serenidad y belleza la expresiva fisonomía de Valentina.





CAPÍTULO XI.



REINALDO tuvo mejor éxito del que esperaba con su cuadro de la Reina Guinevere. Los artistas y los aficionados estaban encantados con él. El punto sobresaliente del cuadro era aquel bellissimo rostro de la reina. ¿Á quién se parecía? ¿ en dónde se había encontrado aquel modelo? ¿ podía existir una mujer tan hermosa? Tales eran las preguntas que los que veían el cuadro repetían admirados.

La pintura fué colocada en la galería del palacio, y el Príncipe di Borzezi se volvió uno de los protectores más decididos de Reinaldo.

El príncipe dió un gran baile en honor de una hermosa dama inglesa, que en unión de su familia acababa de llegar á Florencia. La Condesa Rosalí estaba encantada con ella, y con sumo talento trató de hacerla su amiga.

Reinaldo fué invitado á este baile pero no pudo concurrir. Toda la aristocracia de Florencia estaba allí: la admiración que produjo la entrada al salón de la Condesa Rosalí acompañada de una hermosísima dama, no conoció límites. Esta belleza de quien toda la sociedad estaba pendiente, era una joven inglesa tan instruída como agraciada; hablaba francés con elegante acento, é italiano con fluidez y corrección.

Al estar el príncipe frente á ella reconoció inmediatamente el original de la famosa Guinevere.

La condesa corría peligro : una estrella más bella y brillante había aparecido : Valentina Charteris fué la reina de aquel suntuoso baile.

Cuando el príncipe hubo recibido á sus invitados y bailado con Valentina, le preguntó si le agradaría ver su pintura de la Reina Guinevere, cuya fama se extendía rápidamente.

—En verdad que nada me agradaría tanto como eso, dijo ella. Y como la Condesa Rosalí estuviera cerca, el príncipe también la comprendió en la invitación.

—Con mucho gusto, contestó, nunca me cansaré de ver á la Guinevere, ni de admirar el triunfo del artista, tanto más cuanto que es uno de mis más apreciados amigos.

El Príncipe di Borgezi se sonrió, pensando que parte de la admiración de aquella coqueta, era por el talento del artista y parte por su hermoso rostro.

Entraron juntos á la espaciosa galería, en donde se hallaban algunas de las más preciosas pinturas de Italia. El príncipe guió á sus acompañantes al extremo sur, y allí pudo Valentina ver una magnífica pintura : gigantescos árboles cuyas gruesas ramas se entrelazaban, apareciendo cada verde hoja con toda claridad ; y los rayos de luz que las atravesaba ; el blanco palafrén con su arnés cubierta de vistosa pedrería ; el arrogante caballero que cabalgaba á su lado, y entonces vió su propia fisonomía sonriente, fascinadora y bella al mismo tiempo que reflejando inocencia y pureza. Valentina estaba asombrada, en tanto que el príncipe sonreía.

—No queda la menor duda del parecido, dijo la condesa. El artista ha hecho de vos, su reina Guinevere.

—Sí ; contestó Valentina distraída, es mi propio rostro. ¿Cómo es que se encuentre retratado ahí? ¿Quién es el artista?

—Se llama Reinaldo, repuso la condesa ; y hay una historia acerca de él.

La condesa advirtió que Valentina se ponía pálida.

—¿ Lo habeis visto alguna vez ? ¿ lo conoceis ? preguntó.

—Sí ; contestó, mi familia y la suya han tenido relaciones por muchos años. Yo sabía que estaba en Italia con su esposa.

—¡ Ah !, se apresuró á decir la condesa, entonces es probable que sepais todo lo concerniente á su matrimonio. ¿ Quién era Dora ? ¿ por qué está reñido con su padre ? decidnos.

—Dispensadme, repuso Valentina, pues si Reinaldo tiene algunos secretos, no seré yo ciertamente quien los revele. Es preciso decir á mi madre que están aquí, para que vayamos á visitarlos.

—En un tiempo tuve mucha simpatía por Dora, dijo la condesa en tono compasivo ; pero si he de expresarme con franqueza, es muy sosa.

—Debe haber algo de estimable y atractivo en ella, contestó Valentina con presteza, para que Reinaldo la haya hecho su esposa.

—El Príncipe di Borgezi se sonrió en señal de aprobación de lo que decía la elegante dama.

—¿ Os agrada mi pintura, Valentina, preguntó.

—Me agrada tanto más cuanto que es obra de un antiguo amigo mío : repuso ella.

Y otra vez el príncipe admiró la gracia de sus palabras.

—Cualquier otra mujer en su lugar, pensó él, hubiera manifestado coquetería. ¡ Cuán encantadora es !

Desde aquel momento el Príncipe di Borgezi se propuso ganar el corazón de Valentina si le era dable.

Sintió placer y pesar al saber que Reinaldo estaba en

Florenxia. Nada había deplorado tanto su impropio matrimonio como ella. Juzgaba á Lord Earle demasiado cruel y severo ; compadecía al joven á quien, en un tiempo, había profesado tanto cariño ; pero, sin embargo, no se sentía inclinada á reanudar con él sus relaciones. Cuando Valentina le suplicó á su madre en la mañana siguiente, que fuesen á la quinta de la ribera del Arno, medio se resistió al principio.

—Prometí á Reinaldo hace algunos años ser su amiga, dijo Valentina con toda calma ; y es preciso que ahora me concedais, querida madre, que cumpla mi palabra. Debemos visitar á su esposa, y tributarle toda clase de atenciones. Si rehusais sería tanto como dudar de mí, y eso me ofendería en lo más íntimo.

—Se hará todo lo que deseas, hija mía, contestó Charteris ; la madre de ese joven es mi amiga más querida, y en su obsequio nos mostraremos amables con él.

Era una de aquellas hermosas mañanas de Italia en que la naturaleza entera, resplandece con todos sus encantos. El aire estaba lleno con las armonías del verano : las aguas del Arno se deslizaban lánguidamente ; las adelfas y los mirtos estaban cubiertos de flores ; las aves canoras daban al viento sus gorgoros como solo lo pueden hacer bajo aquel hermoso cielo.

Aun no era el medio día cuando Charteris y su hija llegaron á la pequeña quinta ; al acercarse á la casa Valentina percibió un hermoso rostro pálido, con grandes y oscuros ojos. ¿Sería aquella la bella y graciosa Dora ? Allí estaban las sortijillas de la brillante y oscura cabellera ; pero, ¿qué se habían hecho las sonrisas que Reinaldo había descrito ? Aquel semblante lejos de revelar felicidad, dejaba entrever algo de sufrimiento y aflicción.

Una vez en la casa fueron informadas de que Reinaldo estaba en su estudio y que allí las recibiría. Como no habían mandado tarjeta, creyó Reinaldo que las dos señoras vendrían á tratar algo relativo á pinturas ; así es que al ver entrar á Charteris y á Valentina, se quedó estupefacto por la sorpresa. Se cambiaron en seguida algunas confusas palabras de saludo, hubo una ligera explicación de las circunstancias que habían traído al señor Hugo á Florencia ; y después Valentina se quedó contemplando en silencio al único hombre, que había hecho latir con violencia su corazón. Reinaldo estaba alterado ; su franca y simpática fisonomía, delgada y pálida ; había en ella además cierta expresión de inquietud. No parecía un hombre que estuviese en buena armonía con la paz y la tranquilidad. Charteris le habló de su última visita á Earlescourt, de como su madre no se cansaba de hacer recuerdos de él, y de que su padre aun persistía en su inviolable y firme silencio.

—He visto vuestra pintura, le dijo. ; Qué bien recordábais el semblante de mi hija !

—Sí ; es uno de aquellos que no se olvidan fácilmente ; contestó. Y después volvió á reinar el silencio.

—¿ En dónde está vuestra esposa ? preguntó Valentina. Nuestra visita es principalmente para ella. Haced el favor de presentarla á mi madre ; yo ya la conozco por vuestra descripción.

—La dejé en el jardín ; si gustais iremos allá.

Sin decir una palabra las dos señoras lo siguieron al jardín, en donde Valentina había visto aquel rostro pálido y triste.

—Mi esposa es muy tímida, dijo Reinaldo, siempre se pone nerviosa al encontrarse con personas desconocidas.

Dora estaba sentada á la sombra de un grande árbol cubierto de flores, sus manos entrelazadas y sus ojos vagan-

do por las lejanas montañas ; había algo en aquella melancólica figura que conmovió á ambas señoras más de lo que se imaginaron. Un repentino rubor enrojeció su rostro cuando Reinaldo y sus acompañantes estuvieron frente á ella. Se levantó con presteza y no sin gracia, y los párpados de sus ojos cayeron con la modestia de antaño. Al presentar Reinaldo su esposa, algo de la apacible fisonomía de la joven fué directamente á afectar el corazón de Valentina. Ni una sola palabra pronunció ; pero con la mayor ternura estrechó á Dora en sus brazos y la besó como lo hubiera hecho su misma madre.

—Es preciso que nos queráis mucho, dijo Valentina ; somos las mejores amigas de vuestro esposo.

Dora no encontraba palabras con que manifestar su gratitud, sin embargo de que su corazón estaba lleno de ella hacia aquellas bondadosas personas. Reinaldo la miró ansiosamente y ella notó esta mirada.

Ahora, pensó Dora, se va á disgustar conmigo. Quiso decir algo del placer que tenía de conocerlas ; pero sus palabras fueron tan inoportunas y sin gracia, que Reinaldo se apresuró á interrumpirla.

Se sirvió en el jardín una merienda de frutas y vino, y durante este tiempo se habló de Earlescourt y sus moradores, del baile y del Príncipe di Borgezi. En toda esta conversación la pobre Dora no tomó ningún participio.

¿Quién era esta hermosa dama de faz sonriente y blonda cabellera ?

Aquella era la misma cara que Reinaldo había retratado en su cuadro, y que todo el mundo admiraba. ¿Cuán graciosa era, con qué facilidad se expresaba ! Las palabras que brotaban de sus hechiceros lábios estaban llenas de armonía y cadencia. ¿En dónde la había conocido Reinaldo ? ¿Por qué nunca le había hablado de Valentina ?

¡ Ah ! pensó Dora, ¡ si yo pudiera ser como ella !

Y al mismo tiempo le vino á la mente, causándole admiración, la idea de que Reinaldo no se hubiera unido con esta bella joven.

Valentina no la olvidaba ni la hacía á un lado. Procuraba mezclarla en la conversación ; pero Dora contestaba á todas sus preguntas con tal inquietud y brevedad, que creyó que el mayor servicio que le podía hacer, era no molestarla con preguntas.

Pasaron algunas horas en alegre charla, y Charteris no quiso retirarse hasta haber obtenido de Reinaldo la promesa de que llevaría á su esposa á pasar todo un día con ellas.

—No me puedo comprometer por Dora, dijo Reinaldo con amabilidad, raras veces sale de casa.

—Dora no rehusará venir conmigo, repuso Valentina con aquella sonrisa que nadie podía resistir.

—Vendrá con vos y pasaremos un día muy contentos.

Cuando se hubo fijado el día, las damas se despidieron ; y Reinaldo se quedó mirando el carruaje hasta que se hubo perdido de vista.

—Mi querida Valentina, dijo Charteris cuando ya no podían ser oídas, ¿ qué vería Reinaldo Earle en esa joven tan vergonzosa y sencilla, para inducirlo á despreciar todo en el mundo por ella ? Ni siquiera es bonita.

—Está muy cambiada, madre . . .

—¡ Cambiada ! Ya lo creo, y además es muy infeliz. Tiene miedo hasta de hablar, no hay en ella ni estilo, ni modales, ni gracia. Seguramente Reinaldo estaba loco.

—Estoy segura de que la amaba y la ama aún, dijo Valentina enérgicamente.

—Ese es precisamente el misterio para mí ; una persona, como es él, acostumbrada al trato de las damas inteligentes y cultas . . . no, no, es cosa que no me explico.

—Ni lo procureis, dijo Valentina ya calmada, evidentemente ella está muy nerviosa y sensible. Yo quiero ser una amiga verdadera de Reinaldo, madre, y por lo mismo voy á intentar formar y educar á su esposa.

¡Pobre Dora! Ella estaba ya formada y educada; pero nadie lo comprendía así. Nadie espera encontrar el perfume de la rosa en una flor de freso, ó la fragancia del heliotropo en la azul campanilla: y sin embargo, se sorprendían de no encontrar en esta joven sencilla, ignorante del mundo y sus artificios, una mente cultivada, graciosas maneras y arrogante porte.

Su sólo pensamiento era formarla y educarla, trabajo que ya había desempeñado la naturaleza en defecto del arte.

—Dora, dijo Reinaldo, cuando el carruaje hubo desaparecido, procura agradar á Charteris y á su hija, ya que ellas están tan bien dispuestas hacia tí. Tendría positivo placer de que fueran muy buenas amigas.

—Procuraré complacerte, contestó ella alegremente. ¡Qué joven tan hermosa! Reinaldo; es la misma que llamas “Guinevere” en tu cuadro. Díme algo acerca de ella. ¡Qué exactamente recordabas su fisonomía! Díme; también así recordarías la mía?

Aquel era el primer arranque de celos que conmovía su sencillo y amante corazón.

—Mucho mejor, repuso Reinaldo, con una sonrisa. Y al mismo tiempo vió que Dora lloraba y lo estrechaba entre sus brazos con ternura.

—¡Ah! Reinaldo, decía, por tí y sólo por tí quisiera ser como ella. ¿Te cansarás de mí algún día? ¿Desearías no haberte casado conmigo?

Reinaldo trató de calmar á su esposa y no volvió aquel día á su estudio, sino que permaneció á su lado, refiriéndole cuán noble y buena era Valentina.



CAPÍTULO XII.



ARA vez sucede que un hombre de buena índole, obre mal por su voluntad. Reinaldo se hubiera indignado si alguien le hubiese acusado de falto á la delicadeza y á su obligación. Pensaba que Dora estaba más contenta en su hogar que en las reuniones sociales y por lo mismo la dejaba en casa.

Los hábitos pronto se arraigan. Llegó tiempo en que creyó que era este el camino que más le convenía seguir: sentíase más á gusto sin ella; y si alguna vez Dora lo acompañaba, constantemente la observaba con ansiedad, temeroso de que otros descubrieran y comentaran los despropósitos que pudiera cometer, y que ella más que nadie lamentaba.

La visita á Charteris fué hecha con toda oportunidad: día de gozo para Reinaldo y de angustia para Dora. Aunque Charteris se mostró muy amable con ella, y Valentina se esforzaba por complacerla, no podía sentirse tranquila entre aquellas damas, ni siquiera cuando Valentina compadecida de su timidez y encogimiento la llevó al jardín, en donde á solas procuró asiduamente ganar su confianza. El corazón de Dora parecía haberse rebelado contra aquella cariñosa joven que conocía tan íntimamente á su esposo. El emponzoñado principio de los celos comenzaba á agitar aquella sencilla naturaleza. Reinaldo hablaba á Valentina de mil cosas, todas desconocidas para Dora; ambos parecían

tener las mismas ideas y sentimientos, mientras que ella permanecía fuera de aquel círculo encantador, al que no podía penetrar.

Notó la creciente admiración de Reinaldo cuando Valentina tocó y cantó; sintiendo á la vez languidecer su inquieto corazón. Nunca hasta entonces había sentido el fuego de los celos. Cuando la Condesa Rosalí charlaba y reía con Reinaldo, tratándolo á veces como cautivo y á veces como vencedor, no se había inquietado; pero cada sonrisa de Valentina la mortificaba íntimamente, sin saber por qué.

Cuando Charteris, con pretexto de enseñarle su flor predilecta, llevó á Dora lejos de los demás, y se mostró con ella tan amable como nunca; acariciándola y ofreciéndose como una amiga sincera de Reinaldo, el corazón de Dora permanecía endurecido para con ella. Contestó simplemente con monosílabos y no llegó á levantar sus oscuros ojos para mirar el rostro de aquella joven bondadosa.

Una vez que ambos esposos hubieron partido, Charteris y su hija permanecieron en profundo silencio.

—¡Pobre joven! dijo por fin la primera, y pobre Dora! Este es uno más en la lista de los matrimonios desgraciados. ¿Cómo terminará?

Valentina, por su parte, al contemplar en el ocaso la puesta del sol, se hacía la misma pregunta.

Si alguien le hubiera advertido á Dora que se encontraba celosa, lo hubiera negado indignada, aunque efectivamente el recuerdo de Valentina no se apartaba de su mente.

Por amabilidad Charteris manifestó el deseo de que Reinaldo hiciera un retrato de su hija; debería ser una pintura grande que pudieran llevar á Greenock. Por demás es decir cuán del gusto del artista fué esta comisión, á cuya tarea se dedicó desde luego con asiduidad. Charteris venía con su hija y permanecía acompañándola, durante las estu-

diadas posturas que tenía que guardar, haciendo cuanto podía por agradar y familiarizar á la tímida esposa del pintor.

El gracioso rostro con su serenidad y belleza griega fué apareciendo poco á poco sobre el lienzo. Horas enteras, mientras Reinaldo estaba ausente, Dora permanecía contemplando este retrato que ejercía en ella una rara fascinación. Con tal detenimiento examinaba cada una de las facciones que no se hubiera sorprendido mucho, de ver asomar una sonrisa burlona en aquellos labios. Más que una pintura le parecía que era un ser viviente. Observaba á Reinaldo cuando se entregaba á su trabajo con ferviente entusiasmo ; y cuando el artista dirigía la mirada y encontraba aquellos oscuros ojos fijos en él con tan extraña expresión, la llamaba para que viera lo que había adelantado, sin imaginar siquiera los celos que iban apoderándose del corazón de Dora ; y con el deleite propio de un artista encomiaba la perfección de aquellas facciones.

Sin que el cambio fuera ni violento ni notable, Dora se ponía día por día más reservada y silenciosa : es que iba aprendiendo á ocultar sus pensamientos y á encerrar en su pecho las penas que sufría. Había pasado el tiempo cuando se arrojaba á los brazos de Reinaldo, para desahogarse de sus aflicciones.

En tanto, su esposo no se fijó en este cambio. El hogar le parecía fastidioso ; y era para él un verdadero placer abandonar la solitaria quinta para ir á ocupar su puesto en el suntuoso salón de la elegante residencia de Charteris. ¡ Cuando gustaba en trocar la monotonía y tristeza por la alegría de la sociedad, en donde gozaba con la agradable y chispeante conversación !

Valentina estaba rodeada de admiradores. Todo el mundo sabía que el Príncipe di Borgezi hubiera puesto con

gusto á sus pies su título y fortuna ; pero ella á todos despreciaba. Frecuentemente tenía Reinaldo ocasión de ver á gente noble é instruída rindiendo homenajes á Valentina, quien se sonreía alegremente, tratando á todos con gracia y amabilidad ; pero el artista nunca sorprendió en ella la mirada que á él le había dirigido en otra época, y que tan presente la tenía. La señora Charteris deploraba la obstinación de su hija : hizo de Reinaldo su confidente, y le manifestaba lo disgustada que se ponía cuando Valentina rechazaba á todos los que pretendían su mano.

No es que Reinaldo fuera precisamente un fatuo ; semejante á los demás hombres tenía cierta satisfacción de su propio mérito ; pero no podía impedir que de cuando en cuando le viniese á la mente el recuerdo de que su madre le había asegurado que Valentina se interesaba por él. ¿ Podría esto ser cierto ? ¿ Sería verdad que en un tiempo aquella hermosa joven, tan indiferente con todos, había sentido amor por él ? ¿ Pudo haber existido una época en que el premio por el que tantos suspiraban en vano, estuviera á su alcance y sin embargo, lo había desechado ?

Involuntariamente le venían estos pensamientos. Raro era el día que pasaba sin visitar á Charteris, quien siempre lo recibía con amabilidad ; lo compadecía, y nunca estaba demás con ella. Algunas veces Charteris iba á visitar á Dora ; pero esto era más bien por cumplir con un deber que por ser de su agrado.

Por aquel tiempo la salud de Dora comenzó á quebrantarse. Se puso más pálida y lánguida ; necia á veces, y muy diferente de la graciosa y halagüeña doncella que Reinaldo había encontrado en los jardines de Earlescourt.

El joven escribió á su madre noticiándole que al fin, había esperanza de que su antigua casa contase con un heredero.

Reinaldo se mostraba entonces más amable y complaciente con su enferma y delicada esposa : renunció á los paseos y reuniones, para estar á su lado ; no comprendiendo sin embargo, aquella mirada particular que le dirigían los grandes ojos de Dora.

La señora Charteris tenía en proyecto una excursión á un lugar pintoresco en que se hallaban unas ruinas que habían agradado á su hija y de las cuales quería tomar un croquis. Reinaldo fué invitado para acompañarlas, y él había estado deseando por muchos días disfrutar algunas horas lejos de toda pena y cuidado. ¡ Qué gozo, pasar algunas horas en la campiña con Valentina ! Pero cuando llegó la mañana convenida, Dora estaba precisamente enferma y abatida. No le dijo á Reinaldo que estuviera con ella ; pero él conoció este deseo en su fisonomía.

—No iré, Dora, no te dejaré sola. Mandaré una disculpa á la señora Charteris, y me dedicaré á tu cuidado todo el día.

—¿ También va Valentina ? preguntó ella.

—Sí ; y otras personas.

—Entonces no hay que fijarse en mí ; no pierdas un día de placer, por mi causa.

Reinaldo pudo haber comprendido, por el el tono de voz con que fueron dichas estas palabras, que había algo extraño en su esposa ; pero en él nada había de malicioso.

—No, Dora, le dijo cariñosamente, bien sabes que por tí, dejaría á un lado cuantos placeres hay en este mundo.

Diciendo esto se inclinó sobre ella y besó su pálida frente. En otro tiempo aquel sencillo corazón se hubiera conmovido de felicidad con aquellas demostraciones de cariño ; pero Dora se puso aun más indiferente y desdeñosa.

—Así era él ciertamente, pensó, antes de que Valentina viniera con su belleza á arrancarlo de mi lado.

¡ Cuánto infortunio se hubiera evitado si entonces le hubiera comunicado á Reinaldo sus celos y temores ! Él nunca los llegó á sospechar.

Cuando en la noche volvió á casa respirando alegría y felicidad, ella le preguntó :

—¿ Viste hoy á Valentina ?

Y él, contento del interés que mostraba por sus amigos, contestó que había estado en casa de Charteris, y le contó de la música que había oído, de las personas con quienes había estado y de las memorias que Valentina le enviaba. Así alimentaba Dora los terribles celos que abrigaba en su corazón. ¡ Qué orgullo y placer sintió Reinaldo el día que escribió á su madre participándole ser el padre de dos niñas gemelas, en lugar del deseado heredero de Earlescourt !

Charteris se mostró muy bondadosa con la solitaria y joven madre : tanto así, que seguramente Dora la hubiera amado á no ser por el nombre que llevaba. Volvió á haber un asomo de la pasada felicidad, porque Reinaldo estaba muy contento y orgulloso con sus dos hijitas.

Una hermosa mañana en que habían llevado á Dora á la pieza en donde dormían las niñas, llegaron Charteris y su hija ; Reinaldo las acompañó, y luego sobrevino una larga discusión acerca de los nombres que deberían ponerse á las dos hermanas.

—Es preciso que os fijeis en el porvenir, dijo Valentina sonriendo. Sería un buen cumplimiento á Earle, si á una de ellas llamais Elena.

—Ya tengo hecha mi elección, repuso Dora con clara y vibrante voz. Á esta pequeñita de pelo rubio, le voy á llamar Lilia y á la otra Beatriz.

Al decir estas palabras un débil rubor cubrió sus mejillas. En este punto no permitiría la intervenciónde nadie: Valentina no sería quien pusiera nombres á sus hijas.

—Admiro vuestra elección, dijo Charteris ; Beatriz y Lilia son nombres muy bonitos.

Cuando Valentina se inclinó sobre la cuna para besar á las recién nacidas antes de despedirse, le dijo Dora :

—Ya lo veis Valentina, he hecho con mis pequeñitas lo que me ha parecido más conveniente, y esto, sin que Reinaldo se haya opuesto.

Valentina pensó que estas palabras tenían algo de extraño ; ella á lo menos no comprendía su significado. Nunca se hubiera imaginado que Dora estaba celosa de ella. Contestó con afabilidad y no se dió por aludida.

Dora no estaba ya sola, el cuidado de sus hijas la ocupaba la mayor parte del tiempo ; pero Reinaldo en vez de permanecer en casa, se alejaba de ella con más frecuencia que antes.

La quinta era bonita y pintoresca, aunque muy pequeña ; carecía de una pieza á propósito para tener á las niñas. En donde quiera que Dora tomaba sitio, allí también tenían que estar las hermanitas : y cuando Dora y la nodriza estaban muy contentas con su compañía, los lloros y ruido que hacían, molestaban grandemente á Reinaldo. El resultado de esto era que él se incomodaba, Dora se ponía á llorar y le echaba en cara que no amaba á sus hijas ; y así aumentaba de día en día la barrera entre aquellas dos personas que no debían sinó vivir en la mayor armonía.

✓ Las niñas crecían entre tanto. La pequeña Beatriz prometía ser una belleza. En opinión de Reinaldo tenía la cara de los Earle. Lilia era una linda y simpática niña, demasiado buena para vivir mucho, según pensaba su madre. Ninguna de las dos se parecía á Dora, lo que ella deseaba algunas veces que hubiera sucedido.

Es probable que en toda la vida de infortunio de Reinaldo Earle, ningún año pasó más inquieto y á disgusto que

éste. Es imposible trabajar con los gritos de estas niñas, se decía á sí mismo. Así es que la mayor parte del tiempo, lo pasaba fuera de casa. Todos los días dedicaba algunas horas en visitar á Valentina, y no se cuestionó sobre el impulso que le obligaba á buscar su sociedad; el augusto reposo de aquella beldad contrastaba tan lisonjeramente con las molestias y miserias de su hogar. Cuando Valentina salía á pasear él la acompañaba; le agradaba encontrarla en las reuniones y en los bailes; y si hubiera pasado un solo día sin verla, le hubiera parecido el más triste y monótono de su vida.

Cuando llegó el primer cumpleaños de las niñas, Valentina guiada por sus generosos sentimientos compró un buen surtido de juguetes, y se dirigió inmediatamente á la quinta. La escena que se presentó á su vista no fué de las más agradables. Reinaldo estaba muy entretenido escribiendo. Dora triste y abatida trataba en vano de acallar el llanto de una de las niñas mientras la otra, le tiraba del vestido. Aquel semblante melancólico causó honda pena á Valentina. Dejó el paquete de juguetes á un lado y después de saludar á Reinaldo, quien se quedó un poco cortado en vista del aspecto que presentaban las cosas, y en seguida se dirigió á Dora; tomó á la niña en sus brazos y la pequeña Beatriz mirándola con ojos sorprendidos suspendió su llanto.

—No estais bastante fuerte, Dora, para poder con esta niña tan pesada, dijo Valentina. ¿Por qué no buskais una mujer que os ayude?

—No podemos hacer ese gasto: contestó Reinaldo de mal talante.

—Gastamos demasiado en guantes y en caballos, añadió Dora amargamente; pero no bien hubo pronunciado estas palabras, cuando sintió tal arrepentimiento, que hubiera dado cuanto tenía en el mundo por no haberlas proferido.

Reinaldo no replicó : y Valentina deseosa de que pasara este desagradable incidente que tan involuntariamente había suscitado, atrajo la atención hacia los juguetes de las niñas.

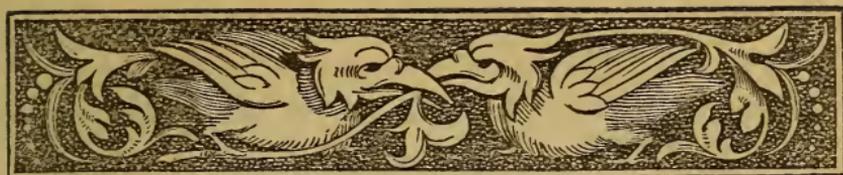
Cuando Valentina hubo partido, Reinaldo y Dora tuvieron el primer disgusto bien acalorado por cierto. Él no podía soportar el insulto que envolvían las palabras de su esposa, á las que daba más importancia por haber sido pronunciadas en presencia de Valentina ; y ella por primera vez le mostró con cuanta facilidad puede un carácter sin educación hacer á un lado todo miramiento á la cultura y buenas maneras.

Fué aquel un inolvidable disgusto en el que Reinaldo en el colmo de su enojo, manifestó el deseo de no haber conocido nunca á Dora, deseo que ella secundó.

Cuando tales disgustos se tienen entre esposos, se pierde irremediabilmente el perfume del amor. Podrá haber reconciliación entre ellos ; pero nunca volverán á ser el uno para el otro lo que fueron en otro tiempo.

La felicidad había desaparecido de aquel hogar : y esta pérdida es irreparable.





CAPÍTULO XIII.



FRONTO desaparecieron de la mente de Reinaldo, las palabras coléricas que profirió en el disgusto que tuvo con su esposa ; y las cuales casi puede decirse que eran las primeras que de ese genero pronunciaba : en cambio en el corazón de Dora penetraron cual emponzoñados dardos.

Antes del anochecer Reinaldo ya se había arrepentido de su enojo, y se calificaba á sí mismo de cobarde por haber reprendido á Dora tan severamente. Bajo esta impresión se dirigió á su aposento, y tomando la cara de Dora con ambas manos, dijo fijando al mismo tiempo una tierna mirada en ella :

—Esposa mía, ambos hemos obrado mal. Por mi parte lo siento mucho y deseo que hagamos las paces.

Dora era algo rencorosa por naturaleza y el influjo de esta pasión lo sintió con toda fuerza en este momento.

—No hay cuidado,—contestó con indiferencia,—sabía desde hace algún tiempo que ya te habías fastidiado de mí.

Reinaldo no quiso decir más, por no tener otro disgusto ; pero pensó que tal vez no le faltaba razón.

Desde aquel día la brecha que se abrió entre ellos fué ensanchándose.

Años después, Dora pudo comprender cuanta culpa había tenido ella en todo ésto ; y cuán desagradable debería

haber sido su reserva y falta de buenas maneras, para un hombre de la educación de Reinaldo. Pero en aquella vez no lo veía así, sino que alimentaba en su corazón aprehensiones enteramente infundadas, y se dejaba dominar por terribles celos contra Valentina Charteris.

Durante algunas semanas Valentina observó en el semblante de Reinaldo que la nube que ella había visto comenzar á formarse seguía en aumento. Lo veía taciturno y falto de aquella vivacidad de espíritu que parecía nunca abandonarlo ; esto hizo que en las semanas siguientes Valentina formulara una resolución en su mente, la cual se proponía llevar á cabo. Ella era amiga íntima de Reinaldo, y haría cuanto pudiera por restablecer la paz y armonía entre él y su esposa. Esperó algunos días ; pero allí en su misma casa era imposible hablar con él á solas. Creía sin embargo, con la mejor buena fe del mundo, que si pudiera hablarle, recordándole su primer amor por Dora, y la sencillez y virtudes que la adornaban, podría sin duda alguna cambiar el aspecto de las cosas en el hogar de su antiguo amigo. Culpaba á Reinaldo de todo : él había voluntariamente contraído obligaciones y en su justo y recto modo de raciocinar, no veía causa justificada para no cumplir con ellas. Tenía la seguridad de que no se ofendería con ella por lo que le dijera, puesto que con toda voluntad había buscado su ayuda en otro tiempo. Así es que, Valentina estaba constantemente en asecho de una oportunidad para decir aquellas cuantas palabras, que pensaba producirían tan excelente resultado ; pero como dicha oportunidad no se presentaba, se resolvió á forzarla ella misma. Tomando su elegante lapicero escribió las siguientes líneas, que vinieron á ser con el tiempo tan fatales, como una sentencia de muerte :

“ Mi querido Reinaldo :

“ Deseo hablaros en lo particular y reservadamente. Estaré en nuestro jardín mañana como á las diez ; venid á buscarme ántes de entrar á la casa.

“ Vuestra sincera amiga,

“ VALENTINA CHARTERIS.”

Todo el mundo podía haber leído esta esquela : nada malo había en ella ; estaba dictada por un corazón bondadoso y encerraba las mejores intenciones ; pero el resultado que produjo no pudo haber sido más fatal.

Cuando Reinaldo se despedía en la casa de Valentina, ella aprovechó esta ocasión para depositar la esquela en sus manos.

—Es la primera vez que os escribo,—le dijo sonriendo,—no rehuséis á la súplica que os dirijo.

—Mañana lo despacharé feliz á su casa,—pensaba al mismo tiempo.—Fácilmente se le inclina al bien : es preciso que tenga una avenencia franca y cierta con su buena esposa : ninguno de los dos parece estar feliz.

Reinaldo no abrió la carta hasta que llegó á su casa ; en donde se enteró de ella medio adivinando para lo que Valentina lo necesitaba.

—Es una mujer muy noble,—pensó,—sus palabras me dieron valor en otra época, también hoy me lo impartirán.

Dejó el papel sobre la mesa de su estudio ; y quiso la fatalidad que la celosa Dora al entrar en busca de algo que había olvidado, la encontrara allí. Á medida que la iba leyendo el color desaparecía de sus mejillas, y una terrible desventura, motivada por los celos, sintió destrozarle el corazón. Sus más grandes temores y dudas quedaron confirmados. ¿ Con qué derecho se atrevía aquella hermosa mujer

á arrebatarse á Reinaldo de su lado? ¿ Con qué derecho le robaba su amor?

Reinaldo se quedó estupefacto cuando vió entrar á Dora á su aposento, con el semblante tan descompuesto. Había estado jugando con las dos niñas y se había olvidado por el momento de Valentina y de su esquila. Al ver el desencajado y pálido semblante de su esposa, que fijamente lo miraba en aterrador silencio, exclamó:

—¿ Qué te pasa Dora? ¿ te sientes mal? ¿ Estás asustada? ¡ Pareces un cadáver!

Ella no contestó; y su esposo creyendo que era simplemente un acceso de mal humor de los que solía padecer, suspiró hondamente y se retiró.

Dora no pensó siquiera en acostarse esa noche. Estaba resuelta á ir á presenciar la entrevista que tendría su esposo, que estaba fastidiado de ella, con la mujer que se proponía robarle su cariño. Escucharía todo lo que tenían que decirse y en seguida se les haría presente. No le vino á la mente ni el más remoto pensamiento de lo innoble y deshonesto de tal proceder. Dora no estaba dotada de gran finura de sentimientos, y por lo mismo creía ver un triunfo en el paso que se propuso dar, y no una degradación para su propia persona. Conocía el lugar en que deberían reunirse en el parque; Valentina le llamaba "su retrete": era un grupo de árboles á cuya sombra se encontraba un primoroso asiento rústico; y Dora pensó que si se colocaba detrás de los árboles podría oírlo todo sin ser vista. ¡ Pobre joven, devorada por la más terrible de las pasiones!

Antes que Reinaldo terminara su almuerzo, Dora había abandonado la casa bajo cualquier pretexto. Sabía el camino de la casa de Charteris, y la entrada al jardín. Nada temía, aun cuando fué descubierto allí; nadie supondría otra cosa, más que se había detenido á descansar un poco.

Acomodóse detrás de los árboles lo mejor que pudo y esperó. Todo aquello era muy mal hecho y despreciable; pero había algo tan conmovedor en aquel pálido semblante lleno de angustia y ansiedad, que no se hubiera sabido que hacer: si compadecerla ó culparla.

La luz del sol llegaban hasta ella, los pájaros gorgeaban alegremente en los árboles, las flores daban al aire su fragancia. Ella en medio de su tortura y aficción permanecía indiferente á tanta belleza. Al fin, los vió venir: Valentina vestía un elegante traje blanco de mañana, su hermoso semblante estaba encendido por la emoción; Reinaldo caminaba á su lado. Como lo había previsto, rectamente se dirigieron al grupo de árboles, en donde Valentina indicó á Reinaldo un sitio cerca de ella. Clara y dulcemente resonaban las palabras de la bella joven en los oídos de Reinaldo; pero en el corazón de la desdichada Dora caían como gotas de plomo derretido.

—Pues es preciso que lo hagais,—decía Valentina,—en un tiempo pensé que erais un héroe, y ahora estais probando ser un hombre muy débil y voluble.

Dora no pudo oír bien la contestación de Reinaldo: únicamente oyó que dijo algo de “la vida y sus engaños.”

—Recuerdo haberos dicho una vez,—repuso Valentina,—que el hombre que puede afrontar con valor las consecuencias de sus propias acciones es un verdadero héroe. Poniéndonos en el peor caso: habeis incurrido en un error, no os queda más que hacer lo posible por conformaros con sus consecuencias, lo cual no haceis.

—No,—dijo él gravemente,—soy muy infeliz, más de lo que os imaginais, Valentina. La vida ha perdido su atractivo para mí. En un tiempo alimentaba grandes esperanzas, hoy todas ellas han muerto.

—Sois demasiado joven para decir eso,—replicó,—tened

un poco de valor y paciencia, y todo se arreglará satisfactoriamente. Si algo os puede consolar sabed que siento por vos la más grande y verdadera simpatía. . . .

Valentina no pudo terminar : una fisonomía desencajada y colérica de cuyos oscuros ojos se desprendían mil rayos de ira, apareció ante ella.

—¡ Bien podeis reservaros vuestra compasión, Valentina ! —exclamó Dora con ronca y trémula voz.—¿ Por qué habeis hecho que mi esposo se disguste conmigo ? ¿ por qué me habeis arrebatado su cariño ? ¿ por qué le escribís esquelas citándolo para entre ambos censurar á su pobre esposa y hablar mal de su humilde cuna ?

—¡ Calla !—dijo Reinaldo asiéndola bruscamente por un brazo.—No profieras más disparates. ¿ Estás loca, Dora ?

—No ; todavía no,—contestó,—pero esta mujer falsa, hará que pronto lo esté.

En aquel momento se levantó Valentina mostrando en su semblante calma y serenidad ; ni siquiera una sonrisa de desprecio se dibujó en sus labios.

—Esperad un instante, Valentina, os lo suplico,—dijo Reinaldo,—quiero que mi esposa se disculpe de lo que ha hecho.

—Era verdad,—exclamó Dora,—ella le escribió citándolo para este lugar.

—Dora,—preguntó su esposo con gravedad,—¿ leiste la esquila que me escribió ?

—Sí.

—¿ Y viniste aquí premeditadamente para oír lo que ella tenía que decirme, es decir, á escuchar lo que no te incumbía saber ?

La gravedad y aspereza de Reinaldo calmaron un tanto la cólera de su esposa, cuyo temor comenzaba á retratarse en su descolorida fisonomía.

—¡ Contesta ! continuó él,—¿ viniste con toda intención á ocultarte detrás de estos árboles, con el único fin de escucharnos ?

—Sí,—repuso,—y volvería hacer lo mismo si cualquiera otra mujer tratara de quitarme mi esposo.

—Entonces que Dios me perdone por la deshonra que he traído á mi nombre y á mi familia. Sí, que Él me perdone el error en que incurrí al creer que tal mujer era digna de ser mi esposa. Escucha,—continuó cambiando súbitamente el tono de su voz de colérico á desdeñoso,—Valentina es tu amiga ; quiso hablar conmigo aquí para interceder por tí ; para aconsejarme que permaneciera más tiempo en el hogar contigo, que frecuentara menos la sociedad, que mirara con más atención el lado bueno de nuestra vida conyugal, y que fuera mejor esposo de lo que he sido últimamente : esto era lo que tenía que decirme y nada más.

—No . . . no creo eso,—dijo Dora entre sollozos.

—Como gustes,—repuso él friamente.—Charteris, quisiera ponerme á vuestros pies, para solicitar vuestro perdón por los insultos que habeis recibido. Si un hombre los hubiera proferido, no dudeis que ya estarían vengados. La mujer que os los dirigió, lleva mi nombre ; no me queda, sinó rogaros los perdoneis.

—Concedido,—contestó,—seguramente ella estaba de mente, para no conocer que yo era su verdadera amiga. Siento mucho que mis buenas intenciones hayan tenido un resultado tan funesto. Procurad olvidar, Reinaldo, el perjuicio que os he seguido y perdonad á Dora ; indudablemente no supo ni lo que decía.

—La perdono,—dijo Reinaldo ;—pero no quiero volver á ver su cara. En ella no encuentro más que deshonra. Todo mi amor murió repentinamente, hace diez minutos. La

mujer tan falta de delicadeza y honor que se oculta para escuchar no puede seguir siendo mi esposa.

—Tened compasión,—repuso Valentina al ver á Dora que lloraba amargamente : todo el fuego de su pasión y sus coléricos celos se desvanecieron ante el disgusto de su esposo.

—El cielo es testigo de lo mucho que la compadezco. Nosotros los Earle amamos únicamente á mujeres dignas, cuando llegamos á amar. Valentina, os acompañaré á la casa, y después nos arreglaremos Dora y yo.

No pudiendo resistir Valentina á sus nobles y generosos sentimientos, se inclinó para imprimir un ósculo en el angustiado rostro de Dora.

—Procurad convenceros de que habeis obrado con ligereza y equivocadamente,—le dijo en afectuoso tono. Os aseguro que no fué otra mi intención sino hablar en vuestro favor.

Ni una sola palabra se escapó de sus labios al atravesar por el parque. Valentina estaba llena de compasión por su amigo y lamentaba profundamente el participio que había tenido en aquel desagradable acontecimiento.

Cuando Reinaldo volvió al grupo de árboles, Dora ya no estaba allí. Por el momento no le hizo fuerza adonde hubiera ido : la angustia y el pesar parecían haber embargado todo su ser.





CAPÍTULO XIV.



FARTÍA el alma ver el infortunio y dolor que se había apoderado de aquel sencillo corazón. El buen sentido, el honor y aun la misma razón parecían haber abandonado á Dora temporalmente. Si hubiera estado á su alcance haber borrado de un sólo golpe la hermosura del rostro de Valentina, lo hubiera hecho sin vacilar. La cólera de Reinaldo y su terrible desdén, la torturaban sin tregua, hasta que en su corazón y en toda su alma se produjo una extraña resolución, hasta que amargos y terríficos pensamientos se agitaron en su cerebro cual desencadenada tempestad. No le parecía que lo que había hecho fuese una acción tan reprochable, no comprendía la intervención que pudiera tener el honor con el sencillo hecho de haber leído una carta dirigida á su esposo, ó haber escuchado una conversación reservada con él. Por todo ésto, no dió mayor importancia en aquel tiempo á su indigna acción ; su pecho estaba lleno de cólera contra Reinaldo y Valentina. Después que Charteris la besó, juntó las manos desesperada gritando que Valentina era una hipócrita y que le había arrebatado á Reinaldo. Cualquiera que hubiese pasado por el camino inmediato, la hubiera creído una loca, al ver su descolorido semblante, sus relucientes ojos y sus rígidos labios que sólo se abrían para lanzar lamentos y gritos que interrumpían el dulce silencio del parque. Él

cumpliría su palabra ; sucediese lo que sucediese nunca, volvería á mirar su cara : la cara que él había acariciado tanto y aclamado la más hermosa del mundo. Ella tendría que irse lejos ; porque ya él se había fastidiado de ella y también de sus hijitas. Ya no volverían á molestarlo y estorbarlo ; ya estaba libre para marchar al lado de aquella mujer seductora y falsa que había pretendido compadecerse de ella.

La pequeña nodriza, que era una sencilla aldeana, se quedó azorada cuando su ama entró á la pieza donde estaban las niñas.

—María,—le dijo Dora,—me voy á mi casa, más allá de los mares, á Inglaterra, ¿quieres venir conmigo ?

Lo único que la pobre Dora había podido aprender en los años trascurridos, era un poco de italiano. La joven nodriza se quedó sorprendida al oír la aspereza de aquella voz, que generalmente era dulce como el canto de la alondra.

—Iré—contestó,—si la señora me quiere llevar : á nadie dejo aquí por quién suspirar.

Con temblorosas y vacilantes manos, y el semblante pálido y descompuesto, comenzó Dora á empacar baúles y cajones, el guardaropa de las niñas y el suyo, arrojando lejos de sí todos los obsequios de trajes y juguetes que les había traído Valentina. Ni un momento se detuvo á recordar las alegres y felices horas que había pasado en aquellos bonitos aposentos. Ni un solo pensamiento dedicó al joven amante que había sacrificado todo en el mundo por ella. Lo único que no se apartaba de su mente, era el recuerdo del marido encolerizado que no quería verla más : de aquel que en presencia de otra se había arrepentido amargamente de haberla hecho su esposa. Ya no lloraba : aquel ardiente cerebro y aquel celoso corazón se hubieran sentido un tanto aliviados con el llanto ; pero los oscuros ojos estaban bri-

llantes y llenos de una rara y apasionada luz. Las pequeñas al mirar á su madre, lloraban de temor. Con frenético y apasionado amor las tomaba en sus brazos, exclamando al mismo tiempo que no las dejaría allí, para ser despreciadas como ella lo había sido.

Cuando aquella encolerizada mujer, llegaba al colmo de la pasión, no se percibía en ella ni el menor vestigio de la sencilla y preciosa Dora.

En muy poco tiempo estuvieron los baúles empacados, cerrados y listos para el viaje. Al estar empacando le preguntó María :

—¿ Adónde vamos, señora ?

Y la misma ronca voz le contestó :

—Á casa de mis padres, á Inglaterra.

Cuando ya todo estuvo listo, las asombradas niñas vestidas, y la doncella esperando, Dora se fué al escritorio de su esposo y escribió las siguientes líneas, que ni una sola lágrima vino á humedecer ; su mano había dejado de temblar ; todas las palabras estaban claras y firmemente escritas :

“ No he querido esperar á que vinieras á despedirme. Tus ojos no volverán á sufrir al mirar aquella cara en que no lees más que deshonra. Desde hace algunos meses sabía estabas hastiado de mí. Me voy á casa de mis padres y llevo á mis hijas conmigo, se que tú haces tanto caso de ellas como de mí ; te digo, sin embargo, que ellas son mías y no tuyas. Te dejo con todo lo que más amas en el mundo. Yo me llevo también á lo que más amo. Aun cuando por muchos años lo suplicaras no volvería á reunirme contigo ni á hablarte.”

Dobló la carta y puso la dirección de su esposo. Ni un sólo beso depositó en ella. Al abandonar para siempre la pequeña quinta, ni una sólo vez volvió la cara para mirar sus paredes tapizadas de enredaderas.

La demacrada y taciturna criada que había tenido Dora á su servicio, desde el primer día que llegó á Florencia, vino á verla sorprendida y alarmada, pudiendo á penas reconocer á su linda y bondadosa ama en aquella descolorida y colérica mujer que parecía haber perdido la razón. Á esta criada fué á quien comisionó Dora para que le entregara la carta á su esposo, tan pronto como llegara. Ni una sóla palabra contestó á las muchas preguntas que hacía la mujer. Con verdadera prisa lo arreglaba todo, temerosa de que volviera Reinaldo y aun la encontrara allí.

Poco después de medio día, mientras Reinaldo acompañado de algunos amigos ascendía las lujosas escaleras del hotel de Italia, su esposa llegaba á la bulliciosa estación del ferrocarril en Florencia. Tenía el dinero suficiente para llegar á su casa, pero nada más. Estaba verdaderamente inquieta ; cada momento perdido le parecía un siglo y no comenzó á tranquilizarse hasta que el tren estuvo en movimiento y se alejaba de la hermosa Florencia.

Sin el estímulo de la cólera indudablemente que Dora se habría sentido horrorizada, al pensar que tenía que hacer sóla un viaje tan largo : ¡ ella que jamás había estado sin la compañía de su amable y atento esposo ! Pero en esta ocasión nada la arredraba : los vastos mares y los peligros del camino no le infundían ningún temor. No pensaba sinó en que se estaba alejando más y más de aquel que había dicho delante de su rival, que no quería volver á verla.

.....

Allá en un extremo del fértil y hermoso condado de Kent, á la margen del anchuroso canal, se encuentra situada la bonita y pintoresca villa de Knutsford.

El mundo está lleno de bellezas ; cada país participa de ellas. Suiza es admirada por sus montañas siempre coronadas de nieve ; Alemania por sus oscuros bosques y sus vas-

tas corrientes ; España por sus hermosos y alegres campos, Italia por sus “mil maravillas” naturales y artísticas : pero para bellezas rodeadas de dulce serenidad, invitando siempre á la meditación y al recogimiento, no hay nada que iguale al apacible panorama de la antigua Inglaterra.

Los blancos peñascos de Knutsford semejantes á “enormes colosos” se extienden á lo largo de la costa ; se ve allí una ancha faja de arena amarillenta que aparece y desaparece al flujo y reflujo de las aguas. La cumbre de los peñascos se ve cubierta por una espesa alfombra de verde yerba salpicada por infinidad de brezos.

Muy á lo lejos en el azul horizonte, uno puede ver desde allí en día claro el perfil de las costas francesas. Las interminables olas vienen á estrellarse en los bancos de arena ; las aves marinas se ven allí revolotear alegremente, por la extensión de las aguas se divisan multitud de blancas velas, que claramente se destacan al fulgor del sol. De vez en cuando se ve atravesar algún enorme vapor que desaparece á los cuantos minutos ; no se percibe allí otro ruido que el de la invariable y dulce música de la naturaleza : el murmurio de los vientos y las olas, grande y solemne canción que los mares nunca cesan de entonar.

Más allá de las playas se veía el quebrado camino que conducía á la villa ; al otro lado de los peñascos no se divisaba nada del mar. En aquella parte no había más que verdes praderas y amenos jardines que se extendían ampliamente en todas direcciones hasta llegar á los bosques de Farthinglow que circuían aquel territorio.

En el centro de un fértil y pintoresco valle se hallaba la hermosa villa de Knutsford. No tenía calles en forma ; en una ligera colina se veía una graciosa capilla cubierta de musgo ; esparcidas aquí y allá se veían varias casitas y

alquerías, algunas quintas, tres ó cuatro tiendas, y algunas cabañas con salientes techos de paja.

La más bonita y bien cultivada de todas las alquerías, era indudablemente la que habitaba Esteban Thorne y su esposa y que los vecinos designaban con el nombre de "Los Álamos," porque había una prolongada avenida de estos frondosos árboles que conducían á la casita formando gracioso fleco al derredor de las verdes campiñas. Se encontraba situada á una corta distancia de la villa, y reinaba en toda ella tal sosiego y tranquilidad que bien se podía considerar uno fuera del mundo, viviendo allí.

Esteban Thorne y su mujer no eran ricos. No obstante la bondadosa protección de la señora Earle, había veces en que no sabían qué hacer para salir avantes en sus gastos. Las cosechas solían perderse á pesar de la fertilidad de aquel terreno, el ganado sufría epidemias en ciertas ocasiones, la lluvia venía cuando no se necesitaba y el sol á veces se rehusaba á emitir su bienhechora luz. Afortunadamente en este año todo marchaba bien : el heno se veía formando grandes pirámides, las doradas espigas se miraban undular en los extensos maizales que ya estaban en espera de la hoz, las vacas y los corderos pacían tranquilamente en las praderas, todo, en fin, se presentaba halagüeño para Esteban Thorne. Sólo una cosa lo tenía intranquilo : su esposa había dado y tomado en que las cartas de Dora, estaban día con día más tristes, y que su hija era infeliz ; y de lo contrario no podía él convencerla por más que en ello se empeñaba.

Era una hermosa tarde de Agosto. Mas ; cuán corto es el significado de las palabras ! ¿ Quién pudiera describir la belleza del verano que se reflejaba en las campiñas y sembrados, en los cercados cubiertos de flores silvestres en el tupido y largo pasto esmaltado de rojas amapolas ; en el apacible silencio que reinaba por do quiera y que sólo era

interrumpido por el gorjeo de los pájaros, el balido de las ovejas y el ruido de las verdes hojas agitadas por el soplo de la brisa.

Esteban Thorne había ido á recoger el ganado en compañía de Rodolfo Holt que á la sazón se hallaba de visita. La buena y cariñosa Thorne había preparado en obsequio de Rodolfo un excelente te, con más una poca de dorada miel que parecía acabada de ser extraída de las flores, algunas sazoadas frutas y abundante leche, todo lo tenía listo ; y sin embargo, el campesino y su amigo tardaban en llegar. Dirigióse á la puerta y se quedó mirando los verdes campos. La indescriptible belleza del verano parecía embargar todos sus sentidos.

De repente distinguió á lo lejos á una mujer que conducía de la mano á un niño ; venía tras ella una joven nodriza con otro niño en los brazos. Á medida que aquellas personas se aproximaban, Thorne se iba quedando atónita y confundida. ¿ Sería que el refulgente sol ó las oscilantes sombras de los árboles pretendían burlarse de ella ? ¿ Era aquello un sueño ó una realidad ? Todavía la distancia era alguna cuando pudo distinguir al través del suave ambiente de verano una fisonomía pálida y abatida, unos oscuros ojos tristes y sombríos, cual si el llanto hubiera apagado su brillo ; unos labios que en otro tiempo habían sido carmíneos y sonrientes, pero que hoy se veían marchitos. Vió algo semejante á la sombra de aquella su linda y graciosa hija que hacía tanto tiempo la había abandonado. Quiso llamarla por su nombre ; pero le faltó la voz. Quiso correr á encontrar aquella joven que tan lentamente atravesaba la campiña ; pero no tuvo fuerzas para moverse. Estaba tan absorta en su contemplación que ni siquiera oyó que se acercaban su esposo y Rodolfo. Su primer movimiento fué cuando Esteban colocando una mano en su hombro

le preguntó con robusta y alegre voz qué era lo que hacía allí.

—Mira,—contestó ella con ronca voz,—mira en aquella dirección y dime si la que viene es Dora, ó su sombra.

Ya ella caminaba más aprisa porque había visto á las tres personas que estaban en la puerta. En su descolorido semblante y en su extraviada mirada se conocía la ansiedad que reinaba en su corazón.

—¡Dora ! ¡Dora !—gritó la madre,—¿eres realmente tú?

—Sí, yo soy,—contestó con voz débil y llena de amargura,—yo que vuelvo á mi casa, madre mía, con el corazón hecho pedazos y deseando la muerte . . .

Todos se apresuraron á rodearla, y Rodolfo Holt con sus robustos brazos levantó á la desfallecida joven. Recostáronla en un canapé, y con interés sin igual apartaban de su pálida frente las sortijas de su oscuro cabello. La madre prorumpió á llorar, llamando en alta voz á su idolatrada y desdichada hija. Esteban y Rodolfo se habían quedado inmóviles de estupor observándola atentamente en profundo y respetuoso silencio. Rodolfo cerraba inconscientemente su puño, al ver el triste y miserable estado de aquella hermosa y sencilla joven á quien había amado con tanta pasión.

—Si la habrá ultrajado,—dijo por fin á Esteban,—si le ha despedazado el corazón y la manda á su casa únicamente para que muera, ¡ qué se cuide el infeliz !

—Ya sabía yo que no había de parar esto en bien—repuso Esteban con profundo dolor,—tales matrimonios nunca son felices.

Cuando Dora abrió los ojos y vió á las tres personas que la rodeaban solícitamente se quedó por un momento perpleja. Al recuperar sus sentidos y con ellos el tormento del recuerdo, juntó las manos y dejó escapar de lo más hondo de su corazón un lamento desgarrador.

—Dora,—dijo su madre,—¿qué te ha pasado? Ten confianza en nosotros, hija mía, somos tus mejores amigos. ¿En dónde está tu esposo? ¿Por qué lo has abandonado?

—Porque se fastidió de mí,—contestó volviendo á sentirse posesionada de la cólera y el despecho.—Hice algo que le disgustó, y suplicó al cielo le perdonara el desacierto de haberme hecho su esposa.

—¿Pero qué hiciste?—preguntó su padre ansiosamente.

—Nada que me avergüence. No me preguntéis acerca de ésto, padre; preferiría morir que volver á su lado. No penseis sin embargo, nada malo de él. Todo fué debido á un error. Yo no podía pensar lo mismo que él, ni vivir como él vivía: éramos totalmente infelices. Él no quiere volver á verme y yo sufriría cualquier tormento antes que encontrarme en su presencia.

Esteban y su esposa se miraban en silencio con desaliento. Aquella orgullosa y colérica joven los tenía asombrados con sus iracundas frases: ¿cómo podía ser Dora, la hija que siempre había simbolizado en su humilde hogar á la bondad y la inocencia?

—Si no me quereis recibir en vuestra casa, padre,—dijo con áspera voz,—iré á otra parte; nada me puede ya sorprender, ni afligir en mayor grado.

Pero Thorne atrajo hacia ella cariñosamente la cabeza de su hija.

—¿No sabes, hija mía,—repuso con dulce tono,—que el amor de una madre nunca muere?

Rodolfo había levantado en brazos á las pequeñitas, y estaba admirando la hermosa cara de Beatriz, y á la simpática y rubia Lilia. Las niñas miraban con atrevidos ojos el franco y sencillo rostro de aquel hombre.

—Ésta de cabello oscuro tiene la misma cara de los Earle,—decía Esteban Thorne con orgullo,—esa es precisa-

mente la mirada altiva y dominante de Milord ; y la pequeña Lilia se parece algo á Dora cuando era pequeña.

—No digais eso,—gritó la joven,—que se parezca á cualquiera otra, menos á mí.

Procuraron calmarla con tiernas y cariñosas palabras. Su padre le dijo que con gusto la recibiría en su casa como también á sus hijas, y que por ningún motivo le permitiría volver á irse. Llamó la atención hacia las niñas quienes habían olvidado sus temores y reían al ver las maduras frutas y la dorada miel. También levantaron las blancas cortinas para que sus fatigados ojos se recrearan con la belleza del verano de que se hallaban revestidos cielo y tierra. ¿No era todo aquello apacible? El sol hundiéndose en el ocaso, los pájaros gorgendo sus canciones vespertinas, las flores cerrando sus fragantes corolas, la brisa murmurando “buenas noches” entre las brillantes hojas de los copados álamos : todo aquello hablaba de dulce reposo ; y el ardiente corazón de Dora comenzó á sentir calma y sosiego. Brotaron de sus ojos amargas lágrimas que caían cual lluvia y con ellas parecía salir el dardo más agudo de su dolor.

Con tino y prudencia dejáronla llorar sin interrumpirla. Al fin, cesó el amargo llanto y Dora parecía resolverse á dar el último adiós á su amor. Estaba allí pálida y desalentada ; pero la cólera que la había dominado, ya no existía en su pecho.

—Permitidme, padre, que viva á vuestro lado,—dijo humildemente.—Os serviré y os obedeceré. Estoy contenta, y más que contenta aquí en mi propia casa. Todo será para mí enteramente igual á otra época, con sólo la diferencia de mis hijitas.

Cuando las niñas se habían entregado al sueño, imitando á las flores, y Dora se había retirado al bonito y aseado

apuesto que le habían destinado, Rodolfo se dispuso á partir.

—Seguramente,—le decía Esteban,—que no te vas todavía ; porque nos habías prometido permanecer toda una semana con nosotros.

✓—Así es,—contestó el joven campesino;—pero hoy os han venido muchas personas á quienes atender. Ya llegará el tiempo en que la aflijida y fatigada joven que duerme en el aposento de arriba sea Earle en propiedad. Su esposo sabía que yo la amaba ; y no quiero que recaiga sobre ella ni la más ligera sospecha. Así es que mientras permanezca bajo este techo, yo no estaré por nada de este mundo.

El padre de Dora comprendió que el joven tenía razón y no insistió.

—Voy á haceros sin embargo, una súplica,—continuó Rodolfo,—y es que me permitais ver á las niñas de vez en cuando ; también os anticipo que si recibís algunos paquetes con juguetes y libros ya sabeis quien los envía. Pero lo que soy yo, no debo interponerme en el camino de Dora ; ella ha dejado de ser Dora Thorne para mí.

Al quedarse Esteban mirando al joven que con ligero paso atravesaba campos y praderas, cuánto deseó que su hija nunca hubiera conocido á Reinaldo Earle.

Los sufrimientos de la pobre Dora no habían tocado aún á su fin. Cuando el ardiente sol de Agosto penetró á la mañana siguiente en el aposento que ocupaba, ella no pudo admirar su brillo ; cuando las niñas llegaron á su lecho llamándola con su infantil acento, ella permaneció sorda á sus dulces voces. Su inquieta cabeza se agitaba en todas direcciones ; la ardiente mirada de sus ojos no la tenía en sosiego un sólo instante : una devoradora fiebre se había apoderado de ella en unas cuantas horas. Cuando la madre alarmada por los gritos de las niñas entró en el cuarto, Dora

no la conoció, y gritaba en alta voz que era la mujer falsa que había venido á arrebatarse á su esposo de su lado.

Sin pérdida de tiempo se trajeron todos los auxilios necesarios ; pero la lucha fué larga y terrible. Durante las largas horas del delirio Thorne pudo aclarar algunos trozos de la historia de su hija. Incesantemente estaba hablando de una mujer hermosa llamada Valentina y á quien Reinaldo amaba ; siempre que hablaba de ésto, el tono de su voz era desdeñoso y colérico. Frecuentemente se figuraba hallarse en un jardín y después saliendo al frente de alguien, con la mirada inquieta, decía entre sollozos :—No lo creo.—Después ocultando la cara entre sus manos, exclamaba con acento dolorido :—; Él ha dejado de amarme, quiero morir !

Al cabo de tanto luchar, cedió la fiebre, y Dora quedó tan debilitada é inútil como un niño. Muy lentamente fué recobrando las fuerzas ; pero ya no volvió á ser lo que ántes. La juventud, la esperanza, el amor y la felicidad todo había muerto en ella. En aquella fisonomía no se veían ya ni sonrisas ni gracias, toda la belleza de otro tiempo había desaparecido.

Parecía otra persona, siempre callada y meditabunda, siempre triste y melancólica. Aun cuando sus niñas vinieran á ella, jamás perdía su aspecto pesaroso.

Si las niñas querían jugar, buscaban al campesino por los sembrados, á la afable nodriza, ó á la indulgente y cariñosa abuelita ; pero nunca á su triste y abatida madre. Sólamente cuando tenían alguna aflicción recurrían á ella.

Cuando ya Dora se sintió bastante fuerte, solicitó quehacer en la casa ; pero su padre se negó á ello rotundamente. Se arregló una bonita habitación para ella ; una variedad de enredaderas y rosas tapizaban la ventana. Allí permanecía por largas horas todos los días cosiendo y meditando, mientras las niñas se divertían en la campiña. Allí

fué también en donde por primera vez aprendió lo que Reinaldo en la distante y bella Italia no había podido enseñarle, es decir, á pensar y á leer. Grandes cajones de libros se recibían frecuentemente del vecino pueblo de Shorebeach. Esteban Thorne no economizaba medio de complacer á su querida hija. Ahora que tenía pensamientos más elevados y profundos, se sorprendía Dora de que antes no le llamasen la atención los libros. Aquel rostro pálido fué adquiriendo nueva belleza y encantos ; nadie hubiera creído que aquella pensativa mujer de dulce voz y fino acento fuese hija de aquellos humildes campesinos. Pasaron algunas semanas y á no ser por las dos niñas, Dora hubiera creído que todo lo pasado había sido un prolongado y amargo sueño. Ya no pensaba en Reinaldo, ni en su amor, ni en los sacrificios que había hecho por ella ; sólo pensaba en las ofensas que había recibido y en las crueles frases que el la había dirigido.

Las niñas disfrutaban de la mejor salud y crecían rápidamente. Dora no se fijaba por lo pronto en su educación ; ella misma les enseñaba el inglés, y pensaba que con la ayuda de la nodriza les podía enseñar el italiano. Ni siquiera se imaginaba que en lo futuro pudieran arrebatarle de su lado á sus amadas hijas. Ignoraba que Reinaldo, podía reclamarlas, y por ésto se creía la única que tenía derecho á ellas. En su opinión, él se había fastidiado de las hijas al mismo tiempo que de la esposa.

Nunca le parecían monótonos los días en aquella pacífica alquería, como probablemente le hubiera sucedido á otra. Figurábase estar rodeada de una interminable calma ; pero el destino le demostró lo contrario.



CAPÍTULO XV.



REINALDO no regresó aquella noche á la quinta. En medio de su enojo creía que nunca podría volver á ver á su esposa. Ante su carácter sensible y altivo, encontraba más repulsivo el deshonesto acto que Dora había cometido, que un crimen vil y despreciable.

Estaba más horrorizado que lo hubiera estado si al despertar en una hermosa mañana de verano hubiese encontrado á Dora muerta á su lado. Y en verdad bajo cierto punto de vista, ella había muerto para él. Aquella joven ideal, toda pureza, amabilidad y virtud á quien él había amado y hecho su esposa, le parecía que, después de todo, nunca había existido en realidad. Quería rechazar de su mente el recuerdo de aquella mujer impertinente y colérica, que le había dirigido expresiones tan duras y calumnias tan miserables. Sentía repulsión hacia la mujer que había olvidado todas las reglas de la buena educación y todos los principios de urbanidad, en el colmo de una pasión loca y desenfrenada. ¿Cómo tendría él valor de presentarse otra vez ante Valentina? Sabía que ella por ningún motivo diría una sólo palabra de cuanto había pasado; pero no podía soportar la vergüenza que Dora había arrojado en su nombre. Recordaba aquella deliciosa mañana de verano cuando había confiado á Valentina la historia de su amor y la descripción que había hecho de la sencilla y bella Dora. ¿Cómo podía ser

la misma aquella mujer iracunda que se había atrevido á insultarlo y á calumniar á la más noble y sincera dama de Inglaterra?

Reinaldo no estaba acostumbrado al repugnante contacto de la deshonra. Tenía una ligera idea de haber visto en el colegio á un joven, hijo de un acaudalado noble, á quien todo el mundo despreciaba porque había sido sorprendido en el acto de estar escuchando á la puerta de la habitación del Director. Recordaba que chicos y grandes evitaban la sociedad de aquel joven, como si padeciera alguna enfermedad contagiosa. Y pensar que su propia esposa, había hecho la misma cosa bajo circunstancias aún más agravantes. Así mismo se interrogaba con una sonrisa maliciosa ¿qué podía esperar en lo futuro? Se había casado por amor á una bella y tierna fisonomía, sin hacer ningún aprecio de la educación y la inteligencia. De lo único que había que admirarse era de que matrimonio tan desigual, no hubiese dado diez veces peores resultados. Los consejos de su padre no se apartaban de sus oídos. ¡Cuán ciego y cuán imprudente había sido!

Todas las ilusiones de su vida habían desaparecido, todos los proyectos y esperanzas de su padre habían muerto. Parecía que nada le quedaba en el mundo. Su esposa . . . ; oh! no podía pensar ya en ella. Su sólo nombre lo irritaba. Ya no podía estar tampoco en la presencia de Valentina, y por primera vez comprendió todo lo que ella había hecho por él. Su hogar y por consecuencia Inglaterra, eran puertas cerradas para él; aquella gran misión conque en un tiempo soñara se había desvanecido de su mente.

Pensando en todo ésto, el amor que en un tiempo sintiera por su esposa parecía haberse trocado en positivo desprecio. Pasaron tres días antes que volviera á casa, y no fué poca su sorpresa al encontrarse con que Dora realmente

se había ido. Había supuesto que la encontraría mal humorada, que tendrían nuevos disgustos y que tal vez llegarían á una separación ; pero nunca creyó que hubiera partido. La criada le entregó la carta que encerraba la fría despedida, escrita sin lágrimas, ni dolor. Después de leerla, la estrujó con ira entre sus manos y la arrojó lejos de sí.

—El último acto en la farsa,—dijo con amargura.—Á no haber estado loco hubiera previsto todo ésto.

Aquellos desiertos y tristes aposentos no trajeron á su mente el recuerdo de la cariñosa esposa que había partido de su lado, tal vez para siempre. Estaba demasiado colérico y excitado, para dar cabida en su cerebro á ningún pensamiento benévolo. Ella lo había abandonado, tanto mejor ; ya no había reconciliación posible entre ellos. No sin pesadumbre recordaba á sus inocentes hijas, que eran aún demasiado pequeñas para que él pudiera encargarse de su cuidado ; así es que por lo pronto estaban mejor al lado de su madre. Pensaba entre tanto que él por su parte debía emplear su vida de la manera más conveniente, ya que todas las cosas parecían haber tocado á su fin.

Al permanecer solitario en aquellas silenciosas habitaciones sentíase muy desdichado ; y mientras más le afligía el sufrimiento, más tristes eran sus pensamientos y más aumentaba el desprecio que ya sentía por su infeliz esposa.

Crejó conveniente escribir á su madre, y así lo hizo ; pero sin mencionar una sóla palabra acerca del disgusto que había tenido con su esposa.

“ Dora y yo,—le decía,—nunca volverémos á vivir juntos, y quién sabe si nunca volvamos á vernos. Ella ha marchado al lado de su padre ; yo voy á vagar por todo el mundo ; ¿ quereis hacerme favor de influir para que mi padre reciba á mis hijas en Earlescourt ? Me hareis también favor de

arreglar con el señor Burt que se le de á Dora la mitad de mi pequeña renta.”

Pero Lord Earle se negó á todas las súplicas de su esposa ; y terminantemente dijo que mientras él viviera, nunca habían de pasar los umbrales de su residencia las hijas de Dora. Su resolución era firme é inquebrantable. ¿Cómo,—preguntaba él,—podía confiar en el hombre que ya una vez le había engañado? Bien pudiera ser aquella separación sólomente una farsa para obligarle á recibir á sus hijas, y una vez allí se efectuaría la reconciliación de los padres.

—No me sorprende,—decía,—que el necio joven se haya fastidiado ya de su juguete. No podía suceder otra cosa ; ahora es preciso que sufra las consecuencias de su desatino. Tiempo tuvo para reflexionar, él mismo eligió su destino ; dejémoslo pues, entregado á él. En cuanto á vos, Elena, habeis dejado de obsequiar mis deseos con sólo haberme mencionado tal asunto. No quiero oír ni una palabra más sobre el particular. Os repito que yo no tengo ningún hijo ; pero no quiero ser cruel con vos : podeis ir adonde gustéis, ver á quien querais y gastar cuanto dinero os plazca.

Ya se supondrá que ella, no dejó pasar mucho tiempo sin hacer uso de tan amplia concesión.

En cierta mañana se notaba mucho alboroto en los Álamos, ocasionado por haberse recibido una carta de Earle, anunciando que ese mismo día estaría allí á visitar á la esposa de su hijo y á sus nietas.

Cuando se hubo presentado, las pequeñitas la miraban con admiración, sin perder ni uno sólo de sus nobles y distinguidos movimientos.

Esteban Thorne y su esposa recibieron á la gran señora, no sin cierta inquietud á pesar de que ellos no tenían la menor culpa de cuanto había pasado.

Aquel fatal matrimonio había sido un golpe tan terrible para ellos como para los mismos Earles.

Con aquella gracia y dignidad, que nunca abandonaba Elena, les infundió ánimo y pronto se sintieron tranquilos.

Al presentarse Dora con su aspecto macilento, con su fisonomía en la que aún se podía distinguir la dulzura de otros tiempos ; pero mezclada con las señales de la angustia y el sufrimiento, la noble dama no pudo reprimir su sorpresa. ¡ Aquella no podía ser la graciosa y tímida Dora ! ¿ En dónde estaban los hoyuelos de sus mejillas y las sonrisas de sus labios ? Los grandes y oscuros ojos que levantaba para mirarla estaban llenos de una rara y patética belleza. Con agudo dolor vino á la mente de Earle, el pensamiento de lo mucho que habría sufrido Dora, para que tal cambio se hubiera efectuado.

La triste mirada de sus ojos y su pálido semblante, conmovieron el corazón de aquella noble mujer como no lo hubiera conmovido la más extraordinaria hermosura. Estrechó á Dora entre sus brazos y la besó cariñosamente.

—Hoy sí eres mi hija,—le dijo con aquella clara voz, que tan presente tenía Dora en sus oídos ;—no mencionaremos el pasado, ya que es irremediable. Si faltaste á la obediencia y al deber, tu cara me está diciendo lo mucho que has sufrido. Lo que ha pasado entre mi hijo y tú, no lo quiero saber. Algo muy serio debe ser cuando ha causado vuestra separación, porque él, hace algunos años sacrificó todo en el mundo por tí, Dora. Mas no hablemos de Reinaldo, dediquemos toda nuestra atención á las niñas. Supongo que no te querrás separar de ellas.

—No, mientras sea posible,—contestó Dora pausadamente.—Yo jamás volveré á dejar mi casa ; pero no puedo esperar que mis hijas estén siempre aquí.

—Hubiera deseado adoptarlas,—repuso Earle ;—llevarlas conmigo y educarlas, pero . . .

—Lord Earle no lo permitiría,—interrumpió Dora con calma.—Lo sé . . . no me sorprende.

—Es preciso que me dejes hacer por ellas, aquí, cuanto pueda,—continuó Elena,—ya tengo hechos mis arreglos. Darémos á estas niñas una educación que corresponda con su posición, sin separarlas de tu lado. Más tarde veremos lo que se deba hacer. Permíteme verlas ; cuánto me alegraría si una de ellas hubiera llevado mi nombre !

Dora recordó entonces por qué no había sido así, y un ligero rubor de vergüenza cubrió sus mejillas.

Las niñas eran verdaderamente hermosas, y Dora con cierto orgullo las presentó á la aristocrática dama.

La señora Earle tomó á Beatriz en sus brazos.

—¡ Qué veo, Dora !—dijo admirada,—esta niña tiene toda la fisonomía de los Earle, con un atractivo singular especialmente suyo. No hay duda que con el tiempo va á ser una mujer muy hermosa.

—Posee también la índole y el orgullo de los Earle,—dijo la joven madre,—aun así pequeñita se me dificulta gobernarla.

Elena miró en seguida la espiritual y agradable carita de Lilia. Aquellos ojos de tan dulce mirar la encantaban.

—Hay un gran contraste entre las dos,—decía pensativa ;—indudablemente necesitan una educación esmerada, Dora ; y quiero que hablemos del asunto que me ha traído aquí.

Durante la permanencia de Elena, Dora observó que ni por un momento se desprendió de la pequeña Beatriz ; de vez en cuando se inclinaba sobre Lilia y acariciaba los rizos dorados de su cabellera ; pero la niña que tenía la “fisonomía de los Earle” era indudablemente su favorita.

Acompañada Earle de Esteban Thorne y su esposa fué á dar un paseo por los Álamos. La situación de la alquería fué muy de su agrado ; ningún otro punto podía estar más á propósito para que las niñas se desarrollasen con buena salud ; pero el interior de la casa debía ser transformado. Después del paseo, y de una manera que sólo podía agradar y nunca ofender, la noble dama dió á conocer sus planes. Deseaba que se construyese un nuevo departamento para Dora y las niñas, así como que se amueblase decentemente con todo lo necesario. Todos estos gastos los sufragaría ella. Inmediatamente que regresara iba á enviar una aya francesa para las niñas y pasado un año ó dos contrataría los servicios de una institutriz inteligente que se encargase de la educación de Beatriz y Lilia ; sin necesitar, por lo tanto, separarlas del lado de su madre.

—También voy á mandar un buen piano y una arpa,—dijo Earle ;—me sentiré muy orgullosa y satisfecha de elegir yo misma los libros, la música, los dibujos y cuanto pueden necesitar mis nietecitas. Desearía que siempre estuviesen bien vestidas y que su educación fuese excelente. Á tí, Dora, te corresponde la parte más esencial é importante en cuanto á las niñas, enseñarlas á ser buenas y á no faltar nunca á sus deberes : una vez que hayan aprendido ésto, se puede decir que ya lo saben todo.

Por la primera vez en su vida pensó la pobre Dora, cómo podía enseñar lo que nunca había aprendido y á cuya práctica ella misma había faltado.

Aquella noche después que Elena hubo partido y cuando ya las niñas estaban entregadas á su tranquilo sueño, Dora se arrodilló, y al pálido fulgor de la luna estuvo implorando la ayuda divina para enseñar á sus hijas á cumplir con su deber.

Como la señora Earle lo deseaba, la vieja alquería per-

maneció intacta y á su lado se elevó un nuevo grupo de habitaciones. Había en este departamento una bonita pieza que serviría para Dora ; un salón destinado á ser el estudio de las niñas, amplios dormitorios y un cuarto de baño, todo abundante en comodidad y aseo.

Dos años después Elena creyó que ya era tiempo de mandar la institutriz á los Álamos, lo que hizo sin vacilar.

Durante aquellos dos años casi nada se había sabido de Reinaldo.

Después de leer la indiferente y desconsoladora carta que Dora le había dejado, parecía que todo amor, todo interés y toda ambición habían muerto en su corazón. Por largas horas permanecía sentado pensando en la desdichada vida que sin poder exterminar, le importaba muy poco conservar.

Sólamente tenía entonces veintitrés años ; edad en que la vida empieza para la mayoría de los hombres ; y sin embargo, él ya estaba cansado y hastiado, por decirlo así, de todas las cosas : aquella ambición que en un tiempo parecía ser ilimitada, aquella energía y orgullo tan ardiente, todo había desaparecido en él. Si Dora, en medio de sus celos y de su cólera hubiera tratado de matarlo, él hubiera considerado semejante ofensa, pequeña, comparada con la deshonra de haberse ocultado detrás de los árboles para escuchar. Recordaba á veces la serena y hermosa faz de Valentina mientras Dora estaba convulsa de pasión ; recordaba la sorpresa que se veía retratada en los ojos de Valentina, cuando Dora se presentó frenética ante ellos ; recordaba la vergüenza que sintió apoderarse de él al escuchar sus insultos y ofensas. ¡ Y aquella incivil, ignorante y mal educada mujer era su esposa ! Por ella había sacrificado hogar, padres, posición, riqueza y cuanto hay de sublime y grande

en el mundo. Por ella y debido á ella, se encontraba allí sólo y abandonado.

Estos pensamientos, primero lo irritaron y después lo pusieron desesperado. ¿Qué le quedaba ya en la vida? No podía volver á Inglaterra; la casa de su padre estaba cerrada para él. Ningún camino veía abierto; sin la ayuda de su padre no podía ingresar al Parlamento. En su país ni siquiera el recurso le quedaba de trabajar como artista. En Florencia por ningún motivo quería seguir viviendo.—Jamás,—se decía á sí mismo,—volvería á ver á Valentina Charteris, aquella noble joven que había sido testigo de su humillación y desventura. Abandonaría la quinta para irse á cualquier otra parte, no le importaba dónde. La quietud y el sosiego se habían desterrado de su persona. Si sus desdichas hubieran sido accidentales, si hubieran sido de otro cualquier género, y no el resultado de su torpeza y desobediencia, las hubiera soportado con más calma; pero siendo como eran consecuencia inmediata de su propia falta, su tormento era aun mayor. Antes del amanecer ya había escrito una carta de despedida para Charteris diciendo que tenía que salir inmediatamente de Florencia y que no tendría tiempo de verla otra vez. También escribió á Valentina; pero en las cuantas palabras que estampó en el papel expresó bien poco de lo que sentía. Le suplicaba que olvidase aquella miserable escena que lo perseguiría á él hasta su muerte, que perdonase aquellos insultos que á él mismo lo habían puesto fuera de sí, que perdonase los insensatos celos de Dora, y por último, que se olvidara de él y de cuanto con él se relacionara.

Cuando Valentina leyó la carta, comprendió que por lo pronto cualquier esfuerzo que hiciera para restablecer la paz sería infructuoso. Al día siguiente supo que el inteligente joven artista había dejado la ciudad.

La Condesa Rosalí lamentaba á voz en cuello la partida de Reinaldo. Era tan extraño todo aquello,—decía ella ;—mientras la esposita de oscuros ojos había partido con sus hijas á Inglaterra, el esposo después de vender su residencia se había ido con Carlos Estandón á una expedición al interior del África. ¿Qué iba á hacer allí?

Por dos días sin cesar, estuvo lamentando la ausencia del joven, hasta que Valentina se fastidió de oír las muchas conjeturas que hacía sobre el asunto.

En todos los salones elegantes de Florencia se extrañó al joven artista ; pero indudablemente nadie lo extrañó tanto como Valentina Charteris.

Lo que la bella y coqueta condesa había dicho era verdad. Después de forjar mil planes y resoluciones Reinaldo se encontró con Estandón quien estaba á punto de unirse á una expedición exploradora al Sur del África ; sin la menor vacilación consintió en ir en su compañía. Lo que se necesitaba preparar era bien poco ; y así fué que cuatro días después de la inolvidable escena del jardín, Reinaldo Earle abandonó la Italia para ir errante por la faz de la tierra.





CAPÍTULO XVI.



VALENTINA CHARTERIS jamás reveló el secreto de lo que había pasado. Escuchaba los comentarios que circulaban acerca de la repentina marcha de Reinaldo ; pero ni aún á su misma madre quiso decir una sólo palabra ; compadecía á su amigo profundamente ; sabía que la ofensa que Dora había inferido á su dignidad, le había afectado de una manera terrible, y hasta por la misma Dora sentía compasión. Su carácter noble y generoso no daba cabida á la ruin pasión de los celos ; pero si bien ella era incapaz de sentirlos, no por esto dejaba de comprender el tormento que habría sufrido Dora, cuando se había decidido á obrar de una manera tan inconveniente.

— ¡ Celosa de mí ! ¡ pobre mujer !—decía Valentina.—Sólamamente su ignorancia la puede disculpar. Como si yo, con la mitad de Florencia á mis pies, me interesara por su marido ; más que como un amiga verdadera.

La quinta se quedó, desierta ; y la demacrada y silenciosa criada buscó una nueva colocación. Las pinturas de Reinaldo las compró con decidido entusiasmo la bella condesa, quien después de estar muy afligida por algunos días, olvidó su pesadumbre así como su causa, al trabar conocimiento con un impassible y estoico americano.

La misma sociedad de Florencia pronto se olvidó de aquel que la había hecho sentirse orgullosa al contarle entre sus miembros.

Dos meses después, estando sentada una tarde, Valentina en su lugar favorito, el cenador formado de árboles, en donde ocurrió el disgusto de Dora, el Príncipe di Borgezi vino en busca suya. Todo el mundo decía que tarde ó temprano tenía que suceder que el príncipe declarase á Valentina su amor, y no cabía duda que aunque era uno de tantos hombres que había admirado á muchas mujeres, sin llegar á amar á ninguna, esta vez estaba realmente enamorado de ella. Las facciones exquisitas de la joven, su soberbia belleza, y más que todo, su noble y pura alma lo habían cautivado.

Por algunas semanas estuvo observando á Valentina ansioso de declararle su pasión y á la vez temeroso del resultado que pudieran traer sus palabras.

Á última hora se susurraba que Charteris y su hija pensaban abandonar pronto á Florencia; entonces fué cuando el Príncipe di Borgezi se resolvió á arrastrar el todo por el todo. Buscó á Valentina, y la encontró bajo la sombra de sus árboles favoritos.

—Señorita Charteris,—dijo después de saludarla,—vengo á suplicaros un gran favor, la gracia más grande que podeis conceder á un hombre.

—¿Y cuál es?—preguntó Valentina con entera calma, suponiendo que se trataría de cualquier cosa insignificante.

—Simplemente vuestro permiso para guardar para mí mismo la “Reina Guinevere,”—replicó él,—esa pintura me es más querida que cuanto poseo, al grado de que sólo una cosa tiene para mí más valor, y es el original. ¿Seré tan dichoso que pueda esperar que también llegue á ser mío?

Valentina levantó admirada los ojos; aquella era en otros términos una proposición de matrimonio.

—¿Ni una sólo palabra me decis? Pongo á vuestros pies mi vida y mi amor. ¿Qué puedo esperar de vos?

—En verdad que no sé qué deciros,—repuso Valentina.

—¿No rehusais mi amor, verdad?

—Bien, no.

—¡Pero tampoco lo aceptais?

—Decididamente no,—contestó la joven con voz firme.

—¿Podré siquiera alimentar alguna esperanza?

Valentina había recobrado para este tiempo su entereza. Su amante miraba con ansiedad su hermosa faz en la que se retrataba su inquebrantable serenidad.

—Seré más explícita,—reasumió Valentina después de una corta pausa.—Probablemente me simpatizais más que ningún otro hombre; pero no os amo.

—¿Y no me prohibís que haga cuanto pueda por alcanzar vuestro amor?

—No; os estimo demasiado, príncipe. No puedo deciros más.

—Esperémos, pues,—replicó él,—estad segura, Valentina, que no cambiaría vuestro cariño de amigo por el amor de ninguna otra mujer.

Bajo aquel hermoso cielo, el noble italiano refirió la historia de su amor en poéticas frases; con cuánto ardor amaba á la rubia y apacible joven, tan diferente de las mujeres de su país. Al escuchar sus frases Valentina recordó aquella mañana de verano en que, hacía algunos años, Reinaldo le había contado la historia de su amor; y entonces pensó que si Reinaldo estuviera ocupando el lugar del Príncipe di Borgezi, no le escucharía con tanta calma ni le contestaría con tal frialdad.

—¡Cuán indiferentes y raras son estas inglesas!—pensaba el Príncipe.—Más parecen estatuas que mujeres. ¿Llegaré á conseguir que alguna de mis palabras altere la impasibilidad de esa orgullosa faz?

Por entonces nada consiguió el enamorado galán; pero

obtuvo permiso para pasar á Inglaterra en el próximo verano é insistir allí en su solicitud. Valentina sentía alguna simpatía por él ; admiraba su noble y generoso carácter, su gusto artístico y aquella originalidad que lo caracterizaba ; en resúmen no le amaba por entonces, pero le parecía muy probable que no estaba lejano el día en que tal cosa sucediera.

.
La señora Charteris y su hija abandonaron por fin á Florencia y regresaron á Greenock.

Inmediatamente que la señora Earle se enteró de su arribo pasó á visitarlas para adquirir cuantas noticias pudiera de su amado hijo. Charteris se expresó bondadosamente de Dora ; y Valentina pensando que podría hacer algo para restablecer la armonía, en el hogar de su joven amigo, envió un afectuoso saludo á Dora por conducto de la misma Elena, pidiéndole al mismo tiempo permiso para visitarla en los Álamos.

Bien pronto comprendió la señora Earle que había cometido una torpeza al repetirle á Dora las palabras de Valentina. El semblante de la joven se puso primeramente rojo y después se tornó lívido.

—Os suplico, que no me traigais más recados de Valentina. No quiero verla . . . tan sólo vendría á burlarse de mí. Por mi parte no tengo ninguna contestación que dar á su saludo.

Este fué el primer indicio que tuvo la señora Earle de lo que había pasado : era evidente que Dora estaba terriblemente celosa de Valentina. ¿Había razón para ello ? Sería que su infeliz hijo había amado á Valentina cuando ya era demasiado tarde ? Desde aquel día la compasión de aquella madre por su hijo aumentó extraordinariamente ; tradujo á un lenguaje conveniente las inciviles palabras de Dora, y

enseguida escribió á Valentina, quien al leer la esquila comprendió desde luego que aun no la había perdonado la esposa de Reinaldo Earle.

Pasó el tiempo sin que ocurriera nada notable, hasta que llegó la época en que Elena creyó oportuno que diese principio la educación de sus nietecitas. No era cosa muy sencilla encontrar una persona á propósito para asunto tan delicado : por fin, se decidió por la señora Vivian viuda de un oficial que había muerto en la India, y persona muy recomendable ; era una excelente lingüista, poseía el francés y el italiano con la perfección que el inglés, sabía música muy bien y como artista era muy regular ; pero lo que más le agradaba á Elena era que sus principios y sentimientos parecían sumamente morales y religiosos.

No era ciertamente una tarea liviana lo que iba á tener Vivian. Las niñas contaban ya cinco años y por diez más, se comprometió á permanecer constantemente á su lado para atender á la educación. Es verdad que la recompensa ofrecida era grande. Elena había arreglado una excelente anualidad para ella. Vivian no se desconsoló al ver la solitaria casa, ni el aislamiento de la sociedad en que iba á estar, ni la humilde apariencia del campesino y su esposa. Se recibieron en los Álamos un buen piano y una arpa ; y Earle cuidaba de enviar cada semana un gran cajón de libros, con lo cual la institutriz de las niñas estaba satisfecha.

La señora Vivian previamente informada por la señora Elena de los detalles del matrimonio de su hijo, tuvo verdadero placer al ver que Dora la recibía bien y que ya comenzaba ella misma á mostrar agrado por el estudio. Aquella Dora que en otro tiempo se divagaba pensando en diferentes cosas, mientras Reinaldo leía ; procuraba ahora instruírse. Ni se abochornaba de sentarse al piano por horas ente-

ras procurando aprender algún aire sencillo, ni de preguntar el significado de lo que no comprendía en su lectura.

La señora Vivian tan inteligente como bondadosa y discreta, empleó tal sistema para enseñarla, que Dora nunca percibió cuán grande era su ignorancia ; ni se desanimaba como le había sucedido cuando Reinaldo trató de educarla.

Llegó tiempo en que Dora pudo tocar algunas baladas sencillas y cantarlas con su clara y melodiosa voz ; también pudo apreciar el mérito de los grandes escritores, y hablar de ellos sin confundir sus nombres, ni sus obras.

La vida que llevaban los moradores de la alquería era agradable hasta cierto punto : la mayor parte del día lo pasaban madre é hijas en el salón de estudio. Por la tarde paseaban por los bosques, en los que Dora parecía conocer el nombre y la historia de todas las flores que allí se encontraban ; por las alegres praderas, en donde se veían las vacas hundidas en el largo y aromático pasto ; ó por las altas rocas y la ribera del mar, en donde las olas repetían su gran canción al venir á perderse en las arenas.

No es de extrañar que las niñas adquirieran un profundo y verdadero cariño por la naturaleza. Dora jamás se fastidiaba de admirarla : desde la más pequeña hoja de yerba hasta el más gigantesco árbol del bosque la inspiraban amor y respeto.

Las dos hermanitas aumentaban en belleza diariamente tanto en lo físico como en lo moral ; pero la diferencia que había entre ambas era notable : Beatriz era la más hermosa y arrogante ; Lilia la más simpática y amable. En Beatriz todo era fuego y pasión ; en su hermana todo serenidad y dulzura. Beatriz tenía grandes defectos y grandes virtudes ; Lilia era sencillamente buena y encantadora. Y á pesar de todo, Beatriz era la predilecta hasta el grado de que rara vez dejaran de obsequiarse sus menores deseos.

Dora amaba tiernamente á sus dos hijas ; pero aun en ella se notaba cierta predilección por la niña que poseía la “fisonomía de los Earle.” Beatriz era imperiosa y caprichuda á la vez que generosa hasta el extremo ; pero su defecto mayor, según la señora Vivian, era aquel deseo constante que tenía por toda clase de sensaciones, y el disgusto por todo lo que era quietud y reposo. ¡ Con que gusto montaba los más fogosos corceles y con que gusto hacía cualquier casa que viniera á romper la monotonía de aquellos largos días !

La inquieta y atrevida Beatriz, corriendo todos los días mil riesgos, llegó á ser casi adorada en los Álamos. Nada la arredraba, nada la ponía pesarosa ni tímida.

Lilia era, como ya se ha dicho, muy apacible y reposada, su carácter era más firme que el de su hermana ; sumamente espiritual, graciosa y de finos modales : era, en fin, un tipo verdaderamente inglés.

La señora Earle visitaba frecuentemente los Álamos : no les había ocultado á las niñas la realidad de las cosas : sabían que su padre se hallaba en el extranjero y que pasaría algunos años antes que regresara ; pero que en lo futuro era muy probable que ellas fuesen á vivir con él en su misma casa. Ellas por su parte no hicieron más preguntas, quedando satisfechas con lo que se les había dicho y sin procurar conocer más pormenores.

Elena amaba á sus nietas tiernamente, en tanto que Lord Earle, ni siquiera preguntaba por ellas ; cuando su esposa le pedía alguna suma mayor que de costumbre, se la entregaba sonriendo comprendiendo perfectamente á que se destinaba, pero sin darse por entendido.

Así pasaron once años como un largo y tranquilo sueño. El sol nacía en el Oriente para ir á morir en el Ocaso ; las mareas se sucedían unas á otras, y las flores de la primavera

abrían sus corolas para marchitarse después ; los celajes del verano sonreían, las doradas hojas del otoño venían al suelo para tornarse blanquizecas, la nieve del invierno, cubría por fin todo el panorama con blanco sudario y apesar de todas estas mudanzas, ningún cambio se notaba en el tranquilo hogar que se hallaba entre los bosques de Kent.

✓ Beatriz y Lilia habían cumplido diez y seis años y con dificultad se podría encontrar dos jóvenes más lindas. Los esfuerzos de Vivian habían sido coronados con el éxito más completo. Lilia había heredado de su padre el talento para la pintura : era una verdadera artista. Mientras que Beatriz sobresalía en la música, y poseía además una magnífica voz de contralto cultivada con esmero. Ambas eran igualmente instruídas y graciosas ; y Elena al verlas no podía reprimir un suspiro, pensando que joyas tan estimables tuvieran que vivir en aquel retraimiento ; pero no se podía hacer otra cosa ; á pesar de los años transcurridos, Lord Earle no había cambiado un ápice en su resolución. El tiempo en vez de influir en favor de su hijo, no hacía más que hacerle parecer á su vista como más delincuente.

Respecto á Reinaldo, su madre recibía bien pocas noticias : aun permanecía en África, según las cartas que de tarde en tarde recibía ; pero no daba ningunas esperanzas de regresar.

Elena hizo cuanto pudo por sus nietecitas ; pero no obstante, la vida que llevaban era ciertamente monótona. No tenían ningunas amigas y nunca habían ido más allá de veinte millas distante de Knutsford ; casi todos los placeres de la infancia les eran desconocidos ; no tenían idea de lo que era un día de campo, una reunión, ó un baile ; su vida estaba totalmente excenta de diversiones y goces. Lilia estaba satisfecha y feliz ; su imaginación viva y artística, y su carácter dulce y reposado hacían que se sintiese contenta

bajo cualquier circunstancia ; pero no sucedía lo mismo con la fogosa y bella Beatriz quien podía compararse á un alegre pájaro cogido prisionero en una dorada jaula : constantemente estaba protestando contra aquella vida de aislamiento y fastidió.

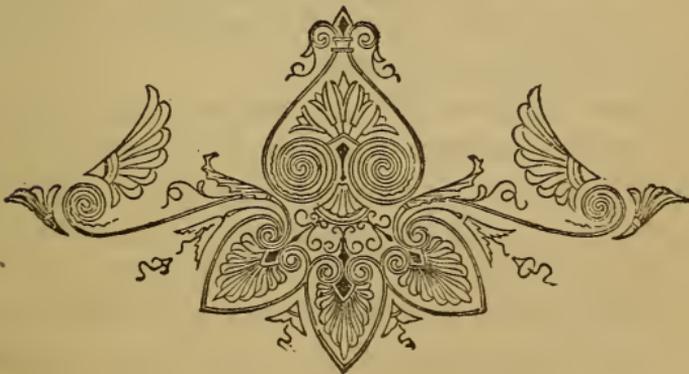
Los once años transcurridos los había aprovechado Dora de una manera notable. Aquella joven agraciada y bella que había conquistado el corazón de Reinaldo Earle, se había convertido en una mujer apacible y generosa. El trato constante con una persona tan instruída como Vivian había hecho que Dora adquiriese también la delicadeza de sus modales, la elegancia de su acento y el aire de dignidad que caracteriza á una gran señora ; y de la misma Vivian había adquirido nobles y elevadas ideas.

De dos cosas no se podía desembarazar Dora y eran, la una cierta antipatía por Reinaldo, y la otra una verdadera repulsión por el amor y los amantes que pudieran tener sus hijas. Constantemente estaba expresándose mal de los hombres en quienes no veía sinó seres falsos, volubles y crueles ; para ella todo lo que fuera amor, significaba locura. Vivian hizo lo posible por desvanecer estas ideas, cuyo resultado fué que Beatriz y Lilia por ningún motivo se atrevían á mencionar tales asuntos á su madre, en quien de otra manera hubieran tenido una verdadera amiga y confidente. Si en los libros que Elena les remitía encontraban algún punto incomprensible para ellas y que tuviera relación con el amor tan temido de su madre, ocurrían á Vivian para que lo decidiera, ó sino ellas mismas estaban cabilando sobre él, hasta ponerlo en claro. Con estas dos excepciones, Dora se había vuelto una mujer muy amable y discreta. Mientras más cultivaba su mente, comprendía con mayor claridad lo grave de la falta que había cometido y que la privó del amor de Reinaldo. Cada vez que venía á

su imaginación el recuerdo de lo que había pasado, un tinte de rubor cubría su rostro.

Aun conservaba Dora su belleza en aquel período de su vida ; sus grandes ojos no habían perdido la luz fascinadora ; los rizos de su cabellera eran tan abundantes y sedosos como siempre y sus labios tenían cierta expresión de dulzura y resignación. El aire puro y saludable de los campos había devuelto la frescura y el carmín á sus mejillas ; y á decir verdad más bien parecía—una hermana mayor de sus mismas hijas.

La monotonía de aquella vida se rompió al fin. Vivian fué llamada repentinamente á su casa : su madre, á quien idolatraba, estaba enferma de gravedad y deseaba que su hija la acompañase los días que aún tenía que vivir. Al mismo tiempo, Elena escribió diciendo que era tan delicada la salud de su esposo, que no le permitía el tiempo necesario para buscar una persona que ocupase la vacante de Vivian. El resultado de todo esto fué que por la primera vez en su vida, se encontraron las dos hermanas por algunas semanas sin una compañera ni quien las vigilara.





CAPÍTULO XVII.



UNA hermosa mañana del mes de Mayo, salió Lilia sólo á dibujar invitada por la belleza del mar y del cielo, en el que se veían flotar algunas ligeras nubes ; los rayos del sol reflejándose en las aguas hacían aparecer aquel como un mar de oro. Veíanse á lo lejos las blancas velas de dos botes, y á través de la ligera niebla semejaban las alas de un enorme pájaro. Aquella vista llamó la atención de la joven y quiso bosquejar su efecto.

La mañana era una de aquellas que hacen sentirse á uno alegre, aun cuando haya algún pesar en el alma. Las hojas comenzaban á brotar en los árboles ; los prados ostentaban ya su alfombra de esmeralda ; las flores silvestres se veían aparecer en los cercados ; los pájaros entonaban alegres himnos de la primavera ; el espino blanco esparcía su rica fragancia por do quiera, y las doradas flores de la retama se divisaban cubriendo los peñascos.

Al sentarse Lilia en sitio tan ameno, aquella deliciosa mañana vino á aumentar la poesía de la naturaleza ; la dulce y espiritual expresión de su rostro, la abundante cabellera de su bien formada cabeza ; el bello color azul de sus grandes ojos, la graciosa sonrisa que vagaba en sus labios, y su alba frente, trono de inteligencia ; todo estaba en unísona armonía con el panorama que la rodeaba. Sus pequeños dedos se movían con rapidez sobre el papel de dibujo y

al verla en tal tarea se la hubiera tomado por personificación de la misma primavera sacando copia de su obra.

En aquel rostro apacible no se advertía ni el menor indicio del fuego de las pasiones, el mundo aun no arrojaba su emponzonado hálito en aquella inocente criatura: un blanco lirio no podía ser más puro é inocente que Lilia sentada entre los purpureos brezos, dibujando las blancas velas que se veían á lo lejos.

Tan entretenida estaba la joven en su ocupación, que no se apercibió de unos ligeras y rápidas pisaditas que se acercaban; por fin, oyo una clara y armoniosa voz que le decía:

—Lilia, si no te has vuelto una estatua, habla.—Levantando entonces la vista vió á Beatriz á su lado.

—Pon á un lado tus lápices y hazme favor de que charlemos,—continuó Beatriz imperiosamente.—¡ Como eres cruel, siendo tú la única persona en este lugar con quien se puede hablar, te vienes sólo á este retiro! ¿ Qué creías que iba á ser de mí?

—Creí que estabas leyendo,—dijo Lilia tranquilamente.

¡ Leyendo!—exclamó Beatriz,—bien sabes que ya estoy cansada de leer, de escribir, de coser y de todo lo que se puede hacer aquí.

Lilia se quedó admirada mirando, la hermosa y expresiva cara de su hermana.

—No me veas con tanto asombro,—añadió con impaciencia,—estoy fastidiada de todo. Quiero algo nuevo. ¿ Crees tú que haya otras jóvenes en el mundo que lleven una vida tan monótona como la nuestra: encerradas en una casa de campo, más vieja que los cerros, estudiando todo el día, sin poder ir más allá de la derecha porque está el mar, ni más allá de la izquierda porque están los bosques, en fin, totalmente prisioneras? De veras que yo no sé cómo tú soportas ésto, con tanta calma. Yo estoy realmente fastidiada.

—Algo te ha pasado esta mañana,—dijo Lilia con amabilidad.

—Tú eres igual á mamá ; tienes hasta su mismo modo de hablar. Ni ella me entiende, ni tu tampoco ; está satisfecha con la vida que lleva y tú también, yo, todo esto lo encuentro muy fastidioso y cansado. ¡ Con que placer recibiría cualquier cambio, aun cuando me trajera algunos sinsabores !

—Piensa lo que dices, querida hermana.

—Ya estoy cansada de pensar ; durante los últimos diez años, no he oído otras palabras sinó, “ piensa, reflexiona.” Ya he pensado todo lo que humanamente se puede pensar, y necesito algo nuevo.

—Mira que bonitas se ven aquellas velas, allá á lo lejos,—dijo Lilia.—¡ Como se ven con el sol ! Fíjate en aquello que parece una mano misteriosa que nos llama.

—Esas ideas están muy bien en tí,—contestó Beatriz.—Yo por más que me fijo no veo nada extraordinario en esos botes. Piensa tú en las historias que leemos. ¡ Cuán diferentes son sus heroínas á nosotras ! Tienen padres, hermanos y amigos ; tienen alhajas y magníficos trajes ; tienen arrogantes admiradores que las colman de galanterías ; bailan y disfrutan de toda clase de placeres. Ahora haz el favor de comparar semejante clase de vida con la nuestra : encerradas en una especie de convento y rodeadas únicamente de viejos.

—Calla, Beatriz, mamá no es vieja.

—No lo será en años ; pero me parece que el sufrimiento ha hecho de ella una anciana ; la prueba es que nunca la vemos alegre ni festiva. Vivian es muy buena ; pero nunca se ríe. ¡ Será que en casa nadie es feliz ? ¡ Oh ! Lilia, cuanto ansío conocer el mundo ; pero ese mundo alegre y bullicioso, que se encuentra más allá de estas aguas.

—Seguramente que no encontrarías ser todo felicidad en ese mundo :—dijo Lilia prudentemente.

—Haz el favor de guardar tu filosofía, para mejor ocasión ;—repuso Beatriz.—¡ Ah, si comprendieras lo que sufro con todo ésto ! Durante once años las olas del mar han estado repitiendo su misma canción, y seguramente hoy se elevan y se bajan con la misma magestad que lo hacían hace centenares de años ; los pájaros dan al aire sus mismos trinos ; el sol alumbra con la misma luz, y hasta la sombra de los grandes álamos se dibuja en la pradera exactamente lo mismo que cuando venimos aquí. Deseo estar lejos del ruido del mar y del murmurio de las hojas de los álamos. Quiero estar entre las jóvenes de mi edad, y hacer lo que ellas hacen ; pero me parece que tendríamos que seguir en esta vida de estudio y meditación hasta que nuestras cabezas se hayan tornado blancas por los años.

—No seas exagerada, Beatriz,—contestó su hermana riendo.—Elena dice que papá tiene que regresar algún día, y entonces todos irémos á vivir con él.

—Yo no creo nada de eso,—repuso Beatriz resueltamente,—á veces llevo á pensar que todo lo que se dice de él es un mero cuento. ¿ Por qué no vivimos con él ? ¿ por qué nunca escribe ? Jamás tenemos noticias tuyas directamente, si no son aquellas que recibimos por conducto de Earle ; pero hay más aún, Lilia : ¿ sabes lo que una vez oí que decía Vivian á nuestra abuelita ? Pues fué nada menos que no sería difícil que nunca fuéramos á vivir á Earles-court ; porque si nuestro padre no volvía, ó moría joven, todo pasaría á manos de un tal Leoncio Dacre y nosotros tendríamos que permanecer aquí. ¡ Figúrate que situación ; tener que pasar toda la vida en los Álamos !

—Todo eso no pasa de ser simples conjeturas, procura tener más paciencia, así como no somos autoras de

nuestra vida, así tampoco podemos variar el curso del destino.

—Pues yo de buena gana, quisiera cambiar el mío:—dijo Beatriz suspirando.

—Yo lo que te aconsejo,—continuó Lilia con voz suplicante,—es que te conformes con la suerte que nos toque. Sírvate de consuelo lo mucho que te amamos todos, en casa, lo que no puedes negar, por otra parte, si los días suelen parecer largos por la falta de distracciones, se puede recurrir á las grandes bellezas del arte y la naturaleza.

—La naturaleza y el arte están muy bien en su lugar,—replicó Beatriz.—Pero yo lo que quiero es gozar de la vida.

Volvió su hermosa cara hacia otro lado del mar, y el viento del Sur que jugueteaba con las hojas, llevó las últimas palabras de aquella impetuosa niña hasta unos peñascos cerca de los cuales se veía un árbol, á cuya sombra estaba recostado un joven teniendo los párpados entornados por el aspecto de su fisonomía hubiérasele tomado por español; era en cierto modo hermoso, pero, pertenecía á la clase de tipos ordinarios. Ya hacía rato que se encontraba en aquella postura, gozando de la deliciosa brisa, cuando llegaron á sus oídos las palabras de Beatriz; sonrióse y levantó la vista para mirar á la que así se expresaba: de pronto no pudo satisfacer del todo su curiosidad, porque las dos hermanas tenían vuelto el rostro al lado opuesto; pero aquellas palabras no se borraban de su mente: “La naturaleza y el arte están muy bien en su lugar, pero yo, lo que quiero es gozar de la vida.”

Decidióse á esperar hasta que las jóvenes se marchasen, y no había trascurrido mucho rato, cuando oyó la misma voz que decía:

—Te dejo con tus velas, Lilia: quisiera yo que esos botes vinieran á sacarnos de aquí; quisiera tener alas para

volar al otro lado de los mares, y ver el brillante y bullicioso mundo que allá se encuentra. ; Adiós ; ya no quiero oír el ruido monótono de esas olas !

El joven que estaba en observación pudo ver entonces que Beatriz se levantaba de su asiento de fragantes brezos y se disponía á marchar. Con la rapidez del pensamiento se levantó también, y, tomando otro camino, se decidió á salir á su encuentro.

Descendía la niña por los peñascos cantando alegremente, porque en la volubilidad de su carácter no podía ser duradero su buen ó mal humor ; al separarse de su hermana, había recordado el tema de una canción que Elena le mandó, y sin que ningún presentimiento le viniera á molestar, en aquella hermosa mañana, comenzó á cantar. La brisa agitaba los rizos de su cabellera, trayendo la fragancia de las florecillas del campo, pero, no traía á la joven ningún aviso del peligro á que estaba expuesta ; los pájaros trinando alegremente, el sol lanzando su luz no le podían advertir de que el primer eslabón de una cadena de infortunios se debía forjar aquella misma mañana.

Como á la mitad del camino, en un punto en que las rocas eran resbaladizas y el paso estrecho, Beatriz se encontró repentinamente con un desconocido. Ver á un extraño en los Álamos, era cosa rara, porque sólo á largos intervalos aparecía por allí algún artista ó algún viajero que venía á pedir hospitalidad á la alquería. Aquel desconocido parecía por su porte un caballero. Por un momento ambos se quedaron parados frente á frente, y después, él se hizo á un lado, para dejar el paso franco. En este pequeño rato pudo él observar la gran belleza de aquella fisonomía y recordó las palabras que hacía poco había oído.

—No hay que sorprenderse,—pensó,—es un verdadero pecado tener á una chica tan guapa oculta en este lugar.

La belleza de aquellos magníficos ojos, lo tenían abismado. ¿Quién sería? ¿Qué estaría haciendo allí? Beatriz volvió la cara y pudo ver que el desconocido permanecía inmóvil siguiéndola con la vista y con la sorpresa retratada en su semblante; y aquella mirada de admiración la primera que en su vida había recibido, penetró á lo más íntimo del corazón de la vanidosa joven.

El desconocido permaneció aún con la vista fija en Beatriz hasta que un recodo del camino la ocultó; púsose luego en su seguimiento, á una distancia conveniente, y vió que atravesaba las extensas praderas que conducían á los Álamos. Entonces Hugo Fernely se quedó pacientemente esperando á que alguno de los labradores pasara por allí: esto sucedió á poco rato y después de un prudente interrogatorio descubrió la mayor parte de la historia de la bella joven que deseaba gozar de la vida.

Desde aquel momento el recuerdo de aquella hechicera faz, no lo abandonó ya ni un instante, y sucediera lo que sucediera, estaba resuelto á verla una vez más.

Á la mañana siguiente, vió á las dos hermanas que se dirigían al sitio que Lilia había elegido para su estudio. De vez en cuando llegaba hasta él la voz de Beatriz, quien en tono bajo repetía su canción favorita:

“Llora el hombre, la mujer y el niño,
Al recorrer la senda de la vida,
En busca de la dicha apetecida,
Que no obtienen con oro ni cariño.”

—Si vieras cuanto me gustan estas palabras Lilia,—oyó él que decía la misma voz.—Quisiera saber que tan distante está mi fin. ¿Tendré que llorar alguna vez como dice la canción? Hasta ahora no sé lo que son esas lágrimas arrancadas por el sufrimiento.

Esta vez, Lilia fué la primera que abandonó la roca que les servía de asiento, y Beatriz continuó allí leyendo hasta que el sol de medio día se reflejó en las aguas del mar. El libro que tenía en las manos la deleitaba, era una historia que pasaba en el centro del mundo halagador con que soñaba noche y día ; pero desgraciadamente todos los personajes que figuraban en ella eran nobles, generosos y sinceros, y la pobre joven en medio de su sencillez creía que todos los moradores de ese gran mundo eran como los héroes de su novela.

Cuando ya se encaminaba por la senda que conducía á las praderas, notó que el desconocido del día anterior marchaba á su lado. Otra vez se inclinó respetuosamente ante ella y le dirigió una pregunta cualquiera acerca del camino. Beatriz contestó lacónicamente ; pero no pudo dejar de advertir la admiración que expresaba el semblante del joven. Su propia fisonomía se cubrió de rubor ante la mirada del desconocido quien al observar ésto, sintió su corazón latir violentamente. Atravesó Beatriz las praderas y él seguía á su lado. Nunca pudo ella recordar después como sucedió, que á los cuantos minutos de silenciosa marcha, él comenzó á referirle que aquella era la primera primavera que pasaba en Inglaterra, después de muchos años de ausencia. Á estas palabras ella olvidó la prudencia y levantó los ojos para mirarlo.

—¡ Ah ! entonces,—exclamó Beatriz,—¿ habeis visto el bullicioso mundo que se encuentra más allá de los mares ?

—Sí,—lo he visto. He estado también en tierras extrañas, tan diferentes de Inglaterra que parecen pertenecer á otro mundo. He sentido en mí la influencia de muchos climas, y he admirado la belleza de los cielos y las maravillas de la naturaleza, en esos países de donde vienen la aromática canela y el estoraque.

Mientras él se expresaba de esta manera, los ojos de Beatriz permanecían fijos en él. Seguro ya de haber llamado poderosamente su atención hizo una cortesía y disculpándose por su charla se alejó de ella.

Si Dora hubiera sido como la mayoría de las madres, su hija le hubiera referido su encuentro con el joven viajero que conocía tantos países ; pero conociendo la repugnancia que su madre sentía por todos los hombres, y el temor de que ella y su hermana llegasen algún día á sentir la pasión del amor, Beatriz tuvo buen cuidado de no mencionar nada de lo ocurrido. Mucho estuvo pensando en Hugo Fernely, mas no precisamente en él, sino en el mundo que conocía ; y alimentaba la esperanza de volverse á encontrar con él, para que le contase algo más.

—Si hubiera aquí alguna persona que nos platicara así,— se decía á sí misma,—la vida en los Álamos sería más soportable.

Dos días después, vagando Beatriz por los alrededores, encontró á Hugo Fernely. Sorprendió la expresión de alegría en su mirada y sintióse satisfecha.

—Perdonadme,—dijo él,—pero me es imposible al encontraros no dirigiros la palabra. El tiempo transcurrido desde que os ví la última vez, me ha parecido una prolongada noche.

Traía en la mano unos fragantes lirios del valle y haciendo una ligera cortesía los ofreció á Beatriz.

—Estas son las flores más hermosas que he visto en mi vida,—dijo,—y solicito vuestro permiso para ofrecerlas á la joven más bella de la creación.

Beatriz las tomó ruborizándose por aquellas frases. Pusiéronse en seguida á pasear sobre la arena de la ribera hasta donde llegaban las olas á perderse. La elocuencia del joven la tenía encantada. Le dijo su nombre y de ser

el capitán de un barco mercante. Instintivamente pareció entender el carácter de la joven, sus ideas románticas y aquella manera especial que tenía de ver todas las cosas. Le habló de los profundos mares y sus muchas maravillas ; del llamado insondable océano ; de las islas del coral rojo y de las aguas en cuyas profundidades se encontraban las ricas y codiciadas perlas, en sus nacaradas conchas de las pacíficas noches que se tienen al ser mecidos por las olas ; de las brillantes estrellas que nunca se miran tan lucientes desde la tierra ; del extraño silencio que desciende sobre las hinchadas olas antes de una tempestad. Le habló también de aquellos días de calma que suelen tenerse sobre las aguas cuando el barco parece

“ Un buque dibujado sobre el tranquilo mar.”

Con su maravillosa fantasía y su viva imaginación, seguía Beatriz al narrador hasta las silenciosas profundidades de los mares, en donde yacían infinidad de extraños tesoros jamás vistos por ojos humanos. Ni una sólo palabra perdía del relato, y esto que él lo comprendió le llenaba de regocijo. Ninguna otra galantería le dirigió ; pero al despedirse le dijo que el recuerdo de aquella mañana viviría en su mente como el de la más feliz de su vida.

Pasaron algunos días y parecía ya cosa convenida la entrevista de Beatriz con Hugo Fernely. Lilia estaba sorprendida de que su hermana prefiriese pasear frecuentemente sólo, y veía que su linda cara parecía más alegre y animada ; pero ni siquiera sospechaba la causa.

Bien poco pensaba Beatriz en Hugo Fernely ; su imaginación siempre iba en pos de las descripciones que él hacía, de cuanto había visto ; esto lo comprendía él y esperaba pacientemente á que se despertara el amor en el corazón de la joven.

No hay palabras con que expresar la pasión que él sentía por Beatriz. Le parecía aquello un cuento de hadas ; la misma mañana que la vió por primera vez, había caminado una larga distancia y se había detenido cerca de los peñascos á descansar.

Allí la hermosa visión había descendido sobre él. Desde el momento que vió aquella hechicera criatura sintió nacer en su corazón, una pasión tan vehemente que él mismo se había sorprendido y se propuso ganar el amor de la doncella.

Paulatinamente fué iniciando su cariño, observando con su mirada penetrante aún los menores cambios que sufría el semblante de Beatriz ; comenzó por dirigirle exquisitas galanterías y algunas lisonjas tan bien disfrazadas, que ella no las recibía como tales. Le hizo creer que en su opinión era la más hermosa criatura de la tierra ; y la trató, en fin, de tal manera que ella parecía ser una reina y él sencillamente su humilde esclavo.

Poco á poco el dulce veneno comenzó á hacer operación, y llegó un día en que las adulaciones de Hugo Fernely fueran una necesidad para Beatriz Earle. Había sin embargo, grandes razones que argüían en su favor. El hombre astuto en cuyas manos había caído, era su primer admirador, el primero que la había tratado, no ya como una niña, sino como una mujer. Si ella hubiera estado como otras jóvenes rodeada de amigas, acostumbrada á la sociedad y debidamente advertida por una madre inteligente de los peligros del mundo, nunca hubiera fijado sus ojos en Hugo Fernely y no se hubiera expuesto á un peligro tan inminente. Pero en el presente caso, mientras Dora prefería la soledad y alimentaba en su corazón una indiferencia tan grande por su esposo ; mientras Reinaldo cegado por su excesivo amor propio, olvidaba todos sus deberes ; mientras ambos padres, por último, por satisfacer sus propias pasiones, descuidaban

las obligaciones que tenían para con aquellas niñas, que el Ser Supremo había confiado á su custodia, Beatriz seguía el curso de su destino.

Aquel carácter apasionado con que la naturaleza había dotado á la joven, vino en ayuda de la tragedia. Hugo Fernely llegó á conocer á Beatriz probablemente mejor que nadie ; y siguiendo el impulso de sus ideas, consiguió aparecer ante sus ojos como el héroe de innumerables aventuras, en las que se distinguiera por su generosidad y su valor. Después de preparar así el terreno le habló de amor, aparentando al principio no esperar la dicha de ser correspondido ; pero haciendo mérito de la pasión que sentía por ella. ¡ Cuánto la amaba ! Su imagen lo perseguía por todas partes, mirábala en medio de sus sueños y durante el día, no se apartaba de él ; con qué veneración miraba hasta la huella de sus plantas ! ¡ Cuánto envidiaba á las flores que tocaba ! ¡ con qué gusto daría todo lo que le era querido en la vida, por ser la rosa que moría en sus manos !

Todo aquello era muy halagador y poético, y como él conocía perfectamente la comarca, conducía á Beatriz á aquellos sitios en que las flores y las aves, le ayudaran al relato de sus amores.

Beatriz por su parte encontraba muy de su agrado ser admirada como una reina : la monotonía de su vida había sido interrumpida. Todas las mañanas estaba ansiosa de encontrarse con Hugo para oír de sus labios más frases de aquellas que tanto la deleitaban.

¡ Responsable de la perdición de la hija era la madre adusta, con sus doctrinas severas ; responsable también el negligente y orgulloso padre, más no la inocente niña que tan sólo viniera á ser la víctima del infortunio !

Hugo le repitió su amor en mil diferentes modos. Ella era la estrella que le sirviera de guía en el agitado océano

de la vida. Y como era natural, la doncella encontraba mucho más placer en escuchar tales arrebatos de amor á la sombra de los frondosos árboles del bosque, ó á la orilla del mar, que en estar encerrada en la triste casa. Desgraciadamente ninguno de los encargados de la joven, llegó á sospechar el peligro que corría.

Aquel era, el amor que su madre tanto temía. Aquel el amor cantado por los poetas. Ciertamente que era encantador ; pero más tarde, cuando Beatriz sintió el fuego de la verdadera pasión en su corazón, comprendió que aquel no había sido más que un juego de niños.

Lo que atraía á la joven era el encanto de las entrevistas secretas. Si Hugo hubiera sido admitido en los Álamos, era probable que á los ocho días se hubiera fastidiado de él ; pero el misterio de sus relaciones entretenía su mente de una manera agradable, y así sucedió que mientras el maíz se sazónaba en los sembrados y las flores morían en sus tallos, la hija de Reinaldo Earle seguía la senda de su desdicha.





CAPÍTULO XVIII.



El sueño de amor de Hugo Fernely sufrió al fin una interrupción. Acercábase el tiempo en que debía abandonar á Seabay, el barco que mandaba debía partir en breves días para China. El sólo pensamiento de que debía separarse de aquella joven á quien amaba con tanto ardor, destrozaba su corazón; parecía insoportable la vida sin ella; y mil veces se dirigía á sí mismo esta pregunta: “¿me amará?” Él no lo sabía. Y así fué que se decidió á averiguarlo.

El día de la partida estaba ya fijado y sin embargo, Hugo aun no había obtenido ninguna promesa de Beatriz.

Una mañana la encontró á la entrada de las praderas, el sitio más hermoso en Knutsford. El suelo estaba materialmente tapizado de flores; veíanse allí jacintos silvestres, purpúreas dedaleras é infinidad de pálidas flores de fresas; los setos eran una masa compacta de rosas y madreselva; los gigantescos álamos que se encontraban de uno y otro lado de la vereda, unían en lo alto sus frondosas copas formando una verde bóveda.

Beatriz gozaba mucho en aquel bello paraje, y allí fué donde Hugo la vió recostada entre los helechos en aquella memorable mañana. En un momento se colocó á su lado y su semblante se iluminó de alegría.

—¡ Qué brillante está el sol! —dijo,—me sorprende real-

mente, que los pájaros canten y las flores extiendan sus perfumes antes de que os presentéis por estos sitios !

—¿ Y por qué ?—preguntó Beatriz sonriendo,—yo no soy el sol.

—El mío sí lo sois á lo menos.—Y antes de que ella pudiera replicar, el joven se arrodilló á sus pies, teniendo cogida su mano mientras hacía la declaración de su frenético amor.

Nadie hubiera escuchado aquellas frases tan sinceras y elocuentes sin sentirse conmovido. Le hizo presente cuán oscuro y triste miraba el porvenir sin su amor y cuán despreciable le parecía la vida sin ella ; en tanto que si correspondía á su amor y le autorizaba para hacerla su esposa á su regreso, la haría tan feliz como una reina. La llevaría á lejanos países en donde pudiera admirar las maravillas y bellezas con que soñaba su fantasía ; traería para ella ricas joyas y elegantes trajes, que correspondieran con su indisputable hermosura ; todo esto y mucho más tendría con sólo que llegara á amarlo.

Beatriz miraba el bello semblante de Hugo pálido de emoción : y sintiendo sus labios imprimir ósculos en sus manos y las ardientes lágrimas que caían en sus dedos, pensaba que aquel era indudablemente el amor que referían las novelas y en el que tanto había pensado ella misma.

—Beatriz,—exclamó Hugo,—¡ no me anonades con una palabra ! Dí que me amas, bien mío, dí que cuando regrese podré llamarte mía. Yo haré que tu vida sea un prolongado y delicioso sueño de felicidad.

La joven se sintió arrobada por aquel torrente de frases amorosas. Á pesar de su arrogancia y altivez, hallóse débil é impotente ante el inmenso amor de aquel hombre ; y casi sin darse cuenta de lo que hacía colocó sus blancas manos en la cabeza de su amante.

—¡ Calla, Hugo !—dijo,—me asustas. Te amo ; mira como tus lágrimas han mojado mis manos.

No era aquella una contestación muy entusiasta ; pero el joven quedó satisfecho con ella. Tomó á Beatriz en sus brazos y besó apasionadamente sus labios sin que ella opusiera la menor resistencia ; estaba medio aturdida, medio temerosa y del todo subyugada.

—Ya eres mía,—exclamó Hugo,—mía únicamente ; nada nos podrá separar sino la muerte.

—¡ Calla !—gritó Beatriz estremeciéndose visiblemente. —Esa palabra me infunde terror, Hugo, no la pronuncies delante de mí.

—Está bien :—replicó él.

Y Beatriz olvidó sus temores viendo á su amante tan feliz y tan orgulloso de su conquista.

Aquella era la mañana del 15 de Julio, fecha que él le hizo notar, y á los dos años volvería para llevarla lejos de aquella casa, en que estaba sepultada su hermosura y su talento.

Esta era precisamente la idea que se había apoderado de la imaginación de la joven. No era que amara á Hugo, si bien es cierto que gustaba de sus galanteos y adulaciones ; pero si hubiera tenido otros medios de huir de aquella monotonía que tan odiosa le era, los habría aceptado sin vacilar. No veía, pues, en Hugo un amante, sino un medio de cambiar aquella vida, que día por día le parecía más insostenible.

Con la sonrisa en los labios escuchó la promesa que hizo Hugo de volver á los dos años por ella ; y sin pensar en la deshonra de mantener ocultas sus relaciones, y atraída por todo lo que era romántico, confesó á su amante el desprecio con que veía su afligida madre el amor de los hombres.

—En tal caso nada debes decirle,—profririó él,—deja eso á

mi cargo para cuando regrese. Espero que entonces tendré dinero, y tal vez sea el capitán de algún excelente buque. Tu madre no me rechazará cuando vea lo mucho que te amo ; y aún cuando venga tu padre, de quien me has hablado, aún cuando venga, repito, ¿ prometes serme fiel, Beatriz ?

—Sí ; lo prometo.—Y en honor de la verdad ella decía lo que sentía en aquel momento.

El regreso de su padre parecía tan dudoso . . . pudiera ser que viniera dentro de diez años, dentro de veinte, ó tal vez nunca. En cambio, Hugo le prometía su libertad dentro de dos años.

—¿ Y si otros vinieran á brindarte su amor, á ensalzar tu belleza y á ofrecerte una brillante posición y grandes riquezas permanecerás siempre fiel á tu Hugo ?

—Sí :—contestó con firmeza.

—Recuerda que dos años pasan pronto. ¡ Ah ! mi bien, el jueves próximo tendré que partir de tu lado ; procura concederme la dicha de verte lo más que puedas. Una vez lejos de tí, todo me será indiferente y fastidioso.

Durante esta temporada el campesino y los labradores trabajaban al otro lado de Knutsford, Dora y Lilia estaban muy entretenidas ; la primera con un cajón de libros que acababa de llegar ; y la segunda con una pintura que estaba terminando ; así es que, Beatriz podía disponer libremente de muchas horas, y todas ellas las pasaba al lado de Hugo, cuyo amor parecía aumentar por instantes.

El joven capitán, como lo había anunciado, tenía que salir el jueves ; y el miércoles por la tarde estuvo á dar un prolongado adiós á su amada. El amor que sentía por ella era verdadero ; si hubiera sido una infeliz pordiosera, la hubiera amado con igual ternura. Lo único que lo preocupaba era saber que ella por su rango estaba muy distante de él ; alimentaba no obstante, la esperanza de que la his-

toria que se refería de su padre pudiera no ser cierta : no podía creer que Reinaldo Earle se decidiera á llevar algún día á sus hijas al castillo ; no sabía, sin embargo, qué pensar á punto fijo ; pero casi se sentía tranquilo acerca de ésto.

Después de pasear por el bosque vinieron á sentarse en la playa á contemplar la puesta del astro rey que parecía hundirse en las salobres aguas. Hugo sacó del bolsillo de su gabán un pequeño estuche forrado en terciopelo, el cual depositó en las manos de Beatriz, quien al abrirlo lanzó una exclamación de asombro mirando la hermosísima sortija que contenía y que era de oro macizo perfectamente cincelado, con tres preciosos ópalos en el centro.

—Mira la inscripción que tiene por dentro :—dijo Hugo.

Tomó la doncella el anillo con sus blancos y delicados dedos y leyó : “ fieles hasta la muerte.”

—¡ Ah ! Hugo,—exclamó,—otra vez esa palabra, tanto que me choca y tanto que me persigue !

Él se sonrió de sus temores, y le suplicó que le permitiera colocársela en el dedo.

—Dentro de dos años tendré la dicha de colocar un anillo sencillo de oro en esta misma mano. No dejes de usar este entre tanto, Beatriz mía, porque es el símbolo de nuestro mutuo compromiso.

—Lo llevaré siempre conmigo ; mi madre no se fijará en él, y todos los demás creerán que ella misma fué quien me lo dió.

—Ahora, bien mío,—profirió Hugo,—quiero que jures serme fiel.

—Lo juro :—dijo ella mirando las mil luces que hacían brotar de los ópalos los últimos rayos del sol.

Jamás pudo olvidar Beatriz aquella hora que siguió á su juramento. El sol ocultándose en occidente, los matizados

arreboles que se miraban en el azul firmamento, las hinchadas olas que venían á desbaratarse en blanca espuma, todo embellecía el paisaje; y así la noche se acercaba y su amante aun permanecía á su lado.

—Me voy, Hugo,—dijo por fin Beatriz.—Mi madre ya estará buscándome.

—Repíte una vez más, amada mía, que no me olvidarás y que á mi regreso serás mi esposa:—repuso dirigiéndole una tierna mirada.

—Sí: contestó la doncella conmovida á la vez por el dolor y cariño de su amante.

—No seas infiel, porque si lo fueres . . .

—¿Qué sucedería entonces?—preguntó Beatriz sonriendo.

—Sucedería que ó me mataba ó te mataba, ó tal vez ambas cosas; pero, ¡por Dios! no me hagas preferir tan terribles expresiones. Tal cosa no puede suceder. Podría el sol dejar de alumbrar, el mar que tenemos á la vista convertirse en un desierto, todo podría suceder; pero nunca que tú, la mujer más noble y pura, faltara á su juramento y á su amor. Díme, “te amo con todo mi corazón, Hugo.” Quiero que esas sean las últimas palabras en esta inolvidable tarde; ellas irán conmigo más allá del océano, y serán mi consuelo y mi alivio durante mi ausencia.

—“Te amo con todo mi corazón, Hugo:”—dijo ella obedeciendo al deseo de su amante.

Algo como un dolorido sollozo se escapó de los pálidos labios del joven. La misma muerte no le hubiera angustiado tanto como la separación de la que amaba. Haciendo un poderoso esfuerzo se levantó repentinamente é imprimiendo un ósculo en la frente de Beatriz, se alejó con presteza de aquel lugar.

—¡Adiós! el entretenimiento de aquellas semanas había

llegado á su fin ; mañana volvería la monotonía de aquella vida, sin quien viniera á interrumpirla con adulaciones, alabanzas y frases de amor. Nada quedaba, de aquel idilio de verano, nada, sino su sólo recuerdo y aquella fascinadora sortija.

Al principio extrañó Beatriz grandemente á Hugo, y esto contribuía á que aquella vida tan tranquila y sin ninguna variación, le pareciera insufrible ; pero á los cuantos días, comenzó á sentirse más resignada y á reflexionar acerca de lo que había hecho. La venda cayó al fin de sus ojos, y pudo ver claramente que la novedad y el atractivo de sus citas con aquel joven así como las halagadoras frases de admiración y cariño que él le dirigía, no habían sido para ella otra cosa que un agradable pasatiempo ; y antes que Hugo hubiera estado muchos días á merced de las olas, ella se sintió avergonzada de su proceder y procuraba pensar en él lo menos posible. Una vez trató de comunicar lo ocurrido á su hermana Lilia ; pero fué tal el asombro y espanto que advirtió en su apacible rostro, que inmediatamente cambió de resolución é hizo pasar como mera broma lo que había dicho.

Por este tiempo se recibió carta de Vivian anunciando su regreso. Las niñas que le profesaban verdadero cariño, tuvieron mucho gusto con esta noticia.

Pocos días después de la carta, llegó ella cargada de novedades, principalmente de libros y música : ésto proporcionó una distracción pasajera á los habitantes de los Álamos, para recaer luego en el retraimiento en que vivían.

Vivian notó cierto cambio en el carácter de Beatriz ; había perdido algo de su impetuosidad, y aunque aparecía tan alegre y animada como siempre, se notaba sin embargo, algo raro en ella. Había perdido también su antigua franqueza : hubo tiempo en que Vivian pudo leer hasta sus pen-

samientos más íntimos ; pero ahora tal cosa parecía imposible. Jamás hablaba del porvenir, y si por evento alguien lo mencionaba delante de ella, la institutriz notaba el estremecimiento nervioso que agitaba su semblante. Con sumo cuidado y prudencia trató de averiguar la causa de aquello, segura como estaba de que Beatriz ocultaba un secreto en el fondo de su corazón.





CAPÍTULO XIX.



TODO era confusión y alarma en el castillo de Earlescourt. En aquella sofocante mañana del mes de Agosto, Lord Earle se había internado en el jardín sin hacer ningún aprecio del excesivo calor ; y como á la hora de costumbre no regresara á tomar su comida, el mayordomo salió á buscarlo y lo encontró tendido en tierra como si estuviera muerto. Inmediatamente dió la voz de alarma y con la ayuda de otros sirvientes condujo á su amo al aposento.

Los mejores doctores fueron llamados, para que asistieran al noble enfermo, y cuanto la ciencia y el amor podían aconsejar se hizo en su favor ; pero todo desgraciadamente inútil. Había llegado el momento en que debiera abandonar patria, hogar, títulos y riquezas ; momento en que había de dar cuenta del hijo que le había sido confiado, á la par que de cada uno de los actos de su vida.

Mientras Lord Earle yacía en el lecho del dolor, su esposa, que no se apartaba un momento de su lado, comprendía que á pesar de que parecía estar privado del conocimiento y de la palabra, su cerebro estaba en actividad.

¿ Quién puede explicar lo que pasa en esos temidos instantes, en que la luz de la eternidad alumbra tan claramente todas las acciones del pasado ? Tal vez al estar Lord Earle suspendido entre dos mundos, por decirlo así, el recuerdo

de su hijo, vino á atormentarlo de una manera horrible : su hijo, el único que le había sido concedido por la naturaleza y por el cielo, para que hiciera su felicidad y que en aquellos momentos andaba errante por el mundo. Puede ser que ante la luz de la justicia se dejara oír en sus oídos la voz de la naturaleza y el deber acusándolo por su orgullo y altivez.

Quien sabe si aquellas mismas palabras que él había dicho á su hijo : que sólo después de su muerte podría él volver al castillo : le fueron repetidas al oído por alguna voz misteriosa, cuando de improviso y haciendo un esfuerzo supremo exclamó fuera de sí :

—¡ Hijo mío ! ¡ hijo mío !

Los que estaban cerca del moribundo jamás pudieron olvidar el terror que se retrató en su semblante al pronunciar aquellas últimas palabras.

Inmediatamente llevaron á la afligida esposa fuera del aposento y después á su propio lecho, donde permaneció enferma durante algunos días.

Sucedió, pues, que Lord Earle fué colocado en su última morada, antes de que hubiera tiempo para comunicar la fatal noticia á la alquería de los Álamos.

Reinaldo fué llamado á toda prisa ; pero pasaron muchos meses antes de que recibiera las cartas y otros muchos para que regresara á Inglaterra.

El testamento de Lord Earle era muy corto : dejaba una buena porción de su fortuna á Elena, más sus posesiones de Roslyn ; excelentes legados á los sirvientes y un magnífico anillo de duelo á Enrique Laurence y otro igual á Hugo Charteris ; pero en todo el documento no hacía mención de su hijo.

Reinaldo era sin embargo, el único heredero ante la ley ; el título, los caudales, las propiedades, todo debía pertenecer

á él ; mas con cuanto gusto hubiera cambiado todos aquellos valores, por una sóla palabra de perdón que le hubiera dejado su amado padre !

Se convino en que mientras volvía Reinaldo, Elena continuara residiendo en Earlescourt ; quedando todos los intereses á cargo del gerente Burt.

Pasados unos días Elena resolvió ir personalmente á “Los Álamos,” para iniciar los cambios que debían efectuarse. La esposa de Reinaldo y sus hijas era preciso que tomasen su asiento en el mundo ; y sentíase satisfecha al pensar que gracias á su eficaz ayuda, Dora podría ocupar su futuro puesto con dignidad. Gozaba de antemano pensando en el placer que sentiría Reinaldo al ver sus hermosas y bien educadas hijas ; y á pesar del inmenso dolor que la affigía, tenía esperanza de que el porvenir le proporcionase algún consuelo.

Escribió á Dora participándole el fallecimiento de su esposo, y que ella, iría próximamente á visitarla.

En el momento que se recibió la noticia en los Álamos toda la familia comprendió que la calma y quietud en que habían vivido, había llegado á su fin.

Lo primero que se debía hacer era arreglar los lutos. Dora estaba más silenciosa y triste que de ordinario.

Las jóvenes hacían mil preguntas concernientes á su padre á quien estaban ansiosas de ver. Sabían que por un disgusto con Lord Earle había tenido que abandonar su hogar ; pero no se imaginaban que la causa de tan fatal desavenencia, hubiera sido su matrimonio ; ni lo llegaron á saber debido á las precauciones que para ello tomo la señora Earle deseando evitar á Dora este bochorno.

Era una tarde del mes de Septiembre, cuando Elena llegó á los Álamos, é inmediatamente solicitó hablar con Dora á solas.

Durante los años transcurridos, Dora había sentido nacer en su corazón gran cariño y respeto por la madre de Reinaldo ; así es que cuando se presentó deseando hablar con ella antes de ver á sus nietas, Dora la recibió con amabilidad y atención.

—Quiero hablar contigo primero, para que arreglemos nuestros proyectos antes de que las niñas se enteren de ellos. —Reinaldo estará en Inglaterra dentro de pocos meses y deseo me digas lo que piensas hacer.

—Nada,—contestó Dora,—la vuelta de vuestro hijo, nada tiene que ver conmigo.

—Seguramente que sí, porque cuando menos, es preciso que tengan una reconciliación aparente en atención á las niñas.

—Reinaldo no la ha solicitado,—contestó Dora,—ni la solicitará ; él se halla tan ageno de pensar en eso como yo.

Elena quedó por algunos momentos atónita y sin poder hablar.

—Jamás he preguntado el motivo de vuestra separación,—dijo por fin, en tono cariñoso,—ni pienso hacerlo ahora. Mi hijo me escribió diciéndome que tú y él no podían seguir viviendo juntos, y eso es todo lo que sé. Siempre fuí una amante esposa entregada en cuerpo y alma á labrar la felicidad de mi marido ; sufrí resignada sus faltas y amé sus virtudes ; así es que en realidad no puedo ni imaginarme lo que haría al estar en tu lugar. Te digo no obstante, lo mismo que diría á Reinaldo : “ Aquello que Dios ha unido, á ningún hombre le es dado separar.” Ahora voy á darte mi opinión ; y es que nada puede justificar una tal separación, si no son las ofensas más graves que se puedan imaginar. Lo que debes hacer es mostrarte generosa con tu esposo. Creeme, los decantados “ derechos de la mujer ” no son más que un disparate ; las leyes con que ella debe reinar

son la sumisión y la amabilidad. Aun cuando Reinaldo sea el culpable, haz á un lado el amor propio y el rencor, y muéstrate galante.

—No puedo,—dijo Dora tristemente.

—Reinaldo siempre ha sido generoso y noble,—añadió Elena ;—¿ olvidas, Dora, que él lo ha despreciado todo en el mundo por tu amor ?

—Ni él ni yo lo hemos olvidado.

En aquel mismo instante el recuerdo de sus pasadas faltas vino á ella. Parecióle estar viendo la asombrada fisonomía de Valentina y el rostro pálido y colérico de Reinaldo. ¡ Ah, no ! aquello no podía suceder : no había reconciliación posible entre ellos.

—Es preciso que reflexiones,—continuó Elena,—en que ya no eres simplemente Earle de los Álamos, hoy eres Earle, de Earlescourt ; los deberes que tu nueva posición te impone son numerosos y no puedes evadirte de aceptarlos.

—Renuncio á ellos,—repuso Dora con calma ;—renuncio á compartir con vuestro hijo sus títulos, su riqueza, su posición y sus deberes, así como también renuncio á tener una reconciliación con él.

—¿ Y por qué ?—preguntó Elena.

El semblante de Dora se cubrió de rubor.

—Porque vuestro hijo me ha dirigido frases que jamás podré olvidar ; confieso que me porté mal ; los celos me habían cegado y me indujeron á hacer lo que ahora comprendo haber sido deshonroso y degradante ; entonces sin embargo, no comprendía ésto, y él sabiéndolo pudo haberme perdonado ; pero lejos de eso, ante la mujer en quien yo veía mi rival, declaró su arrepentimiento de haberme hecho su esposa.

—Palabras duras por cierto,—dijo Elena.

—Muy duras,—replicó Dora,—y que vinieron á romper-

me el corazón en mil pedazos y á matar todas mis ilusiones en lo más florido de mi juventud.

—¿Crées no poder olvidarlas y perdonarlas?

—¡Nunca! están impresas en mi corazón y jamás podré olvidarlas; preciso es, pues, Elena, que vuestro hijo y yo estemos separados mientras existamos en el mundo.

—No puedo insistir más,—repuso Elena suspirando.—Tal vez una voz más poderosa llegue á tí, y entonces cederás.

Un silencio profundo reinó en seguida. Elena estaba afligida; había pensado que podía llevar en triunfo al castillo á la esposa de Reinaldo y á sus hijas; pero esto aún no debía suceder.

—¿Quieres que hablemos ahora de las niñas?—preguntó Elena,—porque será necesario hacer algo con ellas.

—Sí,—contestó Dora,—seguramente su padre las reclamará y estoy pronta á entregárselas; aunque juzgo que no les tiene cariño, simplemente porque son también hijas mías. Creo no obstante, que tiene derecho á llevarlas consigo y por lo mismo las pongo en sus manos y en las vuestras. Por otra parte los años más felices de su vida los han pasado á mi lado, y por lo tanto no me quejo; pero quiero hacerlos una súplica y es que nunca oigan una sóla palabra desfavorable para mí.

—Me conoces bien poco si crees que tal cosa pudiera suceder. Mas, ¿cómo es posible que prefieras estar separada de tus hijas á ir en su compañía?

—Así es, sin embargo. Supongo que les permitiréis que vengan á visitarme. Desde hace tiempo sabía que esto debía suceder y estaba preparada para recibir el golpe.

—Pero querida Dora,—dijo Elena con ardor,—¿has pensado en la soledad y el aislamiento en que te va á dejar la separación de las niñas?

—Todo lo he pensado : sé el sufrimiento tan grande que voy á tener ; pero sé también que sería mayor si hubiera de vivir bajo un mismo techo con su padre.

Con toda atención estuvo Dora escuchando los proyectos de Elena, los que tenían por base la traslación de sus hijas á Earlescourt para que tomasen posesión de los puestos que les correspondían. Vivian debería permanecer con ellas hasta el regreso de su padre ; en cuyo tiempo serían presentadas á la sociedad. Todo lo demás quedaba á cargo de Reinaldo.

—¡ Qué orgulloso se va á mostrar de sus hijas !—dijo Elena.—Nunca he visto una doncella más fogosa y bella que Beatriz, ni una más linda y amable que Lilia. ¡ Oh, Dora, si tú accedieras á venir con nosotros !

Ni por un momento perdió Dora su valor durante los días en que se hicieron los preparativos para el cambio. Sus hijas al principio se resistían á dejarla ; y no se explicaban su apego á los Álamos, hasta que al fin tuvieron que aceptar la explicación que les diera Elena, diciéndoles que su madre no podía sino llevar una vida de retraimiento y sosiego.

—Mi madre es ya dueña de un título,—decía Beatriz admirada,—¿ por qué no lo querrá usar ?

—Las aspiraciones de tu madre son sencillas y modestas,—replicaba Elena ;—y por esto se deben respetar sus deseos.

El valor de que Dora se había revestido no lo abandonó, hasta que sus hijas hubieron partido y se encontró sólo en aquella triste morada ; entónces fué cuando sintió todo el peso de su desventura.



CAPÍTULO XX.



UÉ momento tan feliz para Elena aquel en que conduciendo de la mano á sus dos nietecitas, atravesó por la doble fila de sirvientes que se habían reunido para recibirlas !

Ambas niñas guardaban silencio por mera admiración. Habían salido de Florencia en una edad tan tierna, que no conservaban el menor recuerdo de la bonita quinta á la orilla del Arno, en donde vieron la primera luz : todas sus ideas estaban concentradas en la alquería de los Álamos.

Elena observaba atentamente el efecto tan distinto que producía en ellas la perspectiva de Earlescourt. Lilia palidecía y temblaba arrasándosele al mismo tiempo los ojos en lágrimas. Beatriz por el contrario, parecía estar en su elemento : su fisonomía estaba radiante ; su mirada llena de felicidad ; y su porte era magestuoso. No había en ella timidez ni recogimiento, no parecía sino estar del todo familiarizada con aquel lujo y esplendor.

Por algunos días Elena estuvo dedicada á enseñarles los numerosos tesoros de arte que contenía la espléndida mansión. Beatriz estuvo realmente deleitada en la galería de pinturas contemplando los retratos de sus antepasados, cada uno de los cuales, tenía su historia.

Una mañana estaba ante el retrato de Elena, admirando la gran semejanza que existía con el original, cuando volviéndose de improviso á la noble dama le dijo :

—Aquí están los retratos de todas las damas de Earle, ¿en dónde se encuentra el de mi madre? Su cara es tan dulce y bella como la de cualesquiera de estas damas. ¿Por qué no figura entre ellas?

—¿Pronto se colocará su retrato,—contestó Elena,—cuando venga tu padre atenderá á todo eso.

—Nosotras no tenemos ningún hermano,—continuó Beatriz,—y parece que cada uno de estos varones ha tenido un hijo que le suceda; ¿quién heredará el título de mi padre?

—Su pariente más cercano,—repuso Elena tristemente;—Leoncio Dacre es sobrino de Lord Earle, y él será quien herede el título y el estado.

Elena suspiró tristemente porque era en realidad una gran aflixión para ella no tener ningún sobrino.

La simpática Lilia se había dedicado en cuerpo y alma al jardín y al parque, en donde se deleitaba admirando los barrancos cubiertos de flores y las colinas coronadas de frondosos árboles. El lago con los lirios flotando en su apacible superficie y los sauces llorones con las ramas medio hundidas en las aguas la encantaban.

Estando una vez ambas hermanas, á la orilla del lago, al fijarse Beatriz en las transparentes aguas sintió un estremecimiento general y volviéndose súbitamente se alejó de allí.

Estoy fastidiada de ver agua,—dijo,—nada me tenía tan cansada en Knutsford, como el intranquilo océano: seguramente he nacido con cierta natural antipatía por el agua.

Pasaron algunos días antes que conocieran bien á Earles-court.

En el castillo, al lado Oeste, se había preparado un bonito departamento á cada hermana, estando los dos comunicados.

La criada italiana que desde Florencia había venido con la familia, prefirió quedarse con Dora.

Elena había mandado traer dos elegantes doncellas, y dos guardaropas para las hijas de Reinaldo. Vivian tenía dos aposentos cerca de los de sus pupilas.

Sabiendo Elena que su hijo tardaría aún algunos meses, puso en ejecución el siguiente plan : Las muchachas no serían presentadas á la sociedad hasta que regresara su padre, y por lo pronto no tendrían más que la de unos cuantos amigos antiguos de la familia ; continuarían estudiando durante algunas horas de la mañana, después de comer saldrían con su abuela á dar un paseo á pie ó en coche, á las siete se reunirían todos para cenar, y el resto de la noche hasta que llegara la hora de acostarse lo pasarían en la biblioteca.

Aquella vida era muy agradable : Beatriz se sentía otra en medio de tanto lujo ; y frecuentemente hacía reír á su abuela describiendo con exageración la vida monótona que llevaban en los Álamos.

—Aquí sí me siento bien,—decía,—lo que no me pasaba allá. Á veces me despierto asustada creyendo oír el ruido de los árboles y la voz de mi abuela, Thorne preguntando por las vacas. ¡ Pobre madre mía ! no comprendo su gusto en seguir viviendo allí.

Cuando ya se habituaron á aquella nueva vida, se fijaron en el contraste de sus dos familias ; por un lado un linaje noble y enlazado con algunas de las más aristocráticas familias de Inglaterra, y por el otro unos sencillos campesinos de la clase más humilde y completamente ignorados de la sociedad. ¿Cómo podía ser ésto ? ¿Cómo había sucedido que su padre, el Lord de Earlescourt, viniera á contraer matrimonio con la hija de un pobre campesino ? Por primera vez comprendieron que había un misterio en la vida de sus padres ; y comprendieron con la perspicacia especial de la juventud que había algo extraordinario en su posición y

que debían ser más reservadas al hablar de su casa en los Álamos.

Solían venir algunas visitas á Earlescourt, entre ellas el señor Enrique Laurence, de Holtham, y la señora Charteris, de Greenock : toda la familia de estas personas encomiaban con entusiasmo la belleza de las hijas de Reinaldo.

Beatriz era indudablemente la predilecta, debido tanto á su gran hermosura personal como á sus maneras agraciadas y llenas de elegancia. Enrique la calificaba de ser la más hábil amazona del condado.

Cuando Elena anunció que la hija de su queridísima amiga Charteris venía á pasar algunos días á Earlescourt, el castillo todo se puso en movimiento para preparar su recepción.

Aquella fué la primera oportunidad que tuvieron las hijas de Reinaldo en conocer á Valentina, quien de una manera tan extraña había intervenido en su porvenir.

Valentina había dejado de ser la reina del condado. El Príncipe di Borgezi después de haberla seguido hasta Greenock, y repetido allí la pregunta que en otro tiempo le dirigiera en Florencia, había logrado por fin conmover su esquivo corazón.

En esta resolución de la hermosa joven inglesa no había ni coquetería ni afectación ; después de pensar mucho sobre el particular se convenció de que jamás encontraría un hombre más digno de su estimación y cariño que su admirador el noble italiano. Él poseía las cualidades de los hijos del Sur y no así sus defectos, era generoso, sincero y de una esmerada educación.

Tal vez, lo que más interesó el corazón de Valentina en favor del príncipe, fué la fe con que lo amaba y la gran semejanza que tenía con Reinaldo Earle.

Sus padres sintieron positivo placer al saber la determi-

nación de su hija, y en obsequio de ellos, el príncipe prometió pasar un año en Inglaterra y otro en Italia.

Cuando la Princesa di Borgezi, ó sea Valentina, hizo su cuarta visita á Inglaterra, supo por su mamá que las dos hijas de Reinaldo, á quienes había dejado de ver por tantos años, estaban en Earlescourt y se apresuró á visitarlas.

Las dos hermanas se quedaron realmente admiradas al ver aquella dama tan hermosa y amable. Aquella fisonomía griega había aumentado en belleza.

Cuando Valentina abrazó á sus amiguitas imprimiendo un ósculo en sus mejillas, le vino á la mente el recuerdo del pálido y colérico rostro de Dora durante la desagradable escena del jardín.

—Conocí á vuestra madre hace algunos años,—dijo;—¿me ha nombrado alguna vez? Varias veces tuve á vosotras dos en mis brazos; porque habeis de saber que soy la más antigua amiga de vuestro padre.

No, nunca habían ellas oído su nombre; y Beatriz estaba sorprendida de que habiendo conocido su madre á una mujer tan bella como la princesa, la hubiese olvidado al grado de no mencionarla jamás.

La semana que pasó Valentina con ellas, les pareció un hermoso sueño. Beatriz casi llegó á adorar á Valentina: aquella mujer realizaba su ideal; veía representada en ella la alegre y elegante sociedad de que estaba ávida.

Al partir de Earlescourt el príncipe y la princesa, hicieron prometer á Elena que Beatriz y Lilia les devolverían la visita en Florencia. Hablaron también de la encantadora y coqueta Condesa Rosalí, quien seguía siendo la misma, y del gusto que ella tendría de ver á las hijas de su favorito amigo Reinaldo Earle.

—Aquel país sí os agradaría,—decía Valentina á las jóvenes,—todo respira allí dicha y amor: vereis un hermoso

firmamento y apacibles mares, viñedos, mirtos y verdes naranjos cubiertos de aromáticos azahares ; vereis en fin, tal esplendor y belleza en todo, que no deseareis volver á esta fría y triste Inglaterra.

Convinieron en que cuando Reinaldo regresara, le correspondería la visita. La noche siguiente de la partida de los nobles huéspedes, les pareció á las dos hermanas muy larga y triste.

Voy á escribir á mi madre,—dijo Beatriz ;—me parece muy extraño que nunca nos hablara de esta amiga suya : en la carta detallaré la agradable visita que nos hizo.

Elena no deseando enseñar á sus nietas á ocultar nada á su madre, no se opuso al deseo de Beatriz.

Al recibir Dora la carta de su hija sintió lacerado su corazón ; en ella manifestaba Beatriz toda la admiración que sentía por aquella hermosa y atractiva mujer : también mencionaba los recuerdos que había hecho de ella y su invitación para que la visitaran en Florencia. Esta lectura hizo renacer en el corazón de la desventurada Dora el fuego de los celos amortiguado por una larga ausencia ; y sin poder contenerse, estrujó entre sus manos la carta de su hija hasta convertirla en mil fragmentos.

—¡ Después de haberme robado el cariño de mi esposo,—exclamó,—hoy viene también á privarme del de mis hijas !

Pero sucedió que en medio de su colérico arrebató vino á su cerebro un pensamiento : Valentina era ya casada : se había unido al rico y poderoso príncipe que había patrocinado á Reinaldo ; así es que después de todo, aun cuando hubiera arrebatado á Reinaldo de su lado, ó este había dejado de amarla, ó ella á él.

Al recibir Beatriz la contestación que dió su madre á la larga y entusiasta epístola, quedó aún más sorprendida : simplemente decía en ella, que si nunca había mencionado á

la Princesa di Borgezi era porque su recuerdo no le era grato.

Habían trascurrido quince meses cuando se recibió una carta de Reinaldo Earle anunciando su llegada para Navidad. La carta era lacónica y escrita en la agitación del viaje ; pero había en ella estas palabras que conmovieron á sus hijas : “ Me alegro mucho de que hayais llevado mis hijas á Earlescourt ; estoy muy ansioso de verlas : hacedlas felices, madre mía ; que tengan todo lo que deseen y si fuere posible, después del largo abandono en que las he tenido, enseñadlas á amarme.”

Las dos hermanas veían transcurrir los días con ansiedad. Estaban temerosas de que su padre á quien no recordaban, no sintiera cariño por ellas. Beatriz no creía ser esto lo probable, pero Lilia pasaba muchas horas en excitación nerviosa, atormentada por esta idea.

El recuerdo de la vida en los Álamos se borraba rápidamente de la memoria de las jóvenes. Ambas habían tenido cariño al humilde campesino y su esposa, á quienes con frecuencia enviaban recuerdos ; pero Beatriz siempre ponía el gesto desdeñoso al leer en voz alta el final de las cartas que decía : “ Los esposos Thorne desean humildemente mil prosperidades á su digna ama Elena.”

Elena no abrigaba ningún recelo por la venida de su hijo ; miraba á sus nietas y las encontraba sin defecto. Hermosas, bien educadas y graciosas ; ¿ qué más podía él desear ? En su interior daba gracias á la Providencia de que ninguna de ellas, se pareciese á los “ Thorne.” Beatriz parecía ser una de aquellas damas de la galería de pintura que había abandonado su marco ; Lilia en medio de su amabilidad y exquisita belleza, era también encantadora. ¿ Qué hubiera pensado la bondadosa y sincera Elena si supiera que su favorita, de quien se mostraba tan orgullosa, se había

comprometido por solemne juramento á ser la esposa del capitán de un barco mercante, que dentro de dos años vendría á reclamarle el cumplimiento de su promesa?

Elena tenía formados sus planes respecto á Beatriz : alimentaba la esperanza de que con el tiempo vendría á ser la dueña de Earlescourt. Nada sería en efecto más fácil si Beatriz contraía matrimonio con Leoncio Dacre, heredero que debía de ser del título y los estados.

Una mañana al estar las dos hermanas sentadas en el aposento de Lilia, Elena se preentó con el semblante emocionado y una carta abierta en sus manos.

—Queridas mías,—dijo,—es preciso que se preparen y que procuren estar lo más primorosas, porque acabo de recibir carta de Reinaldo, diciéndome que esta noche estará aquí.

No bien hubo la noble dama acabado de pronunciar estas palabras, cuando un raudal de lágrimas brotó de sus ojos, al pensar en la dicha que le esperaba de estrechar una vez más en los brazos á su hijo idolatrado.





CAPÍTULO XXI.



Al fin volvió Reinaldo Earle á pisar las playas inglesas, á oír hablar su idioma nativo y á contemplar el apacible panorama de su amada patria.

Diez y siete años habían trascurrido desde que declarara á Dora su ardiente amor, y aquella inextinguible pasión había tan sólo durado dos años ; después había sobrevenido la terrible escena que lo cegara de cólera y vergüenza : aquel fué el despertar de su agradable sueño para encontrarse frente á frente con la realidad, y hallar sus ilusiones y esperanzas muertas y la vida como una pesada carga . . . ¿y todo por qué? Por un loco capricho de su juventud. Reprochábase á sí mismo por su debilidad y estupidez. ¡ Haber despedazado el corazón á sus padres, por aquella mujer que más tarde lo llenara de oprobio y desventura.

Estas y otras reflexiones se hacía el joven al atravesar en el tren por montes y valles.

La nieve había caído en abundancia ; los elevados árboles se veían cargados de cristales blancos, y todos los campos cubiertos de una preciosa alfombra de nieve. Aquel panorama parecía extraño á Reinaldo, después de tan larga permanencia en países tropicales ; y sin embargo, mientras más respiraba aquella atmósfera sentía más energía y vigor.

Llegó por fin el tren á la estación y allí encontró Rei-

naldo su carruaje y los lacayos que lo esperaban. Sin poderlo evitar sintió ruborizarse al estar en presencia de sus antiguos sirvientes. Era probable que todos ellos sabían ya la causa de su ausencia.

Estaba allí también su antiguo Morton á quien había conservado en el castillo el difunto Lord, y había solicitado el permiso de ir á recibir á su joven amo. Reinaldo tuvo gusto al verlo y le dirigió algunas expresiones de cariño.

Una vez más volvió Reinaldo á ver aquellos gigantescos árboles que tan frecuentemente había recordado durante su ausencia; allí estaban los elevados cedros, los macizos robles, los esbeltos cipreses y los grupos de álamos, todo aquello le era conocido. Allá á lo lejos divisó el lago por entre los tupidos árboles.

Al fijarse en los altos ápices de las torres del castillo las lágrimas acudieron á sus ojos: lágrimas que ni trató de reprimir, ni se sintió avergonzado en derramarlas.

En medio del dolor que lo affigía, al encontrarse sumergido en el mundo de sus recuerdos, hubiera querido poseer el poder suficiente para desbaratar lo hecho y encontrarse otra vez en la situación anterior á su matrimonio. Pero todo esto era imposible; tal vez podría vindicarse á los ojos de su madre y amigos, por medio de su conducta y su arrepentimiento. Mas ¿quién le restituiría el cariño de su padre, á quien así mismo se acusaba de haber abreviado sus días?

Al ir en el coche, cuántas veces recordó el adusto semblante de su padre en aquella mañana en que con el brazo extendido le ordenó se retirase de su presencia, diciéndole á la vez que si en algún tiempo futuro venía á contemplar su tumba, recordara que la misma muerte, no le había sido tan dolorosa como el saber que su hijo lo había engañado.

Tales recuerdos atormentaban el corazón del joven, cuando el carruaje se detuvo á la puerta del castillo, y pudo percibir el grupo de personas que lo esperaban : entre aquellos rostros, todos conocidos para él, había unos sonrientes y otros llorosos.

La puerta de la biblioteca se abrió ante él, y al penetrar en el salón no pudo reprimir el torrente de lágrimas que acudió á sus ojos, al ver á su madre que con los brazos abiertos se avanzaba á recibirlo.

Aquel rostro que él tenía tan presente, estaba impreso con las marcas del sufrimiento ; sus hermosos ojos estaban velados por una sombra de angustia, y en su abundante cabellera advertíanse algunos plateados rizos ; pero aquella voz que le decía “ ¡ Hijo mío, hijo mío ! ¡ gracias al cielo que te vuelvo á ver !,” era la misma que desde su infancia estaba acostumbrado á oír.

¿ Cuánto tiempo duraron abrazados madre é hijo ? Reinaldo nunca lo supo.

¡ Qué cierto es que en la tierra no hay amor tan puro, tan tierno y tan constante como el de la madre ! Al estrechar Earle en su amoroso seno á Reinaldo, no veía en él al hombre que había incurrido en una falta, no veía sino que era el hijo de sus entrañas, y la luz de su existencia.

— ¡ Cuán cambiado estás ! dijo por fin, conduciéndolo cerca de la pálida luz de una lámpara. Tu cutis está tostado y pareces mucho más grande de lo que eres. ¡ Qué triste, qué abatido te encuentro ! ¡ Oh, hijo mío ! preciso será que me dedique exclusivamente á procurarte alegría y felicidad.

Á estas palabras suspiró profundamente, y Elena sintió oprimido su corazón al ver la inquietud y sufrimiento manifiestos en el semblante de su hijo.

— Dice una máxima antigua, madre mía, que “ para ser

feliz, es preciso ser bueno." Yo no he sido bueno y por lo mismo nunca seré feliz.

Elena deseando infundir algún ánimo al decepcionado corazón de Reinaldo, le repitió las últimas palabras de su padre, en las que parecía estar concentrado el acallado cariño de tantos años. Reinaldo sintió en efecto, gran consuelo al saber que su padre le había dedicado sus últimas palabras y pensamientos, y una nueva esperanza sintió nacer en su corazón. En el supuesto de que hubiera desperdiciado una parte de su vida, quería emplear lo restante de la mejor manera posible.

—¿Y mis hijas? dijo, ¿mis pobres hijitas? No, no las veré hasta que haya entrado en calma. Sé que estando á vuestro lado, están bien.

Aprovechando Elena tan deseada oportunidad le dijo :

—Reinaldo, he sufrido mucho, no tienes idea, de cómo he despedazado mi corazón entre mi esposo y mi hijo; quiero pues que mi recompensa sea sentirme feliz en el resto de mis días.

—Madre, dijo él, fiad en que hacer vuestra felicidad será mi sólo empeño.

—Bien, sabes, que mientras haya desavenencias entre la familia no estaré tranquila. Reinaldo, jamás te he pedido un favor; pero hoy te ruego que vayas en busca de Dora y la traigas al seno de tu hogar.

Una sombra de ira cubrió el semblante de Reinaldo.

—En todo consentiría; pero en eso . . . nunca. No puedo, madre, si estuviera en mi lecho de muerte, tampoco consentiría.

—¿Y porqué? preguntó Elena, usando las mismas palabras que cuando se dirigió á Dora.

—Por muchas razones; la primera es, porque ha pisoteado el honor y la dignidad de nuestro nombre, avergon-

zándome en presencia de la persona más digna de estimación y respeto ; porque ha . . . Pero no, no quiero mencionar las faltas de mi esposa, eso sería rebajarme. Baste saber, madre mía, que me es imposible acceder á lo que pedís. No le deseo ningún daño ; al contrario, quiero que disfrute de todo el lujo y comodidad que puedan proporcionarle mis riquezas ; pero hacedme la gracia de no hablarme de ella.

—¡ Orgullo de tu parte y rencor de la suya ! ¡ Oh, Reinaldo, en qué terminará ésto ? Reflexiona á tiempo, el hombre más honrado y noble es aquel que sabe dominarse á sí mismo. Haz á un lado el amor propio y perdona á tu esposa.

—Primero moriría, replicó amargamente.

Entonces, dijo Elena apesadumbrada, te diré lo mismo que dije á Dora : ¡ Ten cuidado ! El amor propio y el rencor deben doblegarse, ó de lo contrario esperad sus fatales consecuencias . . .

—¡ Madre,—interrumpió Reinaldo inclinándose sobre aquel emocionado semblante,—que ésta sea la última vez que me habéis de un asunto tan enojoso para vos y para mí. Tal vez perdonaré á mi esposa en mi última hora ; pero no antes.

La última esperanza de Elena acababa de morir ; había creído que podría convencer á su hijo en los primeros momentos de su llegada, no contando con que el recuerdo dominante de Reinaldo fuese el remordimiento de haber causado tantos sufrimientos á su difunto padre por un motivo tan indigno ; recuerdo que no hacía sino hacerle más odiosa la memoria de Dora.

—¿ Deseas ver á las niñas ahora ? Voy á mandarlas llamar y á pedir luces. Verás qué primorosas son las dos, Beatriz se te parece mucho, tiene la fisonomía de los Earle, y si no me equivoco, también la misma índole.

—Beatriz, decía Lilia á su hermana al descender por los

anchos peldaños de la escalera, estoy asustada. Yo quisiera recordar algo de nuestro padre, su voz ó su sonrisa, porque me parece ir á ver un desconocido. ¿Qué haríamos si no le simpatizáramos?

—Pensemos en lo que más nos importa, contestó Beatriz. ¿Qué haríamos si él no nos simpatizara?

Á pesar de su expresión y valor Beatriz estaba casi temblando cuando se abrió la puerta de la biblioteca y vió á Elena que se dirigía á su encuentro. Al avanzar en la estancia alzó sus rasgados ojos y se encontró frente á un caballero alto, de rostro hermoso y de mirada firme y penetrante, que parecía leer hasta los mismos pensamientos.

—Esta es Beatriz, dijo Elena tomando á la joven de la mano.

Reinaldo se quedó perplejo ante la hermosura de aquella niña.

—¡Beatriz, es posible!—dijo besando su altiva y tersa frente. Cuando te ví la última vez, eras una débil niña.

—Ahora no soy débil, repuso ella con una sonrisa; espero que me amareis mucho ¿verdad padre? Como que teneis que compensar por los quince años de ausencia. En cuanto á que yo os ame, perded cuidado.

Estas palabras francas y sencillas lo cautivaron.

En seguida se fijó en la rubia cabeza y dulce sonrisa de su otra hija.

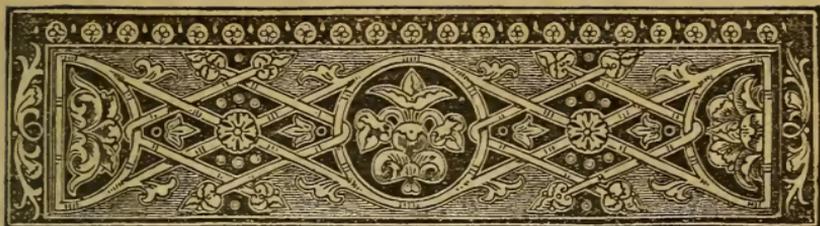
—Yo soy Lilia, padre,—dijo ésta con clara y armoniosa voz,—haced el favor de mirarme y también de quererme.

Ambas cosas hizo desde luego, Lord Earle, encantado de la amabilidad y gracia de sus maneras.

¡Cuánto quisiera, dijo con voz conmovida y lágrimas en los ojos, haberos visto antes. Me habían dicho que mis dos hijitas estaban muy crecidas y bellas; pero jamás pensé que fuera en tal grado.

Una vez más sintió Elena el deseo de interceder por la madre de aquellas niñas al ver la felicidad de su hijo, para que ella también participara de su amor ; pero no se atrevió. Aun sonaban en sus oídos aquellas palabras : “Tal vez perdonaré á mi esposa en mi última hora ; pero no antes.”





CAPÍTULO XXII.



A noche de su regreso fué verdaderamente feliz para Reinaldo ; estaba en realidad encantado con sus hijas.

Elena pensaba que hubiera sido difícil para un desconocido determinar el parentesco que existía entre Reinaldo y las gemelas, pues más que padre de ellas, parecía su hermano mayor.

Al principio no dejó de haber cierto tirantez entre ellos : pero Elena con su exquisito tacto supo desterrarla. Ordenó que se sirviese la cena en un cuarto pequeño graciosamente amueblado, en el que había una elegante chimenea con chisporroteante y alegre fuego. Reinaldo alabó la idea de su madre, que le recordaba tanto las costumbres de su país.

Después de la cena le indicó á Beatriz que cantase, á lo que ella accedió deseosa de hacer conocer á su padre algo de su esmerada educación. Aquella magnífica voz lo cautivó : Beatriz cantaba con el entusiasmo y ternura del que lleva la música en el alma.

Cuando hubo cesado el canto, Elena hizo que la simpática Lilia trajese su porta-folio de pinturas, en las cuales Reinaldo admiró el talento y la habilidad con que estaban ejecutadas : una de ellas llamó muy principalmente su atención, y fué la que representaba el bello panorama que ofre-

cía el mar cerca de Knutsford en aquel inolvidable día de Mayo.

—Esa es una pintura excelente, dijo Reinaldo ; es necesario ponerla en un marco. Le has dado el colorido exacto, casi le parece á uno ver el brillo del sol en el agua. ¿ En dónde tomaste esta vista de mar ?

—¿ No la habeis reconocido ? preguntó Lilia á su vez mirándolo sorprendida. Es de Knutsford cerca de la casa de mamá.

Reinaldo sintió un ligero estremecimiento : ¡ La casa de mamá ! Estas palabras le hacían daño.

Había tenido presente la ofensa de Dora, su fría despedida, su apresurada marcha ; su propia resolución de no volverla á recibir en su hogar ; pero ¡ ay ! ¿ había tenido presente que aquellas niñas debían amarla y que eran parte de su mismo ser ? Jamás podía conseguir que la olvidasen, jamás podría borrar de su memoria “ la casa de mamá.”

—Éstos son los Álamos, continuó Lilia, mirad esos árboles gigantescos. Ésta es la ventana del cuarto de mamá y ésta era nuestra pieza de estudio.

Reinaldo se quedó contemplando la pintura que representaba la tranquila alquería, morada de su esposa ; involuntariamente comenzó á pensar en ella ; ¿ caería aún sobre su frente las graciosas sortijillas de su oscura cabellera ? ¿ habría palidecido aquella ruborosa y simpática fisonomía ? Pero de improviso en medio de aquellos pensamientos, vinole á la mente el recuerdo de la odiosa escena en el jardín de Florencia.

—¡ Ah ! no, no podía perdonarla ; ni siquiera les era permitido hablar de ella á sus hijas. Hizo á un lado ambas pinturas y no volvió á indicar que se colocasen en marcos.

Cuando las dos hermanas se hubieron retirado á sus aposentos, Reinaldo se quedó pensando en su belleza y atracti-

vos ; pero desde aquel momento podía comprenderse que si había preferencia en su cariño para alguna de ellas, era indudablemente para la fogosa Beatriz.

Elena se retiró, y él permaneció aún cerca del fuego soñando con los ojos abiertos, como su padre lo había hecho muchos años antes que él.

Aun no era demasiado tarde para vindicarse de aquella falta que había cometido, pensaba ; más era preciso no perder tiempo. Dedicaría toda su atención de pronto á su propiedad, deseaba que el suyo fuese un señorío modelo. Todos aquellos que habían lamentado su desatino juvenil, se proponía que alabasen su proceder de hombre. Quería sobre todo que sus hijas figurasen en primera línea entre la aristocracia, principalmente Beatriz, quien, por su belleza, excelente voz y escogidas maneras, estaba llamada á ser una reina en la sociedad. Con tan numerosas cualidades, seguramente contraería un matrimonio ventajoso que añadiera nuevo lustre al respetado nombre que él había empañado. Cuando en tiempos venideros los anales de la familia refiriesen su imprudente enlace, el de su hija Beatriz, disculparía en parte su error.

Al estar en aquella meditación, siguiendo con la vista las oscilaciones de las llamas, recordó que tal cual fundaba hoy todas las esperanzas é ilusiones de su vida en Beatriz, su padre en otro tiempo había fundado las suyas en él. ¡ Ah ! si á él también le aguardaría tan terrible desengaño ! Pero no, eso no sucedería, velaría por ella y no había por qué temer.

Á la mañana siguiente después del almuerzo Elena preguntó á su hijo, como se proponía pasar el día y si pensaba ir con las niñas á Holtham.

—No,—dijo Reinaldo,—quiero hablar un rato con ellas en la mañana y después de comer iremos á Holtham.

La intención de él era llevar á sus hijas al mismo lugar en que su padre le amonestara en otra época, y allí darles consejos en el mismo sentido que él los había recibido ; así es que acompañado de ellas se dirigió á la galería de pinturas.

Allí con tono firme y cariñoso, dijo :

—Os he traído aquí, porque tengo que deciros algo que se explica mejor en este sitio. Hace algunos años, hijas mías, mi padre me condujo á esta misma galería para darme los más prudentes consejos, y que á mi vez, voy á transmitirlos. Dispuesto estoy á amaros y de hecho que así sucede ya ; mi principal ocupación consistirá en haceros felices ; pero deseo que seais francas conmigo, es decir, que nada me ocultéis. Si alguna de las dos tiene ya un secreto en su corazón, quiero conocerlo ahora mismo ; si alguna ama, quiero saber á quién aún cuando sea una persona indigna. Fácilmente perdonaré cualquier falta ó imprudencia cometida ; pero jamás perdonaré á la que me engañe.

Ambas jóvenes estaban demudadas ; Beatriz de miedo y ansiedad ; Lilia de pura emoción.

—Entre los varones de nuestro linaje, continuó Reinaldo, algunos han cometido yerros ; pero entre las mujeres, ninguna. Vosotras perteneceis á la línea de la nobleza, y es preciso que no haya ninguna mancha en vuestra vida ; si por desventura y debido á la falta de vigilancia, alguna ha cometido una imprudencia por ligera que sea, quiero saberla inmediatamente y la perdonaré.

Ninguna de las dos se atrevía á hablar ; y en la voz de Reinaldo se notó una extraña expresión al continuar.

—Yo mismo cometí un acto indigno y por el cual me ví obligado á ausentarme del hogar paterno en los primeros años de mi juventud. No es del caso decir cual fué el motivo ; pero, puedo asegurar que me ha vuelto inclemente

hacia el engaño. Ambas encontrareis en mí el más sincero y mejor amigo, siempre que os conduzcáis con honradez y lealtad ; pero á pesar del inmenso amor que os tengo, jamás perdonaré el que se me engañe.

—Yo nunca he dicho una mentira en mi vida, dijo Lilia con cierta satisfacción. Mi madre siempre nos aconsejaba que practicáramos la verdad.

—¿ Y tú, mi querida Beatriz ? preguntó él en tono cariñoso á su hija que medio parecía esquivar su mirada.

—Yo digo lo mismo que mi hermana : contestó la joven con altivez.

Al pronunciar estas palabras, el carmín de sus labios desapareció, recordando espantada el juramento que había hecho á Hugo Fernely.

—Lo creo, replicó el padre, me parece leer la sinceridad en ambos rostros. Quiero repetir, sin embargo, que si hay algo oculto en vuestros corazones, aún es tiempo de que se me revele.

Otra vez Lilia alzó su dulce mirada.

—Yo no tengo ningún secreto, dijo ; mi pasado es un libro abierto y se puede leer hoja por hoja.

—¡ Gracias á Dios ! repuso Reinaldo poniendo la mano cariñosamente en la cabeza de su hija.

¡ Con cuánto dolor recordaba después la omisión en que incurrió al no insistir con Beatriz ! Creyendo que las contestaciones de Lilia comprendían también las de su hermana, no sospechó la violencia de los latidos de aquel corazón á impulsos del temor.

Sé que las jóvenes de vuestra edad, suelen tener algunos secretos de amor : vosotras me decís no tener ninguno y yo lo creo. Sólo tengo que añadir unas cuantas palabras más. Pronto os encontrareis en el centro de la sociedad, en donde probablemente tendréis muchos admiradores ; entónces será

cuando comience para vosotras la época de tentación y prueba, y cuando quiero que no olvidéis mis palabras : no hay cosa más despreciable, ni degradante que un amor clandestino. Un miembro de nuestra familia incurrió en semejante falta, y ¡ cuánto sufrió en su consecuencia ! No importa quien sea el dueño de vuestro amor ; pero es preciso que en todo haya honradez y franqueza. Aun cuando mi cariño fuese inmenso, si una de vosotras incurriese en tal error, trocaríase en el más concentrado desprecio. No por ésto me juzgueis cruel y severo ; al expresarme en tales términos es porque tengo razones poderosas para ello ; y sin embargo de que me es penoso hablaros de estas cosas, comprendo que es mi deber hacerlo así. Pero te veo sonreír, Lilia, ¿ qué te pasa ?

—Si no os viera tan serio, no sólo me sonreiría, sino que de buena gana me reiría. Para amar es preciso tener á quién : pero díme, Beatriz, á cuántas personas conocimos en los Álamos. Al campesino Leigh, al doctor Goode de Seabay que venía de vez en cuando á ver á mamá cuando estaba enferma, á dos labradores y al pastor del ganado ; estas fueron todas nuestras relaciones hasta que venimos á Earlescourt. Aquí hemos visto á Enrique y al Príncipe di Borgezi. Seguramente, habeis olvidado, querido papá, que hemos pasado nuestra vida aisladas de la sociedad.

Lord Earle recordó con placer que así era en efecto.

Está bien, dijo ; pero repito que pronto entrareis á formar parte en la sociedad y por ésto quise daros mis consejos anticipadamente. No es mi intención tampoco intervenir en vuestros afectos ; lo único que prohibo, detesto y nunca perdonaré, es un amor secreto.

Algún tiempo después recordó que su hija Beatriz guardó silencio, durante esta entrevista, y que se había mantenido con el semblante medio vuelto hacia otro lado.

—Es ciertamente desagradable, dijo Lord Earle, el asunto de que hemos tratado ; pero afortunadamente ya hemos concluído ; réstame tan sólo añadir, que á pesar de que no es mi intención, como ya lo he expresado, cambiar la corriente de vuestros afectos, existe en mi corazón un deseo.

Lord Earle se detuvo por unos minutos, mirando el retrato de Alicia Earle á quien Beatriz tanto se parecía.

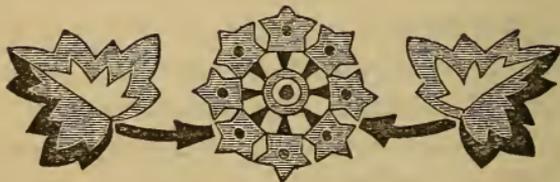
—No tengo ningún hijo, continuó, y vosotras, hijas mías, no podreis heredar ni mi título ni mis estados, teniendo que pasar ambos á poder de Leoncio Dacre. Si algún día él propusiere á una de vosotras hacerla su esposa, mi más ardiente deseo quedaría satisfecho. Habiendo ya terminado mi largo sermón, creo que debemos prepararnos para ir á visitar á nuestros amigos, Enrique y Laurence.

Durante el resto del día no hubo mucho tiempo para entregarse Beatriz á la meditación ; pero cuando en la noche se encontró sóla en su aposento, examinó detenidamente el secreto que guardaba en su pecho.

Habíase sentido muy inclinada á confesárselo todo á su padre y en aquel momento lamentaba no haberlo hecho así. Seguramente la habría reprendido por su imprudencia ; pero también la habría perdonado ; no así ahora que premeditadamente le había ocultado aquel pasatiempo de su niñez ; la oportunidad para el perdón había pasado. Unas cuantas palabras y su situación sería diferente, mas ya era demasiado tarde para pronunciarlas. Á pesar del amor que comprendía le tenía su padre, ninguna indulgencia podía esperar, si su secreto se llegaba á descubrir.

¡ Ay de ella en tal caso ! habría de abandonar la magnífica y lujosa residencia y las ilusiones que había creado del brillante porvenir para volver á los Álamos de donde tal

vez, no saldría jamás. ¡ Ah ! no : era preciso guardar el secreto. Pero . . . después de todo ¿ por qué había de alarmarse á tal grado ? tantas cosas podían suceder . . . Aquel navío de fatal memoria podía perderse en la inmensidad del océano ; y sin sentir el menor dolor en su corazón pensaba en la posibilidad de la muerte de aquel hombre, que la amaba como muy pocos aman en la tierra.





CAPÍTULO XXIII.



MEDIDA que el tiempo pasaba, toda reserva iba desapareciendo entre Lord Earle y sus hijas.

Reinaldo se dedicó á mejorar la condición de sus estados : como por magia se veía levantar bonitas y graciosas casitas, en lugar de las arruinadas cabañas ocupadas por los pobres arrendatarios. Las nuevas escuelas y capillas testificaban también su asíduo empeño en el progreso intelectual. Todo el mundo comenzó á encomiar el celo y actividad del joven.

Tampoco se descuidó en los deberes sociales : los antiguos amigos de la casa, eran invitados frecuentemente á visitarla. Su nombre se mencionaba con respeto y cariño ; el eco popular se cambió á su favor.

Á la proximidad del verano, Lord Earle estaba ansioso de que sus hijas hicieran su paseo por el mundo. La señora Elena les serviría de Mentor y á la verdad que no podía hallarse otra más apropósito.

Estando una mañana Elena hablando con su hijo acerca de su proyectado viaje, éste la interrumpió repentinamente :

—Decidme, madre, ¿en dónde están vuestras alhajas? Ya no os he visto usarlas.

—Las tengo guardadas desde que murió tu padre ; y no las volveré á usar. Esas joyas siempre las lleva la esposa

del Lord actual y no la viuda de su antecesor ; por lo mismo ya no me pertenece.

—¿ Quereis que las veamos? preguntó Reinaldo; tal vez algunas de ellas se puedan arreglar para Beatriz y Lilia.

Elena tiró del cordón de la campanilla y ordenó á la doncella trajese los estuches que contenían las alhajas.

Beatriz estaba loca de contento admirándolas, y su hermana sonreía al verla. Aquellas alhajas podían haber servido para una reina : los diamantes eran de primeras aguas; los rubíes despedían ráfagas rojas ; las delicadas perlas tenían magnífico oriente, y las esmeraldas eran de inmenso valor. Uno de los aderezos más hermosos estaba formado de ópalos y brillantes.

—Éstas, dijo Reinaldo, tomando las joyas en su mano, tienen un valor muy grande. Aquí hay algunos de los ópalos más bellos que se han conocido : fueron tomados de la corona de un príncipe de las Indias, y legados á uno de nuestros antepasados.

—Tanto se dice sin embargo, acerca de la mala suerte que traen estas piedras, que nunca he hecho mucho aprecio de ellas.

—Dadme los ópalos, papá, dijo Beatriz riendo ; yo no soy supersticiosa. Siempre me ha parecido que es una necesidad en la vida, tener alhajas bonitas y valiosas. Preferiría los diamantes ; pero estos magníficos ópalos me encantan. Tomó el aderezo en sus manos, y entonces pudo notarle su padre el anillo de ópalos que llevaba en su dedo.

—Este anillo es muy bonito, dijo tomando la mano de su hija. Los ópalos son de primera clase ¿quién te lo dió, Beatriz?

Aquella pregunta repentina la dejó confundida ; se había olvidado enteramente del anillo y sólo lo usaba por costumbre.

Por un momento le pareció que le abandonaba el sentido y que su corazón dejaba de latir ; pero haciendo un esfuerzo supremo, digno de mejor causa, se rehizo y mirando á su padre con una sonrisa, dijo :

—Me lo dieron en los Álamos.

Con tal candor pronunció estas palabras, que el mismo pensamiento vino á las tres personas que la escuchaban : probablemente aquel era un regalo de Dora, y Beatriz no quería decirlo claramente.

Reinaldo se quedó mirando gozoso á sus hijas mientras escogían las alhajas que más les agradaban. Su diferencia en gustos le llamaba la atención y lo divertía. Beatriz tomaba diamantes, rubíes y ametistas, en tanto que su hermana elegía perlas y esmeraldas.

Lo primero que hizo Beatriz al hallarse sólo fué quitarse el anillo de ópalos y guardarlo bajo llave. Aun estaba asustada del conflicto en que la había puesto la pregunta de su padre. Aquel secreto fatal la molestaba constantemente. ; Qué tonta había sido en arriesgar tanto, en cambio de unas horas de felicidad, proporcionada por la adulación y la lisonja, ya que no podía decir que por el amor !

Al fin llegó el tiempo tan ansiosamente esperado en que las hijas de Reinaldo hicieran su entrada en la sociedad ; y con esta mira la familia trasladó su residencia á Londres.

Aquel acontecimiento causó verdadera impresión en la alta sociedad : en donde quiera se oía hablar de la hermosura de las dos hermanas gemelas ; ambas tan encantadoras y á la vez tan diferente la una de la otra.

No había baile ni concierto á que no fueran invitadas.

Los artistas las retrataban en diversas alegorías ; ora representando un lirio y una rosa, ora la noche y el día, ora

el sol y la luna. Los poetas les dedicaban sus cantares, y los amigos y admiradores, las rodeaban á todas horas.

Beatriz en medio de esta vida tan agitada y nueva para ella, decía con entusiasmo :—Esto sí es vivir.

Por aquel tiempo Heberto Airlie llegó á su mayor edad y llamaba también poderosamente la atención en Londres. Cuándo y con quién se casaría el joven potentado, eran preguntas que incesantemente se dirigían muchas madres y muchas hijas. Hacía ya tiempo que no se presentaba un partido tan ventajoso como él, pues sólo las economías durante su menor edad habían aumentado su caudal de una manera inmensa. Poseía vastas propiedades en Escocia, además de sus castillos de Linton y de Craig, dos de los más hermosos de Inglaterra, y una soberbia mansión en Belgravia.

Joven, fabulosamente rico, extraordinariamente generoso y amable, eran cualidades que lo hicieron el centro de más de medio centenar de proyectos de matrimonio, que él supo evadir con sumo tacto. Reía, charlaba, danzaba y paseaba como la buena sociedad se lo exigía ; pero nadie hasta entonces había llegado á conmover su corazón.

Constanza Tachbrook, la más linda joven de Londres, puso en juego toda su fascinación para dominar al noble propietario, mas todo en vano.

La hermosa y morena Florencia Cranbourne, apostó á que en el curso de dos valeses, arrancaríá más de tres cumplimientos al esquivo Lord Airlie ; pero desgraciadamente perdió la apuesta.

Lo cierto es que aquel joven había sido educado convenientemente. Desde hacía tiempo había determinado no casarse hasta encontrar una mujer que lo amara á él y no á su fortuna. Buscaba, pues, su ideal entre todas aquellas bellezas que lo rodeaban, y aun no lo había encontrado.

Poco tiempo después de la llegada de Lord Earle á la corte, oyó encomiar en todas partes la belleza de una de sus hijas: al principio no se fijó en ésto suponiendo que le pasaría lo que otras muchas veces, quedar decepcionado al tratar á las bellezas desconocidas.

Una mañana no teniendo otra cosa que hacer Lord Airlie, se dirigió á una reunión que tenía lugar en las magníficas pertenencias de Downham. Llegó de los primeros invitados y después de saludar deferentemente á la distinguida dama, se fué á pasear por los jardines.

Todo era allí lujo y belleza que hubiera cautivado la atención de otro, no así la de Heberto quien conocía todo aquello.

Aquel hermoso día más parecía ser de Italia que de Inglaterra; alegre, claro, despejado el horizonte, y el suave ambiente impregnado de perfumes y armonías.

Veíanse aquí y allá infinidad de tiendas de campaña, cuyas banderolas flotaban á merced de la brisa, había también varias bandas de música estacionadas en diversos puntos; Lord Airlie caminaba sin rumbo fijo contestando atentamente á los muchos saludos que á su paso le dirigían.

Llamó por fin su atención una deliciosa glorieta materialmente cubierta de rosas; desde allí se veía todo el lago y los muchos botecitos que lo cruzaban en todas direcciones.

Penetró el joven allí y tomó asiento creyéndose enteramente sólo; pero al desviar una rama que estorbaba la vista, oyó voces al otro lado.

Involuntariamente se quedó escuchando porque una de aquellas voces era dulce como el canto de la alondra, y la otra la más armoniosa que había oído en su vida.

—Ojalá no tengamos que esperar aquí por mucho rato, Lilia, decía una voz alegre. Elena nos prometió llevarnos por el lago.

—¡Qué placer! fué la contestación: pero tu siempre quieres estar en el centro de la alegría.

—Sí, pues ya he tenido bastante soledad y calma para toda la vida. ¡Oh, Lilia! qué delicioso es todo ésto: tu también piensas lo mismo; pero no lo confiesas como yo!

Oyóse una risa contenida, y después la misma voz continuó: Realmente estoy encantada con la vida en Londres, esto sí puede llamarse “vivir”; cada momento nos trae una nueva dicha. Si se tiene alguna contrariedad, será debido á que no todos los pensamientos se pueden expresar.

—¿Qué quieres decir?

—¿No me comprendes? Elena siempre me está predicando sobre el comedimiento social. ¡Pobre abuelita! su idea de las buenas maneras, me parece ser simplemente la ausencia de todo sentimiento. Yo á lo menos no alabo su sistema.

—Pero yo estoy segura de que ella te quiere mucho.

—Sí; figúrate, que ayer Cairn me relató una historia muy triste de un joven amigo suyo, y las lágrimas vinieron á mis ojos. Ciertamente es que el salón estaba muy concurrido; pero no pude contener el llanto. Elena me dijo en seguida que debía reprimir estas manifestaciones públicas de emoción. Poco después, Dolchester me contó un percance muy gracioso de Everton, como era natural me reí de buena gana aunque no á carcajada viva, y la abuelita me dirigió una mirada reprobativa. Según creo no llegaré nunca á poseer el “comedimiento social.”

—Y si lo llegaras á tener probablemente no serías tan encantadora como eres: replicó su hermana.

—Además me es tan agradable decir á veces lo que realmente pienso, que no me puedo reprimir. Cuando Everton me dice con su estilo petulante que se sorprende de sí misma, me dan ganas de decirle que otras gentes tam-

bién se sorprenden de ella. Quisiera también decir á la vanidosa John, que todos los que la adulan en su presencia, después se rien de su candor. Es delicioso decir la verdad en todas ocasiones : ¿no piensas lo mismo, Lilia? Yo detesto la falsedad y el fingimiento, y por eso creo que Elena nunca estará satisfecha de mi conducta.

—De veras, tu eres muy franca y atrevida, ¿recuerdas que cuando vivíamos en los Álamos, todos estaban de acuerdo en que tu decías las cosas con claridad y oportunamente? preguntó Lilia.

—Haz el favor de no hablarme de los Álamos, replicó su hermana. Esta vida es tan diferente ; todo es aquí alegría y felicidad y yo me siento más contenta que nunca. Allá todo me inquietaba, aquí nada tengo que desear.

Hubo una corta pausa, y Heberto deseó ver á las que hablaban : ¿quien era aquella joven que se expresaba en términos tan francos, y que amaba la verdad ante todas las cosas? Repentinamente se fijó el joven en que estaba escuchando y se retiró de allí horrorizado. Apartó con la mano las ramas de los rosales y al principio no vió más que las doradas flores de un codeso ; pero después advirtió más allá la cabeza de una joven inclinada sobre un ramillete de violetas, y á su lado la cara más hermosa y hechicera que jamás había visto. Algo como un ligero grito de sorpresa se escapó de sus labios.

Había admirado bellezas á millares ; pero ninguna que se pudiera comparar con aquella encantadora criatura. Aquellos ojos negros estaban llenos de un atractivo indescriptible, las largas y rizadas pestañas sombreaban sus mejillas, los frescos y sonrientes labios tenían el carmín del clavel ; todo en ella era perfección y hermosura.—¿Quién podrá ser? pensaba Heberto sin fijarse siquiera en la otra joven : yo creía conocer á todas las mujeres hermosas de Londres.

Satisfecho de haber visto la cara de quien se expresaba con frases tan francas, se retiró de aquel sitio.

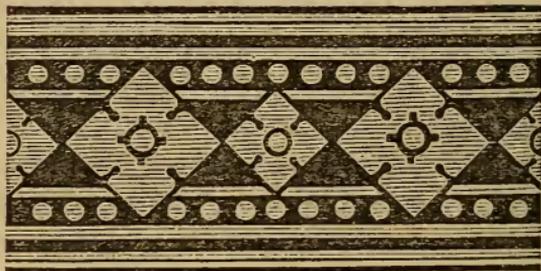
Seguramente sus amigos pensaron que estaba algo extrañado, cuando á cada uno le iba preguntando con marcada ansiedad : ¿ quiénes se encuentran aquí ?

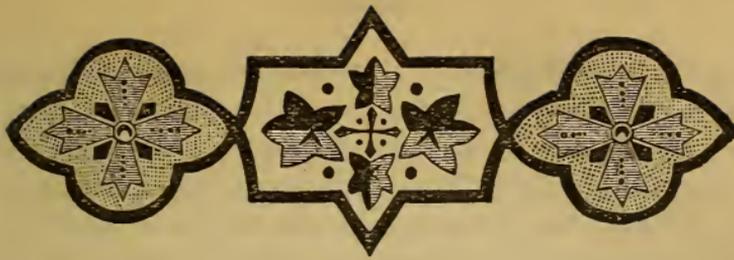
Entre otros Dolchester fué saludado con esta misma pregunta.

—No sé á punto fijo ; replicó, si quereis saber sin embargo, quién es la reina de la fiesta, podré satisfacer vuestra curiosidad. ¿ Distinguí en aquella dirección á Downham ? Pues bien, la que la acompaña es Beatriz Earle, la joven más linda de Inglaterra. Lord Airlie miró en la dirección indicada y se encontró con la misma beldad de junto á la glorieta.

—¿ Es aquella Beatriz Earle ?

—Sí ; contestó Lord Dolchester sonriendo alegremente.





CAPÍTULO XXIV.



ORD AIRLIE se quedó con la vista fija en Beatriz, quien estaba enteramente inocente de la admiración que causaba.

—Es necesario que Downham me presente con ella, se dijo, pensando al mismo tiempo que efecto produciría tal presentación ; y se pondría en práctica su teoría de decir lo que sentía : ¿ qué le diría á él ?

Downham se sonrió cuando el joven lord le dijo su deseo.

—Muchos caballeros me han suplicado los presente á la joven Earle, dijo ella. Y veo que vos también venis con la misma pretensión, contrariando así vuestra regla de no seguir los impulsos de la multitud.

El hubiera ido esta vez á cualquier parte en cambio de una sóla palabra pronunciada por aquellos divinos labios. Downham lo guió al sitio en que se encontraba Beatriz, y con unas cuantas frases de cumplimiento hizo la presentación.

Lord Airlie, tenía fama de ser muy amable y atento. Su conversación era escogida y amena ; pero al encontrarse delante de aquella graciosa joven se sintió turbado y torpe. En vano procuraba pronunciar algunas palabras ; su semblante se cubrió de rubor y Beatriz se quedó mirándolo sorprendida. Por fin recurrió al conocido tema del tiempo, y dijo algo en alabanza del día y del lugar. Aquellos hermo-

sos ojos le interrogaban sin embargo, con toda claridad, si no tenía algo más que decir.

Siguió al lado de Beatriz admirando cada vez más las gracias que la adornaban; ella hablaba con Elena y con Lilia; recibía los galanteos que le dirigían, sin poner el menor reparo en la presencia de Lord Airlie, lo cual no dejaba de amoscar á éste, pues no estaba acostumbrado á pasar desapercibido.

—¿Y nunca os fastidiais de las flores y de las fiestas, Beatriz? dijo él después de un rato.

—No; contestó, nunca me podría cansar de admirar las flores. En cuanto á las reuniones he estado en bien pocas y siempre me ha gustado más la de hoy que la de ayer.

—Probablemente no os pasa lo que á mí, haber gastado la vida en ellas.

—Yo he vivido entre flores y no entre fiestas; por esto tienen todo el encanto de la novedad para mí.

—Cuánto me gustaría disfrutar de ellas como vos. ¿Podreis por ventura darme la receta?

Por toda contestación Beatriz se echó á reir alegremente.

Fuése en seguida Lord Airlie en busca del bote más bonito, y suplicó á Beatriz que lo acompañara á dar un paseo por el agua. Recogió á su paso algunos aromáticos lirios, y al llegar á la opuesta orilla eligió un sitio ameno á donde condujo á la joven.

Sus sencillos y agradables modales lo tenían deleitado, y pensaba que nunca había encontrado á una joven más pura y simpática que ésta.

Parecía no fijarse ella en que Lord Airlie era quien la acompañaba, y no trataba como las demás de retenerlo á su lado.

Las horas de aquel brillante día parecían volar, y antes

de que el sol se perdiera en el ocaso, Heberto estaba ya en la inteligencia de haber encontrado su ideal : y si tenía que emplear algunos años en conquistar el corazón de Beatriz, los consideraría perfectamente empleados.

Lord Earle notó con cierto placer la asiduidad del noble joven en trabar amistad con él, y en procurar agradarle en todo.

Después de la reunión de Downham pasó á visitar á la familia frecuentemente.

Elena sentía bastante simpatía por él ; pero aun no podía conocer á cual de sus nietas se inclinaba.

Él por su parte no confiaba mucho en su triunfo, alimentando apenas una ligera esperanza de poder alcanzar el amor de la joven más bella de Londres. En presencia de Beatriz siempre se sentía muy turbado y se amparaba de la apacible Lilia.

Todo Londres fué sorprendido cuando Lord Airlie abrió sus magníficos salones, y bajo los auspicios de su tía Laconte repartió invitaciones para un gran baile.

Mil conjeturas circularon inmediatamente en los círculos elegantes, acerca del movil que había tenido Lord Airlie para tomar tal determinación.

Por supuesto que irémos, decía Reinaldo á su madre presentándole la tarjeta de invitación. Creo que no tenemos ningún compromiso para ese día. Procurad que mis hijas se presenten convenientemente ataviadas.

Al verlas ya listas para marchar al baile, sintióse Lord Earle positivamente orgulloso de ellas. ¡ Qué primorosa estaba Lilia con su traje blanco de seda y sus perlas favoritas ; ¿ y Beatriz ? Ah ! Beatriz parecía una reina con sus valiosísimas alhajas de diamantes : su traje estaba sembrado de bellas flores de granado, y ella misma llevaba un gracioso ramillete de lirios y verbenas.

El entusiasmo por el baile era indescriptible : el enigma estaba pronto á descifrarse. ¿ Con quién rompería el baile Lord Airlie ? Esta pregunta se dirigían todas las jóvenes, y no hacían más que estar alerta.

Pronto sacó Heberto de dudas á todo el mundo. Cuando Beatriz Earle se presentó en el salón, él se dirigió inmediatamente á su encuentro y solicitó la primera pieza que se bailara. Ella accedió gustosa sin comprender todo el significado de aquella deferencia.

Lord Airlie se quedó pensativo al ver aquella hechicera joven que indudablemente era la más bella de cuantas allí se veían. ¿ Llegaría él alguna vez á ser dueño de aquel corazón ? Aquella noche por primera vez se fijó ella con detenimiento en Heberto : en todas ocasiones había oído alabar su caballerosidad, hermosura y riqueza. Fijóse en él, y advirtió en efecto que su porte era arrogante y que en su fisonomía, si bien no se notaba una belleza extraordinaria, sí se advertían en ella las marcas de la honradez y de la bondad impresas por la mano de la naturaleza.

Más tarde se fijó también en que él procuraba estar siempre cerca de ella, y aun oyó repetidas veces pronunciar á varios de los concurrentes su nombre unido al de Heberto.

—Mi querida Beatriz, decía Everton, has realizado maravillas ; habeis conquistado al invencible. Creo que casi todas las jóvenes de Londres han procurado alcanzar la dicha de ser amadas por Lord Airlie, mas todas han perdido el tiempo. ¿ Qué talismán habeis usado para ponerlo á vuestros pies ?

—¿ Á mis pies, decís ? pues yo no lo sabía ; contestó Beatriz. Ya veo que os agrada expresaros en sentido figurado.

—Ya verás si tengo razón ; pero deseo recuerdes que yo fuí la primera en decirlo.

Beatriz se quedó pensando, si realmente habría algo de cierto en las palabras de su amiga. Miró á Heberto y quedó convencida de que positivamente cualquier mujer pudiera sentirse orgullosa de poseer su cariño. Impensadamente volvió él la cabeza y sorprendió la mirada de Beatriz, quien sintió el rubor acudir á sus mejillas. En el mismo instante el joven se fué á su lado.

—Beatriz, dijo con entusiasmo, si mal no recuerdo, me dijísteis el otro día que os agradaban las flores. Supongo no habeis estado en el invernadero y si gustais os conduciré á él.

Sin decir una palabra Beatriz aceptó su brazo y cruzando por los grandes salones, llegaron al delicioso y ameno invernadero.

El agua que brotaba de una artística fuente colocada en el centro, reflejaba los rayos de luz de las miriadas de lámparas que iluminaban la estancia, semejando fantástica cascada de brillantes.

Beatriz estaba admirada de la profusión y variedad de plantas. Hilada sobre hilada de tiestos se elevaban, y la vista se extraviaba por la diversidad de colores de las exóticas plantas y flores: veíanse allí los delicados y blancos brezos, las deslumbrantes azalias y las lindas rosas que imitaban preciosa lluvia de rojo vino. Pero la planta que más llamó la atención de Beatriz fué una venida de la India y que ostentaba aromáticas flores color de oro, teniendo la forma de graciosas campanillas; y permaneció extasiada en su contemplación.

—¿Os agradan esas flores? le preguntó Lord Airlie.

—Sí; creo que son las más hermosas que he visto: replicó ella.

Al momento se apresuró el joven á cortar las más hermosas.

Beatriz lanzó una ligera exclamación de pesar al ver semejante destrozo.

—No hay porqué apenarse, se apresuró á decir Lord Airlie ; si se pudiera reunir en una sóla la belleza de todas las flores que aquí se encuentran, ni aún esa la consideraría digna de vos.

Ella se sonrió al oír tan delicada galantería.

—De hoy en adelante, continuó Heberto, esta va á ser mi planta favorita.

—¿ Y por qué ? preguntó ella candorosamente.

—Simplemente porque os ha agradado.

Permanecieron por un rato delante del frondoso arbusto, Beatriz acariciando suavemente con sus dedos las doradas flores ; parecía estar impresionada por la grandeza y esplendor de que se veía rodeada. ¿ Por qué aquella fuente murmuraba tan cadenciosamente ? ¿ por qué las flores le parecían doblemente hermosas, al estar escuchando las palabras de su admirador ? Ella había sido amada ; estaba acostumbrada á oír galanterías y lisonjas ; pero en realidad nunca había comprendido su significado : jamás pudo explicarse tampoco por qué en aquella vez sus brillantes ojos se entornaron, al mismo tiempo que su semblante se cubría de rubor al llegar hasta lo más íntimo de su corazón, aquellas melodiosas frases que despertaban en ella un nuevo sentimiento.

—Obsequiadme con una de esas flores que han tenido la dicha de que las acaricieis, una sóla, que guardaré en recuerdo de la hora más feliz de mi vida : dijo Lord Airlie después de una pausa.

Ella por toda contestación le entregó una de las campañillas.

—Perdonad mi indiscreción, continuó él, ¿ habeis dado antes alguna flor á otro ?

—No : replicó ella.

—Entonces ésta tiene para mí doble mérito.

Aquella misma noche Lord Airlie guardó cuidadosamente la flor. Más tarde, primero se desharía de todos sus tesoros que de aquel sencillo recuerdo del bien perdido.

La última pregunta que le dirigió á Beatriz produjo en ella cierta inquietud. Al instante sus pensamientos se trasportaron á la ribera de Knutsford. Lo presente se desvaneció de su mente, y en su lugar vió á Hugó Fernely al ofrecerle el fragante lirio. El solo recuerdo de aquella escena produjo en ella un estremecimiento nervioso, que no pasó inadvertido á Lord Airlie.

—Sentís frío, ¡ qué torpe he sido en deteneros aquí tan largo rato !

Ayudóla á colocar sobre sus hombros el rico abrigo de encajes y regresaron al salón del baile.

—¿ Gozaste en el baile Beatriz ? le preguntó Lord Earle al despedirse aquella noche.

—Mucho, querido papá, puedo asegurar que ha sido la noche más feliz de mi vida.

—Ya sé por qué, pensó Lord Earle al depositar un beso en la alba frente de su hija, esta vez sí no vendrán los mal-ditos amores clandestinos á turbar la dicha de mi hogar.

Nada sorprendido quedó Lord Earle al día siguiente al ver que el joven Airlie, fué la primera visita de su casa, y el último en despedirse y eso porque Elena le dijo en conversación que pensaban ir á la ópera aquella noche, y que allí probablemente tendrían el gusto de verlo ; manifestó sentirse contrariado por haber puesto su palco á disposición de la señora Morton por aquella vez, y Elena se vió obligada á invitarlo para que los acompañase.

Toda la noche estuvo Beatriz soñando con aquella noble y simpática fisonomía que comenzaba á grabarse tenazmente en su memoria. Ella que por lo general era tan indiferente

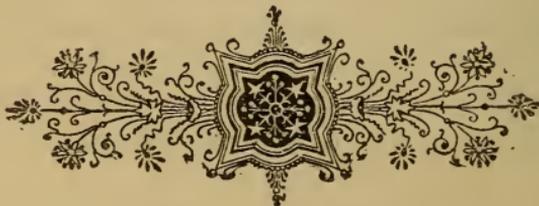
á los elogios que le prodigaban, recordaba todas las palabras que Lord Airlie había pronunciado en su alabanza. ¿Sería cierto que la amaba, como Everton le había dicho?

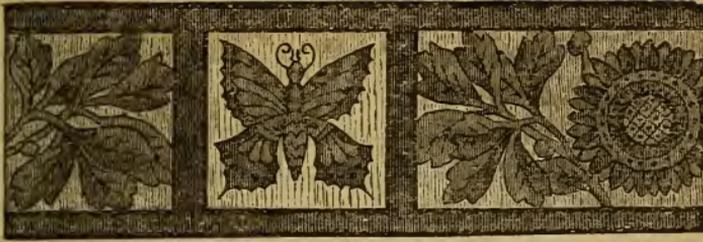
¡ Cuántos temores y ansiedades se le hubieran aborradado á su apasionado amante, si hubiera podido ver el cariño y cuidado con que las doradas flores fueron guardadas. Mucho tiempo después fueron encontradas con otras varias preciosidades que suelen tener las jóvenes y de que cuidan con tanto empeño.

Cuando Lord Airlie se hubo despedido y Reinaldo quedó solo con su madre, volviéndose hacia ella, le dirigió una dulce mirada y le dijo :

—Parecè que el asunto marcha, probablemente Beatriz será la señora de Airlie de Linton. El joven es á decir verdad, un excelente sujeto. Madre mía, mi imprudencia pudo ser castigada aun más severamente. Esta vez, sí, no habrá desatinos.

—No, replicó la madre, en cuanto á Beatriz, no abrigo ningunos temores ; tiene demasiado amor propio para incurrir en un desatino.





CAPÍTULO XXV.



UN cuando la historia de los amores de Lord Airlie y Beatriz Earle ocurrió en la populosa ciudad de Londres, y no á la sombra de seculares árboles, no á la sombra de seculares árboles, no por eso dejó de haber en ella belleza y poesía. Comenzó la joven por interrogarse á sí misma si Heberto la amaba, y acabó por sentirse enamorada de él.

Esta vez no fué “juego de niños” lo que le pasó á Beatriz; para ella amar una vez significaba amar para siempre, con entusiasmo y ardor, lo cual ni aún siquiera pueden comprender los de carácter apático.

Llegó por fin la época en que el nombre de Heberto sonara en los oídos de la joven como dulce melodía, y en medio de su fogosa imaginación, sólo pensava en él.

Por primera vez en su vida Lord Airlie se sintió satisfecho de poseer un título y una cuantiosa fortuna, para depositarla en manos de aquella hechicera criatura que había cautivado su corazón.

Lord Airlie, sin embargo, no era un amante confiado; había ocasiones en que le parecía no llegar á adquirir el amor de Beatriz. Tal vez esto se debía á que el amor verdadero es siempre tímido.

Lord Earle estaba excesivamente contento observando el desarrollo de aquellos amores, y Elena estaba sorprendida de que aun no les hubiera dicho nada el apasionado pretendiente.

Ni un sólo día pasaba sin que los enamorados jóvenes se viesesen. Él estaba siempre averiguando los bailes, reuniones y óperas á que ella tenía que concurrir, para encontrarse también allí. Habíase constituido en su sombra, por decirlo así, y no se sentía feliz sino á su lado : ni pensaba en otra cosa, ni en sus sueños veía otra imagen que la de su adorada Beatriz, y sin embargo, no se arriesgaba á ofrecerle su mano, temeroso de perder en un momento la felicidad de toda su vida.

Ante el público imparcial, Lord Airlie era un joven muy bondadoso y apreciable. Inteligente, de un gusto refinado, excesivamente generoso y decidido protector de las bellas artes, realizaba el ideal de Beatriz en cuanto á lo noble y distinguido. El corazón de la joven fué por fin conquistado y sentía por Heberto tal amor, que hubiera preferido ser su esposa aún cuando él la tratara con desprecio, y no la de otro hombre que la adorara.

Ella tenía mil pretendientes, “la hermosa Beatriz,” como le llamaban, era la reina de la temporada. Si hubiera sido afecta á la coquetería, seguramente no hubiera tenido tantos admiradores ; pero su bello comportamiento á la vez que su maravillosa hermosura atraía los corazones.

Algunas veces le parecía que Lord Airlie la amaba con ternura ; pero si la timidez se apoderaba de él, la duda se albergaba en el corazón de Beatriz. Si sus sueños no llegaran á realizarse y él no la pidiera en matrimonio, ella por su parte estaba decidida á no ser la esposa de ningún otro.

El recuerdo de Hugo Fernely cruzaba á veces por su mente ; pero nunca sentía temor ni inquietud por él. Parecíale que todo aquello no había sido más que un desagradable sueño. ¿Cómo era posible que ella, la hija de aquel noble aristócrata, tan severo, hubiera incurrido en semejante torpeza ? Sólo el recuerdo de lo pasado la avergonzaba.

El quince de Julio se aproximaba : los dos años de plazo iban á cumplirse, y sin embargo, ella nada temía. Tal vez jamás volvería á ver á Hugo ; tal vez él la habría olvidado, mas, al recordar su pasión y juramentos comprendía que esto era imposible.

Si él se dirigía á Seabay ó á los Álamos en busca de ella, era muy probable que nadie le diría en donde se hallaba y no podría venir á reclamarle el cumplimiento de su palabra; pero poniéndose en el peor caso, que averiguara su paradero, ella suponía que al cerciorarse de que positivamente era la hija de Lord Earle, su rango y posición lo harían desistir de su demanda. No obstante de que tales pensamientos la atormentaban de tarde en tarde, y que ella procuraba desecharlos de su mente lo más pronto posible, siempre consideraba estar pagando bien caro el corto placer que aquel pasatiempo le proporcionó en los Álamos.

Heberto decidió no arriesgar el resultado de su pretensión durante la corta y agitada permanencia de Lord Earle en Londres, y esperó su regreso á Earlescourt á donde pensaba acompañarlo.

El verano comenzaba á dejarse sentir. Las flores del espino y de los manzanos habían desaparecido ; las espigas en los maizales flotaban al soplo de la brisa ; los árboles en los huertos se veían cargados de diversas frutas. El quince de Julio, el día tan temido por Beatriz había ya pasado. A su llegada sintióse la joven nerviosa y asustada, temblando y palideciendo apenas oía sonar la campanilla ó los pasos de alguno que se acercaba. Cuando el día pasó, rióse de sus vanos y ridículos temores.

¿ Cómo era posible que Hugo la encontrara ? ¿ Y qué había de común entre la hermosa hija de Lord Earle y Hugo Fernely capitán de un barco mercante ? Nada, si se exceptúa una imprudente promesa ; arrancada con violencia y astucia.

Tres días antes de que Lord Earle saliese de Londres fué á Brookes en donde tenía una cita con algunos amigos. Al estar allá se presentó un individuo que llamó fuertemente su atención ; era un joven alto y gallardo de altiva frente y finas facciones ; su mirada tenía á veces la fijeza de una águila y á veces la dulzura de una paloma. Lord Earle se quedó mirándolo atentamente creyendo encontrar en él algo que le era muy familiar.

—¿ Quién es ese joven ? preguntó á su amigo el capitán Langton. Creo haberlo visto antes ó en realidad ó en mis sueños.

—¿ Es posible que no lo reconozcáis ? exclamó el capitán. Es Leoncio Dacre, vuestro pariente más cercano, si no estoy mal informado.

Al oír esta contestación Lord Earle sintió al mismo tiempo placer y dolor en su corazón. Había conocido á Leoncio hacía muchos años, antes de cometer la imprudencia que tan caro le había costado ; recordaba una temporada que había pasado con él en Earlescourt y muy presente tenía la generosidad, valor é inteligencia que lo distinguía, no pudiendo decirse nada en su contra.

Leoncio Dacre estaba pobre por aquel entonces, ahora era el presunto heredero de Earlescourt ; heredero del título y de los estados de los Earle.

El placer y el dolor unidos vinieron á apoderarse de Reinaldo como era natural, al pensar que carecía de un hijo que heredase su título ; pero que en cambio su sucesor era digno en todos conceptos de ocupar su puesto.

Lord Earle, atravesó el salón y llegando á donde estaba el joven colocó cariñosamente una mano en su hombro y le dijo :

—Leoncio, hace muchos años que no nos vemos : ¿ no me conoces ?

Fijó el joven su penetrante mirada en Lord Earle, quien se sintió satisfecho al ver retratadas en aquella fisonomía la honradez y la caballerosidad.

—No recuerdo, replicó Dacre pausadamente.

—Entonces debo estar muy cambiado, dijo Lord Earle. Cuando te ví la última vez, no contabas más que doce años de edad y recuerdo haberte dado cierto obsequio el día que regresaste al colegio de Eton. Mas todavía te acompañaba Carlos Villiers.

Entonces sois Lord Earle, repuso Leoncio lleno de gozo y alargando su mano derecha. Precisamente he venido á Londres con el sólo objeto de tener el gusto de veros.

También yo tenía muchos deseos de verte; pero estaba fuera de Inglaterra. Vamos, es preciso que haya más intimidad entre nosotros, tú estás llamado á ser según las leyes mi futuro heredero.

—¿Vuestro qué? preguntó Dacre sorprendido.

—Mi heredero; no tengo ningún hijo varón, y tú eres mi pariente más cercano.

—Pues yo creía que tendrías por lo menos media docena de herederos y herederas. Recuerdo haber oído hablar de cierto matrimonio romántico; y hoy no se habla en los círculos aristocráticos más que de la bella Beatriz Earle...

—Á pesar de todo no tengo ningún hijo, interrumpió Lord Earle apesadumbrado. Te escribí la semana pasada, suplicándote vinieras á verme. ¿Estás radicado en alguna parte?

—No, contestó el joven alegremente. Mi madre vive en Cowes y he estado con ella.

—¿En dónde estás hospedado ahora?

—Estoy en la casa del capitán Poyntz con quien tenía compromiso de pasar algunos días.

—En tal caso no puedo obligarte á que eludas el com-

promiso ; pero quieres hacernos el favor de acompañarnos á cenar, y cuando termine tu visita al capitán venirte con nosotros ?

—Con mucho gusto.

Y ambos caballeros salieron juntos de Brookes.

—Te presentaré con mi madre y mis hijas, dijo Lord Earle al dirigirse á su residencia. He estado tanto tiempo ausente, que me parece extraño tratar con parientes.

—Y en verdad que yo jamás he podido explicarme vuestro gusto, en estaros asando en África pudiendo estar tan feliz en el seno del hogar.

—Qué, ¿ no has sabido las razones que me obligaron á permanecer fuera de mi patria ? preguntó Lord Earle con gravedad.

—No ; vuestro padre nunca me volvió á invitar á Earles-court después que os ausentásteis.

En unas cuantas palabras Lord Earle relató á su sobrino el matrimonio efectuado contra la voluntad de su padre, por cuya falta jamás había sido perdonado.

—¿ Y despreciásteis hogar, posición y amigos por el amor de una mujer ? Indudablemente, era muy digna de tal afecto.

Lord Earle palideció de angustia : ¿ había sido Dora digna de tan inmenso sacrificio ?

—Eres mi heredero, dijo gravemente, persona de mi misma familia ; y antes de que penetres á nuestro círculo y tomes posesión de tu puesto, es preciso que te diga que mi esposa y yo nos hemos separado desde hace muchos años para no volver á reunirnos. Si no quieres torturar mi alma, no me hables de ella.

Leoncio pudo explicarse al momento la causa de aquella sombra de tristeza que había advertido en el semblante de su tío.

—Indudablemente ella se . . .

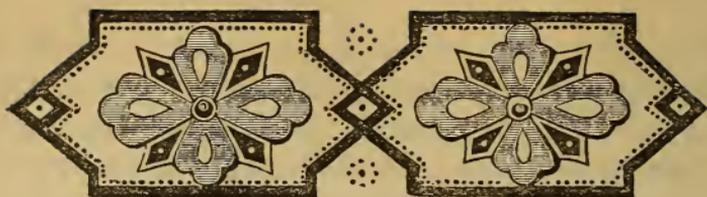
—Ni una palabra más, interrumpió Lord Earle; no pienses mal de ella ni la culpes: si se separó de mi lado fué por su propia voluntad. Mi madre vive conmigo y tendrá mucho gusto en verte. Con que no te olvides; á las siete en punto te esperamos.

—Seré puntual, dijo Leoncio afligido por las tristes frases de su taciturno pariente.

Al entrar Lord Earle en su casa, lo asaltó un pensamiento de compasión acerca de Dora. Indudablemente ella se . . . ¿Se qué? . . . ¿qué había sospechado Leoncio? Sería posible que al ver sus amigos la separación en que vivían sospecháran lo mismo que su sobrino? ¿Habrían llegado á culpar á Dora, y tal vez á juzgarla criminal? Sin embargo, él estaba satisfecho de que á ningún otro hombre había amado su esposa en toda su vida; los errores en que había incurrido y la misma falta que él consideraba imperdonable, habían sido originados por el inmenso cariño que le tenía.

¡Pobre Dora! Reinaldo pudo haberla perdonado en aquel instante en que revivió en su mente la memoria de la graciosa joven, con todos los encantos que habían hecho su delicia en aquel hermoso idilio de verano. Pero como si un hado cruel se hubiera empeñado en mantener adormida su felicidad, presentóse á la imaginación de Reinaldo el fatal cuadro de Florencia.

—No, se dijo á sí mismo, ni puedo perdonar, ni olvidar. La opinión pública deberá respetar á Dora; pero yo no puedo estrecharla contra mi corazón, ni llevarla otra vez á mi hogar. En mi lecho de muerte, murmuró, perdonaré su falta.



CAPÍTULO XXVI.



LENA pensó que su hijo estaba aquel día más taciturno que de ordinario, y por más que se esforzaba no podía explicarse la causa de tan repentino cambio, la cual no era otra sino el pensamiento constante que lo dominaba, de que su título y estados tenían que pasar á manos de uno que no era su hijo, y de que sus propias hijas tuvieran que abandonar la antigua morada en que él y todos sus antepasados vieron la luz por primera vez, á menos que se efectuara el enlace de alguna de ellas con el generoso Leoncio.

Al referir á Elena el encuentro con Leoncio y la invitación que le hizo para que los acompañase á la cena, ella comenzó á explicarse el motivo de la tristeza de su hijo.

—Yo tenía muy fundadas esperanzas de que Beatriz se enamorase de él, dijo Elena ; pero eso ya no puede ser, Lord Airlie no ha perdido el tiempo. Ahora lo que deseo, es que él no se enamore de Beatriz.

—Tal vez le simpatice Lilia, contestó Lord Earle.

—Puede ser ; la bella y tierna Lilia me parece demasiado pura y sentimental para habitar en la tierra.

—Si ambas se llegaran á casar ; qué sólo quedaríamos madre ! dijo Reinaldo tristemente.

—Sí ; repuso ella, muy sólo ; y dirigió una mirada llena de dolor á su afligido hijo. ¿Sería posible que no hubiera

en aquel joven corazón, ilusiones y esperanzas? ¿En dónde estaba la cariñosa esposa que compartiera con él las horas de dicha á la par que las de amargura, y que jamás lo dejara sólo y sin consuelo en medio de su aflicción?

¡Ah! si él hubiese prestado obediencia á sus padres y se hubiera casado con Valentina Charteris, ¡cuán felizmente se hubiera deslizado su existencia!

Al pensar en todo ésto, Elena no pudo reprimir las lágrimas, y levantándose con presteza fué á colocar una mano en el hombro de su desventurado hijo.

—Reinaldo, hijo mío, yo me esforzaré por hacerte feliz en tu hogar, cuando las encantadoras niñas que hoy hacen nuestra delicia nos hayan abandonado. Por tí únicamente quisiera que las cosas hubieran pasado de un modo diverso.

—¡Callad, madre! Las palabras ya no tienen objeto en este caso. Preciso es que coseche lo mismo que he sembrado; el fruto de la desobediencia, jamás podía ser la felicidad. No me compadezcáis: confío en que no me faltará valor para sufrir mi castigo.

Elena tuvo mucho gusto al volver á ver á Leoncio. Siempre había tenido especial cariño por aquel joven, y esta vez sintióse verdaderamente contenta al encontrar en él un caballero tan digno.

Él permaneció ante las dos hermanas casi deslumbrado por la belleza. Ambas jóvenes estaban sonrientes y le alargaban cariñosamente sus blancas y aristocráticas manos.

—Estoy asombrado de mi buena suerte, dijo él; voy á ser envidiado de todo Londres. Creo que hasta de nombre voy á cambiar, pues estoy seguro que en todas partes me van á designar por “el primo de las bellas Earle.” No tengo ni hermanos ni hermanas, así es que mi dicha no podía ser mayor que la de formar parte de una familia tan distinguida . . .

—En la cual sois perfectamente bien venido : interrumpió Beatriz.

Leoncio hizo una ligera cortesía. Al principio le agradó más aquella fogosa joven que su apacible hermana. Sus maneras francas y graciosas de expresarse, así como la originalidad de sus ideas lo fascinaban.

Heberto llegó oportunamente para tomar su asiento en la mesa, y Leoncio pudo al momento comprender lo que pasaba en el corazón de su encantadora prima.

—No seré yo el que se estrelle contra esa roca, se dijo interiormente. Cuando ella me dirige la palabra, clava en mí sus bellos ojos y se sonríe sin manifestar ningún temor ; pero cuando Lord Airlie es quien habla, se ruboriza y esquiva su mirada. Evidentemente ella lo quiere más que á nadie en el mundo.

Pasado algún tiempo la amabilidad y belleza de Lilia se apoderaron de su corazón. Había un gran contraste entre las dos hermanas. Beatriz con aquella soberbia hermosura tomaba los corazones por asalto, en tanto que su hermana eclipsada por el brillo de Beatriz pasaba desapercibida por el momento ; pero mientras más se trataba, se iba comprendiendo mejor su hermosura física y moral ; sucediendo á veces que muchos de los que al principio se habían ocupado de la altiva Beatriz, acabaran por convencerse de que Lilia era la más bella.

Beatriz acababa de cantar y el aire aún parecía repetir las vibraciones de su clara y apasionada voz.

—Cantais como una sirena : dijo Leoncio sin fijarse en lo antiguo de semejante galantería.

—No ; contestó Beatriz, pero sí creo que llegaré á cantar bien. Siento la música rebosar en mi corazón y de allí pasar á mis labios. Nadie ha oído decir que haya sirenas de cabellos oscuros como los míos.

—Yo hubiera dicho que cantais como una hada, interpuso Lord Airlie con la esperanza de que su galantería fuese más oportuna.

—También hubiérais incurrido en un error, repuso la joven ; pero no se rió de él como de Leoncio, si yo fuera una hada, con sólo mover mi mano haría que aquellas flores viniesen hasta mí ; pero como no lo soy, tengo que ir por ellas. ¿ Y quién las habrá arreglado tan estrambóticamente desde hace media hora, estoy fijándome en ellas ?

Cruzó el amplio salón y tomó de una consola un elegante ramillete de exquisitas flores.

—Mirad, dijo mostrándolas á Leoncio, aquí hay brezos blancos, rosas blancas y lirios blancos mezclados con estas flores grises. No hay ningún contraste entre ellas : ¿ no creéis que una flor roja de granado ó de verbena hubiera hecho mucho mejor efecto ?

—¿ Qué no os agrada la combinación ? preguntó Leoncio sonriendo y pensando al mismo tiempo en aquella singular coincidencia.

—No ; contestó ella, á mí dadme los contrastes. Por muchos años el hilo de mi vida fué de un sólo color, paruzco, y ansiaba por un matiz rojo que viniera á impartirle alegría.

—Ahora ya lo teneis, dijo Dacre con calma.

—Sí ; repuso la joven volviendo su hermosa cara, hacia él, ahora ya lo tengo y no será fácil que lo deje escapar.

Lord Airlie escuchaba atentamente, pensando si el matiz á que se refería sería el amor. Suspiró profundamente, y se dijo en su interior que pensaba en imposibles, que aquella divina criatura, tal vez, nunca llegaría á amarlo. Beatriz oyó aquel suspiro.

—¿ Sois del mismo parecer que yo, Lord Airlie ? le preguntó ; ¿ no preferís también los contrastes ?

—¿Yo? interrumpió Heberto, á mí me gusta todo lo que á vos os agrada.

—Y vos más que todo: murmuró Leoncio, sonriendo al oído de Beatriz.

Al encaminarse Dacre á su habitación aquella noche, iba pensando en sus dos primas. ¿Qué misterio hay en esto? se preguntaba á sí mismo. ¿En dónde está la esposa de Lord Earle? ¿por qué no ha ocupado su puesto esta noche á la cabecera de la mesa frente á su esposo? ¿por qué no está la madre con sus hijas? ¿por qué hay tal expresión de tristeza en la fisonomía de Lord Earle?

—Lilia es á no dudar la más linda doncella que he visto. Bien comprendo que es bastante peligroso para mí la mirada de sus ojos; pero, si hay algún misterio en la familia . . . si la madre es culpable . . . Yo debo huir de la deshonra. Creo firmemente en que las virtudes y los vicios de los padres se transmiten á los hijos. Sí, es preciso que antes de enamorarme de la hija, conozca la historia de la madre.

Ésto decía, y ésto se proponía hacer; pero no era cosa tan fácil de ponerla en práctica como pensarla. Frecuentemente mencionaban á Dora las jóvenes; pero siempre con profundo respeto y cariño. Elena solía también hablar de ella, el único que se abstenía totalmente de mencionarla era Reinaldo. Leoncio se convenció de que era muy difícil de realizar su propósito.

En cuanto á la residencia de Dora, no se trataba de ocultarla. Una vez se le concedió el privilegio de entrar al saloncito en donde solían las señoras reunirse con frecuencia: allí vió colgada en la pared una bella pintura de un paisaje, en lujoso marco, fijóse en ella y Lilia se apresuró á decirle que representaba á los Álamos en Knutsford y que allí vivía su querida madre.

Leoncio era demasiado discreto para preguntar por qué vivía allí; encomió la pintura y procuró hablar de otra cosa.

Como Elena lo había previsto, las jóvenes comenzaron á comprender que había una separación entre sus padres.— ¡Cuán diferentes son papá y mamá! se decía una á otra. Elena trataba de hacerles ver que á Dora no le agradaba la sociedad y la alegría, porque había sido educada en medio de la soledad y el reposo, siendo por lo mismo muy probable que nunca viniera á Earlescourt.

Pero el tiempo pasaba y Beatriz iba comprendiendo algo más al mundo engañoso, é instintivamente concibió una idea de la realidad. Su padre se había unido con una mujer de humilde cuna y por lo mismo no había para ella un sitio en Earlescourt. Al principio, se sintió indignada; después reflexionando con más calma, pensó que tal vez estaba en un error, puesto que no sabía si Lord Earle había abandonado á su esposa, ó ella no había querido seguir viviendo con él.

Aquella fué la primera nube que opacó la felicidad de la hermosa Beatriz. El descubrimiento que había hecho no disminuyó un ápice del cariño que sentía por su solitaria y triste madre, sino más bien lo aumentó.

—¡Pobre madre mía, pensaba la joven, pobrecita de ella, tan cariñosa y tan buena! Es preciso que ahora que comprendo algo de sus pesares la ame con mayor ternura.

Dora no comprendía por qué su idolatrada Beatriz le escribía con más frecuencia que antes, revelando á la vez en todas sus cartas más cariño y respeto, y enviándole ricos recuerdos.

—Esta criatura seguramente gasta todos sus ahorros en obsequiarme, se decía Dora á sí misma. ¡Con cuánta fidelidad me ama! ¡Dios la bendiga!

Elena bien sabía cuán profundo y sincero es el amor de una madre, y al pensar en la pobre Dora privada del cariño de su esposo y de la presencia de sus hijas, la compadecía en lo más íntimo de su corazón, haciendo cuanto podía por impartirle algún consuelo, le escribía largas cartas informándola de lo admiradas y bien recibidas que eran sus hijas y cuánto deseaba ella que su madre pudiera atestiguar sus triunfos. También le participaba las muchas conquistas que Beatriz había hecho, que el noble y poderoso Lord Airlie estaba siempre á su lado, y que ella por su propia voluntad parecía preferirlo á los demás pretendientes.

“Ni Lord Earle ni yo misma podíamos desear un porvenir más brillante para Beatriz,” decía Elena en una de sus cartas; “si llega á ocupar el puesto de Linton, estará en el lugar que corresponde á su hermosura y nobleza.”

Pero la misma Elena se quedó atónita cuando leyó la triste contestación de Dora. Ésta encerraba simplemente una larga súplica, para que salvara á su hija de los peligros del amor y el matrimonio.

“No hay ninguna dicha en el amor,” decía la pobre Dora, “ni nunca la habrá. Los hombres no pueden ser bastante pacientes, amables y sinceros para hacer la felicidad de sus esposas. El egoísmo los domina, creen encontrar en ellos, todas las virtudes y en las mujeres todos los defectos. ¡Oh, Elena, salvad á mi hija! Que el llamado amor no venga á acibarar su existencia. El amor me fué á buscar hasta mi humilde hogar, para aniquilar mi vida. Que mi hermosa y querida Beatriz, no sufra como yo he sufrido. Preferiría estrechar á mis hijas en mis brazos y esperar tranquila la llegada de la muerte, á verlas víctimas del cruel y burlesco amor que todo lo agosta. No os riais de mí, Elena; pero vuestra carta me impresionó atroz-

mente. Después de leerla, soñé anoche que al estar colocando en la cabeza de mi adorada hija un velo de desposada, se había convertido como por encantamiento, en una mortaja. El corazón de una madre nunca se engaña, y el mío me dice que Beatriz está en peligro.





CAPÍTULO XXVII.



O he viajado bastante,—decía Lord Earle, contestando á una indicación de su madre. —Las muchachas no tienen deseo de viajar por agua, Beatriz casi aborrece el mar ; así es que lo mejor será que volvamos á Earlescourt, no será tan de buen tono si se quiere, pero sí muy agradable.

—Sí ; repuso Elena, por mí, puedo decir que en ninguna parte estoy tan contenta como en nuestra casa. También es necesario no olvidar que debemos presentar á las niñas á nuestros vecinos. ; Vaya ! me parece que vamos á pasar muy alegres la temporada de invierno.

—Pasemos lo mejor que se pueda el estío y el otoño, dijo Reinaldo con una sonrisa, y después veremos lo que se hace en el invierno. Ya supondreis quien se ha empeñado en ser uno de nuestros invitados á Earlescourt.

—¿ Lord Airlie ? preguntó Elena.

—Sí ; contestó Reinaldo alegremente. Si vierais cuanto gocé al ver su empeño y entusiasmo. Al decirle yo que regresábamos, su semblante se cubrió de tristeza, y me dijo que Londres le iba á parecer un desierto, que no podía tocar el recurso de ir á Linton porque está en reparación, que Escocia no le agrada y por último no sabía que iba á ser de él cuando nosotros marcháramos. De intento lo dejé que siguiera hablando por un rato del fastidio que le ame-

nazaba, y cuando ya lo ví muy afligido y confuso, lo invité para que nos acompañara á Earlescourt. Describir su júbilo sería imposible, poco faltó para que me saltase al cuello y me besara. También Leoncio vendrá con nosotros.

—Cuánto me alegro, dijo Elena, después de tí, Reinaldo, á Leoncio es á quien más quiero de todos los hombres en el mundo ; su fisonomía franca y simpática me encanta. Es enteramente igual á Beatriz : ambos detestan la falsedad y la mentira.

—Sí ; repuso Reinaldo, me siento orgulloso de mis hijas ; la hipocresía y el engaño jamás dañaron sus corazones : son dignas del nombre que llevan.

—¿ Ahora no te separarías tan fácilmente de ellas, ¿ verdad ?

—Primero moriría. Ya sabeis que no soy exagerado, madre mía ; pero ni aún vos comprendéis cuán ligada está mi existencia con la de esos ángeles.

—Entonces permitidme que te recuerde una cosa, Dora las ama con tanto ardor como tú. ¡ Considera por un momento su inmenso sacrificio al entregarte esos pedazos de su corazón ! Es preciso que ella vea á sus hijas para mitigar un tanto su dolor ; pero ésto, que sea con tu consentimiento y voluntad.

—Teneis razón, dijo él después de algunos minutos, también son hijas de Dora, y ella deseará verlas ; pero . . . no quiero que vuelvan á los Álamos ni aun á visita. Sin embargo, pueden verse en otra parte, en vuestra casa ó en Londres y podría suceder en la próxima Navidad.

—Creo que será mejor en Londres, contestó Elena, voy á escribirle á Dora, participándole tan agradable noticia ; qué feliz se va á sentir la pobre !

Otra vez, al pensar en Dora Lord Earle, sintió conmovido su corazón. Presentóse en su mente, la linda quinta

de Florencia, y el aposento de Dora sombreado por las enredaderas que cubrían la ventana, y allí vió á la solícita madre arrullando en su regazo á las pequeñitas ; le parecía que apenas ayer había presenciado aquel hermoso cuadro. ¿ Había hecho bien en lastimar tan profundamente el corazón de aquella tierna madre, arrancándole á sus hijas ? ¿ Era aquella la recompensa que daba á sus asíduos cuidados por ellas ? Hubiera querido perdonarla ; pero no, su honor se lo impedía, y después de una corta lucha, dijo para sí otra vez :

— ¡ Hasta la hora de mi muerte ! ¡ hasta entonces !

El caluroso mes de Agosto, tan desagradable en Londres, era delicioso en Earlescourt. Los árboles seculares mitigando los ardores del sol, ofrecían agradable sombra ; las lozanas flores se encontraban en abundancia por todas partes ; los árboles en los huertos ostentaban las sazoadas frutas. La risueña primavera había cedido el paso al esplendoroso estío.

Hacía muchos años que Earlescourt no se veía tan animado. El castillo estaba lleno de visitas, encabezando la lista Lord Airlie.

Leoncio Dacre sin hacerse ilusiones de cuando fuera el dueño de aquella grandiosa propiedad, se encontraba también allí, alegre y satisfecho.

Muchas invitaciones se debían á los vecinos y había llegado el tiempo de corresponderlas. Beatriz y Lilia debían hacer allí su estreno. Elena dispuso dar principio al programa con un gran banquete, al que seguiría un baile en la noche. Reinaldo opinaba que la estación era demasiado calurosa para bailar.

— ¿ Qué decís, papá ? se apresuró á contestar Beatriz, hemos bailado en Londres en salones en que se sentía tal

calor, que llegué á estar temerosa de que toda la concurrencia se asfixiara. Aquí tenemos mucho espacio, muy amplios salones, aire fresco cuanto se quiera y un invernadero tan grande como una casa de Londres.

—Tiene razón, dijo Lord Airlie. Un baile en la presente estación en Londres, no tiene duda, que sería muy molesto ; pero aquí es todo lo contrario.

—Entonces tendrémos el baile, repuso Lord Earle. Lilia, tu te encargas de formar una lista de convidados, encabezándola Enrique y Laurence de Holtham y ahora recuerdo que aquí está Gaspar, su hijo, quien llegó ayer de Alemania, no te olvides de ponerlo también.

—¿ Gasparito ? exclamó Elena, ¿ ya regresó ? ; qué deseos tengo de verlo !

—Gasparito mide seis pies de estatura, querida madre, dijo Reinaldo riendo. Olvidais la velocidad con que pasa el tiempo : el joven Laurence está más alto que Leoncio y me pareció muy afable y simpático.

Lord Earle estaba demasiado preocupado para fijarse en la inquietud que produjeron sus últimas palabras. Lord Airlie se estremeció ligeramente al pensar que el simpático y afable joven educado en Alemania, y por lo mismo muy sentimental, pudiera venir á ser un rival suyo.

—Jamás he podido explicarme, por qué mandan algunos ingleses sus hijos á otros países para que se eduquen ; dijo Lord Airlie á Beatriz. Sobre todo que los mandaran á otra parte, pero á Alemania . . .

—¿ Y por qué no ? interrumpió Beatriz.

—Porque allí todos son excesivamente sentimentales. Siempre que veo á un individuo con el cabello largo y los ojos medio adormidos, digo, ese es alemán.

—Sois injusto, dijo Beatriz al separarse de él, para ir con Lilia.

—Estais celoso, dijo Leoncio, quien había oído la conversación. Cuidado con un rival en las filas, Milord.

—Ya quisiera que hubiera pasado el tal baile, repuso Lord Airlie, suspirando. Creo que no voy á tener ocasión de hablar con libertad mientras estemos entre este barullo.

Pronto pasó sin embargo, su mal humor. El formidable Gaspar, se presentó aquella misma mañana en escena, y aunque Lord Airlie comprendió que los encantos de Beatriz le habían causado honda impresión, vió que ella no se fijó en él y que después de cambiar unas cuantas palabras de cortesía, volvió á ocuparse de la discusión general, “cuáles flores serían las más apropósito para adornar el salón de baile.”

—Si ha de haber flores, dijo Beatriz imperiosamente, que sea en grande escala, es decir, en abundancia y no unas cuantas raquíticas macetas, esparcidas una aquí y otra allá como centinelas; que las flores que se elijan sean además las más fragantes y vistosas. Tu sabes lo que quiero decir, Lilia, ¿recuerdas las flores de Morton? ¡Qué bellos colores tenían!

—Á tí te gustan todas las cosas regias: observó Elena con marcada satisfacción.

—Si no hay aquí suficientes flores, dijo Heberto, mandaré á Linton por más. Mi jardinero es considerado un floricultor muy capaz.

—Mi querido Lord, dijo Elena, tenemos flores en profusión. Aun no habeis estado en los invernaderos y creo que todos pasareis una mañana agradable en ellos. Beatriz, elije las flores que más te agraden y arréglalas como te plazca.

—Mirad lo que es tener energía y entereza, dijo la joven triunfante. Figuraos, decía papá que con treinta ó cuarenta tiestos de flores serían suficientes. ¡Qué sorpresa le vamos

á dar! Si el jardinero, pierde el juicio, según teme Elena, lo mandaremos á un manicomio, para que se cure.

Lord Airlie amaba á Beatriz en medio de sus arranques imperiosos y burlescos, que pronto se cambiaban en rayos de ternura y cariño. Así tal cual era, caprichosa, voluble y festiva no hubiera trocado una sola de sus sonrisas por los más grandes tesoros de la tierra.

Jamás olvidó aquella deliciosa mañana, pasada entre las rosas, al lado de su amada y que fué para él como un vislumbre de la felicidad. Aquella manera que tenía Beatriz de obrar conforme á su capricho, lo divertía; gozaba también al ver su fresca faz que de vez en cuando aparecía por entre las plantas, eclipsando hasta la belleza de las mismas flores.

—Ya oigo la campana que nos llama á comer, dijo ella; hemos estado aquí casi tres horas.

—Los pobres jardineros están algo tristes, dijo Leoncio, por lo menos al bueno de Donal poco ha faltado para llorar. En confianza me ha dicho que sus plantas favoritas van á acabar con el calor del salón.

—Ya inventaré un modo de consolarlos, repuso Beatriz. Me gusta bailar entre las flores, y si las tenemos tan primorosas como éstas ¿por qué no lo hemos de hacer?

—¿Por qué no? dijo Leoncio gravemente ¿por qué no somos siempre jóvenes, hermosos y felices, querida prima? ¿Por qué mueren las flores, por qué se acaba la belleza, por qué se resfría el amor? Preguntádselo á un filósofo, mas no á mí. Yo sé por qué; pero quiero que otro sea quien os lo explique.

—Lo que es la filosofía no me preocupa por ahora, contestó la joven. Prefiero las flores, la música y el baile; y espero que no me llegarán á fastidiar nunca; algunas veces pienso que no voy á llegar á una edad avanzada; pero

ésto, sólo me pasa cuando estoy cansada ó triste. No puedo comprender como es que ha de llegar un día, en que el calor y la belleza de la vida se cambie en frialdad y tinieblas.

Al estarse expresando en estos términos, sintió un brazo que la rodeaba cariñosamente ; vió unos ojos llenos de dulzura y benevolencia fijos en los suyos, y oyó una voz celestial que murmuraba á su oído palabras llenas de consuelo y fe, que hablaba, no de música, ni de baile, ni de flores ; pero sí de algo sublime que conmovía las fibras más delicadas del corazón.

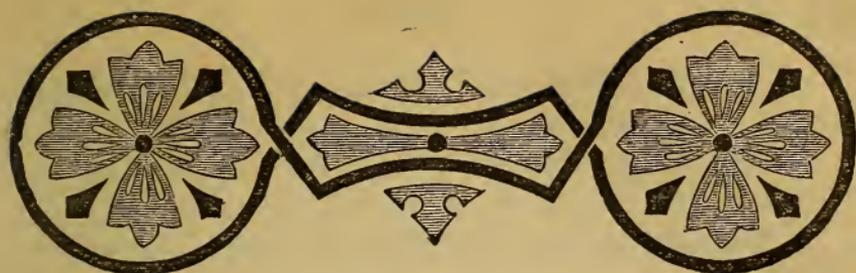
—Lilia, dijo Beatriz, yo no soy tan buena como tu, pero procuraré serlo. Permíteme, sin embargo, gozar primero por un poco de tiempo, y confía en mí, amada hermana.

Inmediatamente cambió de humor, y Lord Airlie la encontró entonces más encantadora que nunca.

—Esa es la clase de esposa que necesito, pensó Leoncio mirando á Lilia. Alguien que me guie y que me enseñe. ¡ Ah ! ¡ si las mujeres pudieran comprender cual es su verdadera misión en el mundo ! Esa niña me parece un ángel tutelar, según lo puedo concebir en mi mente. ¡ Ojalá que algún día pueda decirle mía !

Lord Airlie salió de aquel invernadero en que se contaban las flores á millares, más enamorado que nunca.

—Esperaré hasta que pase el baile, decía después, suplicaré á Beatriz que sea mi esposa ; si se rehusa, iré lejos, adonde nadie me conozca ; si acepta, seré su obediente adorador. ¡ Ah ! ¡ cuán grande será mi gratitud al cielo si me concede tan inmensa dicha !



CAPÍTULO XXVIII.



LA mañana siguiente cuando Gaspar Laurence se presentó en Earlescourt, Lord Airlie pronunció unas frases que no eran por cierto de bienvenida.

—Indudablemente que Laurence, dijo Beatriz, se olvida de que los preparativos del baile nos impiden recibir visitas.

—Laurence, sin embargo, no había olvidado tal cosa. En aquella agradable mañana en que el sol resplandecía con todo su fulgor y el blando céfiro del oeste, impartía frescura con la atmósfera ; pensó él que sus vecinas pasarían la mañana en el parque y solicitó su permiso para acompañarlas.

Elena aprobó la idea y aunque Lord Airlie hizo algunas objeciones, la mayoría triunfó.

—Pasead por el jardín y por el lago, dijo Elena, también yo iré por allá dentro de un momento. La mejor manera de prepararos para el baile, es pasar unas cuantas horas al aire libre.

Todos salieron juntos. Gaspar pronto dió á conocer sus intenciones no apartándose de Beatriz ni un solo instante. Heberto entre tanto hubiera deseado que el joven Laurence se encontrara entre los antípodas.

Tomaron asiento á la sombra de una grande acacia, desde donde se divisaba á intervalos el lago por entre el follage de los sauces llorones que lo rodeaban.

Gaspar sacó un pequeño volumen y dijo dirigiéndose á Beatriz :

—Habeis leído la “Undine,” Beatriz, la Undine de Fouque.

—No, replicó ella, me da pena decirlo ; pero es lo cierto.

—Es el cuento más poético y triste que se ha escrito, continuó Gaspar ; la mañana es la más apropósito para leerlo, y si en ello consentís, yo seré el lector.

La contestación fué un murmullo de aprobación general.

Lord Airlie fué el único que no manifestó entusiasmo, pensando que su rival, aprovecharía la ocasión para hacer gala de su sentimentalismo germánico.

Lo poético del lugar en que se hallaban, vino á aumentar el encanto de la leyenda. Las ligeras undulaciones del lago, produciendo un suave murmurio llegaban á los troncos de los vetustos árboles. Otras iban á estrellarse en algunas rocas, variando la armonía, pareciendo ser aquel conjunto de sonidos el acompañamiento á las canciones de las pintadas aves que gorgeaban en las copas de los árboles.

Gaspar Laurence leía con expresión ; su voz era clara y agradable, por lo que, ni una sola palabra del cuento perdió el auditorio.

Beatriz escuchaba arrobada. En su fisonomía altiva se leía la emoción que la embargaba, y en sus bellos ojos se dejaban ver los sentimientos que agitaban su corazón.

Gaspar seguía leyendo la historia de la linda doncella, del apuesto caballero que la amaba, del viejo Kuhlehorn de la cabaña en que habitaba Undine, del matrimonio del caballero, y por último, de la bella y altiva Berta. Después continuó Gaspar con la descripción del amor de Berta por el caballero, su viaje por el río, la enorme mano que se apa-

reció en el agua para arrebatar la joya de los dedos de Undine, en tanto que el amor del caballero iba desapareciendo.

Las mismas aguas del lago parecían sollozar al leer Gaspar la relación del desdichado amor de la dulce y bella Undine y el triunfo de la orgullosa Berta, su matrimonio con el caballero, y por fin la escena más hermosa de todas, cuando Undine elevándose de la abierta fuente reclamaba el amor que le pertenecía.

—¡Qué primorosa leyenda! dijo Beatriz respirando con libertad. Jamás me imaginé que hubiera un libro tan hermoso en el mundo. ¡Qué inspiración del autor! Creo que nunca voy á olvidar á Undine.

—Sus ojos buscaron la simpática fisonomía de su hermana, á la vez que los de Leoncio Dacre seguían la misma dirección.

—Me parece que podría deciros en lo que pensais, dijo él á Beatriz. Os parece encontrar en Lilia á una verdadera Undine. Sin hacer ningún esfuerzo de imaginación me parece verla con las manos enlazadas y su triste mirada al estar entre el caballero y Berta, ó que se eleva de la maravillosa fuente en una vaporosa nube.

—Ciertamente es una creación muy hermosa, dijo Beatriz con suavidad, y Lilia creo que realizaría el ideal del autor, para la Undine por su belleza y generosidad. Yo creo que me parezco algo á Berta, porque no puedo negar que me gusta hacer mi voluntad.

—¡Qué bello cuadro podría pintar un buen artista, contestó Lord Airlie, tomando á vosotras dos y eligiendo alguna escena de las más hermosas, la del bote por ejemplo: Undine inclinada sobre el agua con una dulce expresión en el semblante, y Berta sentada al lado del caballero, brillante, altiva y medio despreciando á su compañera. Imaginaos

la cristalina agua en la que tenía Undine metida la mano y aprisionada en los dedos gigantescos de la otra.

—¿ Por qué no habrá elegido algún artista tan bonito asunto ?

—¿ Y quién representaría al caballero ? dijo Beatriz. En la inteligencia de que Lilia y yo no habíamos de pelear por ninguno.

—Siempre habría algunas dificultades para el cuadro : repuso Lilia. ¿ Cómo podría arreglarse el traje de la Undine ? En cuanto á Berta es fácil ataviarla con largos ropajes y flotantes plumas.

—La principal dificultad consiste en el caballero : replicó Leoncio riendo.

—¿ Por qué no paseamos un rato por el agua en un bote ? dijo Gaspar, yo remaré.

—Eso es precisamente lo que yo estaba pensando, hace diez minutos. Quiero sumergir mi mano en las aguas del lago y ver qué sale de allí : contestó Beatriz.

Gaspar corrió inmediatamente en busca del bote, en el que se acomodaron, Leoncio cerca de la Undine y Lord Airlie cerca de Beatriz.

Si era agradable estar en el parque en aquella mañana, mucho más estar sobre las aguas que mecían suavemente el frágil bote.

—Vamos á donde están aquellos lírios : dijo Beatriz. ¡ Qué lucientes se ven á los rayos del sol !

Al hallarse flotando sobre las aguas, los pensamientos de la joven retrocedieron á la mañana de Mayo, cuando Lilia sentada en los peñascos, dibujaba las blancas velas de los botes que se veían á lo lejos. ¡ Cuánto tiempo había pasado desde entonces ! En aquella época ella ansiaba por un cambio de vida que le trajera distracciones y felicidad ; hoy todo lo tenía ; y sin embargo al presentarse en su imagina-

ción el recuerdo de Hugo Fernely no pudo reprimir un profundo suspiro. ¡Si ella pudiera olvidarlo! Después de todo, lo que había pasado no era por su parte más que una burla del amor. Inconscientemente se escapó de su pecho otro suspiro.

Lord Airlie mirándola inquietamente preguntó :

—¿Qué teneis Beatriz? nunca os había visto tan seria.

Por un momento se quedó mirándolo fijamente. Si él pudiera ayudarla; si él pudiera hacer que desapareciera aquel recuerdo de su mente, si él pudiera salvarla de Hugo Fernely; pero . . . imposible. Casi en contestación á sus pensamientos Gaspar Laurence, comenzó á referirles un incidente que lo había preocupado mucho. Un caballero, amigo suyo, después de hacer innumerables sacrificios para casarse con una hermosa y distinguida dama, la había abandonado repentinamente y nunca la volvió á ver. Después se supo que la razón que había tenido para obrar de tal manera, fué que ella le había contado una mentira á sabiendas antes de su matrimonio. Gaspar opinaba que ella había sido tratada con demasiada dureza; pero Lord Airlie y Leoncio eran de otro parecer.

—Yo perdonaría cualquier falta; pero nunca una mentira, dijo Lord Airlie; para mí todo lo que es despreciable é indigno se junta en esta sólo palabra: "mentira." Los desenfrenados arranques de la cólera y la venganza son perdonables; pero la falsía jamás. Cuando llego á conocer que alguien me ha engañado sea mujer ú hombre, no le vuelvo á dirigir ni la palabra, ni la vista.

—Pienso lo mismo que vos, dijo Leoncio, y tal vez soy más severo. Nunca perdonaría, no sólo el hecho de ser engañado, pero ni aun la intención de que se me engañe.

—Con tanta veracidad en un bote tan pequeño, nos vamos á ir á pique, dijo Beatriz distraídamente; mas las pa-

labras de Heberto habían ido directamente á su corazón. ¡ Si él llegara á saber que ocultaba un secreto ! Pero esto nunca sucedería. ¡ Cuán arrepentida estaba de no haberlo confesado á su padre !

Ya se aproximaba el tiempo en que Lilia recordara que Dacre no hablaba en vano.

Beatriz se quitó el guante y hundió la mano en el agua ; pensando en el cuento que hacía poco había oído de la bella Undine y los espíritus de las aguas, se inclinó sobre la orilla del bote y permaneció con la vista fija en las aguas, que reflejaban el purísimo azul del cielo las blancas nubecillas y los verdes follages de los árboles. El lago ejercía en ella una maravillosa fascinación. ¿ Qué habría en el fondo de aquellas olas ? Repentinamente se retiró espantada, lanzando un grito desgarrador, grito que resonó claramente en todas direcciones y que jamás olvidó Lord Airlie. Quedóse él mirándola ; su cara estaba lívida y un indescriptible terror se retrataba en su extraviada mirada.

—¿ Qué os pasa ? preguntó Lord Airlie sin aliento.

Haciendo un violento esfuerzo Beatriz se recobró y procurando sonreír, dijo :

—¡ Qué tonta soy ! os vais á reír de mí. Por supuesto que todo fué ilusión ; pero al estar con la vista fija en el agua, ví mi propia cara con una sonrisa tan burlesca y perversa que me asusté.

—Fué simplemente efecto de la reflexión, contestó Leoncio Dacre. Ahora, por ejemplo, estoy viendo mi propia faz reflejada en el agua. Asomaos otra vez, Earle.

—No ; replicó ella estremeciéndose, ya sé que es mera preocupación, pero me impresioné mucho. La cara parecía salir del fondo del lago, y con una sonrisa . . . ¡ oh Dios mío ! ¡ qué sonrisa tan burlesca ! ¿ Cuándo lograré borrarla de mi memoria ?

—No penseis más en ella, repuso Lord Airlie ; esa sonrisa que os pareció ver, se explica fácilmente por la desviación que imprimía la imagen en las olas de la superficie.

Beatriz no contestó, y cogiendo su abrigo lo colocó sobre sus hombros como si tuviera frío.

—No me gusta el agua, dijo ella á poco rato ; siempre la he visto con cierta repugnancia. Vamos á tierra Laurence y prometo no volver á pasear por el lago.

Gaspar se rió y Dacre dijo en tono de broma,—“ La dosis de Undine y de los espíritus de las aguas ” fué demasiado fuerte para Beatriz.

Al ayudar Lord Airlie á la joven á salir del bote sintió que su mano estaba trémula. Procuró hacerle olvidar el incidente del bote hablándole del baile y del placer que les proporcionaría ; y aunque ella conversaba bastante alegre, él pudo notar que de vez en cuando se estremecía involuntariamente.

Al entrar en la casa se volvió hacia los que la seguían y dijo con aquel tono imperioso y encantador que la caracterizaba :

—“ ¡ Cuidado como alguno de vosotros vaya á decir á papá que me asusté ! Al que tal hiciera le retiraría mi cariño. ¡ Qué vergüenza que una descendiente de los Earle fuera supersticiosa ó cobarde ! Sabed, amigos míos, que estando en tierra nada temo.”

El calor había fatigado á las dos hermanas, y Elena, les ordenó que descansaran un poco antes del banquete. Beatriz se recostó en el elegante canapé que había en el tocador de su abuela, quien se quedó contemplando cariñosamente el lindo rostro de su nieta entregado al reposo.

El sueño de la doncella no era sin embargo, tranquilo. Su abuela se inclinó sobre ella y oyó un hondo suspiro y algo que decía de “ las profundas aguas.” Por fin se des-

perió gritando en alta voz que había visto su propia cara y Elena veía asombrada las gruesas gotas de sudor que aparecían en su tersa frente.

—¿Qué soñabas, hija mía? preguntó. Las niñas como tu deben disfrutar siempre el apacible sueño de las flores.

—Las flores nunca cierran sus ojos del todo, contestó Beatriz esforzándose por sonreír; mientras que yo cierro los míos completamente; pero me parece que mi cerebro no cesa en su actividad. Soñaba con el lago y qué se yo con que otras cosas. ¿Qué sueños tan extravagantes suele una tener! ¿verdad?

—Hay algunas personas que sueñan mucho, repuso Elena. Cuando yo era joven, tenía una amiga á quien quería extraordinariamente, se llamaba Laura Reardon. Un caballero, el capitán Lemuel la pretendía y ella lo amaba como pocas mujeres habían amado. ¡Pobre Laura! durante algunos meses, él parecía estar muy enamorado, le enviaba todos los días, flores, música, libros, y otros obsequios; pero no formalizaba su matrimonio. Ella creía de buena fe que la amaba y no sospechó que él trataba únicamente de divertirse. Repentinamente tuvo que salir para Londres y se despidió de ella, prometiéndole volver á las cuantas semanas.

Una mañana vino á verme y me refirió un sueño que había tenido. Había soñado que se había muerto y la habían sepultado en la nave central de una antigua iglesia de aldea: con la vaguedad propia de los sueños le pareció sentir un movimiento extraordinario; al último oyó á alguna distancia el ruido de muchos carruajes que llegaban á la puerta, el roce de trajes de seda y el tropel y murmullo de una multitud que se acercaba, entonces se convenció de que se iba á verificar una boda y oyó al sacerdote que preguntaba:—“Jorge Víctor Lemuel, ¿es tu voluntad recibir co-

mo esposa á esta mujer, ante Dios y ante los hombres?"—
"Sí:" contestó una voz, que le había sido tan conocida y amada en el mundo.—"Alicia Ferars, es tu voluntad recibir por esposo á este hombre ante Dios y ante los hombres?"—
"Sí:" dijo una voz clara y melodiosa.

Después parecióle oír que la ceremonia se terminaba, que las alegres campanas saludaban á la dichosa pareja, y por último que los carruajes se alejaban.

Quando mi amiga terminó la narración de su sueño, yo me eché á reír; pero lo raro del caso es que el capitán Jorge Lemuel se desposó en la iglesia de una aldea, el mismo día en que Laura tuvo el sueño, con una Alicia Ferars de quien nunca había oído hablar mi amiga. El sueño aquel salió verdad y nunca he vuelto á oír contar de otro que se realizara como éste.

—¿Y vuestra amiga murió? preguntó Beatriz.

—No; contestó Elena, no murió; pero aquel amor la hizo infeliz para toda su vida.

Por todas partes se oía hablar del baile de Earlescourt. Decíase que sería el más suntuoso que se había dado en el condado durante muchos años.

Lord Earle se sintió orgulloso y satisfecho al ver el aspecto que presentaba el salón de baile, tapizado materialmente de flores, entre las que aparecían á cortos trechos estatuas de mármol y elegantes fuentecillas de aguas aromáticas que embalsamaban el aire. Por un momento se detuvo á contemplar las vívidas flores y á pensar en su adorada hija.

—¡Cuánto ama todo lo que respira vida y alegría! se dijo á sí mismo. ¡Esta noche será la reina del baile!

Al estar Lord Earle aquella noche sólo en su biblioteca á donde se había retirado á descansar un poco, oyó que alguien llamaba suavemente á la puerta.

—Entrad : dijo. Y al momento se presentó ante su vista algo que le pareció como una visión.

—La abuelita me envió para que me vierais : dijo Beatriz ruborizándose. Fijaos en mis diamantes y decidme si os agradan.

Al contemplar aquella hechicera criatura Reinaldo, se quedó absorto y meditabundo. ¿Sería aquella bellísima niña la hija de Dora, de aquella Dora cuyos dedos manchaba el jugo de las fresas, en años pasados?

Él no entendía ni se fijaba en esos mil detalles de su traje de seda que hubieran enturiasmado á una modista, sólo tenía ojos para misar los encantos de su hija, el delicado color de sus mejillas, su abundante y fina cabellera, su turgente pecho y la expresión divina de sus brillantes ojos, más brillantes aún que los diamantes que adornaban su cuello y sus torneados brazos.

—¿En dónde está Lilia? preguntó Reinaldo.

Beatriz conoció desde luego por el tono de voz de su padre lo satisfecho que se sentía.

—Aquí estoy papá, dijo una dulce voz, quise que vierais primero á Beatriz.

Lord Earle no sabía á cual admirar más. Lilia con su faz angelical, en la que se reflejaban sus puros y nobles sentimientos, hacía un contraste maravilloso al lado de su deslumbradora hermana.

—Deseo que gocen mucho las dos esta noche : dijo él.

—Eso os lo puedo asegurar por mi parte, contestó Beatriz sonriendo. Me siento muy feliz y estoy esperando con ansia que principie el baile.

En los labios de Lord Earle se dibujó una sonrisa en la que había algo de tristeza y es que pensaba si en los años venideros tendría su hija que llorar ó reir.

—¿ Bailareis también, papá ? preguntó Beatriz dirigiéndole una mirada picaresca.

—Creo que no, contestó ; y los pensamientos de Reinaldo Earle, retrocedieron á la última vez que había bailado con Valentina Charteris.

Aquellos días de dicha y alegría habían desaparecido para él y no volverían jamás.





CAPÍTULO XXIX.



El banquete había pasado ya cuando comenzaron á llegar multitud de carruajes con los invitados. En los salones empezó á notarse cierta animación y en el de baile se dejaron oír los primeros acordes de la orquesta.

—Espero que no habéis olvidado vuestra promesa, señorita Earle ; me habéis prometido la primera y la última pieza del baile y en el intermedio todas las que gustéis : decía Heberto.

—No lo he olvidado, contestó Beatriz.

Á pesar de que amaba al joven, nunca se encontraba tranquila á su lado, debido tal vez, á que no estaba segura de ser correspondida.

Por fin, principió el baile y los comentarios en la concurrencia al ver la linda pareja. Gaspar Laurence se encontraba allí, y por dos horas estuvo vacilando en ir á invitar á Beatriz para bailar. Desde que la había visto por primera vez, había sentido nacer en su corazón la fuerza del amor ; pero al mismo tiempo había comprendido la distancia que lo separaba de ella, y trataba de dominar su pasión.

No pudiendo sin embargo, resistir el deseo de bailar con ella, se dirigió á invitarla y su valor fué premiado con una sonrisa y amables frases. ¡ Pobre Gaspar ! Al sentir el perfumado aliento de la joven resbalar por su mejilla, y

aquella blanca mano apoyada en su hombro, le parecía estar soñando.

—Ahora, dijo al terminar la pieza, ya no volveré á bailar. Por nada querría que se empañase en mi memoria el recuerdo de tan delicioso vals.

—¿Y por qué? preguntó Beatriz sorprendida.

—Porque es preciso que sea franco con vos, contestó Gaspar sin poderse contener: probablemente mi confesión es por demás, pero, os amo, Beatriz, con toda la fuerza de que es capaz mi ardiente corazón.

—Vaya una declaración nada tímida, repuso Beatriz sonriendo. Es preciso confesar que no os falta el valor, señor Laurence. Recordad que solo tres veces, me habeis visto.

—Y una sola bastaría para robarme el corazón, dijo el joven. No os voy á describir mi pasión; únicamente os ruego que me distingais con vuestro aprecio, y no olvidéis que hay en este mundo un ser que arrostraría toda clase de peligros por vos, y de cuya vida podeis disponer con entera libertad. No olvidareis eso, ¿verdad?

—No, contestó Beatriz con firmeza: jamás podré olvidar vuestras sentidas frases. Seré vuestra amiga y os estimaré como lo merecis.

—Gracias, repuso el joven; esas palabras satisfacen mi humilde pretensión.

En aquel momento llegó Lord Earle y se llevó á Laurence; Beatriz permaneció en el lugar en que la dejó Gaspar, medio oculta por el tupido follage, cargado de exquisitas flores, de una planta americana. Había en la fisonomía de la joven una expresión de ternura que impartía nuevo encanto á su belleza. La declaración de Gaspar había producido en ella alegría y pesar á la vez. Sentíase satisfecha y feliz al pensar que hombres tan nobles, poderosos y bellos vinieran á poner á sus pies, sus vidas y sus

riquezas. Sentíase pesarosa por Gaspar, por quien tenía simpatía. ¡Qué doloroso debía ser entregar uno todo su corazón y no esperar nada en recompensa! Ella podía ser su amiga sincera; pero nada más. Podía darle toda su amistad, pero nunca su amor.

Al pensar de esta manera, los labios de la joven se contrajeron involuntariamente y las lágrimas pugnaban por salir de aquellos brillantes ojos. No, no le podía dar su amor, porque ya todo lo había dado; en el mundo ella no podía ver la faz de otro hombre sino la de Heberto, porque era la que llevaba impresa en el corazón.

Había arrancado una de las purpúreas flores de la planta cerca de ella, y parecía sumergida en su contemplación. Al tenerla en sus manos y fijos en ella los ojos, no miraba, sin embargo, ni sus pétalos ni sus matices. Pensaba únicamente en Heberto y en las últimas palabras que le había dicho, cuando de improviso una sombra vino á sacarla de su éxtasis, y alzando la vista, vió que quien la producía era el mismo dueño de sus pensamientos. La inquietud y ansiedad se leían en su demudado semblante.

—Beatriz, dijo, es preciso que hablemos. Tened la bondad de acompañarme lejos de este gentío. No puedo sufrir más el tormento de la duda.

Ella se quedó mirándolo y se hubiera rehusado á acompañarlo; pero advirtió en su semblante algo que la obligó á obedecer. Lord Airlie había sido testigo de la pieza que bailó con Gaspar Laurence y de la conversación que siguió. Había observado también la expresión de ternura de su amada, y aquello lo había inquietado. Por la primera vez en su vida se sintió terriblemente celoso. Detestaba con todo su corazón al rubio Gaspar con su aire de sentimentalismo alemán.

¿Sería posible que Gaspar obtuviera el amor de Beatriz

por el cual estaba dispuesto á sacrificar su propia existencia? ¿Qué le había dicho que la hizo conmovirse? No podía resistir la duda por más tiempo, tal vez un salón de baile no era el lugar más á propósito para ofrecerle su mano y su nombre; pero estaba decidido á saber su sentencia cualquiera que fuese. Con esta mira se dirigió al sitio en que se hallaba Beatriz y le suplicó lo acompañara.

—¿Adónde vais? preguntó Beatriz repentinamente al ver que Lord Airlie había cruzado los concurridos salones y el invernadero.

—No estamos solos, mirad, dijo Heberto, allí están la señorita Laurence y el señor Gresham, quienes también han preferido venir á este ameno y fresco jardín, huyendo de los calurosos salones. Ahora permitidme hablar.

La plácida luna iluminaba con su luz el precioso jardín en que se hallaban; el aire estaba cargado de los ricos perfumes de infinidad de lindas flores que se veían por todas partes.

Beatriz sorprendida aún por la emoción que advertía en el semblante de Lord Airlie, tomó asiento en un banco rústico que había al pie de un grande jazmín, cuyas ramas formaban graciosa bóveda.

—Beatriz, dijo él, no puedo sufrir más: ¿qué os decía Gaspar Laurence hace un momento? ¿No sabes, encanto mío, lo mucho que os amo? ¿No sabéis que os he amado desde el primer momento que tuve la dicha de conoceros? Beatriz, mis palabras nada dicen; mirad mi rostro y leed en él aquellas frases que mis labios no saben pronunciar.

Pero ella no levantó los ojos para mirarlo; la refulgente luz del amor que descendía sobre ella la tenía deslumbrada.

—No me despreciéis, Beatriz, prosiguió él tomando entre sus manos las de la joven. Soy fuerte y valeroso; pero creed, vuestro desprecio me mataría. Todas las ilusiones

de mi vida están concentradas en vuestro amor. Dadme alguna esperanza cuando menos.

Volvió ella su rostro y á la luz de la luna pudieron verse las lágrimas que brotaban de sus bellos ojos. Por única contestación solo pudo decir :

—¿ Por qué os he de dar una esperanza, cuando mi corazón es todo vuestro? Os amo con toda mi alma : ¿ no lo habeis comprendido ?

Lord Airlie loco de amor y de ventura, no pudo resistir el deseo de secar con besos las lágrimas de su amada.

Ahora sí eres mía, Beatriz, mía hasta la muerte. Repite esas palabras, bien mío ! Tuteame como yo á tí, te lo ruego.

—¡ Seré tuya hasta la muerte !

Jamás se borró de la memoria de los dos amantes, el recuerdo de aquella feliz media hora.

—Ya debo irme, dijo por fin Beatriz desasiéndose de las manos que estrechaban las suyas. ¡ Oh ! Heberto, ¿ qué voy á decir ahora de mi ausencia? ¿ Por qué no esperaste hasta mañana ?

—No pude, contestó él, y tal vez mañana no te hubieras mostrado tan bondadosa conmigo.

Al abandonar el jardín Lord Airlie cortó una margarita y se la dió á Beatriz. Más tarde cuando las hojas de los árboles se pusieron amarillentas, se encontró aquella misma flor guardada con sumo cuidado.

Se detuvieron aún en el invernadero por algunos minutos y después regresaron al salón del baile.

—Quiero bailar contigo todos los valeses, dijo Heberto ; y esta misma noche le hablaré á tu padre, ¿ lo apruebas, amor mío ?

Sí, ella lo aprobaba. ¡ Era tan lisonjero ser la prometida de aquel noble joven ! ¡ Qué todo el mundo supiera que ella había sido la favorecida por la fortuna !



CAPÍTULO XXX.



AMÁS pudo Beatriz recordar como había terminado el baile ; para ella todo fué felicidad después de su entrevista con Lord Airlie en el jardín. El ruido de la música y el murmullo de las voces llegaban á sus oídos como si estuviera soñando. Había ocasiones

en que todo le parecía más brillante, y era cuando tenía á Heberto á su lado. Su corazón estaba rebosando alegría.

Fué cosa bien extraña que durante aquellas horas de felicidad, ni una sola vez pensara en Hugo Fernely. Así es que nada vino á turbar su dicha.

Al estar al lado de Elena cuando los convidados llegaban á despedirse, vió que Lord Airlie estaba ya en espera de su padre.

—Me temo, dijo éste con disimulo al oído de la joven, que Lord Earle se vaya á ocupar ; pero estoy resuelto á hablarle esta noche. Prométeme que no te retirarás á tu aposento antes de que nos haya dado su aprobación.

Ella no podía oponerse. Cuando las jóvenes del carácter de Beatriz llegan á amar, es asombrosa la fe con que siguen los impulsos de su corazón. Hubiera querido decirle en tono de broma que ya había ganado bastante terreno en una noche ; pero simplemente prometió obsequiar sus deseos.

Lord Earle estuvo recibiendo las felicitaciones y frases de agradecimiento que le dirigían los invitados al despedirse,

y no atinaba con el motivo que obligaba á Lord Airlie á permanecer constantemente á su lado y á no perderlo de vista. Cuando el último carruaje hubo partido y solo quedaba la familia de Earlescourt, llegó el momento deseado para Heberto.

La señora Elena invitó á Beatriz y á Lilia á pasar media hora en su aposento para charlar del baile. Leoncio pesoso de que se hubiera terminado la fiesta, se retiró á su cuarto. Heberto se dirigió entonces á Lord Earle y le suplicó le concediera diez minutos de conversación.

—¿No se podría aplazar el asunto para mañana? preguntó Reinaldo sonriendo y sacando al mismo tiempo su magnífico cronómetro. Mirad, ya pasa de las tres.

—No; contestó Heberto, no podría pasar otra noche de duda.

—Venid, pues, dijo Reinaldo dirigiéndose á la biblioteca en donde aun estaban encendidas las lámparas.

—¿Y bien, qué deseais? preguntó afablemente al ansioso enamorado.

—Tal vez debí haber estudiado mis palabras; pero no lo hice así, y dispensad mi franqueza. Amo á vuestra hija Beatriz, Milord, y os la pido para esposa.

—Si ella os ama, contad con mi sincera aprobación.

—Creo que sí: dijo Heberto recordando con placer sus palabras.

—Pronto lo sabrémos, dijo Lord Earle tirando del cordón de la campanilla y ordenando al criado que se presentó que llamase á Beatriz.

Heberto jamás pudo olvidar el ruborizado semblante de su amada al entrar en la estancia.

—¿Es cierto lo que acabo de oír, Beatriz? dijo Reinaldo abrazándola cariñosamente. ¿Deseas ser la esposa del joven Lord Airlie?

—Sí, padre mío, murmuró ella.

—Pues bien, Heberto, os entrego un tesoro inapreciable. Podeis juzgar de su amor por sus propias palabras. Yo os aseguro que este es su primer amor y vos su primer amante. Podeis estrecharla contra vuestro corazón satisfecho de que á nadie ha concedido antes su cariño. ¿No es así, Beatriz?

—Sí; contestó la joven con voz trémula por que las frases de su padre habían despertado en ella el recuerdo de Hugo Fernely.

—Mañana, continuó Lord Earle, hablarémos acerca del porvenir; ahora todos estamos fatigados. Supongo que vais á dormir tranquilamente, Heberto.

—Si es que duermo: replicó éste.

—Bien, id en el conocimiento de que si yo hubiera tenido á mi exclusivo cargo la elección de esposo para mi Beatriz, os hubiera señalado entre todos sus admiradores. No os detengais á mostrarme vuestra gratitud. Tengo una ligera idea de lo mucho que un enamorado entusiasta puede decir en tales casos. Así, pues, hasta mañana.

—¿Para qué te querían, Beatriz? preguntó Lilia, al ver entrar á su hermana al tocador.

—En medio de mi dicha no encuentro palabras para decírtelo contestó ella. Figúrate, querida mía, que Lord Airle me acaba de pedir para ser su esposa. Decirte que yo he correspondido á su amor, me parece innecesario.

La altivez desapareció como por encanto de aquel rostro. Dobló la cabeza sobre el hombro de su hermana y comenzó á derramar lágrimas de alegría.

—¡Oh! ¡cuánto lo amo! pero te confieso que jamás pensé que él correspondiera á mi cariño. ¿Qué es lo que he hecho para merecer tanta felicidad?

Jamás los pálidos rayos de la luna han iluminado un

cuadro más bello, que el presentado por aquellas dos lindas doncellas unidas en fraternal abrazo, resultando más la hermosura de cada una por el contraste de sus diferentes encantos.

—Sí, Lilia, lo amo con toda mi alma. Me parece un rey entre los hombres, tan varonil, tan generoso, tan noble. Si en vez de ser el poderoso Lord Airlie fuera simplemente un infeliz mendigo, lo amaría con la misma pasión.

Lilia escuchaba todo aquello y siguió por un rato acompañando á su hermana, después la besó cariñosamente y se retiró á su alcoba.

Beatriz se encontró sola por fin, sólo con su felicidad y su amor. Parecíale imposible al principio que la tranquilidad pudiera reinar en su corazón y en su cerebro ; en vano trataba de dormir, la imagen de Heberto y sus palabras la perseguían sin cesar.

Abandonó el lecho y se puso una preciosa bata color de rosa. Pensando que el blando céfiro de la noche la ayudaría á entrar en reposo, abrió el balcón procurando no hacer ruido y se asomó.

La noche estaba clara y silenciosa ; la luna desde el estrellado firmamento enviaba sus mil rayos de luz que rie-laban en las tranquilas aguas del lago, mientras otros iban á iluminar el follage de los árboles y los pétalos de las rosas. La solemne belleza que reinaba en toda la natura despertó nuevas ideas en el agitado cerebro de la joven. ¡ Ah ! en el brillante porvenir que se le presentaba, ella procuraría ser más buena y más sincera ; pensaría más sobre lo que Lilia solía aconsejarle y haría todo el bien que pudiera ! Después sus pensamientos volvían á su amante y á las apasionadas expresiones del amor que le había declarado en el jardín.

Desde allí veía el sitio en que habían estado, la luna lo

iluminaba de lleno. Aquella luna representaba fielmente su porvenir, el que, como ella, sería brillante, claro y sin sombras.

No bien se había desarrollado este pensamiento en su mente, cuando percibió entre los rosales una sombra : fijóse en quien la producía y vió á un hombre alto que caminaba por la vereda que separaba el jardín y los zarzales. Por un rato estuvo aquel hombre examinando atentamente las ventanas del castillo después se interno en el parque y desapareció.

Ella no se asustó, pensando que era probablemente alguno de los jardineros más madrugador que los otros. Una sombra á la luz de la luna no le infundiría ningún pavor.

Pronto el aire fresco de la noche hizo su efecto : Beatriz sintió pesados los párpados y se retiró á su alcoba.

El sol lanzaba sus rayos de oro á la mañana siguiente cuando Beatriz despertó. Cerca de ella estaba un precioso ramillete de flores, con gotas de rocío en sus hojas, y entre ellas había un papel que decía :

“Beatriz, te ruego bajas por unos cuantos minutos al jardín antes de almorzar : quiero que me digas que no fué un sueño la dicha que experimenté anoche.”

Ligera como el pensamiento saltó del lecho ; colocó sobre su elegante traje de mañana un ligero abrigo, y se dirigió al jardín en donde ya la esperaba Heberto.

—No fué un sueño ; le dijo alargando su blanca mano para saludarlo.

—¡ Cuán buena eres, amada Beatriz ! exclamó Lord Airlie añadiendo en seguida : faltan veinte minutos para que la campana nos llame al comedor ; empleémoslos lo mejor que se pueda.

La mañana estaba fresca y apacible.

—Beatriz, dijo Heberto, ¿ ves ese astro impartiendo vida

á toda la naturaleza? pues bien, hace tres semanas hubiera considerado más fácil que dejara de alumbrar, que yo alcanzar tu deseado amor. Apenas puedo creer en mi felicidad. Mi más grande ambición era casarme con una niña, que como tu jamás hubiera amado antes. Ningun hombre ha estrechado tu mano como yo la estrecho en este instante, y ninguno te ha besado como yo te besé anoche.

Al oír estas palabras el semblante de la joven se cubrió de rubor acordándose de Hugo Fernely.

Heberto lejos de imaginarse la causa de aquel rubor sintió aumentar su pasión pensando en la pureza de su amada.

—Me temo que voy á ser un amante muy celoso; y envidiaré cuantos objetos miran tus lindos ojos. ¿Quieres que demos un paseo á caballo después del almuerzo? Deseo que hablemos de Linton, mi residencia, porque vas á ser la señora Airlie de Linton y te aseguro que ningún rey se ha mostrado tan orgulloso de su esposa como yo lo estaré de la mía.

En aquel momento sonó la campana. Al entrar Beatriz en el comedor, Elena se dirigió á ella y le dijo:

—Tu padre me ha informado lo que pasó anoche después del baile. ¡Qué la bendición del cielo descienda sobre tan bella pareja y la haga muy feliz!

Leoncio Dacre comprendió fácilmente de lo que se trataba. El tema principal de la conversación fué el baile.

Lord Earle estaba extrañando que aun no hubiese llegado el correo, cuando al terminar el almuerzo se presentó un criado conduciendo la balija. Reinaldo comenzo á repartir cartas; había tres para Lord Airlie, una de Dora para Elena, dos para Leoncio y ninguna para Lilia. Reinaldo se quedó dando vueltas en su mano á una carta encerrada en un sobre ordinario de color azul, por fin, dijo:

—Esta carta viene de Brookfield á “la señorita Beatriz

Earle." ¡Qué letra tan grande! Bien se ve, que quien la dirige deseaba se viera el nombre con toda claridad.

Beatriz tomó la carta despreocupadamente, examinó la letra que le era del todo desconocida, y como no tenía en Brookfield ninguna amiga, pensó sería alguna circular ó una petición de caridad. Lord Airlie cruzó el salón para hablar con ella, é impensadamente puso Beatriz la carta en su bolsillo, sin haberla abierto siquiera, y á los cuantos minutos ya no se acordaba de tal cosa.

Los caballos estaban listos para el paseo y Lord Airlie la estaba esperando en el patio del Castillo.

Beatriz se dirigió á su pieza para ponerse el traje de montar.

Jamás olvidó Beatriz la felicidad que disfrutó en aquel paseo cabalgando al lado de su amante y oyendo cuanto él le refería de su casa solariega en Linton, cuyos aposentos parecían tener cada uno su historia así como cada árbol su leyenda.

En aquella antigua residencia Lord Airlie se proponía hacer grandes reformas; en uno de sus costados se construiría un departamento de estilo moderno, en el cual habría un aposento en que se colocaría cuanto el arte y el lujo han inventado, en pro de la comodidad y la elegancia. Este aposento sería para Beatriz.

Formando mil proyectos para el porvenir, seguían ambos ginetes atravesando por el parque cuando de improviso vino un pensamiento á Beatriz.

—¿Qué pensará mamá cuando sepa que me voy á casar? dijo. ¡Ella que siempre ha visto con repugnancia el amor y el matrimonio! Será bueno que vayas á verla, Heberto. ¡Pobre madre mía!

Al mismo tiempo pensaba la joven porque razón aborrecería Dora el amor que ella encontraba tan agradable.

Lord Airlie recibía con entusiasmo todas las indicaciones de su amada. Cerca de las piezas que habitara Beatriz, se construirían otras, dado el caso de que Dora consintiera en vivir con ellos.

—Hoy mismo voy á escribir á mamá participándole lo que ha pasado, porque no me gustaría que lo supiera antes por otro conducto.

—Y si me lo permites incluiré en tu carta una notita mía, suplicándole tenga la bondad de recibirme.

—No creo que tenga inconveniente en ello : contestó Beatriz riendo alegremente.

Al regresar del paseo, Beatriz se dirigió á su aposento y escribió una extensa carta á Dora ; quien probablemente se sonreiría al leer la descripción de Lord Airlie. Imposible que hubiera otro hombre, más generoso, más noble y más digno que él. Cuando terminó su carta era ya tiempo de prepararse para la comida.

—¿ Qué traje deseais que os traiga ? preguntó la atenta doncella.

—El más bonito que tenga, contestó Beatriz con el semblante resplandeciente de alegría. Después de una ligera revista á su guardarropa, se decidió por uno elegantísimo de crepé blanco. En cuanto á joyas no llevaría ningunas colocando por todo adorno, tres encendidas rosas ; una entre los bucles de su negra cabellera, otra cerca de su albo cuello y otra prendida en la flotante falda.

Terminado todo se dirigió á una luna veneciana de cuerpo entero y al ver su imagen retratada en el rico cristal, quedó complacida de su elección.

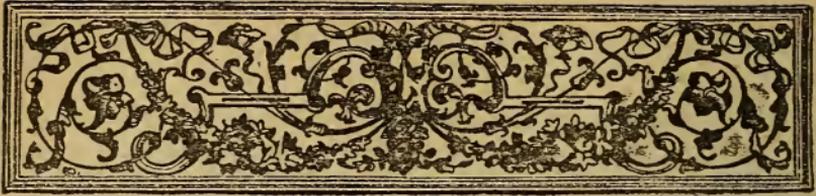
Repentinamente se acordó de la carta. El traje que había usado en la mañana estaba allí sobre una silla ; lo tomó y sacó del bolsillo la carta.

—¿ Me necesitais aún ? preguntó la doncella.

—No ; contestó Beatriz rompiendo el sobre, ya estoy lista.

Salió la doncella del aposento, y Beatriz estando cerca del espejo sacó la carta, la cual estaba escrita en menuda letra, y era bastante extensa ; inmediatamente buscó la firma no acertando de quien pudiera ser.





CAPÍTULO XXXI.



MEDIDA que leía Beatriz, el carmín iba desapareciendo de sus labios y sus mejillas ; su corazón latía con violencia, y el espanto se retrataba en su rostro ; al llegar al último renglón, la carta se desprendió de sus dedos y ella misma cayó al suelo de rodillas

ocultando su cara entre las manos.

El sol que penetraba por la ventana iluminando de lleno á la joven parecía con su alegre fulgor mofarse del dolor de aquella infeliz criatura.

El terrible golpe había caído por fin, lo que ella había considerado imposible, la inexorable mano del destino había realizado : Hugo Fernely la había encontrado y venía á reclamarle el cumplimiento de su promesa.

Aquella carta que en un momento había ahuyentado de su semblante la dicha y el placer, era de él, y las palabras que contenía estaban llenas de amor y entusiasmo, lo que las hacía aparecer á los ojos de la joven aun más terríficas. La carta decía así :

“ Mi amada Beatriz :—Después de luchar con mil peligros por mar y tierra, hoy vengo por fin á reclamarte el cumplimiento de tu juramento. Desde que nos separamos, más de una vez me he encontrado frente á la muerte y siempre salí triunfante porque tu divino recuerdo, venía á darle valor á mi alma y fuerza á mis brazos.

“No vacilo en decirte también que si hubiera sucumbido ; no por eso hubiera dejado de amarte, pues me parece que si tú hubieras llegado á mi tumba á balbutir mi nombre y á derramar una lágrima, mis oídos hubieran recogido tus palabras y mis labios tu llanto.

“Beatriz, me prometiste ser mi esposa : no lo has olvidado ; verdad ? ¡ Ah ! no ; eso no puede ser ; los cielos no podían atestiguar indiferentes una falacia tan grande. Espero que vengas á decirme una palabra, ó á dirigirme una sonrisa en prueba de que has sido fiel á nuestro amor. Anoche vagué por los alrededores de tu castillo, queriendo adivinar cuales serían las ventanas del retrete de mi amada, y si ella estaría soñando conmigo.

“¡ Cuánto han cambiado las cosas desde que sentados en las rocas de Knutsford prometiste ser mi esposa ! Al preguntar allí, supe que la linda niña que vagaba conmigo por aquellos sitios, era la hija de Lord Earle. Hoy tu posición es diferente ; pero sabe que ese lujo de que te ves rodeada, no me arredra en lo más mínimo, porque conozco la nobleza de tu corazón y la sinceridad de tus palabras.

“Hoy, vuelvo á tí, mi Beatriz, si no hecho un Creso, sí con oro bastante para satisfacer todos tus caprichos. Te llevaré á lejanas tierras, en donde disfrutarás tal felicidad que no querrás volver acá.

“Quedo en espera de tus mandatos. Un rumor público me ha hecho saber que tu padre, Lord Earle, es un hombre decepcionado. Por lo pronto no pasaré á verte á tu misma casa, sino que aguardaré tu contestación en Brookfield. Escríbeme luego y dime en qué parte y á qué hora te podré ver. ¡ Con qué ansiedad voy á esperar el momento en que tenga la dicha de mirar tu hechicera faz ! No olvides á tu fiel amante.—HUGO FERNELY.”

“Dirige tu contestación á la oficina de correos de Brookfield.”

Beatriz leyó con atención aquella carta palabra por palabra. Sus lívidos labios estaban trémulos de indignación. ¿Por qué se avanzaba tanto aquel atrevido? ¡Su amor! ¡Ah! si Heberto Airlie hubiera leído aquellas letras. El amor de Fernely; qué locura! su solo nombre le era odioso. ¿Por qué se levantaba ante su presente dicha aquella amenazante fantasma de su juventud? ¿Qué haría? ¿á quién podría pedir auxilio?

¿Cómo era posible que aquel hombre á quien detestaba, hubiera tocado su cara y cubierto sus manos de lágrimas y besos?

En medio de su agitación pegó fuertemente con la mano en que tenía la carta sobre una mesita de mármol, y en donde Hugo Fernely había derramado lágrimas, apareció una mancha amoratada, en tanto que de sus labios salían frases incoherentes.

—¡Estaba yo ciega ó loca! exclamaba. ¡Dios mío, sálvame de este horrible compromiso!

Después la rabia tomaba el lugar de la desesperación. ¿Qué haría? No había esperanza, si su padre llegaba á descubrir que lo había engañado, la arrojaría de aquella casa que tanto quería, y jamás perdonaría su falsedad. Si Heberto llegaba á saber que otro hombre la había llamado “suya” y besado su rostro, perdería todo su amor; de ésto también estaba segura.

Para poder permanecer en Earlescourt y seguir disfrutando el cariño de su padre y el amor de su prometido, era preciso que jamás supieran nada de Hugo Fernely.

¿Qué podía hacer con él? ¿Podría por medio del dinero comprar su libertad? Recordando su amor y su orgullo, eso era imposible. ¿Apelaría á su compasión haciéndole ver

que su amor y felicidad estaban cifrados en su enlace con Lord Airlie? Recordando la pasión con que la amaba comprendía que ésto sería infructuoso.

Si ella hubiera estado ya casada cuando él regresó, nada hubiera podido reclamar. Pero ¿estaba aquel hombre loco para creer que ella que había tenido á sus pies tantos adoradores entre la nobleza, se iba á entregar á él? ¿Cómo había podido suponer que ella cambiara su respetado nombre por el oscuro y humilde que él llevaba?

Ya no había tiempo para más reflexiones; la campana había sonado por última vez y ella tenía que bajar al comedor. Apresuradamente arrojó la carta en una gaveta que cerró con llave y se dirigió al espejo, ante el cual se quedó asombrada por el cambio que notó en sus facciones. ¿Cómo podría desterrar de su semblante las marcas del espanto y sorpresa en él impresas? Las rosas que momentos antes armonizaban con sus sonrosadas mejillas, en aquel momento contrastaban con su palidez mate.

—Será preciso que aprenda á sufrir con más resignación: se dijo. Una fisonomía como ésta, denunciaría mi secreto. Tendré calma, que al fin y al cabo, todo se ha de arreglar satisfactoriamente.

El tono de su voz al pronunciar tales palabras era trémulo y ronco.

—Indudablemente muchas mujeres han afrontado situaciones mucho más delicadas que la mía, y han salido triunfantes; sobre todo ¿qué peligro habrá que no desafíe con valor tratándose de Heberto Airlie?

Beatriz salió por fin del cuarto y pasando por los amplios corredores, descendió la escalera llevando la cabeza erguida, y fué á tomar su asiento á la suntuosa mesa en la que el oro y la plata lucían en la elegantísima bajilla. La joven sin

embargo ya no estaba sola, llevaba consigo un compañero inseparable : el temor.

—Beatriz, dijo Elena cuando la comida hubo terminado, jamás aprenderás á ser prudente.

Ella se estremeció y el ligero tinte que iban recuperando sus mejillas, desapareció súbitamente.

—No te alarmes, hija mía, continuó Elena ; no estoy enojada ; te iba á decir que el paseo estuvo demasiado largo, hoy ; será preciso que Lord Airlie te cuide más ; el sol estaba muy fuerte y seguramente te hizo mal, porque nunca te había visto tan pálida.

—Pues no anduvimos mucho en el sol : contestó Beatriz tratando de sonreír alegremente ; procurábamos ir por la sombra. Cierto es que me siento fatigada ; pero no creo que sea por el paseo.

Estando reunidos en el salón, al caer la tarde, Lord Airlie suplicó á Beatriz que cantara algo. Inmediatamente accedió pensando que por medio de la música desahogaría su corazón de las diferentes emociones que la agitaban.

Heberto escuchaba arrobado los dulces acentos de aquella soberbia voz, sin poder explicar el timbre de tristeza que le parecía advertir en cada nota.

—¡ Qué música tan triste, Beatriz ! observó Lord Airlie. El tema es el amor ; pero un amor muy dolorido. Tu siempre eliges canciones alegres ¿ qué te pasa ahora ?

—Nada : fué la contestación.

Pero él no satisfecho se acercó y vió que los ojos de Beatriz estaban llenos de lágrimas ; al instante la retiró del piano y llevándola cerca de una ventana en cuyos cristales golpeaban los botones de las rosas, le dijo :

—Díme, amada mía, ¿ qué te aflige ? Tu no debes tener secretos para mí. ¿ Qué pensabas al estar cantando, que hacía que cada nota remedara un suspiro ?

—¿Te reirás si te lo digo? preguntó ella.

—No, no te puedo prometer llorar; pero no me reiré.

—Pensaba en lo que haría si el destino nos llegara á separar.

—Lo cual no sucederá porque nada en este mundo nos podría separar sino la muerte. Mas yo sí sé lo que haría si llegara á perderte.

—¿Qué? preguntó ella mirando fijamente el hermoso rostro de Heberto.

—No me suicidaría, porque miro la vida como un don muy sagrado; pero sí me iría á un lugar en donde ninguna mujer pudiera sonreirme. Pero ¿por qué hemos de hablar de cosas tan tristes, Beatriz? Cambiemos de conversación. ¿Adónde preferirías ir después de nuestra boda? ¿Á Francia, á Italia, ó á España?

—¿Díme, Heberto, nada disminuiría tu amor por mí?

—Nada, replicó él, nada de lo que puedes pensar ó inventar.

—Suponiendo que te hubiera engañado: continuó ella.

Pero al momento la interrumpió Heberto medio disgustado.

—¡Calla! dijo, no quiero oír tal palabra de tus labios; nunca la vuelvas á pronunciar. ¿Por qué me habías de engañar? Eres demasiado pura y buena para descender al fango de la mentira.

Sin replicar palabra Beatriz volvió la cara y Heberto se figuró oír un ligero lamento que se escapaba de los labios de la joven.

—Me parece que estás cansada y algo nerviosa, Beatriz. Permíteme sea yo tu doctor. Recuéstate en este sofá desde donde podrás admirar la puesta del sol, y yo á tu lado leeré algo que te divierta. Desde que estábamos en la mesa, me pareció que te sentías algo mal.

Con toda suavidad arrastró Lord Airlie el sofá hasta colocarlo frente á la ventana, todo lo cual observaba ella con sonriente cara.

—Ahora sí tienes algo bonito que ver, dijo Heberto, y á la vez vas á escuchar algo divino. Voy á leer un trozo de la María Estuardo de Schiller.

Sentóse á su lado y comenzó á leer el soberbio drama. Aquellas palabras pronunciadas con su clara voz parecían á veces el remedo de una marcha triunfal y á veces el lamento de un corazón dolorido. Beatriz sin embargo, escuchaba sin oír, así como miraba los encantos del crepúsculo, sin fijarse en ellos: todos sus pensamientos estaban fijos en Hugo Fernely.

¿Qué recurso tocaría? Si pudiera entretenerlo por algún tiempo hasta que se efectuara su matrimonio, estaba salvada; él no se atrevería á reclamar su esposa á Lord Airlie; además, era la intención de Heberto salir inmediatamente para el extranjero y en vista de todo ésto, Hugo no insistiría en su reclamo. Pero, poniéndose en el peor de los casos, si ella se viera obligada á confesárselo todo á Heberto siendo su esposa él la perdonaría; si en aquellos momentos le decía cual era la causa de su angustia, indudablemente la despreciaría y huiría de su lado.

Decidióse, á escribir á Hugo aquella misma noche, una carta misiva en la que, sin comprometerse á nada, le haría ver que debía esperar un poco, á lo cual sin duda alguna él accedería.

—¡Qué bella escena! ¿verdad? dijo repentinamente Lord Airlie; pero al momento notó en el sorprendido semblante de Beatriz, que ella no sabía de lo que se trataba.

—Perdona mi distracción, Heberto, estaba pensando en algo que se relaciona con nuestro amor, y no puse cuidado á lo que leías. ¿Tendrás la bondad de leer otra vez?

—Creo que harémos mejor en conversar, contestó él, procurando sonreír. Volvámos al asunto de que hace unos momentos nos ocupábamos: ¿adónde irémos después de nuestro enlace?

Tres días antes ella hubiera indicado con la sonrisa en los labios veinte diferentes lugares que deseaba conocer; hoy no le importaba adónde irían, sentía el corazón oprimido y todo á su alrededor le era indiferente.

Con qué ansiedad esperaba Beatriz que la dejaran sola en la noche. En el salón en que se hallaban reunidas había un elegante pupitre; pero no se atrevía á escribir allí, temerosa de que Heberto viniera, como solía hacerlo, á ver en que podía ayudarla. En la biblioteca tampoco podría escribir sin que su padre le preguntara á quién se dirigía. No le quedaba otro recurso más que aguardar á estar sola en su pieza.

Parecía, sin embargo, que todo el mundo se había propuesto á no dejarla sola aquella vez. Se encontraba ya en su aposento y se preparaba á tomar la pluma, cuando Elena se presentó á informarse de su salud; después vino Lilia llena de ansiedad y deseando saber si también ella opinaba que Leoncio Dacre, era el hombre más generoso y simpático de la tierra; no bien hubo salido Lilia, cuando entró la doncella Susette empeñada en asistirla, como de costumbre, á deshacer su tocado.

Por fin, se encontró sola; y sin pérdida de tiempo se dirigió á su lujoso escritorio y apresuradamente escribió la siguiente carta, que casi puso fuera de sí á Hugo Fernely.

“Querido Hugo:—¿Es cierto que ya has vuelto? Yo creía que habías perecido en el mar de la China, ó cuando menos que ya no te acordabas del pasa tiempo aquel que tuvimos en Knutsford. Por lo pronto no me es posible

verte. Ya sabrás que mi padre, Lord Earle, es muy ex-céntrico y yo tengo que contemporizar con él. Te escribiré pronto y entónces te diré cuándo y en dónde nos podemos ver. Tu amiga.—Beatriz Earle.”

Dobló la misiva y escribió el sobre como él lo indicaba ; después se dirigió al buzón que había en una columna del patio y colocó en él su carta, apresurándose á regresar silenciosamente á su aposento.

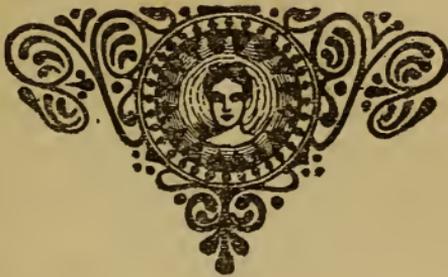
La carta llegó al día siguiente á Brookfield y cuando Hugo se enteró de su contenido, no pudo impedir morderse los labios de cólera. ; Qué líneas tan faltas de cariño y sentimiento ! Ni una sola palabra que manifestara alegría por su regreso ; ni pesar al suponerlo sepultado en las olas : el amor y la fidelidad no se mencionaban para nada ; que significaba aquella carta ?

En medio de su desesperación casi llegó á sentir odio por aquella á quien tanto había querido. Pero no ; él no podía creer que le hubiera sido infiel, tal vez, la ausencia había resfriado un poco su amor ; pero ella le había jurado ser su esposa y cumpliría su promesa.

Beatriz entre tanto esperaba la contestación de su carta con una ansiedad indescriptible. Á ratos se quedaba pensando, por qué había ella de sufrir tanto, cuando otras jóvenes hacían cosas iguales ó peores aún, y no se veían tan atormentadas por el temor. Cierto es que ella había hecho mal en prestar oídos á las palabras de Hugo Fernely y en vagar con él por los bosques y la playa del mar ; pero sólo lo había hecho para romper la monotonía de la vida que llevaba. En todo aquello había visto una distracción y nada más ; si él había pensado seriamente confiándose en las promesas de una niña inocente que no sabía lo que hacía, él era quien incurría en un error y por lo mismo quien debiera sufrir las consecuencias. Pero ella había engañado á su

padre, ella le había ocultado la mentira la mañana aquella en que trató de ganar su confianza ; si entonces le hubiera confesado el secreto que abrigaba en su pecho, él la hubiera perdonado y hoy ningún obstáculo se opondría entre Heberto y ella. Mas ya era demasiado tarde para pensar en este recurso, hoy solo le quedaba el de trabajar secretamente para salir de situación tan crítica.

La fatiga y la inquietud rindieron, por fin, á Beatriz y Morfeo descendió á cerrar sus bellos ojos.





CAPÍTULO XXXII.



OR la primera vez en su vida sintió miedo Beatriz al despertar en la mañana siguiente. La balija sería llevada á las nueve, y Hugo recibiría su carta á medio día. Hasta entonces no había ningún riesgo.

Durante aquel largo día de verano sufrió grandemente : cada vez que sonaba la campanilla, cada ruido de pasos que oía, le hacía ponerse pálida.

Elena la observaba con mirada ansiosa y sin poderse explicar el cambio que notaba en ella. Lilia también comprendió que algo extraordinario le pasaba á su hermana; pero no acertaba con la causa.

Al sonar la campanilla por la quincuagésima vez, Beatriz se quedó suspensa, con labios trémulos y mirada agonizante. Elena sin poderse ya contener se acercó á ella y tomando sus ardientes manos le dijo :

—Hija mía, vas á tener una fiebre si continúas así. ¿Porqué te estremeces á cada ruido que oyes? No parece sino que estás temerosa de alguna desgracia.

—Pues nadie me ha considerado nerviosa, replicó Beatriz haciendo un esfuerzo por dominarse, al contrario, mamá decía que yo no tenía nervios ; pero al mismo tiempo se decía interiormente, ésto no puede seguir así, preferiría la muerte á vivir en esta agonía.

Por fin cerró el día, y fué una fortuna para Beatriz, que

Heberto no lo pasara á su lado, habiéndose ido en unión de los demás caballeros del Castillo, á un banquete de hombres solteros con que los obsequiaba el señor Newton, de la Granja, del que regresaron bastante tarde y Lord Airlie no obserbó nada extraordinario en su prometida.

Á un día como este le llamo perdido, dijo al despedirse de ella en la noche, porque lo he pasado lejos de tí. ¡ Qué fastidio ! creí que nunca iba á terminar.

Beatriz suspiró recordando que para ella no había sido más agradable.

Durante la mitad de la noche estuvo despierta pensando si la contestación de Hugo vendría por el primer correo y si Lord Earle haría alguna observación al ver otra carta, dirigida á ella.

Afortunadamente, al recibirse el correo Lord Earle, estaba muy entretenido conversando con Leoncio, y por una casualidad comisionó á Beatriz para abrir la balija y repartir la correspondencia. Allí estaba la malhadada carta de cubierta azul. Al repartir las demás cartas escamoteo la suya con suma habilidad, guardándola en el bolsillo sin que nadie lo notara.

Terminado el almuerzo y viendo á Lord Airlie entretenido con Lilia, Beatriz se dirigió á su cuarto á leer la carta de Hugo. Ni una sóla palabra había en ella que demostrara enojo ; pero si ella hubiera tenido aún la menor simpatía por él, hubiera sentido punzar de dolor su corazón con solo aquellas sentidas frases. Había recibido su carta, y se apresuraba á contestarle por que tenía necesidad de ir á Londres por asuntos de mucho interés para él, que su permanencia en la metrópoli sería de tres semanas y que á su regreso le volvería á escribir insistiendo en verla, y en el cumplimiento de su promesa.

Al fin iba á respirar. Cuántas cosas pudieran suceder

en tres semanas. Rompió la carta en mil pedazos y se sintió como libre de un gran peso. ¡ Si pudiera abreviar los acontecimientos y casarse con Heberto antes de que Hugo volviera ! . . . de todas maneras podía estar tranquila por lo pronto.

Al venir Lord Airlie á invitarla á pasear á caballo ó á pie ya estaba repuesta. El color había vuelto á sus mejillas y la alegría á sus ojos. Durante el día estuvo aún más alegre que de ordinario. Ya no había por qué alarmarse al oír las vibraciones de la campanilla ni el ruido de los pasos.

Aquella misma tarde Heberto la invitó á salir nuevamente con él, porque teniendo que salir al día siguiente, tenía mucho que decirle.

—¿ Adónde piensas ir ? le preguntó ella mirándolo tristemente y pensando que podía perderse la oportunidad de salir de su compromiso.

—Voy á Linton á ordenar los trabajos de reparación. Es preciso que comiencen desde luego, porque aun cuando estuviéramos un año fuera de Inglaterra, apenas habría tiempo para que se terminaran antes de nuestro regreso. Estaré ausente diez ó quince días y cuando vuelva le dirigiré una pregunta á mi Beatriz que estoy seguro no adivina cual sea.

Contra todo lo que Heberto expresaba, no apareció ninguna sonrisa maliciosa en los labios de su amada. Y es que se había quedado preocupada pensando que si en vez de dos semanas Lord Airlie permanecía ausente tres, estaba perdida.

—Te preguntaré entonces, continuó Heberto, cuándo deseas que se realice nuestro enlace. Es precisó que no me hagas sufrir tanto, puesto que ya he esperado bastante tiempo ; así es que durante mi ausencia pensarás en ésto ¿ verdad ?

Sí, ella pensaría en todo lo que él quisiera.—Lord Earle se sonreía al ver el triste semblante de Beatriz suponiendo que la causa era la ausencia de Heberto. Sentíase feliz al ver que su hija tanto amaba á su prometido, y en confianza dijo á Elena que á la verdad no había creído que su hija fuera capaz de concebir una pasión tan vehemente. Elena manifestó que ella siempre había visto en Beatriz una mujer capaz de amar y de aborrecer con toda el alma.

Lilia que indudablemente conocía más á fondo á su hermana, comprendió que no era solo la ausencia de Heberto lo que causaba su abatimiento, y estaba temerosa de que Beatriz fuera víctima de un padecimiento moral ó físico.

Llegó la mañana de la partida, y fué tan prolongada la despedida de los amantes, que Elena llegó á pensar que no se realizaría el viaje. Haciendo Heberto, sin embargo, un poderoso esfuerzo se resolvió á partir, prometiendo á Beatriz escribirle diariamente.

En tanto que la mayor parte de la familia atribuía su dolor á la ausencia de su amante, ella no hacía sino pensar en Hugo Fernely y en la manera de salir de él. Á mañana, tarde y noche, ese era su único pensamiento ; y aunque estuviera conversando y riendo con los demás, no podía borrarlo de su memoria : constantemente se esforzaba por aparecer alegre y dichosa ; pero hay penas que no se pueden ocultar ; y Lilia que siempre estaba pendiente de su hermana se convencía más y más en que algo extraordinario le pasaba.

Qué haría para salir de Hugo. Mil planes se forjaba en su acalorada mente, para resolver el problema, siendo algunos de ellos tan absurdos que ella misma no podía menos de reirse. Á pesar de su inteligencia y viva imaginación nada podía hacer, y siempre quedaba en pie la misma pregunta : ¿ qué haría para librarse de Hugo ?



CAPÍTULO XXXIII.



ASÓ una semana sin que nada nuevo ocurriese en el Castillo.

Elena y Reinaldo se ocupaban en los preparativos de la boda. Leoncio Dacre y Lilia seguían sumergidos en el agradable mundo de sus ilusiones y esperanzas.

Todos los días se recibía carta de Heberto, y nadie, absolutamente nadie, se imaginaba que la fatalidad cernía sus alas sobre aquella soberbia mansión.

Todas las mañanas Beatriz se decía á sí misma:—sucederá algo hoy. Todas las noches pensaba:—mañana si sucederá algo. Pero pasaban los días y las noches sin que nada nuevo viniera á turbar la tranquilidad en que vivían.

El tiempo, sin embargo, pasaba y ella pensaba qué haría si á las tres semanas regresasen á la vez á Earlescourt Lord Airlie y Hugo Fernely.

Sólo una persona estaba inquieta por Beatriz, y era su hermana Lilia, quien echaba de menos la fogosidad y alegría de Beatriz, sin atribuírlo como los demás á la ausencia de Heberto.

Lilia tenía un secreto que ella misma ignoraba. Acostumbrada desde su infancia al predominio de su hermana quien por su brillante hermosura eclipsaba su angelical belleza, siempre se ocupaba de ella con preferencia.

En medio de la dulzura de sus sentimientos, que tan en

armonía estaban con su bello rostro, poseía una imaginación viva y singular; y probablemente lo más notable en ella era un profundo amor por los goces espirituales. Ésto no quiere decir que fuese mística ó una religiosa fanática, no; pero sí era un hecho que sus pensamientos eran siempre puros y celestiales. Cuando Lord Earle deseaba divertirse llamaba á Beatriz, porque nadie sabía con tanta gracia como ella, ahuyentar las horas de fastidio; pero si necesitaba consuelo ó consejos ocurría á Lilia. Todo el mundo la quería porque más veían en ella un ángel que una criatura de la tierra.

Leoncio Dacre la amaba como nadie, y lo que más le admiraba es que hubiera quien se fijase en Beatriz estando Lilia presente. Algunas veces pensaba que ella había sido enviada al mundo expresamente para él, encontraba en ella retratados sus mismos sentimientos y sus mismas ideas; comprendiendo además que los defectos de su carácter ella los corregiría con su humildad y talento.

Lilia Earle realizaba su ideal, era sincera y pura como un ángel y él honrado. Leoncio la encontró tan á propósito para ser la diosa de su hogar, que desde luego le entregó todo el amor de su ardiente corazón.

Paulatinamente fué desarrollándose la noble pasión en el corazón de Lilia. Que hermoso era observar el ligero rubor que asomaba á sus mejillas al oír el ruido de los pasos de Leoncio ó el eco de su voz, y cuando él estaba á su lado y se inclinaba para leer el secreto de su corazón, ella aprovechando el menor pretexto y lo dejaba solo, si él quería acompañarla en sus paseos, ella con temblorosos labios y mirada suplicante, le rogaba no la siguiese.

Á sí misma no se daba cuenta de lo que pasaba. ¿Por qué había adquirido el mundo tal esplendor ante sus ojos? ¿Por qué encontraba ahora más divino el azul del firmamen-

to? Sentía rebullir en su corazón una alegría hasta entonces desconocida para ella. Deseaba y al mismo tiempo temía la presencia de Leoncio. Cuando él estaba presente su corazón latía con violencia y sentía su rostro encendido, y sin embargo, entónces era cuando se sentía más feliz.

Leoncio observaba todo ésto, y se asombraba de su buena fortuna al hacerlo poseedor del amor de aquella linda joven. ¿Qué había hecho él para ser acreedor á tanta dicha? Por ella únicamente comenzó á sentir respeto y cariño por las demás mujeres, si ella lo llegaba á engañar, jamás volvería á creer que había una sóla en todo el mundo, que fuera digna y honrada. ¡ Pero ésto era imposible !

¿Cómo podría decirle que la amaba? Esta pregunta que á sí mismo se dirigía frecuentemente, no dejaba de preocuparlo, porque implicaba una empresa semejante á la de aprisionar en un espacioso jardín una asustadiza y tímida paloma. Ante la inocencia de Lilia, él no sabía como obrar. Era preciso no obstante resolverse á declararle su amor, porque comprendía que no podría vivir sin ella.

Leoncio sabía que si intentaba su matrimonio antes de que se efectuara el de Beatriz, Lord Earle se empeñaría en que ambos tuvieran lugar el mismo día y ésto no le agradaba, porque deseaba que Lilia fuese la dueña de la fiesta el día de su boda. ¡ Cuán caro pagó su egoísmo !

Decidióse á no decirle nada á Lord Earle hasta pasada la boda de Beatriz, la cual se efectuaría muy pronto dada la ansiedad de los novios. Después que ellos hubieran partido á gozar la " luna de miel " al extranjero, le llegaría su turno á Lilia.

Á fuerza de tanto pensar en su primo, Lilia llegó á comprender que lo amaba. Mirábalo muy por encima de los demás hombres, ¡ qué varonil, qué honrado, qué sincero ! ¡ Con qué placer miraba sus simpáticas facciones ! Ni por

un momento pensó que ella fuera superior á él, lejos de eso su humildad la hacía temerosa de no merecer su amor.

Un día se le escaparon á Lord Earle ciertas frases, por las cuales supo Leoncio que la boda de Beatriz sería en Noviembre, y se decidió á que la suya se verificara á la siguiente primavera, si en ello consentía Lilia á quien aun no declaraba su amor; pero de cuya correspondencia no podía dudar.

Un día, á principios de Septiembre, estaba Lilia sola á la orilla del lago. Leoncio la vió allí y se dirigió á ella sorprendido de la expresión de seriedad que notaba en su fisonomía.

—¿ En qué estás pensando tan triste y solitaria, querida prima ?

—Estaba pensando en Beatriz : respondió ella. No acierto la causa de la inquietud que advierto en su semblante.

—Pues yo sí me la explico. Está pronta á retirarse de esa vida alegre y bulliciosa que tanto la fascina, y es natural que eso la preocupe.

—Ama demasiado á Heberto, para considerarse infeliz por eso que decís.

—Seguramente no me expliqué con claridad. El silencio y la reserva no son siempre ocasionados por la desdicha. ¡ Ah, Lilia ! exclamó, si tuvierais el raro don de leer los misterios del corazón, cuántas veces hubieras leído en el mío que os amo con frenesí ! No os asustéis, no huyais, para mí sois la mujer más bella y pura de la creación ; os amo tanto que no veo luz más que en tus ojos, ni oigo música sino en tus palabras. Sé que no soy digno de tu amor ; pero mientras más me convenzo de ello, más te amo.

Lilia lo miraba con asustados ojos y aunque deseaba hablar, las palabras se resistían á salir de sus labios. Leoncio le tomó sus blancas manos y continuó :

—Bien sabía que te iba á sorprender, mas perdóname, no pude resistir por más tiempo el deseo de poner á tus pies mi mano y mi corazón. No exijo tu contestación inmediatamente ; sujeta á prueba mi cariño ; pronto estoy á obedecerte y aguardaré con paciencia el tiempo que quieras.

—Creo que desde ahora te quiero, dijo ella candorosamente.

—Entonces, prométeme que harás lo posible por amarme. Yo en cambio ofrezco ayudarte en cuanto pueda, haciéndome digno de tí : ¿ me lo prometes, amada prima ?

En una mano de la joven advirtió Leoncio un anillo de oro con una hermosa perla, el cual se apresuró á sacar del dedo que ceñía.

—Voy á guardar esta prenda, Lilia, y cuando Beatriz esté ya casada, me acercaré á Lord Earle á pedirle tu mano. No lo hago ahora porque no es la oportunidad ; ya tú comprendes que dos matrimonios á la vez sería demasiado ; entretanto procura amarme, y cuando la primavera llegue esparciendo abundantes flores, espero que tú me harás el más feliz de los hombres. Antes de separarnos quiero que me digas que estás contenta conmigo.

—Te diré más todavía, replicó ella con una sonrisa en los labios. Ya casi he aprendido la lección que me acabas de dar.

Leoncio se inclinó y besó su mano, mirando apasionadamente su bello rostro que no se atrevía á tocar con los labios.

—No me es posible manifestarte mi agradecimiento, dijo con voz llena de emoción. ¡ Ojalá y la primavera estuviese más inmediata !



CAPÍTULO XXXIV.



COMO lo había previsto Beatriz, el regreso de Heberto se retardó más de lo que él pensaba, debido á las muchas innovaciones que se proponía hacer en su castillo de Linton. Hasta pasadas tres semanas no pudo volver al lado de Beatriz y no fué poco su asombro al notar el cambio que en este corto tiempo había sufrido su amada : al encontrarla tan desmejorada sintió cierta satisfacción, atribuyendo á su ausencia la palidez de su rostro y la opacidad de sus ojos.

Aquella misma noche tuvo Heberto una entrevista con Lord Earle y le suplicó su consentimiento para que la boda se verificase lo más pronto posible. Hízole presente lo mucho que él había padecido durante su corta separación de Beatriz, y lo mucho que ella también había sufrido, á juzgar por su aspecto físico, acabando por rogarle que el matrimonio se verificara á fines de Octubre.

—Queda á cargo de mi hija, contestó Lord Earle, fijar el día ; en la inteligencia de que yo aprobaré lo que ella decida.

Inmediatamente se dirigió Heberto al salón en donde había dejado á Beatriz, para comunicarle la determinación de Lord Earle.

Un mes antes aquella proposición la hubiera hecho feliz ; hoy, al oírla de los labios de su prometido por más esfuerzos

que hacía no le era posible recibirla con la correspondiente alegría.

El inteligente Heberto usando un sistema de cálculo enteramente suyo, convenció á Beatriz de que el catorce de Octubre era á fines del mes, y que por lo mismo quedaba fijado aquel día para su enlace.

—Ni una palabra más, dijo él con gozo, voy á participar á Lord Earle lo acordado. No vayas después á cambiar de resolución como lo hacen algunas niñas. Ahora quiero que me digas, “Heberto, te prometo que el catorce de Octubre seré tu esposa.”

Ella cumplimentó su deseo repitiendo las mismas palabras.

—Para ese día, continuó él, se anunciará ya el invierno, las flores habrán desaparecido, las amarillentas hojas se habían desprendido de los árboles, las aves canoras habían huído en busca de regiones más benignas ; no obstante todo eso ; puedo asegurarte, amada mía, que ningún día de estío será para mí más alegre y lucido que el catorce de Octubre.

Ella lo siguió con la vista al salir de la pieza y cuando ya dejaron de oirse sus pisadas, dejó escapar de su pecho un ahogado grito. Dirigióse en seguida á una de las ventanas y permaneció contemplando los corpulentos árboles del jardín. ¿Sería cierto que cuando aquellas verdes hojas se hubieran tornado amarillentas, ella sería la esposa de Lord Airlie ?

Aquella noche ella tuvo el capricho de ser feliz al lado de su amante, y dominando con verdadero heroísmo la pena que la mataba, rió, cantó y charló, tal vez, como nunca lo había hecho.

Heberto Airlie recordaba después aquella noche como una de las más felices de su vida. Ni el menor indicio de dolor había en la encantadora faz de su idolatrada Beatriz.

Lord Earle sonreía al hacer observar á Elena el gozo de su hija ; nada había que temer por su salud, porque el verdadero médico había llegado ya.

Á la mañana siguiente llegó la esperada carta. Esta vez no venía llena de apasionadas frases como la primera que le escribió Hugo ; simplemente decía que había llegado el tiempo en que él debía saber á que atenerse y que deseaba oír de sus propios labios, cuando estaría dispuesta á cumplir su promesa, es decir, á ser su esposa.

Él no podía esperar más tiempo. Si había obstáculos que vencer, quería principiar á combatirlos, si no había ninguno, tanto mejor. De todas maneras no podía sufrir más el tormento de la duda y ya no quería esperar. Aquella misma noche iría á Earlescourt á verla. No queriendo sin embargo, obrar precipitadamente, deseaba hablar con ella á solas antes de ocurrir á Lord Earle.

“Conozco perfectamente los alrededores del Castillo, decía en su carta, hace tres semanas vagué por ellos varias noches. Hay una vereda que conduce del jardín al parque ; allí estaré á las nueve de la noche, hora en que puedes venir á buscarme sin temor de ser vista, por que la oscuridad te favorecerá. No lo olvides, Beatriz, á las nueve en punto. Si no ocurres á la cita, entraré á buscarte al Castillo, por que estoy resuelto á todo.”

La carta se desprendió de sus manos en tanto que en su frente aparecían gruesas gotas de sudor y su corazón era devorado por el odio y el terror. ¡ Ah ! que desgraciada era al haber caído en manos de aquel hombre !

¿ Cómo era posible que ella tuviera que ir á la cita de Hugo ? ¿ qué le diría ? ¿ cómo terminaría la entrevista ? ¡ No, no ; ella no debía verlo ! Le enviaría una carta diciéndole que ella estaba enferma, y suplicándole que esperara un poco. Á pesar de su terminante carta, ella sabía

que aguardaría si lo trataba con cariño. Otra vez la esperanza nació en su pecho, algo podía suceder en aquellos cuantos días; sino, ella huiría; si todos sus esfuerzos resultaran inútiles, estaba decidida á perder su posición y aun su mismo amor antes que entregarse en manos de aquel hombre.

Más de una vez recordó las palabras de Gaspar Laurence. Aquel joven que con tanta sinceridad le había ofrecido sus servicios en cualquier situación, podría ayudarla en este trance; pero era preciso descubrirse con él y ésto no le gustaba.

Á una cosa estaba resuelta y era á escribir á Hugo; pero quién llevaría la carta. Si pedía este servicio á una criada, sería tanto como darle una arma para que la molestara después, además su orgullo le impedía rebajarse á tal grado. No había en el mundo más que una persona en quien ella podía confiar, y era su hermana Lilia. Cierto es que le daba pena y vergüenza descubrirse con ella y recordaba la impresión que le causó la vez que en Knutsford trató de hacerla su confidente; pero no había más remedio que recurrir á ella para que llevara su carta y le dijera á Hugo que estaba enferma, en lo cual no mentía. Hugo al ver á su hermana se calmaría un tanto.

Mucho antes de la hora de cenar, Elena vino en busca de Beatriz para decirle que ya era tiempo de que se pidieran á Londres sus muebles, etc., y que deseaba formaran la lista.

Beatriz tomó asiento con mucha calma aparentemente y comenzó á escribir lo que dictaba su abuela, pensando al mismo tiempo cómo diría á su hermana la imprudencia que había cometido y el peligro en que se hallaba. Mientras Elena hablaba de encajes, bordados, sedas y alhajas, Beatriz coordinaba en su mente la confesión que debía hacer á Lilia.

—Basta, dijo Elena con una sonrisa ; me parece que he sido demasiado explícita ; pero creo haber perdido mi tiempo. ¿ Has oído algo de lo que te he dicho, Beatriz ?

Beatriz se ruborizó y quedó tan sorprendida, que Elena añadió riendo :

—Véte y no te abochornes, hace muchos años estuve yo en situación igual á la tuya, y me sucedió que no podía pensar en nada, precisamente lo que á tí te pasa ahora.

La joven se apresuró á salir para ir en busca de su hermana, á quien halló al fin en la biblioteca mirando unos grabados con Leoncio Dacre. Éste se quedó mirando á Beatriz algo contrariado cuando supo que había venido únicamente á llevarse á Lilia.

—No vayas, Lilia, le dijo en tono de broma, vamos á terminar de ver los grabados ; estoy seguro que para lo que te necesita tu hermana urgentemente, es para consultar tu opinión sobre algún traje ó cosa parecida.

El rostro de Beatriz estaba sin embargo bastante serio á pesar de los esfuerzos que hacía para reir.

—No puedo comprender el carácter de esta mi prima, decía Leoncio interiormente al cerrarse la puerta tras las dos hermanas ; pero casi estoy convencido, como Lilia, de que algo la preocupa.

—Lilia, dijo Beatriz, te necesito mucho, y siento haber interrumpido tu agradable ocupación con nuestro primo ; pero necesito inmediatamente de tu ayuda. ¡ Ah ! querida hermana, tengo una pena grandísima, y nadie me puede ayudar más que tú.

Entraron luego en la pieza de Beatriz, y ésta se apresuró á colocar una silla cerca de la ventaña para Lilia, quedando ella á su lado.

—Considera cual será el compromiso en que me hallo, cuando no encuentre palabras con que decírtelo.

Los azules ojos de Lilia se agrandaron por la sorpresa.

—Desde luego te suplico no me juzgues con dureza, yo no soy buena ni paciente como tú, Lilia. ¿Te acuerdas de aquella mañana cuando te encontré en las rocas de Knutsford y te dije cuán odiosa me era la vida allí? Pues bien, aquella misma mañana . . . no, no puedo decírtelo, querida hermana.

Lilia se inclinó para besar la pálida frente de Beatriz, y decirle al oído cuánto la amaba y cuán pronta estaba á ayudarla.

—Aquella mañana, prosiguió Beatriz encontré á un desconocido quien se quedó mirándome sorprendido. Después lo volví á encontrar y esta vez me siguió y á poco andar me dirigió la palabra; así poco á poco fué aumentando su intimidad y más tarde me contó mil maravillosas aventuras en tierras lejanas y encantadoras, según él las describía, yo me olvidé de que él era un desconocido y escuché imprudentemente sus fantásticos relatos. Pero no te avergüences de mí, porque si me desamparas estoy perdida.

Los cariñosos brazos de Lilia la estrecharon con mayor ternura.

—No me avergüenzo de tí, Beatriz; te amo como siempre, sino más, porque te veo afligida.

—Nuestras entrevistas eran frecuentes,—continuó Beatriz,—y él alababa mi belleza y yo gozaba con sus palabras; después me habló de amor y yo lo escuché sin enfadarme; pero te juro hermana mía, añadió llorando, que todo lo hacía yo impensadamente; ahora he comprendido que lo único que me atraía hacia él eran sus adulaciones que halagaban mi vanidad. Al relatarme sus aventuras, mi pensamiento volaba en alas de lo desconocido á los lejanos países que él describía con tanto entusiasmo. Son responsables de la desgracia que hoy me aflige los que me tenían en aquel des-

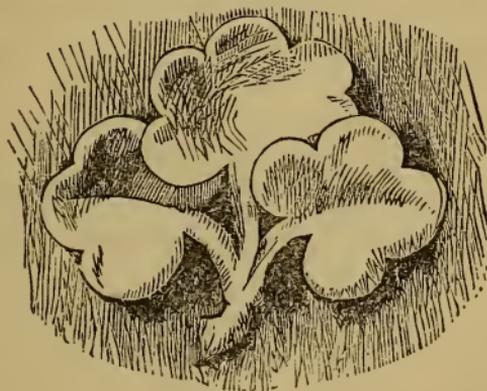
tierro. Si yo hubiera ocupado desde mi infancia el puesto que me correspondía, aquí, en mi propia casa, tratando todos los días á diferentes personas, habría aprendido á distinguir á los hombres y hoy no me encontraría amagada por la desdicha.

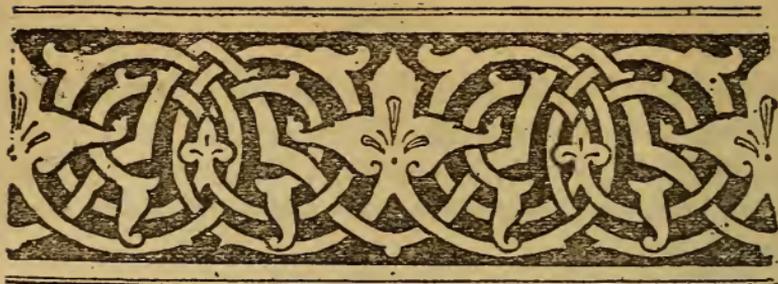
—Lilia, vas á creer que estaba loca ; pero desgraciadamente es cierto que llegué á permitir que aquel hombre estrechara mis manos, como tu las estrechas en este instante, que imprimiera un beso en mi frente y lo que es peor aún, que me arrancará el juramento de ser su esposa.

Beatriz levantó entonces la mirada y vió el rostro de su hermana tan blanco como la nieve.

—¿ Es peor mí situación de lo que pensabas ?

—¡ Oh, sí ! respondió Lilia ; ¡ peor, mil veces peor !





CAPÍTULO XXXV.



AS dos hermanas guardaron silencio por un rato; después Lilia se inclinó y dijo en tono cariñoso :

—Cuéntamelo todo querida Beatriz, tal vez te puedo ayudar en algo.

—Juré ser su esposa ; continuó Beatriz ; pero te aseguro hermana mía, que no comprendí la fuerza de semejante compromiso. Él prometió volver á los dos años para hacerme su esposa y llevarme á las tierras maravillosas, de que me había hablado. Yo veía en él un medio de escaparme de la monotonía que me estaba aniquilando ; pero nunca un amante.

—¿ Es decir, que no lo querías como quieres á Heberto ?

—No me hagas semejante pregunta. Amo á Heberto con el amor grande y sublime que sólo una vez viene á iluminar el sendero de la vida ; en tanto que aquel hombre no era para mí más que el juguete es para el niño, que viene á distraerlo de su llanto y á arrancarle sonrisas. Al separarse de mí, me dió un anillo y me dijo que á los dos años volvería á verme. Cuando él se fué, en vez de sentir pesar, sentí algo de gozo y es que ya me iba fastidiando de él y de su conversación. La novedad había pasado. Más tarde reflexionando con entera calma comprendí lo imprudente que había sido, y traté de borrar de mi memoria el recuer-

do de Hugo Fernely, alimentando al mismo tiempo la esperanza de que tal vez no volvería.

—Ten presente en esta mi narración, que yo no soy tan buena como tú, ni tan sufrida; prueba de ello es, que mientras yo estaba desesperada en la alquería de los Álamos, tú estabas contenta y satisfecha. Yo he sido siempre vanidosa, tonta y caprichuda, y al examinar mis actos en aquel período de mi vida, comprendo que hay algo que habla en mi favor, porque el deseo que yo tenía de brillar y de gozar en el mundo, era innato en mí, como es innato en el águila tender las alas y remontarse al espacio: en lo que siguió á lo acontecido en los Álamos, comprendo, sí, que no hay nada que me disculpe. Cuando papá nos interrogó con tanto cariño, que si teníamos algún secreto se lo confesáramos y él nos perdonaría, yo debí habérselo dicho todo; pero no lo hice así y de esta falta, yo soy la única responsable. Tentada estuve de hacerlo; pero al mirar los retratos de todas aquellas nobles damas me figuraba que iban á oír mi confesión y á dirigirme miradas de reproche; no tuve valor para hablar y desperdicié la ocasión de ser perdonada.

—El resto de mi historia casi no puedo contártelo, las mismas palabras al salir de mis labios me hacen estremecer de terror. Aquel hombre cuyo regreso yo dudaba, se presenta de improviso cuando yo comenzaba á saborear la deliciosa fruta de la dicha y me exige el cumplimiento de mi juramento.

Beatriz no pudo continuar, los sollozos ahogaban sus palabras.

El terror se retrataba en el pálido semblante de Lilia.

Ambas guardaron silencio por algunos minutos. Después Beatriz pudo continuar.

—Tres veces me ha escrito desde que llegó; yo lo único que he hecho ha sido entretenerlo. En su última carta que

recibí esta mañana, me dice que está resuelto á verme esta noche, y que si no bajo al jardín á las nueve, entrará á buscarme al Castillo. ¡ Oh, Lilia ! sálvame, sálvame por compasión !

El llanto corrió abundante por las mejillas de la joven.

—Nunca me he arrodillado ante nadie, continuó,—hoy me arrodillo ante tí, querida hermana, para suplicarte que ocurras en mi lugar á la cita, y le des una carta mía diciéndole que estoy enferma, lo cual es cierto, Lilia, siento arder mi cerebro, y mi corazón está helado de temor ; ¿ accedes á mi súplica, Lilia ?

—Ojalá y el sacrificio de mi vida pudiera salvarte, con más gusto la daría que acceder á lo que me pides !

—¡ Ah ! no me digas eso, Lilia, ¿ no recuerdas las palabras de nuestro padre, que si alguna vez descubría que una de nosotras lo engañaba ó mantenía relaciones amorosas en secreto, la despediría de su lado y jamás la volvería á ver ? Piensa, querida Lilia, lo doloroso que sería para mí salir de Earlescourt en donde estoy rodeada de lujo y esplendor, para ir á vivir miserablemente á los Álamos, y esto no sería nada en comparación del dolor al separarme para siempre de Heberto á quien amo con locura. Conociendo el carácter de mi padre, ¿ crees tú que llegaría á perdonarme ?

—No : replicó Lilia tristemente.

—Pues bien, en nombre de nuestra amada madre, te ruego que hagas lo que te pido.

—Si lo hiciera, dijo Lilia, sólo sería dar una corta tregua á las impertinencias de ese hombre y después volvería á molestarte.

—Pero en esos cuantos días, encontraría yo un medio de librarme de él. ¿ Quién sabe lo que sucedería ? Yo creo que la fortuna no ha de ser tan cruel conmigo ; pero si no puedo hacer otra cosa, huiré lejos, donde no pueda ver á mi

ofendido padre y á mi amante. Pero no, no puedo creer que tú me abandones en mi desdicha. ¿Verdad que me ayudarás?

—Sí; dijo Lilia, ya vencida, conozco que hago mal porque es obrar contra mis ideas de sinceridad y rectitud. Mas, no puedo resistir tus vehementes súplicas. Veré á ese hombre y le daré tu carta; permíteme sin embargo, decirte que no creo que te puedas librar de él: yo opinaría porque se lo confesaras todo á nuestro padre y á Heberto, confiando en que te perdonarían; eso de huir es un disparate, obra con franqueza y cuando menos tendrás tranquilidad.

—No puedo, sería imposible para mí afrontar la cólera de Heberto, si alguna vez llegas tú á amar con toda tu alma, entónces me comprenderás mejor. Preferiría morir á sufrir su mirada desdeñosa.

Al pronunciar estas palabras se desprendió Beatriz de los brazos de su hermana y cayó al suelo murmurando entre sollozos:

—¡ Amor mío, amor mío, no quiero perderte !

Después de este arranque de dolor la joven se calmó un tanto y dijo:

—No tienes idea, Lilia, de lo que he sufrido: he visto mi orgullo y vanidad por el suelo; sólo aquellos que han luchado por ocultar un secreto podrán comprender mi tormento. Unos cuantos días más de tortura como los que he pasado, y estaré libre para siempre de Hugo Fernely.

Su hermana trató de consolarla, mas todo en vano.

—Á las nueve estará aquí y ya son las seis, es preciso que escribas la carta. Queda á mi cargo proporcionarte la oportunidad de salir; lo encontrarás en la senda que conduce al parque, le entregas la carta y le dices que yo no puedo ir por estar enferma. ¿Tendrás miedo, Lilia?

—Sí; repuso ella, con franqueza; pero no importa: hoy no es tiempo de pensar en mí sino en tí.

—No temas, dijo Beatriz. ¡Pobre Hugo! sino fuera porque lo aborrezco, lo compadecería. En este momento no puedo darte las gracias, querida hermana; pero lo haré cuando esté más calmada.

Acto continuo se puso á escribir unas cuantas líneas, diciendo á Hugo que estaba enferma y no podía ir á verlo, y que aun era preciso que esperara.

Entregó la carta á su hermana, temblando por la emoción y le dijo:—No te he rogado que guardes el secreto.

—Ni hay necesidad: contestó Lilia sencillamente.

Enrique y Laurence cenaban aquella noche en el castillo, y ya eran cerca de las nueve cuando se fueron de la mesa para encaminarse á la sala. La noche estaba un poco fría; en la chimenea chisporroteaba un alegre fuego y todas las lámparas estaban encendidas. Enrique comenzó á jugar una partida de ajedrez con Elena; Lord Earle invitó á Laurence á jugar á las cartas y los jóvenes quedaron en libertad para divertirse como más les agradara.

—Dentro de veinte años, decía Leoncio á Lilia, ocurrirémos á las cartas para divertirnos; por ahora la luna y la música forman nuestra mayor delicia. ¿Quieres hacerme el favor de cantar algo?

Ya iba Lilia á sentarse al piano, cuando recordó que la hora temida se acercaba.

—Ten la bondad de dispensarme, dijo en tono suplicante, dentro de un rato cantaré cuanto quieras.

Leoncio se quedó mirándola sorprendido, aquella era la primera vez que ella se negaba á obsequiar sus deseos.

—¿Quieres entonces que sigamos viendo los grabados que dejamos esta mañana? preguntó Leoncio.

Sabiendo ella que si llegaba á sentarse á su lado le sería

difícil separarse después, también rehusó á esta segunda propuesta, ruborizándose y bajando los ojos.

—¿Qué te pasa? preguntó Leoncio. ¿Qué misterio tenemos entre manos? ¿te fastidio acaso, ó es que vas á tener otra consulta con Beatriz sobre el traje de boda?

—Tengo una ocupacioncita del momento, repuso Lilia ambiguamente. Mientras tú vas á traer el libro de los grabados yo estaré aquí de regreso.

Beatriz que había estado escuchando con ansiedad el diálogo, comprendió que su intervención era oportuna y se acercó á suplicar á Leoncio que cantara con su excelente voz la parte del tenor en un terceto de Mendelssohn.

—Mi excelente voz, querida prima, dijo él sonriendo, está á vuestra disposición. Lilia está medio esquiva conmigo esta noche.

Ambos se dirigieron al piano, y Lilia sacando su magnífico reloj de oro, obsequio de Lord Earle, vió que solo faltaban tres minutos para las nueve. Inmediatamente se levantó y salió de la estancia figurándose que nadie la observaba; pero Leoncio no la perdía de vista.

No hay palabras para expresar lo desagradable que era para Lilia la comisión que su hermana le había dado: ella que nunca había tenido un secreto, ella que detestaba la hipocresía y la mentira, verse mezclada en un asunto tan odioso . . . Tener que salir de la casa de su padre, amparándose de la oscuridad de la noche para ir á encontrarse con un desconocido y á interceder por su hermana . . . Tan solo pensar en ésto, le producían estremecimientos; pero aun le parecía oír la suplicante voz de Beatriz solicitando su ayuda.

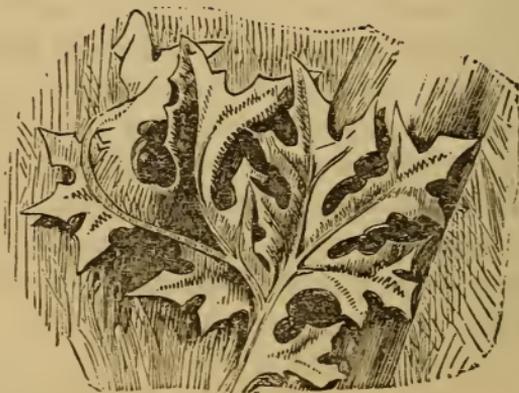
Lilia se dirigió apresuradamente á su cuarto, tomó un grande chal negro con que se cubrió cuidadosamente, ocultando su elegante traje y sus ricas perlas y llevando la carta

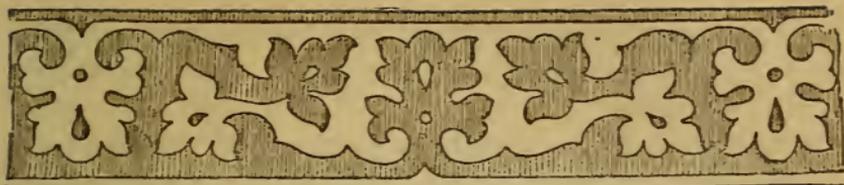
en la mano, descendió por la escalera que conducía al jardín.

La noche estaba oscura, densos nubarrones cruzaban el espacio, el viento azotaba los grandes árboles y en sus cambiantes ráfagas parecía imitar, ora el rugido de un furioso león, ora los lamentos de un ser humano pidiendo misericordia. Lilia nunca había salido sola en la noche y se sintió sobrecogida de pavor. Atravesó el jardín en el que ya las flores comenzaban á marchitarse, y se dirigió al lugar de la cita volviendo de vez en cuando la cabeza para mirar por entre el follage las luces del castillo. Apenas había salido del jardín cuando distinguió la figura de un hombre envuelto en una capa, quien al verla se dirigió hacia ella apresuradamente, exclamando con una voz que jamás pudo olvidar.

—¡ Al fin has venido, Beatriz !

—No soy Beatriz, contestó Lilia evitando el contacto de los brazos de Hugo. Soy Lilia Earle, mi hermana está enferma y os envía ésto.





CAPÍTULO XXXVI.



UGO FERNELY tomó la carta de la mano de Lilia y la leyó con marcado desaliento. La luna que hacía rato había estado luchando con gruesos nubarrones, alumbró débilmente la escena ; y á su favor pudo Lilia examinar á Hugo : era un hombre alto, de regulares facciones y de cutis moreno, tostado por los ardientes rayos del sol en los países tropicales ; sus ojos eran negros y había en ellos cierta expresión de tristeza. Inmediatamente que oyó el nombre de la joven se apresuró á quitarse el sombrero, demostrando así su urbanidad y permaneció con la cabeza descubierta durante la entrevista.

—¡ Qué! exclamó, ¿ aun tendré que aguardar por más tiempo? Decid á vuestra hermana que he esperado cuanto me era dable esperar, y que hoy mi corazón está muriendo por verla.

—Ella está positivamente, muy enferma, contestó Lilia, y no os enfadeis conmigo porque os diga que la ansiedad y el temor son la causa de sus males.

—¿ Acaso os envió para decirme que no debo insistir en mi pretensión? Si es así, siento deciros que habeis perdido el tiempo, Lilia, porque ella ha jurado ser mi esposa y así será.

—Pero cuando menos debeis esperar á que esté en aptitud de cumplir su promesa.

La manera reposada y digna con que se expresaba Lilia, influyeron más en el ánimo de Hugo que sus mismas palabras.

Ella entre tanto pensaba que no le parecía advertir crueldad ni villanía en el semblante del joven, y que si bien se conocía que amaba á su hermana con verdadera pasión no había de querer hacerla desdichada. La esperanza se agitó en su corazón y se resolvió á interceder por Beatriz, pidiendo á Hugo que olvidara aquel pasatiempo de Knutsford.

—Mi hermana es muy infeliz, dijo resueltamente, tan infeliz que mucho me temo se muera ó se vuelva loca . . .

—También yo estoy muriendo ; interrumpió Hugo.

—No me parece que seais un hombre cruel, Fernely, vuestro semblante revela nobleza de sentimientos. Olvidad la promesa de mi hermana, ella era una niña irreflexiva cuando os hizo la promesa. Si la obligais á cumplirla la hareis infeliz para toda la vida.

—¿ Os dijo ella que me comunicarais todo eso ?

—No ; pero ¿ sabeis lo que le costaría acceder á vuestra demanda ? Mi padre nunca la perdonaría ; y tendría que abandonar casa, hermana, amigos y todo lo que más ama en el mundo. Ya vereis si podría amaros siendo vos el autor de su desdicha.

—No lo puedo evitar : dijo él sombríamente. El cielo es testigo de que Beatriz prometió ser mi esposa y de que yo confíe ciegamente en sus palabras. Vos no conoceis seguramente lo inmenso de esa pasión que se llama amor, cuando venís á pedirme que olvide á Beatriz. ¡ Ah ! pedid más bien que me arranque el corazón.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Hugo al decir ésto, y ahogados sollozos salían de su pecho.

—No quiero perjudicarla, continuó luego ; pero sí quiero tener la dicha de volver á verla, quiero que aquella su

altiva frente se pose una vez más en mi pecho, quiero arro-
dillarme á sus pies como antes, y decirle que la amo. Que
venga y si ella me dice que me desprecia, la muerte pondrá
fin á mi dolor ; pero eso no puede ser, ¿ qué mujer pudiera
despreciar un amor tan grande como el mío ?—Hace más de
dos años que me separé de ella, continuó Hugo después de
una corta pausa,—y noche y día su imagen ha estado delan-
te de mis ojos. Ella es mi vida, mi dicha, mi todo en el
mundo.

—Pero aun cuando mi hermana os quisiera, dijo Lilia
cariñosamente, porque las palabras de Hugo la habían con-
movido ; mi padre nunca consentiría en vuestro matri-
monio.

—Ni ella ni yo sabíamos nada de Lord Earle cuando nos
conocimos. Ella era una linda niña que vivía en aquella
alquería como un pájaro encerrado en una jaula ; yo le pro-
metí su libertad, y ella en cambio me ofreció su amor. ¿ En
dónde estaba entonces Lord Earle ? Yo la amaba y la cui-
daba. Su padre ¿ qué hacía en tanto ? tenerla abandonada.

—Todo ha cambiado ahora : repuso Lilia.

—Pero yo no ; si la fortuna me hubiera hecho rey ¿ hu-
biera amado menos á vuestra hermana ? ¿ Acaso es un ju-
guete el corazón del hombre ? ¿ Está en mi mano poder
arrancar de mi pecho esta pasión que me consume ?

Lilia no sabía qué decir en presencia de un amor tan
vehemente ; sus esfuerzos como intercesora habían sido in-
fructuosos. Tanto compadecía á Beatriz como á Hugo.

—Estoy segura de que si quereis, podeis mostrarnos gene-
roso. El verdadero amor no es egoísta. Si mi hermana no
puede ser feliz con voz, debéis dejarla en libertad. Si la
obligais, ó más bien dicho, si tratais de obligarla á cumplir
una promesa arrancada tal vez con violencia, pensad en
lo mucho que os aborrecerá ; si por el contrario le de-

volvéis su deseada libertad, pensad en lo mucho que os estimaría.

—¿Qué, no me ama? preguntó él con trémula y ronca voz.

—No; contestó Lilia con dulzura, es mejor que sepais la verdad, ni os ama, ni os amará.

—No lo creo, gritó él fuera de sí, ni lo creeré hasta no oírlo de sus propios labios. ¡Que no me ama! ¡Dios clemente! ¿No sabéis que estais hablando de la mujer que juró ser mi esposa? Si ella me lo dice; lo creeré; pero de otra persona, ¡nunca!

—Ella os lo dirá, y vos no debéis culparla por eso. Volved cuando ella esté buena.

—No; replicó Hugo, ya he esperado bastante. He venido á Earlescourt exclusivamente á verla, y juro no irme sin hablar antes con ella.

Sacó entónces un lapicero de su bolsillo y escribió apresuradamente unas cuantas líneas en el sobre de la misma carta de Beatriz.

—Entregad esto á vuestra hermana, y vos, Lilia, recibid mi más sincero agradecimiento, por haberos molestado en venir. Habéis sido muy bondadosa y amable conmigo y vuestro rostro me dice que sois leal y sincera; permitidme sin embargo os aconseje que nunca juguéis con el corazón de un hombre.

—Yo quisiera decir algo que os consolara: dijo ella.

Hugo alargó entónces su mano y ella no pudo negarse á darle la suya.

—Adiós, Lilia. ¡Bendiga el cielo vuestra generosidad!

—¡Adiós! dijo ella mirando compasivamente aquel rostro moreno que no volvería á ver más.

La luna se había ocultado detrás de las nubes. Hugo Fernely se dirigió á tomar la carretera, y Lilia guardando

el papel en su bolsillo, se apresuró á volver al Castillo. Ninguno de los dos se apercibió de un hombre alto y pálido que había estado pendiente de ellos, y que al reconocer la rubia cabellera de Lilia, cuando una ráfaga de viento le bajó el chal, lanzó un ahogado grito. Aquel hombre era Leoncio Dacre.

Después de cantar el terceto con bastante desgano y de escuchar una pieza que ejecutó Beatriz con marcada torpeza y agitación, se dirigió á la puerta.

—¿ A donde vais ? le preguntó Beatriz.

—Á buscar un tabaco, contestó, y ni vos ni Heberto necesitan decirme que esperan, no tardaré.

Salió del salón y se dirigió á su aposento, en donde tenía una caja de excelentes habanos ; tomó uno y se fué al jardín á fumarlo. ¿ Fué la casualidad la que lo hizo dirigirse al lugar de la cita ? Caminaba inconscientemente, cuando le pareció oír murmullo de voces ; se detuvo, y procurando descubrir de donde procedían, descubrió á cierta distancia á un hombre alto conversando con una mujer arrebuada en un chal negro.

—Una doncella y su amante, se dijo á sí mismo. Á fe que no había de ser muy del agrado de Lord Earle saber que tales entrevistas tienen lugar en su jardín ; pero á mi qué me importa.

La voz del hombre le llamó la atención por lo apasionado y se quedó pensando quién sería. Después vió que la doncella le dió la mano y se dirigía con violento paso al Castillo.

Cuando por una malhadada coincidencia un hueco entre las nubes, permitió que la luna alumbrara á la vez que el viento desvió el manto negro dejando descubierta la cabeza de Lilia Earle, Leoncio lanzó un grito y se quedó como petrificado por la sorpresa.

Al entrar Lilia al salón, en el artístico reloj de mesa sonaban las nueve y media. Los jugadores de ajedrez y cartas estaban en los mismos puestos que los había dejado. Beatriz y Heberto aun permanecían cerca del piano; sólo Leoncio no estaba allí. Ella se dirigió directamente á Beatriz y sonriendo suplicó á Heberto dispensara por cinco minutos á su hermana.

—Por diez si lo deseais, replicó él, pero ni uno más.

Las dos hermanas se encaminaron al aposento de Beatriz.

—Dime pronto, Lilia, exclamó Beatriz al estar sólo con su hermana, ¿ lo has visto? ¿ qué dice?

—Lo he visto; pero no hay tiempo de decirte todo lo que me ha dicho. Te envía estas líneas, y Lilia puso el papel en las manos de su hermana, estrechándolas cariñosamente. Déjame decirte antes de que leas, que yo traté de ablandar su corazón; y creo, querida Beatriz, que si tu hablas con él, y le suplicas te deje en libertad, tus ruegos serán atendidos.

La hermosa luz de la esperanza, brilló en aquel momento en los oscuros ojos de Beatriz.

—¡ Oh, Lilia! exclamó llena de gozo. ¿ Será posible? No me hagas abrigar esperanzas que tal vez no se realizarán.

—Hugo no es cruel, dijo Lilia. ¡ Pobre! también lo compadezco. Si lo ves, estoy segura de que triunfarás. Veamos lo que dice.

Beatriz desdobló el papel, el cual contenía unas cuantas líneas escritas con lápiz. La joven leyó para sí.

“ Beatriz :—Quiero oír de tus propios labios que no me amas. Quiero saber por tí misma que cada una de las dulces esperanzas que me hiciste creer, fueron un cruel engaño. No me retiraré de Earlescourt sin haberte visto

antes. El jueves en la noche á las diez estaré en el mismo sitio ; ven á verme personalmente.”—Hugo.

—¡ Ya es mío ! exclamó Beatriz. Lilia, dame un abrazo ; mira como tiemblan mis manos de alegría, apenas puedo tener el papel en ellas. Seré libre y no perderé á mi amor, á mi amor que es todo para mí en el mundo. ¿ Cómo demostrarte mi agradecimiento ? Hoy es mártes, con qué ansiedad voy á esperar el jueves ! Me siento como si me hubieran quitado un peso del corazón ; Lilia, al fin seré la esposa de Heberto y todo lo deberé á tu eficaz ayuda.

—Beatriz, dijo Lord Earle al pasar las dos hermanas cerca de la mesa que ocupaba, ya hemos terminado nuestra partida de ajedrez ; ¿ tendrás la bondad de cantar algo ?

Beatriz cantó aquella vez, como nunca. Su magnífica voz imitaba un aire triunfal en el que no había ninguna mezcla de tristeza. Heberto se inclinó para decirle entusiasmado :

—Estás cantando divinamente.

—Es que estaba pensando en tí : replicó ella.

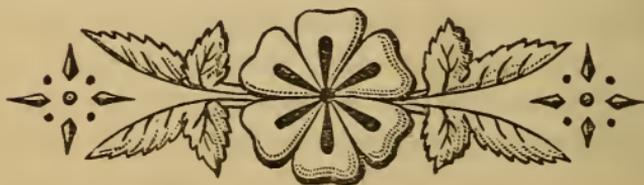
Heberto pudo ver en el semblante de su amada que realmente decía lo que sentía.

En aquel momento Elena llamó á Heberto para que decidiera sobre una ligera discusión del juego, y Beatriz en tanto que sus dedos se movían automáticamente sobre el teclado, formó la siguiente resolución. Vería á Hugo y le hablaría con valor. Después de todo, como Lilia había dicho, él no era cruel y la amaba con locura. Apelaría á su amor para que la dejase en libertad, y él no se negaría. ¿ Quién se podía negar á obsequiar sus deseos ? No tenía ella la facultad de conmover los corazones así como el viento tiene la de agitar las hojas á su capricho ? Al principio se mostraría colérico, tal vez furioso ; pero al fin, ella triunfaría.

Al estar sentada dejándose llevar de su fantasía, sus dedos arrancaban al piano improvisadas melodías que parecían reflejar sus pensamientos. Ya se imaginaba estar sólo en el jardín rodeada de la oscuridad de la noche; ya le parecía ver el moreno rostro de Hugo y oír su apasionada voz. ¡Pobre Hugo! á medida que su felicidad iba aumentando, aumentaba su compasión por él.

Ella no le deseaba ningún mal. Podía casarse con alguna linda doncella de su misma clase, y llevar una vida tranquila y feliz; ella sería una buena amiga suya, si él lo consentía. Nadie sabría el secreto: Lilia lo guardaría fielmente; y ella sería la amante esposa de Lord Airlie.

Era tan halagüeño el cuadro que se forjaba en su mente, que no había porqué asombrarse de la magia de su musica, jamás olvidada por los que la oyeron aquella noche.





CAPÍTULO XXXVII.



LEONCIO DACRE se había quedado inmóvil por la sorpresa. Estaba seguro de no haberse engañado ; aquella á quien él había tomado por una de las doncellas del Castillo, conversando con su amante, era Lilia Earle ; Lilia, á quien él había creído tan pura y tan inocente salía fugitivamente de la casa de su padre, amparándose de la oscuridad y silencio de la noche, para ir á una cita con un hombre !

Si su más querido amigo le hubiera jurado que había visto aquello, él no lo hubiera creído ; pero de sus propios ojos no podía dudar. Era tan cierto que la débil luz de la luna había iluminado la bella fisonomía y blonda cabellera de Lilia, como que el sol había aparecido aquel día á impartir vida á las lozanas flores.

Arrojó lejos de sí el tabaco, y rechinó los dientes furioso. Era, pues, cierto que todas las mujeres eran iguales : no había que esperar en ellas ni sinceridad, ni bondad, y sin embargo, él la había creído tan pura, tan leal, tan diferente de todo el mundo. Él había visto en aquella joven tan espiritual, un estuche hermoso encerrando una piedra preciosa ; mas aún al amarla había comenzado á creer en la bondad y la virtud. Hoy todo le parecía falso y despreciable.

La verdad había desaparecido del mundo para él. Aque-

lla niña á quien él había considerado la más inocente y sencilla de todas las mujeres, no era después de todo sino un ser débil para el engaño. Los artificios de su madre para cubrir las apariencias y no dar á conocer la escasez de sus recursos, no era nada en comparación con la maldad de Lilia.

¡ Y él la había amado con tanta fe ! Al mirar aquellos sus azules ojos, le había parecido advertir en ellos la llama del amor.

¿ Quién era aquel hombre ? Alguien á quien ella había conocido hacía mucho tiempo. ¿ Por qué no lo había seguido para quitarle la existencia ? ¿ Por qué lo había dejado escapar ?

Sus nerviosas manos estaban crispadas por la rabia ; y afortunadamente Hugo no estaba ya á su alcance en aquel momento. Después la cólera desapareció de su pecho, para dar lugar á la desesperación. Un agudo y prolongado grito salió de sus labios, y una convulsión general agitó su cuerpo. Había perdido á su dulce y apasionado amor. Su ideal de la pureza había sido envuelto en el abominable manto de la perfidia.

Durante el acceso de dolor comprendió que no debía volver al Castillo ; esperaría hasta encontrarse más calmado, y entonces vería si Lilia se atrevía á presentarse ante él y á fingirle amor.

Sus manos fueron paulatinamente dejando de temblar y los latidos de su corazón disminuyendo ; por último, se sintió bastante calmado y se dirigió al salón. Con la ligera excepción de que su palidez era mate, Leoncio Dacre se presentó ante la concurrencia, siendo el mismo de siempre.

Allí estaba ella, inclinada sobre el libro de grabados que momentos antes, él le había suplicado siguieran viendo ; los dorados rizos de su caballera caían sobre las hojas del libro.

Al verlo entrar, se quedó mirándolo tranquilamente y podía advertirse un ligero tinte en sus mejillas y una sonrisa que vagaba en sus labios.

—Aquí están los grabados, dijo Lilia, ¿quieres que sigamos viéndolos?

Él recordó en aquel instante que la había invitado á cantar y se había negado apareciendo inquieta y turbada. Ahora ya comprendía porqué.

Colocó una silla á su lado y comenzó á hojear el libro que estaba sobre la mesa iluminada por una elegante lámpara de plata. En aquel extremo del salón podían considerarse tan solos como si estuvieran en otra pieza.

—Lilia, dijo él repentinamente, si alguien te preguntara cuál es el delito más grave que puede cometer una mujer ¿qué responderías?

—¡Vaya una pregunta singular! contestó ella. No sé, Leoncio; para mí todos los delitos son igualmente odiosos.

—Entonces te lo diré. El delito más grande es el de la falsedad y la perfidia.

Ella se quedó mirándolo sorprendida, por el tono colérico con que pronunció las últimas palabras. Ambos quedaron silenciosos por un rato.

—No quiero ver más grabados, dijo él, retíralos de aquí. Lilia Earle, mírame cara á cara, ¿qué tiempo há te supliqué fueras mi esposa?

Los ojos de Lilia no pestañeaban sino que los mantuvo fijos en los de Leoncio, medio sorprendida de cuanto pasaba; la pregunta que él le dirigió, hizo sin embargo que se aumentara el rubor en sus mejillas.

—No hace mucho, contestó ella, sólo unos cuantos días.

—Dijiste que me amabas.

—Sí.

—Pues bien, contesta á esta pregunta : ¿habías amado antes á otro, como dices que me amas ?

—Nunca.

—Una pregunta más, ¿habías prestado oído á los galanteos de algún pretendiente antes de conocerme ?

—Tampoco : replicó ella aun más sorprendida.

—Es decir que sólo yo soy el dueño de tu amor y tu confianza, que nunca me has engañado y que siempre te has portado conmigo con lealtad y buena fe ?

—¿ Pero qué estás diciendo Leoncio ? preguntó ella con cierta dignidad. ¿ Á qué vienen todas esas palabras ?

—¿ Contesta ! sabes que estás hablando con un hombre desesperado, ¿ me has engañado alguna vez ?

—Nunca : ni de pensamiento, ni de palabra ni de hecho.

—¿ Dios poderoso ! exclamó. ¿ Cómo puede haber una mujer tan linda y tan falsa !

En aquel rostro que seguía todos sus movimientos no se advertía más que sorpresa.

—Lilia, en tí, he amado tu pureza y tu virtud : tú realizabas mi ideal de la mujer ángel en la tierra. ¿ Que el cielo te perdone, por haber matado de un solo golpe toda la fe de mi leal corazón !

—No entiendo lo que me dices, replicó ella pausadamente. ¿ Por qué te expresas así ?

—Usaré un lenguaje más comprensible ; tan comprensible que no dé lugar á dudas. Yo, tu futuro esposo, el hombre á quien amas, te pregunto : ¿ con quién has tenido una cita esta noche en el jardín del castillo ?

Inmediatamente vió que aquella pregunta había caído sobre la joven como un rayo sobre un tierno arbolillo. El color desapareció de sus labios ; una nube pareció empañar el brillo de sus ojos ; quiso hablar y las palabras morían en su garganta, produciendo un débil murmullo.

—¿Niegas que es cierto lo que digo? Conste que yo te he visto y también á él. ¿Te atreverás á negarlo?

—No : respondió ella.

—¿Quién era él? preguntó Leoncio dirigiéndole una mirada colérica que la hizo estremecer. Dime, ¿quién era? Quiero ir en su busca donde quiera que se encuentre.

—No puedo decírtelo, Leoncio, contestó Lilia con voz débil. Por piedad te ruego que guardes mi secreto.

—No temas, dijo él con desdén, no seré yo quien vaya á decir á Lord Earle lo que he visto. Que él mismo descubra quien eres tú, así como yo lo he descubierto. Yo soy quien tengo la culpa por haberme fiado en tí. Dime, ¿quién es él?

—Te repito que no puedo decírtelo, murmuró ella retorciéndose las manos en su agonía. Leoncio, confía en mí : no te enfades conmigo.

—Tú no puedes esperar, Lilia, repuso él un tanto conmovido por la aficción de la joven, que yo guardara silencio después de descubrir una acción semejante. Si tú puedes darme la explicación de ella, no vaciles. Si aquel hombre era un antiguo amante tuyo dímelo ; tal vez yo perdone el engaño si eres franca. Si hay alguna circunstancia que explique ó atenúe tu falta, habla, todavía es tiempo.

—Nada puedo decirte, dijo ella tristemente volviendo sus afligidos ojos y bajando la cara.

—Lo creo, contestó él con amargura. Ni puedes ni quieres dar una explicación. Ya sabrás á lo que te expones, ¿verdad?

Ella levantó los ojos para dirigirle una mirada suplicante, sin decir una sóla palabra.

—Quiero saber ahora mismo, añadió él, quién es el que ha venido esta noche á buscarte al jardín. Sé franca conmigo, que si veo que sólo se trata de una imprudencia de la ju-

ventud, te perdonaré. Si te rehusas á explicar tu conducta, partiré de Earlescourt, para nunca volver á verte.

Ella ocultó su rostro entre sus manos, y él oyó un angustiado sollozo que se escapó de sus trémulos labios.

—¿No me lo dices, Lilia? volvió á preguntar Leoncio.

Jamás pudo olvidar el angustiado semblante de Lilia al repetirle con voz apenas perceptible :

—No puedo.

Y al decir ésto, parecía que se iba á desplomar de la silla que ocupaba.

—¿Es esa tu última resolución? te niegas á explicar lo que como tu futuro esposo, tengo derecho á preguntarte?

—Confía en mí, Leoncio, imploró ella. Por el mismo amor que me tienes, procura tener confianza en mí.

—Jamás volveré á fiarme de nadie. Lilia, quedas libre de tu compromiso, después de haber destrozado el corazón de un hombre honrado y sincero. El cielo sabe qué será de mí después de tan terrible desengaño! Mas no me importa. Toma tu anillo y recibe mi último adiós. No quiero volver á ver tu lindo y falaz rostro.

—¡Oh! Leoncio, aguarda, exclamó ella. Dame algún tiempo . . . no te ausentes así de mi lado.

—El tiempo no ha de hacerme cambiar de resolución; no saldré del castillo hasta mañana temprano. Si deseas que aún permanezca aquí, puedes escribirme esta noche.

Leoncio dejó el anillo sobre la mesa, fingiendo no ver la temblorosa mano que le alargaba Lilia. Al llegar á la puerta del salón no pudo reprimir el deseo de dirigirle una última mirada, y aunque vió su semblante pálido y angustiado no le pareció advertir en él ni el menor indicio de maldad.

Volvióse de la puerta y se dirigió á donde estaba Lord Earle.

—Tengo que salir mañana de Earlescourt, le dijo sin

ningún preámbulo ; me es forzoso hacerlo así y os ruego no trateis de detenerme.

—Ya sabes, querido Leoncio, que puedes ir y venir cuando te plazca : contestó Reinaldo sorprendido por la violenta determinación de su sobrino. Nosotros siempre tenemos gusto cuando vienes y pesar cuando te vas. Tal vez volverás pronto, ¿verdad ?

—Os escribiré pronto, contestó Leoncio ; ahora voy á despedirme de Elena.

Tanto Elena como Heberto y Beatriz quedaron sorprendidos y apesarados por la inesperada marcha de Leoncio, quien contra toda su costumbre estaba esa noche brusco y hasta impertinente.

Cuando Enrique y Laurence se hubieron ausentado, Beatriz con un vago temor de que algo extraordinario sucedía, dijo estar cansada y se retiró á su aposento ; Lord Air-lie se despidió á poco rato y sólo quedaron en el salón Elena y Reinaldo.

—¿Qué le pasará á Leoncio ? preguntó Lord Earle. ; Cuán equivocado estaba yo al pensar que se estaba enamorando de Lilia !

—Pues no ibas nada errado, replicó la madre con una sonrisa, por supuesto, no vayas á decir nada. Lo que sucede es que Leoncio es violento y algo orgulloso y probablemente habrá tenido alguna ligera desavenencia con Lilia. En tales asuntos es mejor no intervenir, porque generalmente un extraño pone las cosas en peor estado. Dejémoslo, él volverá presto, y todo se arreglará. Hablemos ahora de otra cosa, hijo mío, deseaba hacerte una pregunta, y no te enfades conmigo si te molesto. Beatriz se casará muy pronto, ¿no quieres que su madre se halle presente en su boda ?

Reinaldo se levantó del asiento, y comenzó, según su costumbre, en casos apurados, á pasear por el salón.

—Me había olvidado de eso. Madre, no sé qué hacer. Sería un acto de crueldad de mi parte no invitarla ; pero lo cierto es que no quiero verla. Mucho he luchado conmigo mismo por vencer esta prevención que tengo hacia ella, mas hasta hoy no he logrado dominarla.

—Tú sin embargo, la amaste mucho en otro tiempo.

—Así es, dijo él cabizbajo, ¡ pobre Dora !

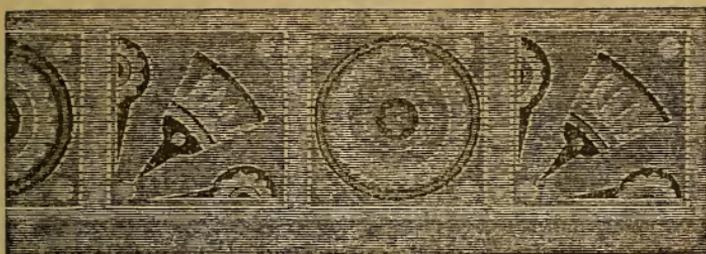
—Eso de vivir sintiendo rencor por alguien es atroz, dijo Elena, y más aún si ese alguien es una esposa.

—Os equivocais, madre, repuso Lord Earle con vehemencia, yo no siento rencor por Dora ; pero ella ofendió mi honor de tal manera que no la puedo perdonar.

—Á pesar de todo tienes que perdonarla algún día ; pues bien, que ese día sea el de la boda de Beatriz.

—No ; contestó él tristemente : me conozco á mí mismo y sé que no puedo hacer aquello que me repugna. Podría abrazar á mi esposa y besarla, más no me sería posible vivir con ella. Yo la perdonaré, madre, al partir de este mundo, pero antes, jamás.





CAPÍTULO XXXVIII.



ILIA EARLE carecía de disposiciones para la tragedia ; jamás andaba haciendo alarde de sus sacrificios ni de sus virtudes, porque había mucha resignación en su apacible carácter. No tenía idea de lo que amaba á Leoncio ; desde que había comprendido que él se había apoderado de su corazón, jamás se había detenido á pensar en lo que haría sin él. La idea de salvarse á costa del secreto de su hermana ni por la imaginación le pasó ; aquel secreto le había sido confiado á ella y no lo revelaría por nada ni á nadie. Si hubiera tenido oportunidad de elegir entre la muerte y traicionar á Beatriz, no hubiera vacilado en proferir la primera, sabiendo que cumplía con un deber sagrado.

Así sucedió que cuando Leoncio pronunció aquellas terribles frases y ella se convenció de que la había visto en el jardín, ni siquiera pensó referirle la imprudencia de Beatriz para evadirse del cargo que le hacía.

Sus palabras fueron crueles y le destrozaron el corazón. Jamás había visto la desesperación en el rostro de Leoncio como aquella vez. Sin embargo, ¿qué podía ella hacer? La dicha de su hermana estaba en sus manos y ella debía cuidarla. Sufrió pues, con verdadero heroísmo las terribles acusaciones, y sólo una vez, que temió perder su amor, fué cuando imploró piedad. Pero la fe había muerto ya en él,

y en vez de compadecerla, le dirigió nuevos dardos que vinieron á clavarse en su corazón : nada hubiera sido más fácil para ella que aclarar el misterio con la seguridad de ganar estimación en Leoncio ; pero hubiera sido necesario revelar el secreto de Beatriz y eso no lo quiso hacer.

Cuando vió salir á Leoncio del salón, se sintió desfallecida por el dolor, porque sabía que á menos que Beatriz le permitiera decir la verdad, ella no volvería á verlo. Inmediatamente se dirigió al cuarto de su hermana á esperarla allí ; la reflexión comenzó á tranquilizarla ; su hermana no rehusaría su ruego cuando se lo hubiera contado todo ; entónces escribiría á Leoncio, dándole una explicación y él no se iría de Earlescourt, y la amaría más por su lealtad.

—Despide á Susette, murmuró al oído de Beatriz en el momento que entró ; necesito hablarte á solas inmediatamente.

Beatriz despidió á la doncella y volvió al lado de su hermana.

—¿ Qué hay Lilia ? Estás mortalmente pálida ¿ qué te ha pasado ?

—Beatriz, contestó Lilia, ¿ me permites decir tu secreto á Leoncio Dacre ? Te aseguro que le será sagrado.

—¡ Á Leoncio Dacre ! exclamó Beatriz. No ; y mil veces no, ¿ cómo te atreves á proponerme eso Lilia ? Es uno de los amigos íntimos de Heberto y se lo contaría todo. ¿ Pero por qué quieres revelárselo ?

—Porque él me vió esta noche, andaba por el jardín y me vió hablando con Hugo Fernely.

—¿ Le has dicho algo ? preguntó Beatriz desesperada.

—Ni una palabra ; ¿ cómo podría decirle un secreto que se me ha confiado ?

—Muy bien hecho, replicó su hermana ya tranquilizada ; no importa lo que piense. ¿ Qué te dijo ?

—Él cree que yo salí por tener una cita con un amante : contestó Lilia con el semblante enrojecido por la vergüenza.

—Y se puso furioso, seguramente, agregó Beatriz. Bueno, no importa, Lilia ; estoy tan cerca de obtener mi libertad y con ella mi dicha, que eso no me puede apenar. Él no dirá nada ¿ verdad ? Es demasiado caballero para eso.

—No, dijo Lilia pensativa, él no dirá nada.

—Entonces no estés tan cariacontecida, Lilia ; ¿ qué importa lo demás ?

—Tú no haces caso de lo que piense de mí, á pesar de que conoces su carácter noble y estricto.

En efecto, no había Beatriz pensado en ésto. Al oír la justa reflexión de su hermana, se quedó confuso y pensativa.

—Lo siento mucho, comenzó á decir Beatriz. Pero Lilia la interrumpió y acercándose á ella le dijo conmovida :

—Beatriz, es preciso que te lo confiese todo : Leoncio me ama, y yo le he prometido ser su esposa, porque también lo amo.

Beatriz al oír aquellas palabras, se quedó estupefacta.

—Sí, lo amo, continuó Lilia ; no te lo había dicho porque él no quería que lo dijésemos hasta que pasara tu boda. Lo amo con verdadera pasión, Beatriz, y cuando me preguntó con quien había estado en el jardín, no le pude contestar. Él se encolerizó y me dirigió las más crueles palabras y yo no me pude defender. Se irá de Earlescourt, y no me volverá á ver si no le explico mi conducta : así lo dijo y así lo hará. ¿ Cómo es posible, Beatriz, que pierda yo mi amor ?

—Pero sólo sería por un corto tiempo, replico Beatriz. Yo no quisiera ser tan egoísta ; pero no me atrevo á confiar en Leoncio, porque es tan delicado en asuntos de honor y

tan violento, que estoy segura no se podría contener. ¿No recuerdas que dijo el otro día, que se alegraba de no tener secretos porque no sabría que hacer para guardarlos?

—Mas, este sí lo guardaría porque se trata de tí y de mí.

—No lo creas, dijo Beatriz. ¡Y estar yo tan cerca de mi apetecida libertad! Lilia, tú me has salvado ya una vez, vuelve á salvarme! Mira, querida hermana, guarda mi secreto hasta que esté casada, y después te juro que yo misma iré á ver á Leoncio y le explicaré palabra por palabra lo que ha pasado, y entónces él te amará mucho más. ¿Harás este sacrificio por mí?

—Considera, Beatriz, que obrar así no es obrar con sinceridad ni hacia él ni hacia mí misma.

—Una de nosotras debe ser sacrificada. Si debo ser yo, el sacrificio me costará, tal vez, la vida; si tú, tan sólo te costará estar ausente de Leoncio por dos ó tres semanas. El mismo día de mi matrimonio te prometo que le escribiré.

—¿Y por qué confiarás en él entonces y no ahora?

—Porque una vez siendo la esposa de Lord Airlie no temo nada. Tres ó cuatro semanas de sufrimiento en obsequio de la felicidad de tu hermana, no me parece tanto, Lilia. No quiero decir más; á tí te toca decidir.

—No, no hagas eso, dijo Lilia sumamente angustiada. Yo no me vindicaré á tu costa.

Beatriz sabía perfectamente que este sería el resultado.

—No se hable más del asunto, dijo; algún día podré corresponder á todo lo que has hecho por mí. El día de mi matrimonio le diré á Leoncio Dacre que la doncella que él ama es la más generosa y sincera del mundo.

—Si obro así es contra mi conciencia: replicó Lilia.

—También lo es contra la mía; pero es el único medio

de salvarme de la desdicha y no te ocasiona ningún daño, lejos de eso te puede traer algo bueno. Ahora procura olvidar lo sucedido. Ya verás como Leoncio no halla como disculparse después. Piensa en lo feliz que vas á ser cuando él regrese.

Atrajo Beatriz hacia ella carinosamente la cabeza de su hermana y estuvo acariciándola con aquella gracia que la caracterizaba, hasta que desvaneció todos sus escrúpulos.

Toda la noche estuvo Lilia, no obstante, en una completa agitación y sin poder conciliar el sueño.

Leoncio Dacre procuraba retardar su partida, esperando que de un momento á otro, se presentara su prima á suplicarle que no se fuera, para darle la ansiada explicación. Llegó, por fin, el momento de marchar y Lilia no había enviado ningún recado. Al partir pasó junto á las ventanas de su aposento y no pudo dejar de mirarlas ; pero las persianas estaban corridas. ¡ Cuán ageno estaba de la causa que presto lo haría volver al Castillo !

La mañana del jueves apareció alegre y brillante como si el otoño quisiera eclipsar los encantos del estío, Beatriz no había dicho á Lilia la hora de la cita con Hugo, ya porque quisiera evitarle algo de ansiedad, ó ya porque no deseaba que supiera que tanto duraba la entrevista ; porque si bien le parecía estar segura de su triunfo, suponía que la discusión sería algo prolongada y molesta.

Lilia estaba un poco indispuesta á consecuencia de la emoción á que no estaba acostumbrada y no había abandonado su lecho. Cuando la doncella informó á Elena del estado de su nieta, inmediatamente se dirigió á su aposento y le prohibió se levantara, cuyo mandato obedeció Lilia gustosa.

El número de comensales en el almuerzo quedó bastante reducido. Lord Earle había ido á Holtham. Elena se apre-

suró á abandonar la mesa apenas hubo concluido para ir al lado de Lilia, y Heberto había quedado sólo con Beatriz y sonreía satisfecho teniendo en sus manos un pequeño paquete que le había llegado por correo.

Suplicó á Beatriz que lo acompañara á dar un paseo para enseñarle una cosa bonita, y ambos se dirigieron al parque con la intención de regresar oportunamente para almorzar.

La mañana estaba apacible, y se advertía en ella todavía algo de las bellezas del verano aunque el suelo estaba materialmente cubierto de hojas secas de varios matices. Heberto y Beatriz tomaron asiento al pie de un corpulento cedro, desde donde divisaban la tranquila superficie del lago. Los pájaros revoloteaban á su alrededor y el sol resplandecía por todas partes. En el hermoso semblante de su amada, Heberto no veía más que amor y felicidad.

—Te voy á sorprender con una cosa, Beatriz, dijo sacando el paquetito que acababa de recibir. La manera de darme las gracias será diciéndome que este obsequio lo apreciarás más que todo en la tierra.

Abrió ella el lujoso estuche que contenía un hermosísimo medallón de oro con su correspondiente cadenilla, y lanzando una exclamación de sorpresa tomó en sus manos la preciosa alhaja.

—Dame ahora las gracias como te lo supliqué, dijo Heberto.

—El obsequio que hoy me haces, idolatrado Heberto, lo apreciaré más que todo en la tierra: dijo ella. Eso lo sabias tú sin necesidad de que lo dijera; ¿porqué has querido que repita tus palabras?

—Por que me gusta oirlas de tus labios, repuso él; por que me siento orgulloso al ver que yo he tenido la fortuna de aprisionar una ave tan codiciada.

—Es que no estoy prisionera todavía.

—Beatriz, dijo Heberto, prométeme una cosa. Déjame colocar este medallón en tu cuello y asegúrame que no te lo quitarás ni un solo momento, ni de día ni de noche, hasta que estemos casados.

—Esa promesa la hago con la mayor facilidad : dijo ella inclinando su hermosa cabeza para que Heberto pudiera afianzar la cadenilla.

¡ Que lejos estaba él de pensar que con el simple hecho de cerrar aquel broche, cerraba la puerta de su felicidad !

—¡ Qué bien te está ! dijo él. Todas las cosas bonitas y elegante parecen haber sido hechas expresamente para tí. No exagero al decir que naciste para ser reina. . . . ¿ Y quién soy yo para tener la ventura de llamarte mía ? ¡ Oh ! Beatriz, díme una vez más lo que nunca me cansaré de oír, díme que me amas !

Ella dijo con el semblante radiante de felicidad, que lo amaba con toda su alma ; y él en cambio imprimió un apasionado ósculo en su cándida frente.

—Cuando la primavera aparezca esparciendo flores y perfumes, tú serás mi esposa, Beatriz. ¡ Al recordar que mi título y mi nombre serán tuyos, cuánto los aprecio ! Tú serás á la vez la más hermosa, la más feliz de cuantas damas han morado en aquel Castillo. Nunca te desharás del medallón que hoy te he dado, ¿ verdad ?

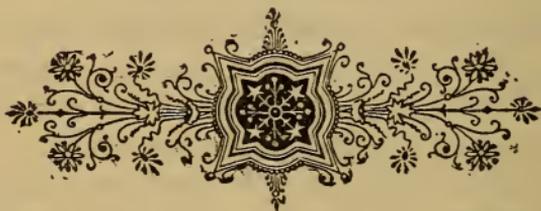
—No ; contestó ella, siempre lo conservaré.

Miéntras ellos estaban al pie del añoso cedro gozando las delicias del día, Lilia permanecía en el lecho con el corazón hecho mil pedazos, pensando por qué la fatalidad la había designinado para su víctima. Ella ignoraba que su padre en el ardor de la juventud había engañado al suyo, casándose clandestinamente contra su voluntad y sus órdenes ; ella ignoraba que aquel infeliz matrimonio había terminado en rencor y desprecio ; y que mientras el colérico

esposo huía del hogar y sus deberes, y la celosa esposa se encerraba á lamentar su desventura, las dos niñas, fruto de aquel desgraciado amor, quedaban abandonadas á la ventura, por decirlo así. Ella sabía que una de aquellas niñas había obrado mal ; sabía que aquel imprudente acto reclamaba una víctima, la cual sería ella no obstante que los responsables eran otros.

En su noble corazón no había ningún resentimiento hacia la mano poderosa que reparte entre los mortales pesares y alegrías.

En donde la aficción y el amor la habían arrojado, allí permanecía devorando en silencio su desventura, en tanto que Leoncio caminaba sin cesar deseando hallarse muy lejos de aquella á quien había dejado de amar, según él, y que sin embargo, no podía olvidar ni por un instante.





CAPÍTULO XXXIX.



L magnífico reloj de mesa, en el salón de Earlescourt, marcaba las nueve y tres cuartos de la noche. Lord Earle estaba sentado leyendo. Elena acababa de dejar á Lilia dormida, y tomando un libro había colocado una silla cerca de su hijo. Heberto se ocupaba en diseñar la nueva sección que se estaba construyendo en Linton. De improviso alzó Beatriz la vista para mirar la hora. Á las diez Hugo Fernely estaría esperándola en la verja del jardín; así es que no tenía tiempo que perder: con pretexto de sentirse fatigada, se dirigió á despedirse de su padre.

Después él recordaba tristemente como había tomado la cabeza de su hija entre sus manos, y fijando en ella una cariñosa mirada, había murmurado á su oído algo así como “señora Airlie de Linton.” Recordaba que ella generalmente tan despreocupada y poco amante de las caricias había rodeado su cuello y dándole un beso le había llamado “su amado padre.” Recordaba la suave y extraña luz de su mirada y su dulce voz que siempre le parecía estar escuchando. Y sin embargo, ningún presentimiento tuvo de la desgracia que le amenazaba. Si él hubiera tenido el menor indicio del peligro que corría Beatriz, ¡ con qué valor la hubieran defendido sus brazos, con qué entusiasmo hubiera ofrecido su pecho para escudarla! Pero ignorante de todo

la sintió salir sin dirigirle la última mirada. ¡ Si él hubiera sabido cuándo y cómo volvería á ver aquel amado rostro !

Beatriz se dirigió á Elena quien se sonrió sin levantar los ojos de su libro, en tanto que la joven se inclinaba para tocar su rostro cariñosamente con sus labios.

—Buenas noches, abuelita, le dijo, cuán estudiosa estás.

—Buenas noches, querida mía : contestó Elena.

Y la primorosa Beatriz volvió la cara riendo.

—Á mí me dejaste el último, dijo Heberto ; que pases buena noche, Beatriz mía ! . . . No hagas caso de papá, está muy distraído, dame un beso.

Ella levantó la cara y Heberto imprimió un silencioso beso en sus frescos labios.

—Te vuelvo á suplicar que no te quites ésto para nada, dijo él tomando el medallón entre sus de dos.

—Pierde cuidado : contestó.

Salió Beatriz, y Heberto que hubiera derramado hasta la última gota de su sangre por ella, la vió desaparecer tranquilo y sin que el más ligero presentimiento le anunciara la desventura que le amenazaba.

Aun sonreía Beatriz al llegar á su aposento. Unas cuantas horas más, un último esfuerzo, se decía á sí misma, y quedaría libre de toda pena para entregarse en brazos de la felicidad que le brindaba el inmenso amor de Heberto.

—Puedes retirarte, dijo á la doncella, ya no te necesitaré, y mañana no me despiertes, porque estoy fatigada y quiero descansar á mis anchas.

La puerta que comunicaba á la alcoba de Lilia, estaba entornada, y Beatriz penetró muy quedo. La lámpara que alumbraba la pieza tenía un velador que amortiguaba la luz ; las persianas estaban corridas para impedir la entrada de los rayos de la luna. Caminando con toda precaución se acercó al lecho de su hermana. La pobre Lilia tenía su

triste y pálido rostro vuelto hacia la pared. Advertíanse algunos rastros de llanto en sus mejillas, y aun dormida como estaba se escapaban de sus temblorosos labios profundos suspiros. Y sin embargo, pensaba Beatriz, al estampar un tiernísimo beso en la frente de su hermana, con qué gusto cambiaría su situación por la de ella.

—Pronto podré recompensar tu sacrificio, proseguía ella, mirando fijamente la encantadora faz de su hermana. Dentro de unas cuantas semanas serás más feliz que nunca. Yo haré que ese caballerito Leoncio, se arrodille ante tí suplicando tu perdón.

Salió en seguida de la alcoba, y Lilia jamás supo que su amada hermana había estado contemplando su sueño aquella noche.

Beatriz tomó de su guardaropa un manto grueso con que se envolvió la cabeza, y así medio tapada se dirigió á la escalera que conducía al jardín, la que bajó procurando no hacer ruido.

La noche estaba serena y clara; y aunque ya era Septiembre no hacía frío. La luna caminaba magestuosa por el azul firmamento despidiendo mil rayos de argentada luz.

Beatriz no se había detenido á ver el lujoso aposento que dejaba tras de sí, ni se había acordado del mullido lecho en que debía estar reposando; pero al encontrarse en el jardín dirigió una mirada á las ventanas con cierto temor y sobresalto. En las piezas de Elena, se veía luz, lo mismo que en una de las ventanas del aposento que ocupaba Lord Airlie. Al fijarse en ésto, la joven se estremeció. ¿Qué hubiera pensado Heberto si la viera en aquel instante?

La humillación que sentía al salir de la residencia de su padre á tal hora de la noche, era grande; estaba avergonzada de lo que hacía; pero el solo pensamiento de que Heberto lo llegara á saber, la impresionaba mucho más. En

fin, era necesario aquel postrer sacrificio, para disfrutar tranquila una vida de felicidad.

✓ Atravesó los jardines deteniéndose algunas veces asustada por la sombra de los árboles, hasta que al fin divisó la verja que conducía al parque cerca de la cual estaba Hugo Fernely en su espera. El joven no se apercibió de sus ligeras pisadas por lo abstraído que estaba en sus pensamientos. Ella llegó hasta él y tocó suavemente su brazo.

—Hugo, le dijo, aquí estoy.

Antes de que ella lo pudiera impedir, él se arrodilló á sus pies, y tomándole las manos entre las suyas las cubrió de apasionados besos y lágrimas.

—Mi Beatriz, decía, mi encanto, bien sabía yo que al fin vendrías.

De pronto se levantó y sin que ella pudiera evitarlo, le quitó el chal de la cabeza y con sin igual cariño colocó el rostro de su amada de manera que la luz de la luna lo alumbrara de lleno.

—¡Cuánto ansiaba ver tu linda faz!, dijo él; de hoy en adelante ya nada me impedirá extasiarme contemplándola. ¡Mírame, Beatriz, quiero ver la luz de tus divinos ojos!

Pero en la mirada que ella le dirigió no había sino frialdad y temor, en lo que él no se fijó, porque la alegría embargaba todo su ser.

—No hay palabras para expresar, continuó él, la ansiedad con que he esperado este feliz momento; y aunque mil veces había pensado en él, te aseguro que la realidad ha superado á la fantasía. Ningún hombre en el mundo, Beatriz, ha sentido en su pecho una pasión más grande que la mía.

Ella escuchó impasible el torrente de palabras del enamorado Hugo, que hubieran conmovido el corazón de otra menos desdñosa que Beatriz.

—Háblame, dijo él desesperado; con cuanta indiferencia

me escuchas, Beatriz, no advierto en tu hermosa cara ni amor ni alegría. Díme á lo menos que tienes gusto de volverme á ver ; que te has acordado de mí, en fin, dime algo, quiero oír tu dulce voz.

—Hugo, contestó ella con suavidad procurando retirar sus manos de las del joven, todo fué un error. Tú no me has dado tiempo para hablar. Me alegro mucho de verte sano y salvo ; pero no puedo decirte más. Yo no te amo como tú á mí.

Hugo soltó las manos de Beatriz y volvió el rostro hacia otro lado.

—Sé razonable, Hugo, continuó diciendo con melodiosa voz, yo era una inocente niña cuando tú me conociste y ni pensaba entonces en el amor, ni podía sentir sus efectos. Tú me hablaste de cosas que nadie me había hablado hasta entonces y á mí me parecía estar leyendo un extraño y agradable libro, y si bien mi imaginación estaba llena de fantasía, mi corazón no estaba lleno de amor.

—Pero tú juraste ser mi esposa, dijo Hugo con ronca voz.

—Sí, lo recuerdo, replicó ella, y no trato de negarlo ; mas, Hugo, tú bien comprendes que no sabía lo que hacía ; hablaba sin reflexión y sin experiencia.

Un profundo y desgarrador lamento se escapó de su pecho y la desesperación que se retrató en su rostro asustó á Beatriz.

—¡ Y es para oír ésto para lo que he vuelto ! He luchado con innumerables peligros, he desafiado con valor las furias del océano para venir aquí á oír, de boca de quien más amo, crueles palabras que destrozan mi pobre corazón.

El desgraciado marinero se volvió á otro lado, sin poder reprimir un sollozo que le arrancó el dolor.

—Cálmate, Hugo, dijo Beatriz con benevolencia, mira que también me afliges.

—¿Y tú no piensas en mi aflicción? Vine esta noche con el corazón lleno de amor y la mente de ilusiones, y tú Beatriz Earle, me acabas de clavar un puñal en el corazón.

Muy á lo lejos por entre el follage divisó ella la luz de la ventana de Heberto y al pensar que él pudiera estar observándola sintió una horrible conmoción.

—Caminemos, dijo Beatriz, no me gusta estar aquí.

Juntos se dirigieron al parque en donde las gotas del rocío brillaban en las hojas de las plantas; pasaron la avenida de nogales en donde el vientecillo imitaba el quejido de un ser viviente y llegaron á la orilla del profundo y apacible lago en cuya tranquila superficie se retrataba la reina de la noche. Mientras caminaban Hugo no desplegó sus labios; pero al fin se quedó mirando á Beatriz, y le dijo en tono colérico:

—Tú juraste ser mi esposa y es preciso que lo cumplas. Ningún otro hombre tiene derecho á tu mano, porque ante el cielo tú eres mía, Beatriz.

—No lo soy, contestó ella con altivez, y nunca lo seré; ningún hombre habrá tan indigno que quiera aprovecharse de una promesa arrancada con astucia á una inocente niña.

—Ocurriré á Lord Earle y lo informaré de mi demanda.

—Como gustes, y aunque él me desprecie, me defenderé de tí.

Ella vió la luz de la rabia en los ojos de Hugo, percibió su agitada respiración y comprendió inmediatamente el peligro que corría si seguía desafiando su cólera.

—Hugo, le dijo tocando su brazo ligeramente, á cuyo contacto él se estremeció; no te enfades conmigo. Tú eres todo un valiente y sé que jamás en tu vida has temblado ante el peligro. Es cualidad de todos los valientes ser á la vez generosos; fíjate en lo que voy á decirte. Supongamos que por algún medio tú me forzabas á ser tu esposa,

¿qué ganarías con eso? Yo no te había de amar, te lo digo con entera franqueza, mas sí te aborrecería con toda mi alma por haberme hecho infeliz: ¿qué ganarías, pues, con obligarme á cumplir mi promesa?

Él nada contestó. Una ráfaga de viento, produjo en aquel instante un oleage en el agua.

—Apelo á tu generosidad, dijo ella, y á la nobleza de tus sentimientos; para ser feliz necesito que me dejes libre de la imprudente promesa que te hice. En nombre del amor que me tienes te ruego me devuelvas mi libertad. Aquellos que verdaderamente aman, continuó ella sin recibir ninguna contestación; jamás son egoístas. Si yo quisiera á alguien como tú dices que me quieres, sacrificaría mi propia felicidad en obsequio del bien amado. Si tú me amas, Hugo, dame una prueba de ello desistiendo de tu empeño. Jamás sería yo feliz contigo.

—¿Por qué no? preguntó él apretando con sus dedos el brazo de Beatriz.

—No por motivos de interés, replicó ella con vehemencia, no por que mi padre sea rico y mi casa lujosa, y tú pertenezcas á otra escala social: no por eso, sino porque no te amo. Nunca he sentido por tí ese amor que debe sentir una mujer para ser la esposa de un hombre.

—¿Qué cándida eres! y dime ¿amas á alguno como yo te amo?

—Esa es otra cosa, dijo ella desdeñosamente; ahora estamos hablando de tí y de mí. Si me dejas en libertad, te respetaré y estimaré toda mi vida. Tu nombre quedará grabado en mi corazón con los caracteres indelebles de la gratitud. Y tu recuerdo será para mí una fuente de placer. Tú serás mi amigo más apreciado y yo seré tu amiga más sincera.

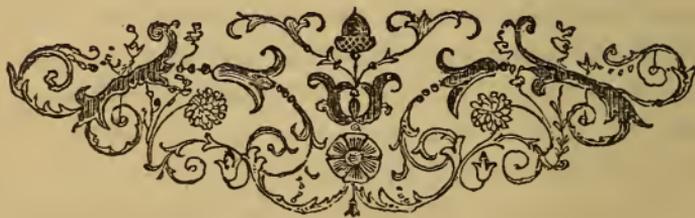
—¿Beatriz, no me tienes de ese modo!

—Sí, es preciso que seas generoso y digno. Mira, Hugo, á ningún hombre me he humillado hasta hoy y mírame pronta á arrodillarme ante tí, para suplicarte que no me exijas cumpla una promesa que jamás tuve intención de hacer.

Las palabras de Beatriz conmovieron el corazón de su amante. Ella vió que él vacilaba y que la cólera había desaparecido ya de su mirada.

—Hugo, continuó ella con ternura, yo Beatriz Earle te suplico por el amor que me tienes, que olvides lo pasado y me dejes en paz.

—Déjame pensar por unos cuantos minutos, dijo él; nadie en el mundo podría desprenderse de su más preciado tesoro con tanta ligereza. Déjame pensar en lo que voy á perder al dejarte libre.





CAPÍTULO XL.



OR un rato ambos guardaron silencio ; y caminando impensadamente se encontraron á la orilla del lago. El firmamento se retrataba en la apacible superficie del lago, y mientras Hugo Fernely pensaba, Beatriz tenía fija la vista en las transparentes aguas,

pensando también en su cercano triunfo. Unos cuantos minutos más y él pronunciaría las palabras por ella tan deseadas ; después le daría las gracias y se apresuraría á volver al castillo. ; Qué tranquilo sueño disfrutaría aquella noche ! Á la mañana siguiente cuando viera á Heberto, ya la emoción y el susto habrían pasado y él no advertiría en su rostro sino alegría.

—Creo que al fin será como tú lo deseas : dijo Hugo. Tendré que conformarme con mi suerte, porque no podría resolverme á hacerte infeliz. Mírame una vez más ; quiero ver por la postrera vez tu divino rostro antes de decirte adiós.

El grueso manto se desprendió de los hombros de Beatriz sin que ella se fijara en eso, por la alegría que experimentaba en aquellos instantes. Hugo se quedó admirando su hermosísima faz.

—El inmenso sacrificio que hago, dijo, es en obsequio á tu felicidad ; pero no á la de otro, Beatriz. Tú no has amado á nadie después que nos conocimos ¿ verdad ?

Ella no contestó ; el amor que sentía por Heberto no lo hubiera negado ni á costa de su vida. Aquel beso, que hacía poco había recibido de él, aun estaba ardiente en sus labios, y jamás negaría su amor.

—Nada me dices, añadió Hugo sombríamente. Por Dios, Beatriz, si es que amas á otro, si es que quieres tu libertad para unirte con él, me volvería loco por los celos y la rabia. Contesta.

Beatriz advirtió una expresión iracunda en la mirada de Hugo y quiso alejarse un poco ; pero él la tenía asida fuertemente por el brazo.

—¡ Contesta ! gritó él con voz ronca, quiero saberlo todo.

No muy lejos de allí, estaba durmiendo el apasionado amante que la hubiera protegido con su fuerte brazo, el amante para quien cada cabello de su cabeza valía más que toda la sangre de sus venas. No muy lejos de allí, dormía el cariñoso padre que la amaba más que á nadie en el mundo. Gaspar Laurence que también hubiera muerto por ella, no se encontraba á gran distancia de aquel sitio, y tal vez en aquellos momentos, aun estaba despierto pensando en ella. Y sin embargo, en aquella hora fatal, en que tan grande riesgo corría á la orilla del profundo lago, y en las manos de un hombre medio loco, no había nadie que la protejera, ó levantara el brazo en su defensa. Pero ella no era cobarde y sintió dentro de sí toda la altivez y valor de su linage.

—Afloja tu mano ; Hugo, le dijo con calma, me lastimas el brazo.

—¡ Contesta ! volvió á gritar él. ¿ En dónde está el anillo que te dí ?

Tomó ambas manos de la joven y se quedó mirándolas ; aquellas manos no temblaban. Miéntas él clavaba sus

coléricos ojos en ellas, las facciones de la hermosa joven no se alteraban.

—¿ En dónde está mi anillo ? contesta, Beatriz.

—No lo he usado últimamente : respondió ella. ¿ Pero olvidas, Hugo, que un caballero no debe obrar como lo estás haciendo ?

—Lo que creo es que me vuelvo loco, dijo él sombríamente. Podría dejarte libre de tu compromiso, Beatriz, por tí únicamente ; pero no para que fueras la esposa de otro hombre. Dime que no has sido tan pérfida para amar á otro y procuraré hacer cuanto tú quieras.

—Es decir que quieres que pase mi vida sin amar, sin ser amada, simplemente porque cometí una imprudencia en mi niñez, que me hizo caer en tus manos : contestó ella haciendo un esfuerzo por contener su indignación. Pues yo no exijo tal sacrificio de tí ; deseo que ames, te cases y seas feliz.

—No me importa lo que suceda cuando yo me haya ido, ya entonces mi corazón no se sentirá burlado ni celoso, Beatriz ; pero no quiero pensar que mientras tú eras mi prometida y yo te dedicaba todos mis pensamientos, tú recompensabas mi fe y mi amor, amando á otro. Yo quisiera saber que tú me habías sido leal mientras moralmente habías sido mía.

Ella nada contestó temerosa de provocar su ira si le decía la verdad ; y no quería por otras parte negar el amor que constituía su dicha principal. La cólera de Hugo aumentaba con el silencio de la joven. Otra vez, la rabia enrojeció su semblante é iluminó su mirada.

Repentinamente se fijó en el medallón de oro que llevaba Beatriz al cuello.

—¿ Qué significa ésto ? preguntó él con presteza. Tú hiciste á un lado mi anillo. ¿ De quién es el retrato que hay en este medallón ? Déjame verlo.

—Te propasas, Hugo, dijo ella retirándose con dignidad. No tengo porqué darte cuenta de mis acciones.

—Yo veré de quién es el retrato : dijo él fuera de sí por la rabia. Tal vez entonces sabré porqué quieres quedar libre de tu compromiso. ¿De quién es el retrato que llevas junto á tu corazón? Quiero verlo ; y si es el de alguno que me ha rebado tu cariño, lo arrojaré á las profundidades del lago.

—No lo verás, dijo ella apretando el medallón con la mano.

—Hugo Fernely, nada temo. Tú jamás usarás de violencia para conmigo.

Pero ya la rabia y los celos, lo tenían cegado y trató de arrancarle el medallón á la fuerza. Ella lo defendía apretándolo más y más entre sus dedos, mientras con la otra mano procuraba desasirse de la garra de Hugo.

Jamás llegará á saberse acertivamente como sucedió aquel accidente ; jamás llegará á descubrirse si la infeliz doncella se cayó ó si Hugo Fernely en medio de su ira la arrojó al lago. Se oyó un agudo grito que resonó en todo el parque y en seguida el golpe de un cuerpo al caer en el agua. La desdichada Beatriz apenas tuvo tiempo de dirigir una mirada de desesperación á su alderredor y luego se sumergió en las aguas ; los lirios más cercanos se estremecieron por un momento y en seguida quedaron en quietud. Por una sola vez, la blanca mano de una mujer rompió el cristal de las aguas, para salir á implorar socorro, después desapareció y todo quedó tranquilo.

Hugo no se arrojó al agua para salvar á Beatriz y aunque ya era tarde él pudo haberlo intentado. El grito de terror que lanzó Beatriz al caer, pareció dejarlo sin movimiento ; allí estaba como petrificado con la vista fija en el punto en donde había desaparecido su amada. Sólo el

cielo sabe lo que pasó en su loca mente al ver á Beatriz hundirse en las aguas. ¿Sucedería que no quiso salvarla porque en medio de su frenética pasión prefería verla muerta á verla feliz al lado de otro hombre? ¿Ó fué debido á la violencia del accidente que lo dejó estático por lo que no se arrojó á disputar su presa á la muerte?

Por muchas horas, que á él le parecieron años permaneció allí, con la mirada fija en el lugar donde había desaparecido el pálido rostro y la suplicante mano. Ni se movía ni sentía la fatiga de permanecer tanto tiempo sin cambiar postura. Lo primero que lo vino á sacar de su aturdimiento, fué la luz blanquecina del alba que comenzó á rayar en el horizonte y el suave gorgceo de una avecilla.

Presto vió que ya había amanecido y rompiendo en una estridente carcajada, se dijo á sí mismo que había velado toda la noche cerca de la tumba de su amada.

Después huyó de allí con veloz paso. Cualquiera que lo hubiera encontrado, con la mirada extraviada y llena de una expresión aterradora y su semblante pálido y desencajado, llena de mortal desesperación, se hubiera apartado de su paso. Atravesó el parque y la carretera y se internó en el espeso bosque sin saber adónde se dirigía y sin volver la cara para nada; á veces gritaba con voz hueca que había estado toda la noche cerca de la tumba de su amada; á veces se cubría la cara con las manos y lloraba amargamente; á veces caía de rodillas y suplicaba al Todopoderoso que lo ocultara de la vista de sus semejantes.

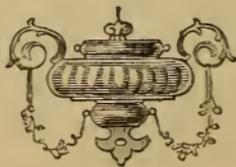
Llegó á una pradera en donde los setos brillaban con los tintes del otoño. Allí se dejó caer y procuró cerrar sus ardientes ojos; pero la bóveda celeste le parecía roja como la sangre y en el aire no veía, sino flamas que danzaban á su alrededor como burlándose de él. Adonde quiera que volvía la vista le parecía descubrir el pálido rostro, cuyos

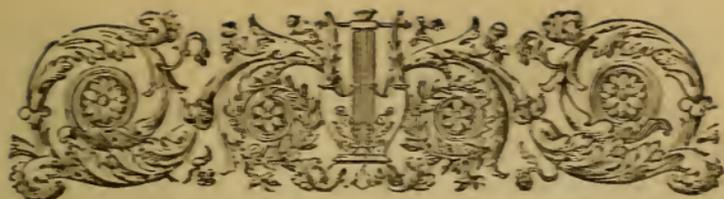
ojos le habrían dirigido una mirada agonizante al desaparecer entre las aguas. Se levantó de allí lanzando un agudo grito y siguió caminando á la ventura. Á poco andar llegó cerca de una alquería en donde unos niños de mejillas sonrosadas estaban riendo y jugando. ¡Dios poderoso! qué tanto tiempo hacía que Beatriz, hoy cadáver en el fondo de un lago, estaba alegre y feliz como aquellos inocentes niños!

También huyó de allí. Esta vez, le pareció escuchar el penetrante grito de Beatriz y apenas había caminado un corto trecho, cuando cayó al suelo sin sentido. Algunas horas más tarde, los niños de la alquería lo encontraron tirado sobre el césped á la sombra de unos saucos y á la orilla de un charco.

Los primeros fulgores de la aurora comenzaron á dibujarse en el Oriente, un tinte dorado se reflejaba en el lago al empezar los rayos del sol á herir su superficie. Las aves canoras se despertaron y dieron principio á sus gorgoros, volando de rama en rama; las flores comenzaron á entreabrir sus húmedos pétalos; los garbosos cisnes con sus encorvados cuellos cruzaban el lago en todas direcciones.

El astro rey apareció, por último, en todo su esplendor, impartiendo calor y luz á la bella naturaleza. Los jardineros salieron al parque á dar principio á su trabajo; las vacas estaban en el campo del pasto, listas para ser ordeñadas; por todas partes se notaba ya animación y vida; pero el fatal secreto del lago aun permanecía oculto.





CAPÍTULO XLI.



El sol iluminaba alegremente el comedor de Earlescourt ; sus rayos caían rectos sobre la rica vajilla de plata y sobre las delicadas piezas de porcelana. Elena, Reinaldo y Lord Airlie, estaban allí tranquilos y risueños esperando á alguien para dar principio al almuerzo, que ya estaba servido en la mesa. Elena tomó su asiento y dijo dirigiéndose á Reinaldo :

—Qué extraño me parece almorzar sin ninguna de las muchachas. Á Lilia no le permití que se levantara, y Beatriz por un capricho que no me explico prohibió á su doncella la despertara, so pretexto de sentirse muy fatigada.

Lord Earle dió una contestación festiva á su madre ; pero ella no quedó satisfecha. La exactitud era una de las cualidades que la adornaban y sólo en caso de enfermedad permitía la falta de puntualidad ; pero no creía que alguna fatiga fuera suficiente razón para no asistir á la mesa.

Los dos caballeros conversaban alegremente durante el almuerzo. Lord Earle preguntó á Heberto si quería acompañarlo á Holtham, mas el joven se excusó diciendo que había prometido á Beatriz llevarla en coche á Langton Priory.

Al oír Elena lo que decía Heberto, hizo llamar á Susette la doncella de su nieta, y le ordenó que la despertase.

Estaba ella en su pupitre arreglando unas cartas, cuando

la doncella regresó. Elena se quedó atónita al ver el pálido y asombrado semblante de Susette.

Señora, dijo, me hareis favor de venir, os necesito urgentemente.

Elena sin decir una palabra á los caballeros, se dirigió á la puerta en donde estaba la doncella.

—¿Qué tienes, Susette, qué te pasa?

—Por piedad, venid arriba. Yo no encuentro á Beatriz, no está en su aposento.

Si la doncella no hubiera estado tan trémula, Elena se hubiera reído al ver su espantado rostro.

—Probablemente está con Lilia, dijo; ¿por qué haces tanto misterio, Susette?

—Tampoco está allí, no la he encontrado en ninguna parte.

—Tal vez habrá salido al jardín.

—Señora, murmuró Susette al mismo tiempo que en su semblante aumentaba la palidez; la cama de Beatriz está intacta y todo en el cuarto indica que ella no ha estado allí en toda la noche.

Un estremecimiento general agitó el cuerpo de la noble dama al oír las palabras de la doncella.

—Hay en esto algún error, dijo ella, aparentando calma; voy á ver qué es lo que pasa.

Los aposentos estaban solos, las alhajas, los trajes, las chinelas y todo en el cuarto estaba en completo orden, atestigüando que Beatriz no había estado allí.

El lecho probaba también que nadie se había acostado en él; las persianas estaban corridas y el sol luchaba por penetrar. Elena se dirigió impensadamente á la ventana y haciendo á un lado la rica cortina de encaje, se quedó mirando á su alderredor.

—Ciertamente no ha dormido aquí, dijo; pero seguro

que pasó la noche con su hermana Lilia. ¡ Qué susto me has dado Susette ! Yo misma voy á ver.

Elena atravezó por la pieza que servía de estudio á las hermanas, en donde aun se veían sobre la mesa, los libros que Beatriz había estado hojeando la noche anterior, y luego entró al dormitorio de Lilia.

La hermosa joven estaba despierta y aunque su semblante estaba lánguido y pálido, se podía notar en él cierta mejoría. Elena procurando dominar su emoción se dirigió á ella tranquilamente.

—¿ Has visto á Beatriz, esta mañana, Lilia ? preguntó : la necesito mucho.

—No, contestó Lilia, no la he visto desde anoche antes de cenar.

—¿ Entónces, no durmió contigo ?

—No, no durmió aquí.

Elena besó cariñosamente el semblante de su nieta y salió del cuarto dominada por un terrible pánico. Reinaldo había hecho construir una escalera de los aposentos de sus hijas al jardín pensando en lo agradable que sería para ellas tener aquella comunicación con la parte más amena del castillo. Al dirigirse Elena á la entrada de esta escalera encontró á Susette con un moño de liston color de rosa en la mano.

Señora, dijo, yo cerré con llave la puerta de la escalera anoche y además corrí los cerrojos ; y ahora la encontré abierta y en uno de los peldaños, hallé este moño del traje que llevaba anoche Beatriz.

—¡ Algo terrible ha sucedido ! exclamó Elena. Susette, vé á decir á Lord Earle que venga acá inmediatamente ; pero no digas ni una palabra á los demás.

Á los cuantos minutos llegó Reinaldo quien se quedó estupefacto al ver el demudado semblante de su madre.

—Reinaldo, dijo ella, Beatriz no ha dormido anoche en su alcoba, y no la encontramos en ninguna parte.

Al principio se sonrió Reinaldo pensando que sería alguna equivocación y que su madre estaba alarmada sin motivo ; pero cuando ella en breves palabras le relató lo de la puerta abierta y del moño en la escalera, comenzó á ponerse serio. Tomó el listón de la mano de la doncella y al momento recordó haberlo visto en el traje de su hija la noche anterior, precisamente cuando ella fué á despedirse de él y á recibir un ósculo paternal.

—Tal vez, salió al jardín y se enfermó allí repentinamente : dijo él. Que no asusten á Heberto, madre, yo mismo voy á buscarla.

Luego fué por todas las piezas del castillo ; pero en ninguna encontró la menor señal de Beatriz. Él sin embargo nada temía, resistiéndose á creer que le hubiera sucedido algo serio.

Después se encaminó al jardín, y con la esperanza de que por entre los árboles favoritos de su hija, apareciese su hermoso semblante sonriéndole, comenzó á llamar en voz alta :—¡ Beatriz ! ¡ Beatriz !

Pero sólomente el eco de su voz le contestaba. Ni en el jardín, ni en el parque pudo encontrar el menor indicio de la joven. Cansado de tanto buscar, regresó al lado de Elena, atormentado ya por el temor.

—No la pude encontrar, dijo ; madre, no comprendo lo que pasa. No es posible que mi amada hija, nos haya abandonado, ella no era infeliz aquí.

Ni una carta, ni un pedazo de papel, nada había allí que les indicara el paradero de Beatriz. Madre é hijo se quedaron mirándose con la desesperación pintada en sus rostros.

—Reinaldo, hijo mío, ¿ en dónde estará nuestra querida Beatriz ? ¿ qué habrá sido de nuestra infortunada niña ?

Él procuró tranquilizar á su afligida madre ; pero el temor y el pesar se iban apoderando violentamente de su propio corazón.

—Veamos si Heberto nos puede dar alguna buena idea, dijo Reinaldo.

Se dirigieron al comedor en donde encontraron á Heberto esperando á la bella Beatriz, á quien ya no volvería á ver sino muerta. Al verlos entrar, les dirigió una sonrisa y les preguntó si Beatriz vendría luego. La alegría murió en sus labios inmediatamente que notó la palidez mate de ambos rostros.

—Heberto, dijo Lord Earle, estamos muy alarmados : ¡ ojalá y sea sin motivo ! Ni mi madre ni yo, hemos podido encontrar á Beatriz y estamos asustados.

Elena hundió su blanca y trémula mano en un cojín, y Lord Earle refirió á Heberto en unas cuantas palabras cómo habían descubierto la ausencia de Beatriz y lo que habían hecho por encontrarla. Heberto escuchó lleno de asombro toda la relación.

—Seguramente que trata de asustarnos y se habrá ocultado en alguna parte. No puedo creer que haya sucedido otra cosa.

Al decir esto pensaba el joven en la imposibilidad de que su digna y virtuosa prometida hubiera cometido cualquier desacierto.

Ninguna buena idea les pudo sugerir. Él lo mismo que Reinaldo, no la había visto desde la noche anterior cuando fué á despedirse de ellos. La última persona con quien había hablado fué con su doncella Susette quien la dejó en el aposento, después nadie la había visto.

Lord Earle y Heberto salieron juntos, y á indicación del segundo, se dirigieron al parque ; pero después de recorrerlo en todas direcciones sin ningún resultado, se disponían á

regresar cuando de improviso se fijó Heberto en el lago, y sintió como un dardo en el corazón al recordar la mañana en que paseando en el bote, se había asustado tanto Beatriz al figurarse ver en el agua su propia fisonomía con una sonrisa burlona. Sin decir una palabra se dirigió apresuradamente á la orilla del lago, cuyas tranquilas aguas retrataban el azul firmamento y las blancas nubecillas que lo surcaban. Todo estaba allí en verdadero sosiego, los lirios no se movían, el bote de recreo estaba asegurado en su respectivo poste : ¿ cómo iba á descubrir el secreto que ocultaba en su fondo ?

—Venid, Heberto, gritó Lord Earle, creo que me voy á volver loco. Voy á llamar á todos mis sirvientes y no dejaré lugar que no se registre.

Á los pocos minutos todo era confusión y alarma en el castillo ; las mujeres lloraban y los hombres demostraban el espanto en sus pálidos semblantes. La encantadora y querida Beatriz había desaparecido y nadie daba razón de ella. El jardín, el parque, los zarzales habían sido recorridos varias veces y nada se encontraba. Elena entretanto permanecía recostada en un sofá casi muerta de miedo y Lilia seguía en su lecho sin saber nada de lo ocurrido.

Heberto fué el primero que propuso se rastreara el fondo del lago. El sol estaba ya muy alto é iluminaba de lleno la tierra y el agua.

Se trajeron los rastros y Hewson el mayordomo acompañado de dos jardineros, se metió en el bote para dar principio á la investigación del lago. El padre y el amante de la infortunada Beatriz se quedaron á la orilla presenciando la maniobra. Ya había dado una vuelta completa el bote en el lago sin resultado alguno y la esperanza renacía en el corazón de Heberto, cuando vió que los hombres en el bote se dirigían unos á otros miradas de sorpresa y después todo los ojos se fijaban adonde ellos estaban.

—Milord, dijo Cowden, que era el ayuda de cámara de Lord Earle, dirigiéndose á Heberto ; por favor llevaos á mi amo á casa : los hombres del bote han encontrado algo en el fondo del lago. Lleváoslo cuanto antes y procurad que Elena y las demás mujeres nos dejen el paso libre.

—¿Qué pasa? gritó Reinaldo. Decidme, Heberto, ¿qué sucede?

—Nada, venid conmigo, contestó Lord Airlie, los hombres no trabajarán con libertad mientras estemos aquí.

En efecto, algo habían encontrado debajo del agua ; los rastros habían enganchado las ropas de una mujer, y los que estaban en el bote permanecieron inmóviles hasta que perdieron de vista á Lord Earle.

Al través del agua percibían la figura de un cadavérico rostro, descansando sobre una masa de negra cabellera. Con el mayor respeto y cuidado, elevaron el cuerpo de la infeliz Beatriz. Ni aun aquellos hombres tan fuertes pudieron reprimir el llanto al sacar fuera de las aguas el cadáver. Quién de ellos procuraba cubrir aquél rostro con su pañuelo, quién procuraba exprimir el agua de la abundante cabellera. El sol iluminaba en tanto, con todo su fulgor como burlándose de aquel cuadro fatídico.

Con paso lento y descansando á trechos, condujeron el cuerpo al través del parque y de los jardines, después ascendieron por la lujosa escalera, hasta que por fin llegaron al aposento que ella había dejado la noche anterior llena de vida y esperanza. La depositaron en el lecho, en donde sus ojos ya no volverían á abrirse para saludar á un nuevo día, y después todos salieron de la estancia.

¡ Ahogada ! ¡ ahogada ! era el grito que salía de todos los labios, hasta que llegó á los oídos de Lord Earle quien sentado cerca de su madre trataba de consolarla. ¡ Ahogada ! ¡ muerta ! fué el grito que llegó hasta el aposento de

la delicada Lilia, quien no pudiéndose contener abandonó su lecho, pálida y trémula, para averiguar lo que pasaba. ¡ Ahogada, muerta ! fueron las palabras que pusieron loco de pesar y desesperación al desgraciado Heberto. Nadie podía explicarse cómo había sucedido aquella desgracia. ¿ Qué la había llevado cerca del lago en el silencio de la noche ?

Sin pérdida de tiempo se mandaron extraordinarios para llamar á los mejores médicos de la vecindad ; como si la ciencia humana pudiera hacer algo por la pobre Beatriz ! . .

—Quiero verla, decía Heberto. ¡ Si no quereis matarme, dejadme verla !

Al fin se le permitió, y Reinaldo y Helena lo acompañaron. Nadie de los que estaban presentes pudo después olvidar el grito desgarrador que lanzó el joven al precipitarse sobre el cadáver de su amada.

—¡ Beatriz, mi amor, mi encanto ! ¿ por qué no me fué dado á mí morir en tu lugar ?

Entonces le hicieron notar como aun muerta, tenía Beatriz agarrado el medallón con su crispada mano.

—Seré tuya hasta después de la muerte :—había dicho ella, y había cumplido su palabra.





CAPÍTULO XLII.



Al estar aquel grupo de afligidas personas rodeando el lecho mortuorio, llegaron los médicos y después de examinar detenidamente el hermoso rostro, declararon que hacía muchas horas había muerto. Aquellas palabras vinieron á aumentar el dolor de todos los circunstantes. Ella había muerto mientras los que más la amaban en el mundo, descansaban tranquilamente en sus alcobas muy ajenos de que la fatalidad les estaba preparando un golpe tan terrible.

¿Cuánto no habría sufrido en aquella noche! ¿Se habría arrojado de intento en el agua, ó al caminar por la orilla se habría caído accidentalmente? ¿Qué misterio había en todo aquello? ¿Se había cometido algún crimen con la hija de Lord Earle, cuando él estaba tan cerca de ella?

Aun tenía puesto Beatriz el traje color de rosa que llevaba la noche anterior y que contrastaba burlescamente con su presente situación. Los delicadísimos encajes estaban empapados é inservibles; los botones de rosas que había colocado en su oscura cabellera aun permanecían entre los mojados bucles, afianzados por una flechilla de diamantes obsequio de Heberto; en el corpiño del traje estaba un broche de brillantes, y un riquísimo brazalete ceñía su torneado brazo.

Todo aquello decía claramente que ni se había quitado

sus alhajas antes de salir, ni había cambiado su traje. ¿Qué motivo la había llevado cerca del lago? ¿Por qué tenía el medallón tan fuertemente agarrado entre sus dedos?

Cuando ya estuvo un poco más calmado Heberto, expresó la hipótesis de que probablemente Beatriz se había quedado dormida vestida, y que en un acto de sonambulismo se habría dirigido al jardín y de allí al lago, en donde al caminar por la orilla había perdido el equilibrio y caído al agua.

Esta versión circuló inmediatamente entre los sirvientes, después pasó á todo el vecindario y de allí á los periódicos locales, y por último á la prensa de Londres, en cuyos diarios apareció que la hermosa Beatriz Earle caminando dormida por la orilla del lago, había caído en él y se había ahogado.

La versión de Heberto no dejó satisfecho á Lord Earle, quien no se separó de la cámara mortuoria para nada. Las señoras se encargaron de quitar al cuerpo las alhajas y las mojadas ropas. Elena llorando amargamente secaba la cabellera de su nieta y su lívida frente. Después le cerró los ojos y quiso cruzarle las manos sobre el pecho; pero aquí sus esfuerzos fracasaron, porque la derecha estaba tan fuertemente adherida al medallón, que fué imposible apartarla de allí.

Cuando ya se le hubo cambiado el traje y la bella Beatriz quedó colocada sobre un lecho de fragantes flores, Reinaldo con el corazón hecho pedazos se arrodilló á su lado. Aquel inmóvil ángel era su Beatriz, su idolatrada hija, á quien años atrás le habían enseñado á balbutir su nombre bajo el hermoso cielo de Italia; su hija, de cuya hermosura se había sentido tan orgulloso, su Beatriz, en fin, ídolo de su hogar y encanto de su vida. ¡Y ella, la linda doncella que ayer charlaba alegre y risueña estaba allí fría como el mármol, sin luz en los ojos, ni aliento en los labios!

De repente, un dolorido grito se escapó del pecho del angustiado padre y es que se acordó de Dora. ; Qué iba á pensar la infortunada madre ! Si él, que había estado ausente de su hija por tantos años, sufría de aquella manera tan terrible, ¿ cuál no sería el dolor de Dora al saber el fin de aquella niña, cuyo llanto había acallado con sus besos, y que la había visto nacer y desarrollarse lozana y hermosa, así como en la encina ve brotar y crecer el retoño de su tronco ?

Después los pensamientos de Reinaldo volvían al asunto que tanto le preocupaba. ¿ Cómo había sucedido aquella desgracia ?

Cerca de él estaba arrodillada la única persona que podía descifrar el enigma ; pero el terror y la sorpresa le impedían hablar : aquella persona era Lilia. Enferma y débil como estaba, la desgracia de su hermana la había puesto en tal estado, que ni podía coordinar sus ideas, ni distinguir el bien del mal. Ella era la única que tenía la llave del secreto y estaba allí arrodillada junto al cuerpo de su amada hermana, pálida y ojerosa, y con el terror impreso en su semblante. Los que la miraban la compadecían sinceramente. Las azules violetas de sus ojos se habían convertido en rojas amapolas, en fuerza del llanto y la aflicción. Le parecía imposible que aquel helado cuerpo fuera el de su hermana, que no hacía mucho se había arrodillado á sus pies suplicándole que la salvase ; de su hermana que se había soñado tan cerca de la felicidad.

¿ Había ido á la cita con Hugo, y él la había matado ? Adonde quiera que dirigía la vista le parecía ver escrita aquella pregunta con letras de fuego. ¿ Qué debería hacer ella ? ¿ Debería decírselo todo á su padre, ó la promesa la obligaba á guardar silencio aun después de muerta su hermana ? Nada había de volverla á la vida, ¿ para qué era pues

decir lo que sabía, si no era para echar una mancha á la memoria de aquella que había sido tan amada y respetada?

Uno de los doctores que ocurrieron al castillo vió el semblante de Lilia, y sin pérdida de tiempo se dirigió á Elena y le dijo que si no retiraban á Lilia de aquel sitio, su vida ó su razón corrían peligro.

—Si alguna vez he visto una cara que demuestre síntomas claros de un cerebro extraviado, añadió el facultativo, es precisamente la de esta joven.

No con poco trabajo se consiguió llevar á Lilia á su aposento, en donde quedó al cuidado de dos señoras. El médico no se había equivocado. Mientras Lord Earle lloraba la muerte de su hija Beatriz, Elena se afligía por el peligro que corría la vida de Lilia.

La luz del día se iba extinguendo, cuando el pesar y la aflicción se habían apoderado completamente de todos los habitantes del castillo. Los sirvientes se movían como fantasmas, procurando no hacer ruido y hablando en voz baja. Elena estaba sentada á la cabecera de la pobre Lilia. Herberto Airlie se había encerrado en su aposento.

Reinaldo seguía de rodillas junto al cadáver de Beatriz: en vano procuraron que se retirara de allí; en vano le ofrecieron alimentos, él seguía con los ojos fijos en el semblante de Beatriz, como si tratara de leer en él el secreto de su muerte. Llegó la noche y Reinaldo siguió allí rodeado de amigos que nada podían hacer para aligerarle su pesar; á veces rendido por la fatiga se quedaba dormitando, y comenzaba á soñar que veía á su hija luchando por salvarse de las aguas, y llamándolo en su auxilio; luego se despertaba sobresaltado y veía que la realidad era aun más terrífica que su sueño. La sonrosada luz de la aurora vino á sorprenderlo en la misma postura que había tomado desde un principio al lado de la yerta Beatriz.

Elena le trajo un poco de te que le suplicó tomara ; sus calenturientos labios casi se resistían á dar entrada al liquido. Una hora más tarde el mayordomo Hewson le presento una carta que había sido traída, según dijo, por Tomás Ginns que vivía en la alquería que se hallaba más allá de las colinas de Fairglen. Aquella carta había sido escrita por un hombre moribundo, que se encontraba en la casa de Ginns, quien había suplicado fuese entregada á Reinaldo, sin pérdida de tiempo.

—Me atreví á presentárosla, Milord, porque el hombre que la trajo, dijo que era sumamente urgente.

Reinaldo tomó la carta y trató de abrirla ; pero sus trémulos dedos parecían resistirse á ello. Hizo una señal á Hewson para que se retirara, é inmediatamente volvió á tomar su melancólica postura. Por una causa inexplicable, en medio de su abstracción se acordó de la carta, de aquella carta que le había sido entregada frente al cadáver de su hija. ¿ Qué contendría ? ¿ Por qué tendría tanta urgencia el que la enviaba ? La curiosidad triunfó por fin, y se resolvió á abrirla. Ocupaba varios pliegos de papel y en el primero se leía : “ La confesión de Hugo Fernely.”

Aquel nombre le era totalmente desconocido. De improviso le vino un pensamiento ; ¿ tendría algo que ver aquella confesión con la desgraciada muerte de su hija ? Con mano convulsa y arrodillado junto á Beatriz, volteó la hoja de papel y leyó :

“ Lord Earle :—Estoy al borde del sepulcro. La mano que esto escribe pronto estará yerta ; pero antes de morir he querido confesar mi crimen. Tal vez, en este momento estais arrodillado junto á la hija que habeis perdido y cuya muerte no os explicais. Milord, yo la maté.

“ La encontré por primera vez, hace cerca de tres años, en Knutsford. Ella vagaba sola por aquellos sitios y ca-

sualmente la ví ; desde aquel instante la amé tanto como ahora. Por una rara casualidad la oí lamentarse de la soledad en que vivía, y ésto en tales frases, que desde luego la compadecí. Era joven, bella y fogosa ; pero en el lugar en que vivía, ni podía disfrutar de su juventud, ni mucho menos lucir su belleza, me parecía como una lozana flor que se quiere guardar en un rincón, donde no llegan los rayos vivificadores del sol. Le hablé, mas no la culpeis á ella, porque no era sinó una inocente niña. Le hablé, repito, y le interrogué acerca del camino y ella me contestó. Al ver su hermoso rostro, juré que yo la libertaría de aquella vida monótona que tan odiosa le era ; y que la haría muy feliz.

“ Después la volví á encontrar. ¡ Que el cielo me perdone el empeño que tuve en despertar la curiosidad en su sencillo corazón ! Le referí mil aventuras de mis viajes, que no hicieron sinó avivar su anhelo para salir de allí. Con el instinto penetrante que da el amor, comprendí perfectamente su carácter y procuré atacarlo por su lado débil.

“ Ella me habló de su joven y afligida madre que jamás sonreía y de su padre que se encontraba en el extranjero y no vendría en muchos años. Perdonadme, Milord, si yo, lo mismo que otros muchos, creí que aquella historia no era cierta y que la joven madre, no era vuestra esposa.

“ Cuando propuse á Beatriz que fuera mi esposa, os aseguro que creí sacarla de una situación difícil. Ella me dijo que su madre veía con repugnancia al amor y á los amantes, y yo le supliqué no revelara mi amor á nadie.

“ No pretendo disculpar mi conducta ; Beatriz era cándida y pura como el sueño de un niño, yo debí haber visto su hermoso rostro y dejádola en paz. Milord, ¿ soy yo en todo esto el único culpable ? Aquella linda joven en Knutsford deseaba lo que yo le podía proporcionar ; la felicidad y el placer no me parecía fuera de mi alcance. Si ella hubiera

ocupado el lugar que correspondía á su rango, yo jamás hubiera pensado en su amor.

“No es á vos á quien debo referir los detalles de mi loca pasión ; pero sí os diré que la amaba con frenesí y que ella gozaba grandemente con mis palabras. Yo le rogué que fuese mi esposa y ella prometió serlo. Jamás llegué á pensar, que ella vendría á participar de vuestro techo. Mis intenciones eran casarme á mi regreso con ella, suponiendo que mi posición era mejor que la suya. Ella juró serme fiel, no amar á otro, y casarse conmigo cuando volviera.

“Hoy comprendo que nunca me amó ; y si aceptó mis galanteos y mi cariño, fué solamente por que le proporcionaba alguna distracción en medio de la monotonía de su vida. Juzgo por esto que son culpables también de su trágico fin, aquellos que la tenían privada de distracciones y placeres, obligándola á aceptar secretamente el primer entretenimiento que se le presentó.

“Milord, yo coloqué un anillo en el dedo de vuestra hija, y con ese anillo le entregué toda mi fe. No puedo describiros mi amor ; pero sí sé que era una pasión que me devoraba noche y día. Quedé en volver á los dos años para hacerla mi esposa, y en efecto á poco tiempo de cumplido el plazo, regresé con el bolsillo lleno de oro, y el corazón lleno de alegría y esperanza, creyendo que pronto iba á realizar el sueño más hermoso de mi vida. Me dirigí directamente á Knutsford, mas, ¡ oh, desventura ! ella ya no estaba allí, y supe que la doncella á quien yo amaba era nada menos que la hija del poderoso Lord Earle.

“No por esto me desanimé ; el rango, el título y las riquezas no me parecían nada al lado de mi inmenso amor. Vuestro consentimiento, Milord, no me importaba, el que yo deseaba era el de ella ; y sin pérdida de tiempo me dirigí á Earlescourt. De Brookes le escribí una carta, en la que

estampé todo el fuego de mi amor. Su contestación no pudo ser más fría. Le volví á escribir diciéndole que estaba resuelto á verla y me mandó la contestación con su hermana. Después de ésto, llegué al colmo de la desesperación y me propuse entablar mi demanda ante vos. Insistí, sin embargo, en que tuviéramos una entrevista secreta, á lo que ella accedió y el jueves en la noche la encontré cerca del zarzal que hay entre el jardín y el parque.

“Cuán claramente recuerdo sus ruegos y su bellissimo rostro al suplicarme que la dejara libre de su promesa! Me dijo que todo lo que había pasado en Knutsford había sido para ella solamente un pasatiempo, y que si yo la dejaba libre de una promesa debida á su inexperiencia, sería siempre mi mejor amiga. Al principio rehusé terminantemente; pero ¿quién podría resistir por mucho tiempo á sus vehementes súplicas? Si ella me hubiera pedido que arrodillado á sus pies me dejara arrancar la existencia, os protesto que no hubiera vacilado.

“Le ofrecí pensar sobre lo que me pedía, y sin pretenderlo fuimos caminando hasta llegar á la orilla del lago. Mi amor por vuestra hija era un amor reverente y puro, cada cabello de su cabeza me era sagrado; sus altivos modales me deleitaban. Al fin le prometí que la dejaría en entera libertad, si me aseguraba que no era para hacer feliz á otro hombre. Ella se negó á declarar tal cosa. Algunas de sus palabras me pusieron loco de rabia y celos; sí, loco; sentía la sangre hervir en mis venas. Repentinamente me fijé en un medallón que llevaba al cuello y le preguntó de quién era el retrato que encerraba. Ella no me lo quiso decir, y yo cegado por la ira quise quitárselo por la fuerza. Ella lo tomó entre sus manos y al tratar de huir de mí cayó en el agua.

“Juro que su caída fué accidental. Yo no hubiera ul-

trajado uno solo de sus cabellos ; pero perdonadme, Milord, perdonadme en nombre del cielo ! yo pude haberla salvado y no lo intenté. Pude haberme arrojado al agua para sacarla del peligro, pero los malditos celos murmuraban á mi oído :—No la salves para otro, déjala perecer. Y me quedé á la orilla mirando el agua que se cerró tras de su cuerpo. Después miré su mano blanca que salió un momento pidiendo socorro, y yo no me moví. Toda la noche estuve velándola á la orilla del lago, hasta que la primera luz del alba vino á despertarme de mi arrobamiento, y entonces huí de aquel sitio.

“ Yo la maté, porque pude haberla salvado y no lo hice. Vuestra cólera, Milord, en nada puede aumentar mi tormento : os ruego que penseis cuál habrá sido éste ! Yo era joven y fuerte hace apenas dos días ; y cuando el sol se hunda en el ocaso, habré dejado de existir. No pretendo evadirme de la justicia ; presto estaré ante el Supremo Juez : ¿ qué me importan los tribunales de los hombres ? Mandad por mí si gustais á los agentes de la ley ; si aun me resta un instante más de vida, que me lleven adonde dispongais, y si ya soy cadáver, que me entierren como si fuera un perro, ó que hagan de mí lo que quieran. No pido ni misericordia ni perdón porque creo que nada merezco.

“ Si supiera que sufriendo algún extraordinario tormento podría volver la vida á vuestra hija, no titubiaría en aceptarlo ; pero esto desgraciadamente es imposible. Mi delito será juzgado en la eternidad.

“ Escribo esta confesión, Milord, primeramente para calmar un tanto á mi conciencia, y enseguida para librar á otros de toda responsabilidad. No me maldigais porque á causa de mis locos celos, un ángel más ha volado al cielo.”

Así terminaba aquella extensa carta.

Reinaldo la leyó palabra por palabra, fijando la vista de

vez en cuando en el cadavérico rostro de Beatriz que había mantenido oculto su secreto. Cada una de aquellas frases parecía incendiarle el cerebro ; cada una de aquellas sentencias, parecía levantarse ante él como un espíritu acusador.

¡ Al fin encontraba las consecuencias de su tontería juvenil : la desobediencia á sus padres, el matrimonio clandestino, el abandono de su familia, el orgullo, la ira, el amor propio, todo había terminado en una fatal tragedia !

Un pensamiento vino á aumentarle su dolor. Beatriz había hecho mal en admitir el amor de aquel desconocido ; Hugo había obrado con ligereza al tratar de ganar el corazón de aquella inocente niña ; pero quien era el responsable de todo lo que había sucedido, era el padre desobligado que no había cumplido con los deberes que le correspondían.

Por la primera vez comprendió lo mal que había obrado al abandonar á su familia. Hasta entonces se había creído un héroe ; pero en aquel momento veía lo que era en realidad. Con qué dolor se inclinó sobre el cadáver de su hija suplicándole lo perdonara porque toda la culpa era de él. Elena buscándolo para impartirle algún consuelo, lo encontró llorando, como pocas veces suelen llorar los hombres. Él nada le dijo de la carta ni de Hugo Fernely ; pero volvió á ella su afligido rostro y profirió en tono suplicante :

—Madre, quiero ver á Leoncio Dacre ; que vayan á llamarlo y le digan que venga sin pérdida de tiempo.

En aquel trance fatal de su vida, no quería estar sólo ; necesitaba á alguien que le ayudase á soportar el peso de su situación. Necesitaba á alguien también que fuera á ver al desdichado que *había* escrito aquella carta ; y ese alguien no podía ser otro sino su heredero Leoncio.

En cuanto al infeliz Heberto era preciso que nada supie-

ra, que la memoria de Beatriz le fuera siempre sagrada y querida.

Elena perdió algún tiempo en averiguar el paradero de Leoncio. Uno de los lacayos que lo había acompañado á la estación, recordaba el nombre del lugar para donde compró el boleto. Elena sabía que Sir Godofredo Greston, vivía cerca y allá mandó á buscarlo.

Afortunadamente el mensajero lo encontró allí. Horrorizado y sorprendido por las noticias, Leoncio se apresuró á regresar al castillo. Le parecía imposible que su hermosa prima hubiera dejado de existir en tan corto tiempo. Al caminar en el tren le parecía oír á veces su alegre risa mezclada con el ruido que producían las ruedas al girar sobre los rieles.

No conocía los pormenores del accidente, sólo sabía que caminando dormida había llegado hasta el lago, en donde se había caído.

No habían pasado veinticuatro horas desde que Reinaldo mandó que llamasen á Leoncio, cuando éste se presentó á su vista.

—Persuádelo de que salga de ese cuarto, le dijo Elena ; desde que trajeron á nuestra querida Beatriz, no se ha apartado de su lado ni un momento.

Leoncio obsequió los deseos de Elena ; se dirigió á la biblioteca y envió á decir á Reinaldo tuviera la bondad de pasar allí, porque de pronto no le era posible pasar él á donde estaba el cadáver.

Mientras estaba esperando oyó hablar de la grave enfermedad de Lilia. Elena le refirió cuanto había cambiado desde antes de la muerte de Beatriz, y el noble Leoncio no pudo impedir sentirse conmovido á pesar de lo que había pasado entre ellos.

Al entrar Reinaldo á la biblioteca, apenas pudo recono-

cerlo Leoncio. ¡ Tal era el estrago que en unas cuantas horas había causado en él la angustia y los remordimientos de su conciencia !

—Mandé por tí, Leoncio, dijo, porque tengo un gran pesar, tan grande que yo sólo no basto para sufrirlo. Es preciso que tú pienses y obres en mi lugar, porque yo estoy imposibilitado de atender á nada.

Al ver Leoncio el afligido rostro de Reinaldo, comprendió que algo más que la muerte de su hija le atormentaba en aquel momento.

—Hay secretos en todas las familias, continuó Lord Earle, y de consiguiente era preciso que también en la mía hubiera alguno. En ese secretó está envuelta la historia de la muerte de mi hija. Al estar ayer arrodillado junto al cadáver recibí esta carta. Infórmate de ella y después obra como te parezca.

Leoncio la leyó detenidamente sintiendo que las lágrimas se acopiaban en sus ojos y que sus manos se crispaban.

—¡ Pobre Beatriz ! exclamó, y no pudiendo resistir más, comenzó á llorar como un niño. ¡ El villano, el infame ! gritaba en medio de su indignación. ¡ Permanecer inmóvil viéndola morir ! ¡ Qué crueldad !

—¡ Calla ! dijo Lord Earle, probablemente él ya está juzgado de Dios. ¿ Qué tienes que decirme á mí, Leoncio ? Yo que abandoné á mis hijas, por un malhadado disgusto que tuve con mi esposa. Después no volví á ver á mis tiernas niñas hasta que ya eran mujeres. ¡ Qué delincuente soy ! Ese hombre creía que iba á elevar á mi Beatriz en la escala social haciéndola su esposa ; si él hubiera sabido como dice, que aquella niña era mi hija, jamás hubiera pensado en ella. Si él merece que se le califique de cruel, ¿ qué merezco yo ?

—Ciertamente es un caso difícil : replicó Leoncio.

—Este secreto es necesario que no se divulgue ; ni Herberto Airlie deberá saberlo jamás, ni tampoco Elena, porque creo que la mataría. Una cosa es la que me extraña, Fernely dice que Lilia estuvo con él, eso yo no lo creo.

—Pues no lo dudeis, contestó Leoncio sintiendo iluminada repentinamente su imaginación. Yo la ví hablar con él. ¡ Oh, Lord Earle, os podeis sentir orgulloso de tener una hija como Lilia ! Es la más noble y sincera de todas las mujeres. Creed que ha estado á punto de sacrificar su propia felicidad en obsequio de su hermana. Ahora os lo voy á confesar todo. Ella me amaba y era cosa convenida entre nosotros que cuando pasara la boda de Beatriz, yo me acercaría á vos, solicitando su mano. Una noche andaba yo por el jardín fumando un tabaco, cuando la ví hablando con un desconocido. Su semblante estaba emocionado y suplicante y yo creí entonces que aquello era amor. Hoy me avergüenzo de mí mismo por haber dudado de ella, y por las palabras que le dirigí. Le pregunté con quién había estado hablando y me dijo simplemente que no podía decírmelo, pero que confiara en ella. Yo le dirigí entonces frases crueles, que deben haber despedazado su inocente co-zazón, y sin esperar más me retiré de su lado jurando no volver á verla. Indudablemente su hermana le confió el secreto y ella no quiso divulgarlo ni á costa de su propia dicha.

—Ahora nada podemos preguntarle : dijo Reinaldo. Mi madre me dice que está sumamente grave.

—Es preciso que yo la vea, repuso Leoncio, y que le suplique me perdone si le es posible. ¿ En qué puedo ayudaros, Milord ? Mandadme lo que gustéis como si fuera vuestro hijo.

—Necesito que vayas á la cabaña y veas si ese hombre aun vive, ó ha muerto. Lo demás queda á tu cargo. No

necesito decir á una persona como tú que debe guardar mi secreto.

Unos minutos después, Leoncio Dacre, montado en un soberbio caballo, se dirigía á escape hacia la cabaña. La muerte sin embargo, había sido más ligera que su caballo. Hugo Fernely había dejado de existir.

La esposa del campesino le refirió á Leoncio como sus hijos jugando por los alrededores habían encontrado aquél hombre tirado en el suelo cerca de un charco, y cómo su marido en sus propios brazos lo había traído á la casa. Por mucho rato había permanecido inmóvil, después pidió útiles de escribir y estuvo escribiendo la mayor parte de la noche, al terminar suplicó á mi marido que llevara aquella carta á Lord Earle. Se negó desde un principio á tomar alimentos, y cuando dos horas más tarde entraron ellos á insistir en que tomara algo, lo encontraron muerto, con el rostro vuelto hacia la pared.

Leoncio Dacre penetró al cuarto, y su cólera desapareció al momento que vió la angustia impresa en el rostro del que en vida fué Hugo Fernely. ; Cuál no sería la tortura de aquel desgraciado, cuando unas cuantas horas de penar habían bastado para arrancarle la existencia !

Leoncio se retiró de allí respetuosamente. El hombre es siempre débil é impotente ante la muerte. En unas cuantas palabras dijo á la buena mujer que sería recompensada liberalmente, por la caridad que había usado para con aquel desconocido y que los gastos que se originaran él mismo los pagaría.

—Ese hombre era sin duda algún sirviente de Milord, ¿verdad? preguntó ella.

—No, fué la contestación, Lord Earle jamás lo había visto, pero era conocido de un amigo suyo.

Gracias á las palabras de Leoncio, nunca se llegó á con-

cebir la más ligera sospecha. De las dos muertes, la de Beatriz absorbió toda la atención y simpatía. Nadie se ocupó de Hugo Fernely, ni menos de relacionar su fin con la desgracia acaecida en el castillo.

En el acta de su fallecimiento se hizo constar que había muerto por “la voluntad de Dios” y nadie supo que el dolor y el pesar le arrancaron la vida en unas cuantas horas.

Quando Leoncio regresó al castillo fué inmediatamente en busca de Lord Earle.

—Llegué demasiado tarde: le dijo. Fernely había muerto hacía algunas horas.

Su nombre jamás volvió á salir de sus labios. Lord Earle ni siquiera preguntó endónde había sido sepultado.

El castillo estaba aún más sombrío y tétrico: Lilia estaba á orillas del sepulcro. Muchas personas llegaron á creer que Reinaldo pronto quedaría sin ninguna hija. Él parecía no comprender lo que pasaba. Lo informaban que su hija estaba en poder de una fiebre devoradora; pero no hacía caso de Lilia, por estar llorando la pérdida de Beatriz.

Accediendo á los deseos de Leoncio, Elena lo condujo á la alcoba de Lilia. Ella no lo reconoció; la inquieta mirada de sus ojos estaba llena de espanto y temor; sus calenturientos labios estaban en continúa convulsión. Hablaba sin cesar, á veces de Knutsford y de Beatriz, á veces suplicando á Leoncio con voz dulce que confiara en ella y que después de la boda de su hermana ella se lo explicaría todo.

El joven volvía el rostro, desconsolado; había estado por un buen rato con la mirada fija en sus ojos; pero no lo había reconocido.

—¿Vos no creéis que morirá? preguntó á Elena.

—Espero que no, respondió ella; la vida y la muerte depende sin embargo, de otras manos.

Algunos años después Leoncio Dacre recordaba con placer que las oraciones más fervorosas de su vida, habían sido las que dirigiera al Ser Supremo, suplicándole devolviese la salud á su amada Lilia.

Al retirarse de la alcoba oyó que Lilia llamaba con voz afigida á Dora, á su querida madre. ¿ Por qué no estaba allí ?

El joven se quedó mirando á Elena : ella comprendió el significado de aquella mirada y dijo :

—Ayer escribí á Dora, diciéndole que venga ; muy en breve estará aquí.





CAPÍTULO XLIII.



El día siguiente de haber escrito Elena á Dora llamándola, se verificaría el entierro de Beatriz. Los sirvientes del castillo que tanto habían querido á su joven ama, habían ido á verla por la última vez. Elena derramó sus últimas lágrimas sobre el cadáver ; y Heberto

había solicitado el favor de que lo dejaran sólo un rato con el cuerpo de su amada ; á lo cual se accedió y durante tres largas horas permaneció arrodillado junto á la que había sido su prometida y cuyas sonrisas no volvería jamás á recoger.

Todo el mundo respetaba su aflicción y sufrimiento ; los hombres procuraban no molestarlo con inoportunas frases, y las mujeres al fijarse en él derramaban lágrimas en señal de simpatía. Á última hora estaba sólo Reinaldo junto al cadáver de su hija, que dentro de breves instantes iba á dejar de ver para siempre. Ya no lloraba ; su dolor era tan profundo que había traspasado el período de las lágrimas : ocultaba el rostro entre las manos y del fondo de su corazón elevaba una plegaria al cielo suplicando el perdón de sus pasadas faltas. Aquella era su actitud cuando sintió que la puerta se abría suavemente ; pero no levantó la vista para ver quien era la persona que con ligero paso se acercaba al lecho funerario. Enseguida oyó un grito desgarrador que heló la sangre en sus venas.

—¡ Beatriz, Beatriz ! amada mía ! ¿ porqué no me fué dado morir en tu lugar ?

Sintió Reinaldo que alguien se inclinó sobre el inmóvil cuerpo y que lo levantaba en brazos, cubriéndolo de lágrimas y besos y dirigiéndole las más tiernas y cariñosas frases. ¿ Quién sinó una madre podía llorar así ? ¿ quién sinó una madre olvida todo en semejantes casos, para entregarse completamente á su dolor ? Antes de levantar la vista Reinaldo, sabía que Dora estaba allí ; la madre que había perdido á su hija ; la madre que después de tener en los brazos á su hija cuando era niña, hoy venía á estrechar su cadáver. Ella se quedó mirando á Reinaldo, y él jamás olvido la expresión de aquel angustiado rostro.

—Reinaldo, exclamó ella, confié mi hija á tu cuidado : ¿ qué le ha sucedido ?

Aquellas eran las primeras palabras que él oía de sus labios, después de una ausencia tan prolongada.

Después Dora pareció olvidarse de él, y volvió á inclinar la cabeza sobre el inmóvil corazón de Beatriz ; pero Reinaldo se acercó á ella y levantándola en sus brazos, le colocó en el seno su abrumada cabeza, besó sus húmedas mejillas, y entónces ella exclamó :

—¡ Perdóname, Reinaldo, perdóname ! no me niegues tu perdón en esta hora suprema.

Aquellas palabras lo conmovieron profundamente. ¡ Cuántas veces se había negado á las instancias de su madre, diciéndole lo mismo que se repetía á sí mismo, que aun no había llegado la hora de perdonarla, que ésta vendría cuando él ó ella estuvieron á las puertas de la eternidad.

El cielo no lo había querido así. El perdón que tanto había rehusado tenía que darlo en aquella ocasión ; y mirando á su hija recordó que había sido sacrificada á su excesivo amor propio.

—¿Tú me perdonas, verdad, Reinaldo? continuó suplicando con afligida voz, te lo ruego en nombre de nuestra pobre hija. ¡Oh! no me rechaces de tu lado. Tú no sabes lo infeliz que he sido durante estos últimos años de ausencia: permíteme vivir cerca de tí. Yo estaba loca por los celos cuando incurrí en la falta que tan caramente he pagado.

—Te perdono de todo corazón, dijo él con suavidad. ¿También tú me puedes perdonar tan sinceramente, Dora? Yo he hecho infeliz tu vida, yo te he perjudicado mucho, ¿puedes perdonármelo todo y amarme lo mismo que en otra época?

Todo el amor propio y el rencor desaparecieron de aquellos corazones. Reinaldo murmuró al oído de su afligida esposa palabras de cariño y de consuelo, como ella no las había oído en muchos años; y al impartir tal consuelo á la pobre Dora, le pareció á él advertir que una sonrisa se dibujaba en los labios de Beatriz.

Pero no, aquello no fué más que una ilusión ocasionada por las oscilaciones de las luces de los cirios. Los labios de Beatriz permanecían quietos.

Media hora después Elena entraba á la estancia temerosa del resultado de la entrevista; mas al ver á los dos esposos arrodillados confundiendo en una sus oraciones, sintió un rayo de alegría en medio de su acerbo pesar.

—Madre, dijo Reinaldo, mi esposa me ha perdonado. Vuelve á ser mi amada compañera que viene á enjugar las lágrimas de mis ojos.

Elena tocó cariñosamente con sus manos el rostro de Dora, y enseguida les dijo que ya era tiempo de salir de aquella estancia. El bello rostro de Beatriz iba á desaparecer para siempre de la vista de los mortales.

.
El recuerdo de aquella noche jamás se borró de la me-

moria de las habitantes de Earlescourt. Dora tomó posesión de su puesto, y dístamente comenzó á ejercer su autoridad atendiendo á todo el mundo con amabilidad y tino.

Lilia seguía luchando con el ángel de la muerte. Parecía comprender que su madre estaba cerca de ella y desde entónces comenzó á sentirse más tranquila; pero pasaron muchos días para que recobrará el conocimiento. Cuando ya estuvo en el pleno uso de su razón, hacía mucho que su hermana había sido depositada en su última morada.

.
La gente decía después que el día del entierro de Beatriz había sido hermosísimo. El sol alumbraba con todo su fulgor, las aves cantaban dulcemente, las flores del otoño estaban lozanas, cuando la numerosa procesión atravesaba por el parque.

Reinaldo estaba al lado de Heberto y las personas piadosas no sabían á cual compadecer más de los dos.

De todas partes vinieron amigos á los funerales; y de boca en boca circulaba la historia de que la hermosa Beatriz caminando dormida había caído en el lago y se había ahogado.

El cementerio de los Earle estaba á la falda de una colina y allí se depositaron los restos de Beatriz.

Las campanas habían cesado de tocar á muerto, los carruajes de los que habían venido á dar el pésame habían partido; sólo el recuerdo quedaba ya de la hechicera Beatriz.

Después se supo que Gaspar Laurence había estado observando la procesión fúnebre y que él fué el último que abandonó el cementerio. Jamás olvidó á Beatriz, y jamás amó á otra mujer.

Todo había pasado y la noche de aquel memorable día, la fiebre de Lilia hizo crisis y al día siguiente los médicos declararon que había pasado el peligro.

Al recobrar el conocimiento no fué poco su asombro al ver á su madre á la cabececerá de su lecho.

—¿ Mamá, murmuró, estoy en el castillo ó en Knutsford ?

Dora procuró tranquilizarla, temerosa de que recordara todo lo acaecido. Sus temores se realizaron. Lilia como recordando algo muy doloroso, cerró los ojos y suspiró profundamente, de repente se incorporó y exclamó :

—¿ Es cierto que Beatriz ha muerto, mamá ?

—Desgraciadamente, hija mía, murmuró la madre, ha muerto ; pero no está perdida para nosotros, sólomente que se adelantó en el camino.

La convalecencia de Lilia fué muy prolongada. El hábil Doctor que la atendía dijo que tan luego como pudiera abandonar el lecho, era preciso llevarla en un carruaje lejos del castillo, adonde no podría volver hasta que estuviera bastante fuerte.

Todos estaban en espera de tal día, y entre tanto Dora comenzó á tratar á Heberto y á estimarlo en lo que valía. Él por su parte parecía sentir mucha simpatía por ella. El tema de la conversación de ambos era siempre la inolvidable Beatriz.

El secreto de su muerte, jamás llegó á saberse. Tanto Reinaldo como Leoncio, lo guardaron siempre fielmente. Para Heberto la memoria de su prometida siempre le fué cariñosa y venerada. Á Dora, nunca se le reveló, y ella lo mismo que todos los demás, quedó en la creencia de que su hija había muerto accidentalmente.

Cuando Lilia estuvo algo más fuerte y capaz de oír hablar de su hermana, Reinaldo se presentó un día en su aposento y con exquisito tacto trató de que le dijera lo que sabía.

Ella le refirió cuánto había sufrido su hermana y cuán-

tas lágrimas había derramado, su deseo de quedar libre de su compromiso y las mil súplicas que le hizo á ella para que le ayudara á ganar su libertad. También le refirió su entrevista con el desgraciado joven y las fatales consecuencias que ésta le había traído.

Después nunca se volvió á hablar del asunto. Reinaldo tuvo buen cuidado de no mencionarle á Lilia nada de lo que le había dicho Leoncio, juzgando más oportuno que él mismo se disculpara. Una mañana cuando ya Lilia tenía fuerza suficiente para permanecer un rato sentada, Leoncio pidió permiso para verla. Dora que no estaba al tanto de lo que había pasado entre ellos, accedió inmediatamente á su solicitud. No dejó de alarmarse sin embargo, al notar la excesiva palidez que cubrió el semblante de Lilia al ver á Leoncio.

—He hecho mal, dijo, mi pobre Lilia aun no está capaz de recibir visitas.

—Estimadísima Dora, se apresuró á decir Leoncio, tomando su mano; amo á Lilia, y ella me amaba antes de que yo cometiera la torpeza de ofenderla. Hoy vengo á suplicarle que me perdone. ¿Tendreis la bondad de dejarnos sólo por un momento?

Dora consintió, retirándose enseguida.

—Lilia, dijo Leoncio, no encuentro palabras para suplicar tu perdón. Estoy avergonzado de mí mismo. He sabido la historia de tu hermana y todo lo que hiciste por salvarla. En caso tan apurado comprendiste que era indispensable que hubiera una víctima y quisiste ser tú la sacrificada. ¡Oh! Lilia, ¿podrás algún día perdonarme?

—Te perdono con toda mi alma: contestó ella benévolamente. Acabo de salir del sombrío valle de la muerte, y todos los resentimientos y miserias humanas me parecen insignificantes.

—¿Y podré seguir siendo para tí, lo que era antes?

—Eso ya es otra cosa. Por ahora no puedo contestar á esta pregunta. Tú desconfiaste de mí, Leoncio.

Aquellas fueron las únicas palabras de reproche que ella le dirigió. Él no insistió por el momento, confiando en que el tiempo le ayudaría á vindicarse á los ojos de su amada.

Colocóse cerca de su cabecera y comenzó á hablarle del próximo viaje que tendría que hacer, según lo dispuesto por el doctor, y de los lugares que visitaría, evitando hacer mención del pasado.

Tres días más tarde, Lilia se encontraba en camino para el Sur de Francia acompañada de Lord Earle, su esposa y del médico que la asistía. Heberto Airlie considerando que sufriría mucho si marchaba sólo á su castillo de Linton, formó parte de la expedición á Francia. Elena y Leoncio quedaron encargados del castillo.

Leoncio se propuso que antes de que los viajeros regresaran, el lago sería desaguado y lleno el hueco de tierra en donde se plantarían frondosos arbolillos. Aun cuando costara mucho trabajo y dinero hacer tal operación, él estaba resuelto á llevarla á cabo.

—Earlescourt no valdrá un comino, decía, mientras ese maldito lago no desaparezca.

Al día siguiente de haber partido los excursionistas, contrató trabajadores y dió principio á las obras; nadie desaprobó su determinación; Elena la aplaudía con entusiasmo. Por fin, aparecieron los árboles en el lugar en que antes brillaban las cristalinas aguas. El depósito de los botes también se echó abajo, y todo vestigio del lago desapareció.

Leoncio regresó una tarde del lugar en que estaban los trabajadores, sumamente triste. Medio enterrada en el cieno

que había en el fondo del lago, estaba una elegante chinela cuya compañera, Dora había guardado cuidadosamente. Él hizo otro tanto con la que la casualidad le había hecho encontrar, para entregársela á Dora cuando regresara.





CAPÍTULO XLIV.



OS años habían pasado, cuando los viajeros determinaron regresar á Inglaterra. Lilia había recobrado su salud, y Lord Earle notó que estaba ansiosa por regresar al castillo.

Era una hermosa mañana de Junio cuando se esperaba su llegada en Earlescourt. Leoncio Dacre estaba en la estación del ferrocarril con los carruajes. Elena había guardado su traje de luto y estaba sentada esperando con ansia á su hijo. Ella quisiera que ya hubieran llegado y que estuvieran todos instalados nuevamente allí.

Presto quedaron satisfechos sus deseos. Una vez más estrechó en los brazos á su idolatrado hijo, quien estaba un tanto cambiado. Es cierto que el sol le había tostado el cutis un poco ; pero se notaba en él menos altivez y seriedad, una benévola sonrisa jugaba en sus labios. También se le advertía cierta sombra de pesar que no lo abandonaría nunca, porque nunca tampoco podría recobrar ni olvidar á Beatriz. Elena se quedó mirando á Dora con ansiedad ; pero no había que temer. La frescura y la belleza de la juventud habían pasado en ella para ser sustituidas por la dignidad y el aire de una distinguida dama. Era una mujer muy atractiva, de hermosos ojos velados por largas pestañas y abundante cabellera. Elena la consideraba más hermosa en este período de su vida, que cuando lo sonrosado

de sus mejillas y la frescura de los quince años eran sus principales encantos. También estaba sorprendida de ver la facilidad y gracia con que Dora llenaba el puesto que le correspondía como señora de Earlescourt.

La armoniosa voz de la niña campesina había sido educada y hoy en su elegante acento, nadie hubiera encontrado el menor indicio de provincialismo. Todo era agradable en Dora; sus maneras habían adquirido soltura y garbo; su conversación era amena y delicada: la misma Elena que era tan exigente no encontraba defecto en la esposa de su hijo.

La recibió con los brazos abiertos, invistiéndola al instante con el mando y autoridad del castillo.

En Lilia fué sin embargo, en quien más se fijó la investigadora mirada de Elena. La palidez de la enfermedad había sido reemplazada por un tinte rosado en sus mejillas. Aquella dulce y encantadora joven, con sus ojos azules llenos de una viva luz. Al verla creyó en la posibilidad de que la única hija de Reinaldo gozara muchos años de una vida tranquila y feliz.

Mucho había de que tratar. Reinaldo refirió á su madre como Heberto se había decidido ir á Linton, no queriendo sufrir la pena de volver á Earlescourt: jamás había recobrado su genio alegre y festivo.

—En años venideros, añadió Reinaldo, es muy posible que Heberto se case; pero si lo hace, será únicamente en atención á su título, porque si alguna vez se ha sepultado el corazón de un hombre con su amada, esta vez fué indudablemente cuando depositamos á mi hija Beatriz en su última morada.

Leoncio pudo ver entonces lo bien que había hecho al llenar de tierra lo que fué el lago. Al día siguiente comprendió que todas las personas de la familia se resistían á ir al parque. Suplicó en seguida á Reinaldo que lo acompa-

ñara, y entonces pudo ver éste que en lugar de las aguas del lago, había árboles frondosos que ofrecían deliciosa sombra sobre el verde cesped.

Inmediatamente se fué Reinaldo á traer á su esposa y á su hija para que vieran lo que se había hecho durante su ausencia, y todos ellos dirigieron agradecidas miradas y frases cariñosas al autor de aquella obra, que les evitaba tan dolorosos recuerdos.

La superstición inventó sin embargo, algunos cuentos. Se decía que el viento al agitar las hojas de aquellos árboles remedaba el lamento de una persona que se ahogaba; que las flores nunca aparecían entre el pasto de aquel sitio y que los venados evitaban ir por allí.

El interior del castillo se había cambiado en cuanto fué posible.

Las habitaciones de Lilia se habían arreglado en el lado opuesto al que habitaba y las que pertenecían á su infortunada hermana permanecían intactas. Dora guardaba las llaves, y todo el mundo sabía cuando había visitado los aposentos de Beatriz por las huellas que en su faz dejaba el llanto.

Beatriz no había sido olvidada entretanto, ni jamás lo sería. Su nombre se desprendía frecuentemente de los labios de Lilia; habían sido hermanas gemelas, y le parecía á la pobre joven que parte de su propio ser se hallaba sepultado al pie de la colina.

Gaspar Laurence había marchado al extranjero y no quería ni volver á Inglaterra ni oír hablar de ella. La madre creía que sólo el tiempo curaría aquella herida en el corazón de su hijo. Cuando después de muchos años se decidió á regresar á su patria, se pudo ver que su pesar le duraría toda la vida. Nunca se llegó á casar ni llegó á sentir por otra mujer el amor que había tenido por Beatriz.

Una semana después de su regreso, estando Lilia una tarde observando los últimos rayos del sol desde una ventana ojival, se le acercó Leoncio y ella comprendió por su ademán, que venía á repetirle la pregunta que ella se negó á contestarle antes de su viaje á Francia.

—Ya he sufrido mucho por mi delito, Lilia, dijo. Por dos años me he dedicado exclusivamente á procurar la felicidad de aquellos seres que te son más queridos ; por dos años he procurado noche y día aprender á ser más prudente y digno : todo ésto lo he hecho en tu obsequio. Soy violento y atolondrado, lo conozco ; dudé de tí, en lo cual consiste mi mayor delito ; pero créeme, en estos dos años he sufrido mucho y hoy quiero saber si al fin consentirás en hacerme feliz siendo mi esposa.

Ella le dió la contestación deseada, y Leoncio sin pérdida de tiempo se dirigió á Lord Earle, quien quedó extremadamente complacido, porque veía que al fin iba á realizarse aquel matrimonio que él había proyectado desde hacía muchos años. También Dora, se manifestó muy contenta y sonreía satisfecha. Por demás es decir que Elena se regocijó muchísimo al saber las nuevas, aunque no la sorprendieron, puesto que ella había sido la confidente de Leoncio durante la enfermedad de Lilia.

Ningún motivo había para retardar la boda y siendo en Junio cuando Leoncio hizo su solicitud, se arregló que el enlace se verificara en Agosto.

Aunque ya habían trascurrido dos años desde la desgracia del lago, nadie se sentía bastante alegre y por lo mismo no habría suntuosas fiestas, sino que la boda sería privada y sólo asistirían á la ceremonia las personas de la familia y algunos amigos íntimos.

Reinaldo obtuvo de Leoncio una promesa que vino á tranquilizarlo completamente, la cual fué que él (Leoncio)

nunca iría á vivir á otra parte y que se establecería con su esposa en Earlescourt.

—Bien sabes que en lo venidero este castillo será tuyo, le decía Reinaldo ; puedes considerarte desde luego en posesión de él y quedarte aquí. Formarémos una sóla familia y procurarémos ser felices.

En todo ésto se convino con placer de todos los habitantes de Earlescourt. Unos días antes del matrimonio recibió Reinaldo una carta que pareció sorprenderlo mucho.

La dobló sin decir una palabra y cuando se terminó el almuerzo tomó á Dora de la mano y le dijo :

—Querida esposa, entre nosotros no ha de haber ningún secreto en lo de adelante. Quiero que te impongas de esta carta, es de la que fué Valentina Charteris, hoy la Princesa di Borgezi. Se encuentra en Inglaterra, en Greenock y desea asistir al casamiento de Lilia.

Tomó Dora la carta y la leyó ; los sentimientos de Valentina se veían retratados en aquellas líneas. Dora sentía no obstante un vago temor de encontrarse frente á frente con la princesa.

No temas emitir tu opinión franca y sincera, dijo Reinaldo ; por nada en este mundo querría que nuestra felicidad se turbara. Una sóla palabra será suficiente ; si tú no quieres que venga, le escribiré suplicándole que difiera su visita.

Dora no queriendo aparecer menos generosa, respondió dirigiendo una elocuente mirada á su esposo.

—Que venga, Reinaldo, tendré mucho gusto en verla. Yo le debo una satisfacción.

Él quedó sumamente contento con la contestación de Dora, lo mismo que las demás personas de la familia.

Elena era la única que desconfiaba un poco de que Dora tuviera la suficiente fuerza para contenerse.

La Princesa di Borgezi vendría sólo y no había dicho cuando la debían esperar.

Dora no se explicaba por qué recordaba entonces tan frecuentemente á su hija. Beatriz había querido extraordinariamente á la hermosa dama que venía á visitarlas. Tal vez aquello fué lo que la violentó la víspera de la boda de Lilia, cuando todo en el castillo estaba en movimiento con los preparativos, á ir al solitario aposento que en días más felices resonaba con la armoniosa voz de su hija.

Allí estuvo por un largo rato hasta que Reinaldo vino á enjugar las amargas lágrimas que se desprendían de sus ojos.

—Es por demás, Reinaldo, exclamaba ; no puedo dejar de preguntar por qué mi hermosa y adorada Beatriz nos ha sido arrebatada por la fatalidad. Hace dos años solamente que se hizo una corona de azahares para ella.

Nada la podía consolar sino una visita á la tumba de su hija y aunque el cementerio estaba algo retirado, quiso ir sólo. Decía que se sentiría mejor después y hubo que acceder á su deseo. Aun no habían trascurrido muchos minutos desde que salió del castillo, cuando llegó la Princesa di Borgezi.

Reinaldo saludó á Valentina sin pretender ocultar el verdadero placer que sentía al volver á ver aquella belleza griega, que en años pasados le había parecido ser el único modelo posible para retratar á la reina Guinevere. Estuvieron hablando por un momento, y luego dijo Valentina :

—Quiero ver á Dora, mi visita es casi exclusivamente para ella.

La informaron endónde se encontraba ; y Elena murmuró á su oído algunas frases que hicieron brotar lágrimas de sus bellos ojos.

—Sí, dijo Valentina, iré donde está, y allí sobre la tumba de su hija, le arrancaré un beso de reconciliación.

Le fueron á enseñar donde estaba el cementerio y luego siguió ella sólo su camino.

Al través del verde follage divisó el reflejo de la cruz de mármol blanco y el traje negro de Dora que estaba arrodillada.

Rectamente se dirigió á donde se hallaba la affigida madre, que no se apercibió de su llegada porque el cesped apagaba el ruido de sus pisadas.

Valentina se arrodilló á su lado. Cuando Dora alzó la vista vió aquel hermoso rostro que la contemplaba benévolamente, luego sintió unos brazos que la estrechaban cariñosamente y oyó una dulce voz que murmuraba á su oído :

—Dora, os he seguido hasta este triste lugar para suplicaros que procureis quererme, y que me perdoneis la parte que involuntariamente tuve en vuestro pasado infortunio. En nombre de vuestra inolvidable Beatriz que tanto me amaba, os ruego que sepulteis aquí vuestro rencor hacia mí.

Dora no se pudo rehusar, y por la primera vez en su vida, la esposa de Reinaldo reclinó su cabeza en el seno de aquella noble mujer, y dió rienda suelta al llanto que Valentina con palabras de consuelo y cariño procuró acallar.

Sobre la tumba de un ángel, aquellas dos mujeres quedaron reconciliadas para siempre, sustituyendo Dora en su corazón al rencor y los celos por el amor y la confianza.

Después de aquella escena, el amor y respeto que sentía Dora por Valentina fué constantemente en aumento, al grado que Reinaldo llegó á decir en tono de broma, que él era esta vez quien sentía celos, por lo mucho que estimaba su esposa á la Princesa di Borgezi.

El día de la boda apareció por fin, y se dió tregua al pesar y á la afficción, porque Reinaldo había dicho que en el día más feliz de la vida de su hija Lilia, deseaba que nada viniera á empañar su dicha. Los pensamientos que venían

á la mente de los circunstantes al recordar á la infortunada Beatriz permanecían ocultos.

El sol de estío jamás iluminó á una novia tan encantadora ni una escena más interesante que aquella boda.

La iglesia del condado estaba adornada con fragantes flores y completamente llena de espectadores.

Cerca del altar estaban Dora y Valentina y el público no sabía que admirar más, si la arrogancia de Lord Earle, la dulzura y elegancia de Dora ó la belleza fascinadora de Valentina.

Lord Earle tenía preparada una sorpresa para Dora. Cuado la pequeña comitiva regresó de la iglesia, los primeros que salieron del castillo á felicitar á los recién casados fueron Esteban Thorne, que á la fecha era un venerable anciano de luenga barba blanca, y su esposa. Lord Earle y Elena se apresuraron á saludar á aquellos ancianos con inequívocas muestras de aprecio y distinción. Valentina estaba encantada con la humildad y benevolencia de los rústicos padres de Dora.

Después de algunos meses cuando regresaron Esteban y su esposa á Knutsford, el tema de su conversación era generalmente la dama de hermoso rostro que se había mostrado con ellos tan amable y cariñosa.

Heberto Airlie no se halló presente en la ceremonia; pero escribió una carta muy extensa á Leoncio, rogándole que fuera con su esposa á pasar la luna de miel á su castillo de Linton, cuya invitación aceptó Lilia con verdadero placer.

Así fué que después del almuerzo estaba el carruaje en espera y los novios se disponían á partir. Los parientes, los amigos y los sirvientes los acompañaron hasta el carruaje, mientras más se acercaba el momento de la marcha, más sentía Lilia que le abandonaba el valor, y con una elocuente mirada suplicó á Leoncio apresurara la salida.

—¡ Que el cielo te bendiga, hija mía ! murmuró Dora á su oído, y no olvides lo que te digo : suceda lo que sucediere jamás tengas celos de tu esposo.

—Adiós, Leoncio ; dijo Reinaldo estrechando su mano con efusión ; y si alguna vez mi amada hija somete á prueba tu cariño, muéstrate paciente y cariñoso con ella.

Aquellos dos consejos encerraban toda una historia de amor y desgracia.





CAPÍTULO XLV.



AN pasado diez años desde la fecha en que se repicaron alegremente las campanas con motivo del matrimonio de Lilia Earle. En el castillo de Earlescourt se nota nueva vida; aparecen en los corredores alegres y sonrosados niños metiendo ruido y algazara con sus dulces voces.

Los años han pasado con la rapidez de un agradable sueño. Un sólo acontecimiento había venido á entristecer un poco á Reinaldo Earle y fue la temprana muerte de la festiva y coqueta Condesa Rosalí. Su amiga no lo había olvidado ni sus últimos momentos; por conducto del inconsolable conde, recibió un anillo de duelo que ella de dejó en remembranza, al partir de este mundo.

Caspar Laurence aun permanecía en el extranjero y no había probabilidad de su regreso.

La Princesa di Borgezi había venido varias veces al castillo con su esposo é hijos. Valentina tenía una linda hijita á quien se suponía que el hijo de Leoncio miraba con mucho afecto. La mayor de las hijas de la Princesa había heredado de su padre la negra cabellera y sus expresivos ojos. Muchos opinaban por qué esta niña se parecía excesivamente á Beatriz, y probablemente este fué el motivo que hizo á Heberto Airlie fijarse en ella. La encontró por primera vez en Earlescourt y la distinguió con más atenciones que á

ninguna otra mujer después de Beatriz, acabando por hacerla su esposa.

Elena, que tal era su nombre, fué una buena esposa de Lord Airlie. Ella conocía su historia y sabía que parte del corazón de su esposo había sido sepultada con su primer amor; no obstante ésto, él era afectuoso y sincero con ella y solo ésto valía más á sus ojos que el apasionado amor de cualquier otro hombre.

Un aposento había en el castillo de Linton en el que jamás resonaban las pisadas de un ser viviente, el cual siempre estaba cerrado por disposición de Heberto. Aquel cuarto era el que había sido destinado para recreo de Beatriz Earle.

El tiempo disminuyó el pesar en el corazón de Lord Airlie; su esposa procuraba con su amabilidad endulzarle las horas de sufrimiento, en cuya tarea la ayudaban sin saberlo sus inocentes hijitos que rodeaban á su padre; pero él jamás olvidó á Beatriz. En medio de sus sueños, solía Elena oírlo pronunciar el nombre de Beatriz; mas ella nunca se sintió celosa de quien ya no existía. Ni un sólo año pasaba sin que Heberto dejara de visitar la tumba de su primer amor.

Dora pareció rejuvenecerse con los hijos de Lilia. Ella los cuidaba y los divertía. El favorito de Elena era Bernardo, futuro Lord de Earlescourt, un hermoso niño que era el orgullo de su padre y el encanto de Lilia, frecuentemente repetía que él era el muchacho más rico del país porque tenía tres mamás, mientras otros no tenían más que una.

El sol se hundía en el ocaso; el cielo en occidente aparecía de un tinte rojizo; las flores estaban sedientas del rocío crepuscular que comenzaba á caer.

En el jardín de las rosas, en donde una historia de amor

había tenido lugar en años anteriores, estaba un grupo que un artista hubiera tenido gusto en retratar.

Leoncio poseía algunas plantas exquisitas que á la sazón estaban floreciendo y toda la familia había venido á verlas.

Elena Earle estaba sentada en el banco del jardín, en donde había estado Beatriz escuchando las palabras que tan feliz hicieron su corta existencia. Varios hermosos niños jugaban á su alderredor. Una graciosa y simpática dama los contemplaba. En su dulce rostro se podía leer toda una historia ; en sus bellos ojos había una sombra de tristeza, restos aún de un profundo pesar. Dora, era feliz ; las nubes que opacaron su dicha se habían desvanecido. Hoy era la mejor amiga y consejera de su esposo ; y Reinaldo había olvidado que en años pasados se había avergonzado de la humilde cuna de su esposa. Su digno carácter, adquirido á fuerza de disciplina, le había granjeado el aprecio y estimación general : nadie era más querida y respetada por aquellos sitios que la magnánima Dora.

Reinaldo estaba sentado sobre el verde cesped á los pies de su esposa. Los años trascurridos habían cambiado algo su físico ; entre su cabellera aparecían algunos hilos plateados ; pero la paz y la tranquilidad estaban retratadas en su semblante. En aquel momento reía al vez á Lilia y á Leoncio conversando acaloradamente acerca de las flores.

—Aun siguen siendo amantes, le dijo á Dora.

Y ella los miró sonriendo.

Así era en efecto ; diez años habían pasado desde su enlace y aun seguían siendo novios. La explicación de ésto era bien sencilla : había tolerancia por una parte y deseo de obrar bien por otra. Lilia Daere jamás se preocupó con los llamados “derechos de la mujer” ; ni por la mente le pasó siguiera usurpar el puesto de su esposo ; si alguien le hubiera pedido su opinión acerca del derecho de votar,

con seguridad ella hubiera contestado, “yo no sé de esas cosas, Leoncio es quien tiene que ver en eso.” Y sin embargo, en su hogar ella gobernaba en lo absoluto; sus acciones estaban llenas de prudencia y sus palabras de discreción. Su espiritual fisonomía seguía siendo incomparable á los ojos de su esposo, y no había día en que Leoncio Dacre no diera gracias al cielo, por haberle concedido aquella esposa tan pura y sincera.

Se notó repentinamente agitación entre los niños, un caballero alto y moreno se aproximaba á donde estaban, y Leoncio exclamó :

—¡Aquí está Gaspar Laurence cargado de juguetes! Me van á echar á perder á estos niños con tanto obsequio.

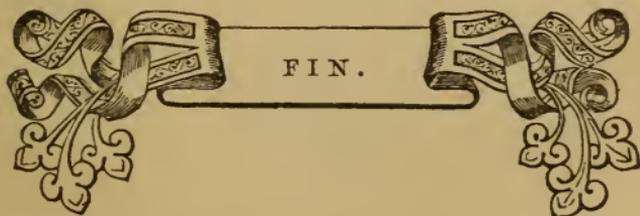
Los pequeñuelos se apresuraron á salir al encuentro de la visita, y Bernardo en su precipitación tumbó á una hermosa niña de cabello y ojos oscuros, Reinaldo la levantó rápidamente en sus brazos.

—Oye, Bernardito, dijo al niño que había ocasionado el percance, procura cuidar siempre á tu hermanita Beatriz.

La niña le echó los brazos al cuello, y él besando sus hermosos ojos, murmuró para sí :

—¡Pobrecita de mi Beatriz!

El viento del verano, que jugueteaba entre las rosas, agitando los bucles de la rubia cabellera de Lilia y los rizos de la de su hijita, entonaba en aquel momento un dulce requiem en los altos cipréses y sauces que sombreaban la tumba de la inolvidable Beatriz Earle.





Novelas Publicadas en Español

POR

D. APPLETON Y CÍA., NUEVA YORK.

María Antonieta y su Hijo.

Traducción del alemán. Un tomo de 173 páginas, con varias láminas y un retrato de María Antonieta, en el frontispicio. 60 centavos.

Misterio * * * *

Novela original, escrita en inglés bajo el nombre de CALLED BACK.

Por HUGH CONWAY.

Obra dramatizada. 800,000 ejemplares vendidos de las ediciones inglesas. Forma un bonito tomo en 12° de unas 230 páginas, tipo claro, buena impresión, cubierta de papel de color artísticamente decorada. 50 centavos.

La Isla del Tesoro.

Una preciosa novela escrita en inglés

Por ROBERTO L. ESTEVENSON,

Con ilustraciones, y un mapa, uniforme con la novela *Misterio* * * * * un tomo de 342 páginas. 50 centavos.

La Casa del Pantano.

Una de las novelas más populares en Inglaterra y en los Estados Unidos. 50 centavos.

FÁBRICA DE RELOJES DE WALTHAM.

AVISO.

EL gran éxito que ha alcanzado el Reloj de Waltham, ha inducido á ciertos fabricantes á presentar en el mercado un sinnúmero de imitaciones de aquel; y con objeto de engañar á los compradores han grabado en las tapas y planchas nombres de ciudades americanas, y de casas ó compañías fabricantes ficticias.

Los que así recurren á estos medios nada escrupulosos para poder dar salida á sus productos, prueban así de un modo concluyente la gran superioridad de los Relojos de Waltham y la falta de mérito de sus propias obras.

Los compradores deben por lo tanto cuidar de asegurarse de que las marcas registradas de la fábrica "*American Waltham Watch Co.*" ó "*Waltham, Mass.*," estén grabadas sobre la plancha de los relojes, pues sin la una ó la otra de dichas marcas ninguno es legítimo.

ROBBINS & APPLETON,

Agentes Generales de la

Compañía Relojera Americana de Waltham, Mass.

1, 3, y 5 BOND STREET,

(WALTHAM BUILDINGS),

NUEVA YORK.

Deacidified using the Bookkeeper process
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: March 2009

Preservation Technologies

A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive

LIBRARY OF CONGRESS



0 014 388 680 3

